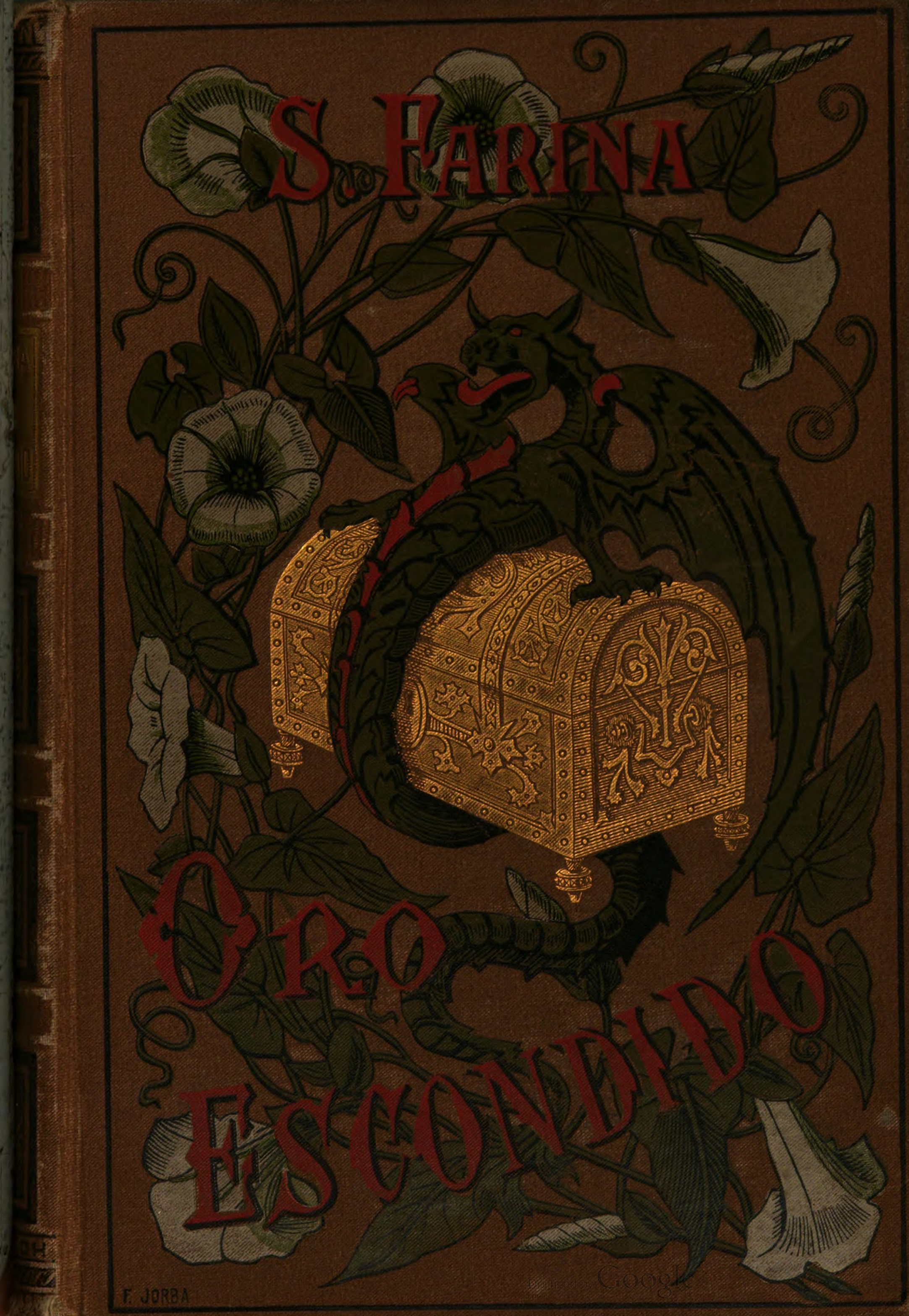
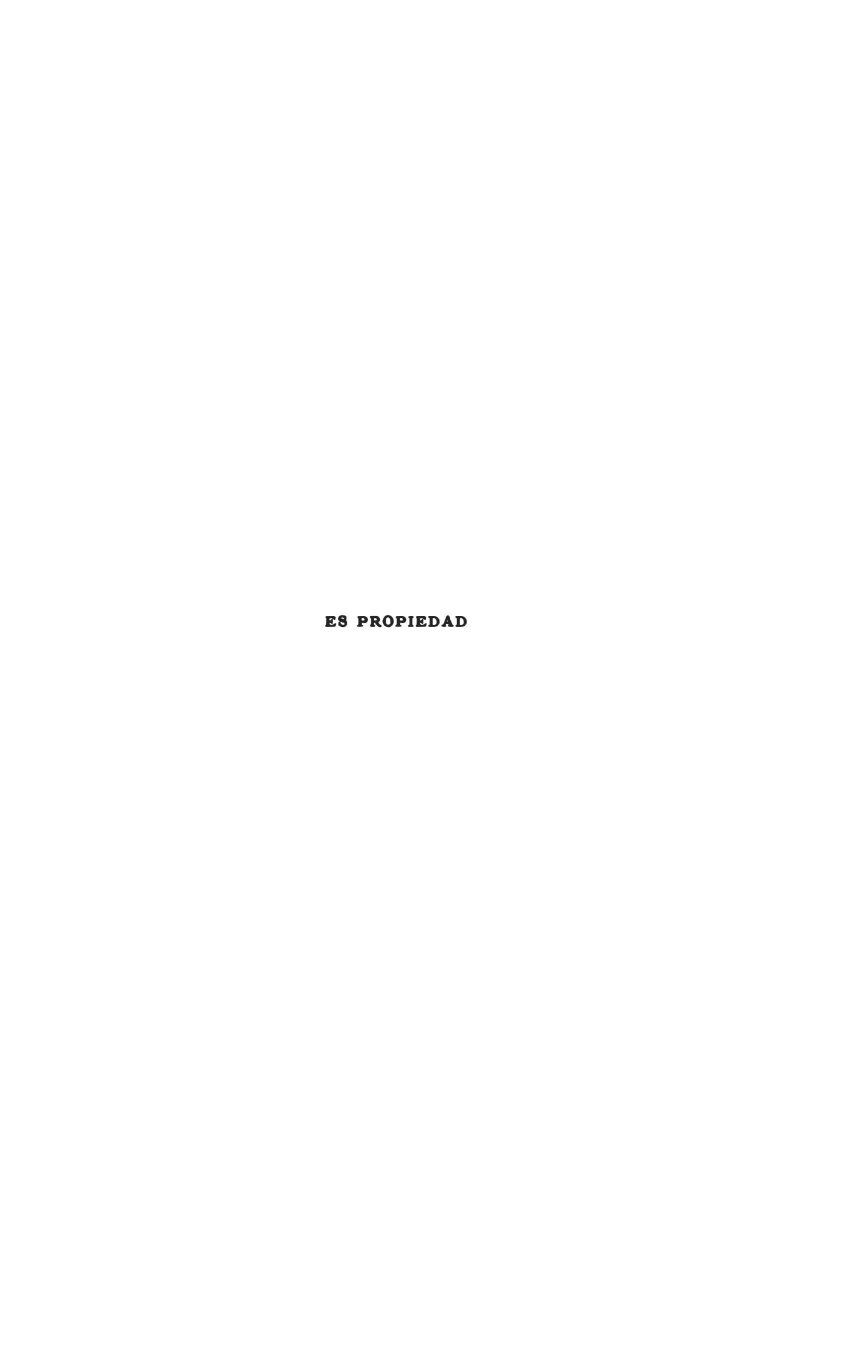

S. FARINA
ORO ESCONDIDO
F. JORBA







Oro escondido



SALVADOR FARINA

ORO ESCONDIDO

NOVELA ITALIANA

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

LUÍS ALFONSO

ILUSTRACION DE F. GOMEZ SOLER

GRABADOS DE GÓMEZ POLO



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

Á FÉLIX DRUNATI

Cuando la difteria amenazaba arrebatarme un hijo, y antes, y después, y siempre, halló Vd: cien ocasiones diversas de mostrarme las valiosas y modestas prendas de su corazón de amigo. Por eso, al dedicar á Vd. este *Oro escondido*, pudiérame casi creer que hago una restitución. Pero no me forjo ilusiones; sé muy bien que, una vez más, en lugar de restituir, tomo á préstamo. El afecto con que usted acogerá este libro contribuirá á mantener viva en mí la voluntad de escribir alguna vez un otro.

Lecco.—Octubre de 1878.

S. Farina.



CARTA ABIERTA

AL Sr. RÓMULO AFFANNI

Decíale yo á usted:

«El arte moderno, que estudia en la novela el modo de *copiar* la vida diaria, es, no lo niego, arte superior. Pero si, porque de ello me da ejemplo la vida á cada instante, yo, en el hecho principal y *armónico* (permítaseme el vocablo), introduzco un desentono, peco contra la ley del buen gusto; si entre la gente que coopera á llevar hasta la última página mi novela, entrometo personas superfluas y sucesos inútiles, daré quizá exacta idea de la vida, pero echaré á perder mi trabajo. El arte estudia á la naturaleza, no la copia. Agítase en torno nuestro un caos; no basta recoger un puñadillo de átomos para hacer una obra de arte, es menester la mente que indaga, y que, sin inventar nada, crea algo.

»Esta potencia creadora que tenemos siempre en los labios, al hablar de una pobre criatura impotente, no es otra que la

facultad de escoger. Los hombres y las cosas son las notas de toda la música, grande ó chica, de las letras. El pensamiento es la melodía; sin ella tendremos solamente divagaciones armónicas, más ó menos doctas, exactas, agudas ó vacías...»

Esto le decía yo. Usted me apretó la mano y se alejó, convencido de que sus preciosas confidencias no corrían peligro de entrar en una novela, buena ó mala. Por el contrario, la novela está hecha, y quisiera yo que fuese buena para que no le pareciese á usted indigna de la participación que en ella tiene.

He borrado muchas cosas inútiles, y me ha tentado el deseo de quitar otras, por ejemplo, aquella que usted llama *la chiquillada del periódico;* pero lo he pensado mejor y las he dejado, en parte porque, renunciando á ellas, habría de sustituirlas por otras, que tendría yo que inventar, y en parte porque... son las chiquilladas de la *gente madura,* como suele decirse. Y ¿quiere usted creerme? pues le diré que yo, en mi cualidad de novelista, no trocaría chiquillada semejante por toda la filosofía de Platón.

Como quiera que sea, ya el pecado cometido y estampado, yo no puedo dejarlo correr por el mundo sin pedirle á usted la absolución. Piénselo usted bien y no me la niegue, porque, al fin y al cabo, culpa es de usted en algún modo que esta novela no sea sentimental como las quieren las señoritas, ni de intriga como las quieren los horteras, ni social como las recomiendan los futuros reformadores de la sociedad, que tienen ahora diez y seis años cumplidos... ni es novela satírica, ni erótica, ni casi, casi novela.

¿Qué es, en suma? Lo que es, aquí está. Y tenga usted en cuenta que debe mirarla con indulgencia y un tantico de amor, si no el recién nacido suelta un chillido y hace el milagro de llamarle á usted *papá* ante los ojos y los anteojos de la crítica.

Estreche usted la férrea mano de aquel Hércules, á quien he llamado Joaquín, pero no le diga usted palabra; salude usted reverentemente á la señora Tranquilina y á los demás, y quiérame bien.

S. Farina.



I

Personajes: el Sr. Joaquín Poma; el Sr. Rómulo Affanni; los esposos Trompeta

Todas las noches del año tenía por costumbre encolerizarse el Dr. Rocco Tompeta. Parecíale acaso que cuando las funciones de quimificación se han cumplido durante una especie de letargo, favorece sobre-

manera, para preparar convenientemente los jugos alimenticios en los conductos quilíferos, una serie, bien combinada, de descargas eléctricas del sistema nervioso.

Pero esto no pasa de ser una hipótesis; lo cierto era que el doctor la tomaba con todo, con todos y consigo mismo. Á él, físico de regimiento en otros tiempos y enfermo á la sazón de gota, habíale llegado la vez de andar á pleito con su enfermedad, y le decía claro y neto que no era aquel modo de portarse con un colega y compañero de armas. Y eran pocos los momentos en que aquellos dos «muchachotes», el Sr. Joaquín Poma y el Sr. Rómulo Affanni, amigos de la casa, podían permitirse una visita discreta.

Los «muchachotes» tenían sesenta años cada uno, y entre los dos reumas parecidos y un poco de catarro; achaques, tímidos y medrosos, que ellos se ingeniaban para esconder, ahorrando lamentaciones inútiles ante la prepotente gota del Dr. Rocco. Los reumas los ocultaban casi siempre, el catarro no, como os podéis figurar.

Si á pesar del temperamento bilioso y la gota del Dr. Rocco, el Sr. Rómulo Affanni y el Sr. Joaquín Poma habían deseado, primero como una felicidad y después obtenido como una gracia, almorzar y comer por un tanto diario en su casa, diréis que esto había de ser una calamidad de marca mayor.

Las calamidades verdaderamente eran dos: la señora Tranquilina, mujer del Dr. Rocco, y su hija Amalia, «la muchacha más bonita de todo el universo.»

Antes de que la ira contra la lluvia y la nieve hubiese vencido al rencor contra los hombres é inducido al Dr. Rocco á trasladarse del campo á la ciudad y residir en Milán ocho meses del año, el Sr. Rómulo y el señor Joaquín habían tomado tiempo hacía el sabio partido de juntar sus malos humores y sus achaques, y hacer

vida común como dos estudiantes de la Universidad.

Les había movido á ello el observar muchas cosas; por ejemplo: está probado que en el café no se puede permanecer dos minutos seguidos ante una mesa sin recibir las caricias de un aire pérfido lleno de reumatismos; en el casino hay que charlar, con gana ó sin ella, so pena de ser arrinconado entre los inválidos; después los días de viento, de lluvia y de nieve, llega uno allí medio vivo y vuelve á casa medio muerto.

No era esto solo: la noche del estreno de una ópera nueva en el teatro de la Scala, Joaquín había tenido que despertar tres veces á su amigo Rómulo que dormía en brazos de su butaca, y Rómulo había hecho igual servicio á su amigo Joaquín una vez sola, es verdad, pero en el instante mejor, durante un baile de sacerdotisas. En fin, no pasaba semana sin que Joaquín y Rómulo dejasen de soñar en tener una casa para ellos, una familia propia, esto es, mujer y media docena de hijos de ambos sexos... ó por lo menos la media docena de hijos sin la mujer. Joaquín, una de aquellas noches de venturosos ensueños, había sido padre de un chiquillo muy inteligente, que declinaba *Rosa Rosæ*, y Rómulo había tenido en la misma noche una niña preciosa, rubia como una espiga madura, blanca como el alba y melancólica como el ocaso.

—Creo yo—observó suspirando Rómulo—que hemos logrado ver en sueños lo que debían realmente ser nuestros hijos. Si así fuese, ¡qué rubia celestial has perdido, mi querido Joaquín!

—Así será, no digo que no—respondió el Sr. Poma atusándose un par de bigotes que todavía se rebelaban á los sesenta años.—Así será, porque yo también veo mis hijos tal y como hubiese procurado tenerlos; y estoy seguro, me parece al menos... sí, tengo idea de que hubieran salido muy bien; ¿qué me dices?

Rómulo decía siempre que sí, incluso cuando sus

fantasías, filosóficas y sentimentales, no le permitían seguir los tortuosos giros de las frases de Joaquín. Éste, por su parte, nunca oponía á las divagaciones de su amigo uno de aquellos *no*, declarados y crueles, con los cuales se agrian las discusiones y se ponen en peligro las amistades. Por el contrario, cada vez que Rómulo, mirando los insectos, las yerbas, las nubes ó las estrellas, hallaba una idea curiosa y la exponía, al principio tímidamente, y después, poco á poco, cobraba ánimos por el silencio de su compañero, y en un abrir y cerrar de ojos soltaba su caprichosa hipótesis y se detenía al fin, aturdido de su propia audacia; cuando Rómulo hacía todo esto, repetimos, podía estar seguro de que Joaquín Poma no decía que no; únicamente aprovechaba aquel primer instante de silencio para disponer la declaración de un nuevo aspecto de sí propio.

Todo esto resultaba muy agradable, como os podéis imaginar, porque Joaquín no era de esos vanidosos vulgares que ostentan y cuentan todo su valer en pesetas y céntimos; Joaquín tenía modestia, pudor y dignidad, y sabía con cuántos miramientos deben ser tratadas estas virtudes, que al fin y al cabo eran cosa suya; tomaba por la mano los elogios que su conciencia le decía que había merecido, los conducía por un laberinto de dubitativos y condicionales, disfrazándolos de mil modos, envolviéndoles en cien frases modestísimas, hasta que á fuerza de reticencias y excusas, llegaba el momento oportuno de presentarlos al prójimo con una sonrisa de resignación que parecía significar: «No puedo remediarlo, me pertenecen.»

Á veces, el elogio que á sí mismo se debía, adaptábase á ser lanzado como una impertinencia ó á ser puesto bruscamente de relieve como una censura, engrosando un tanto la voz, pero tal fortuna no llegaba todos los días.

Sea de ello lo que fuere, Rómulo durante la declara-

ción pensaba en sus cosas y al cabo decía que sí. Joaquín y Rómulo habían nacido, como ustedes observarán, para entenderse.

Una hermosa mañana, pues, el Sr. Poma habló así al Sr. Affanni:

—Mi querido Rómulo, tienes sesenta años cumplidos; no digo que sean muchos... los años nunca son muchos cuando uno los lleva bien, y tú los llevas admirablemente; casi estoy por decir que yo, que tengo cincuenta y nueve, parezco más viejo... No digas que no... lo reconozco. Por poco que duerma mal ó que haga mal la digestión, ya se diría que tengo dos años más que tú. En fin, no insistamos; los años nada importan; lo que importa es el aburrimiento. Yo me aburro, ¿y tú?

—Yo también.

—Perfectamente. Cuando vuelvo á casa por la noche encuentro las habitaciones vacías, frías, el criado dormido en la antesala, y siento que aquel vacío y aquel frío me penetran hasta el corazón. ¿Y tú?

—Yo también.

—Tengo una idea: ¡pongamos casa! Los reumas del café no irán á buscarnos, pero los amigos del Casino sí. Me parece que tú y yo congeniaremos muy bien; nos conocemos; no necesitaré mucha indulgencia para excusar tus defectos, y tú acaso no tendrás necesidad de mucha... para excusar los míos.

Al hablar así sonreía. ¿Por ventura no era claro como la luz del sol que sus defectos no eran sino hechiceras cualidades?

—Estamos de acuerdo—dijo Rómulo.

Y lo estuvieron. La intimidad les descubrió que tenían más puntos de semejanza de lo que creían ellos mismos; sus opiniones religiosas y políticas y las demás opiniones olvidadas que vuelven á encontrarse á los 60 años, eran idénticas. Rómulo y Joaquín podían

saborear la única, incomparable y útil dulzura de las discusiones: la de caminar metafísicamente del brazo por vías conocidas de entrambos, mostrarse con el dedo horizontes nuevos, ver las propias ideas con diferentes aspectos, y adoptar dilemas convincentes, triunfantes, invencibles, para convencerse por turno de lo que era para los dos artículos de fe.

Si alguna vez abríanse por un momento ante ellos dos vías opuestas, eran sendas caprichosas, vereditas de pocos pasos, tras de las cuales los compañeros de viaje tomaban de nuevo, asidos del brazo, el camino real.

La imagen de las veredas no es nuestra. Joaquín fué el primero que la halló; Rómulo le había seguido lleno de buena voluntad, y entre los dos, corrigiendo, arreglando y recomponiendo, habían acabado por sentenciar, también de común acuerdo, lo siguiente:

«Hay dos maneras de discutir: tomar por la misma vía al mismo paso, sosteniéndose, iluminándose y confortándose alternativamente, que es la discusión útil. La otra manera empieza por una encrucijada; nadie sabe cuándo acabará; cuanto más uno adelanta más se aparta del otro; tú hablas y yo no te escucho, porque pienso en lo que diré cuando te calles; si tardas en callar te interrumpo; no me prestas atención, me interrumpes, hasta que estamos tan lejos, que ya no es posible que nos entendamos. Nos separamos, y es la hipótesis más favorable, sin decirnos «imbécil!» en voz alta, pero diciéndonoslo muchas veces en voz baja, y cada cual con la misma opinión que antes tenía; esta es la discusión inútil.»

Esta especie de discusión no la entablaban jamás los dos amigos.

Ambos padecían de insomnio; en las largas noches de invierno, durmiendo en el mismo aposento y en camas gemelas, se despertaban, se mantenían silencio-

sos algún tiempo para no molestarse, y después Rómulo suspiraba: *¡Joaquín!* y Joaquín saltaba como un muelle diciendo: *¡Rómulo!*

Encendían luz y empezaban á charlar; por ante los ojos de aquellos dos viejecillos, olvidados del reuma, pasaba una procesión de fantasmas del pasado.

Joaquín, á pesar de su aspecto negligente, tenía escrito un poema; cada noche recitaba un canto y no lo agotaba nunca; ¡era un poema eterno! ¡Dios santo! ¡qué de cosas había hecho Joaquín!

Rómulo, no: ¡pobrecillo! su vida había sido contemplativa; sus empresas sin heroísmo; sus conquistas fáciles, y no porque hubiera sido irresistible, sino porque siempre había puesto sitio á fortalezas rendidas por el hambre. Sentíase contento—ingenuamente lo manifestaba—de no haber hecho llorar á mujer alguna el día de abandonarla; de no haber causado el menor menoscabo á ningún marido, de no haber ofendido, violado ó profanado nada.

Con tan felices disposiciones—diréis—¿por qué no se había casado?

El mismo Joaquín le había hecho repetidas veces esta pregunta, y siempre habíase creído obligado á contestar primero á pregunta idéntica que se le podía dirigir á él mismo.

Él, como se comprende, no se había casado, porque casi todas las mujeres que se habían enamorado perdidamente de él, estaban ya casadas. Una, que habiendo enviado su marido al otro mundo, quería otro de éste, y confiaba en él, en Joaquín, por poco no se hace sacar los ojos por no sé cuántas bellas abandonadas. Joaquín, para conservarle la vista, la había dejado casar con otro: la pobrecita había llorado mucho, pero al cabo y al fin, para esto tienen los ojos las mujeres, y peor hubiera sido dejar que se los arrancasen y no haber podido ya llorar nunca.

Así, pues, si Joaquín se dolía de no tener esposa é hijos, era con fundamento. ¿Pero y Rómulo?

Rómulo á los treinta años hacía versos todavía á una criatura de ideal perfección que no esperaba hallar en esta tierra: aplicaba desaforados finales á ciertos sonetos repletos de metáforas; escribía canciones, á cuyo final se encomendaba inevitablemente al céfiro, y soportaba las burlas de los amigos chanceros con admirable estoicismo. No había encontrado aún la doncella, rubia como la espiga madura, pálida como el alba y melancólica como el ocaso.

Á los treinta años la encontró; ella tenía veinte, se llamaba Tranquilina, era morena y no tenía nada de melancólica. Hubo algún desconcierto en el Parnaso de Rómulo; el alba pálida y el melancólico ocaso, no decidiéndose á marcharse del todo, hubieron de conformarse con ser alba sonrosada y ocaso de fuego, pero ésta fué la única concesión. En recompensa Rómulo vió venir hacia sí una multitud de ideas vivaces, de imágenes llenas de vida; todos los cupidillos del mundo de la retórica se agruparon en torno á su escribanía.

Amó, cual en rima había dicho que él solo era capaz de amar; esto es, «desesperadamente»; permaneció, con escándalo del vecindario, las mañanas enteras bajo de una ventana del tercer piso, únicamente para ver aparecer detrás de los cristales el rostro de la dama de sus pensamientos—y hay que tener en cuenta que lo adivinaba, no lo veía, porque era miope; adquirió la astucia de un diplomático para introducirse en casa de ella y al cabo consiguió verla de cerca, estrechar su mano, sentarse á su lado y hablarle sin reticencias... del tiempo reinante que era capaz de acabar en lluvia.

Se entendieron, se gustaron y se quisieron. Tranquilina hubiera hecho por Rómulo todo lo que le es lícito á una muchacha: se hubiera dejado casar. Ró-

mulo hubiera dado por Tranquilina... no sé qué hubiera dado... cien gotas de la sangre de sus venas, cien sonetos de consonantes forzados, todos con el acróstico *¡Oh Tranquilina!*, pero en casarse ni pensaba. Había oído hablar tan mal del matrimonio á sus amigos solteros, que sin haberlo visto nunca de cerca, sentía por él un pavor misterioso y saludable; él solo pedía poder amar á Tranquilina en esta vida y en la otra. No era poco.

Presentóse un rival: un físico de regimiento: éste era hombre experto y decidido; apenas le pareció sentir en el pericardio los síntomas del mal, hizo la operación en regla; pidió á la muchacha en matrimonio.

La respuesta de Tranquilina fué una negativa cortés; pero el Dr. Rocco no se amilanó; sabía que estaba enfermo y que el medicamento indicado para su enfermedad se llamaba Tranquilina; se hizo asiduo: procuró mejorar de modales, de lenguaje, de aspecto. Después de todo, no era feo... nada de eso... le sentaba muy bien el uniforme.

La furia de los celos penetró en el pecho de Rómulo; cada día exigía á Tranquilina que le prometiese amor eterno, á pesar de lo cual cada noche maldecía su destino en versos desenfrenados.

Vino un triste día, lunes, en el cual el padre de su adorada—¡oh, por qué las adoradas tendrán padre!—en el cual aquel vulgar progenitor habló á Rómulo en prosa, y muy en prosa, de este modo:

«Mi hija está en edad de tomar marido; soy viejo y no quisiera irme del mundo sin haberla visto casada; el doctor Rocco me ha pedido su mano; mi hija dice que no; es muy dueña de decirlo. Me he encontrado con un soneto acróstico de usted; lo he leído con el mayor gusto—ha puesto usted en él metáforas atrevidas;—espero que todo se podrá arreglar perfectamente; nada tengo que oponer, pero mientras tanto es

preciso que interrumpa usted sus visitas porque darían que hablar á la gente.»

El dilema era claro: ó casarse con Tranquilina ó dejar que se casara con el Dr. Rocco.

Un amigo del Casino, al cual pidió consejo el más desesperado de los Rómulos, soltó el trapo á reir escandalosamente, y declaró *in continenti* que el tal dilema era chusco. Y volvió á reir, y Rómulo rió también, mas por la noche lloró como un niño.

Seis meses después el Dr. Rocco, completamente curado, hacía un viaje circular por Italia, llevaba del brazo á su esposa, y Rómulo soltaba un canto fúnebre sobre la tumba de su amor.

En lo sucesivo, cuantas veces le sucedió encontrarse con jóvenes rubias como las espigas maduras, pensó en Tranquilina que era morena, y permaneció soltero.

—¿El doctor Rocco era Trompeta de apellido?

—Era Trompeta—suspiró Rómulo.

—Entonces lo he conocido... desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente?...

—Para él... Nos encontramos en Génova, donde él estaba de guarnición. Tuvimos un desafío. ¡Qué extraño suceso!

Rómulo palideció.

—Tranquilízate—dijo su amigo—no he visto nunca á la señora de Trompeta.

¡La señora de Trompeta! ¡Ah! este nombre que hacía sonreir á Joaquín, llegaba hasta el fondo del viejo corazón de Rómulo!

¿Cómo había pasado lo del desafío?

De este modo: Joaquín y Rocco se encontraron en el café. Rocco decía negro de una cosa que á Joaquín le parecía blanco: el último no insistió mucho en sus observaciones, porque al fin y al cabo le era indiferente y no esperaba en modo alguno hacer cambiar de opinión al prójimo; pero el doctor se obstinó y el se-

ñor Poma hubo de decirle que lo dejaba dueño de todos los colores del arco-iris y que podía emplearlos como le acomodase. Rocco montó en cólera; Joaquín no había tenido nunca un duelo y en la sala de armas (esto era notorio) aventajaba al mismo profesor; sin acalorarse, pues, declaró á su contendiente que «estaba á sus órdenes». El Dr. Trompeta quedóse hecho de piedra porque no esperaba semejante salida, pero al día siguiente envió sus padrinos. Batiéronse á sable, y como uno de los dos tenía necesariamente que cortarle algo al otro, Joaquín le cortó un brazo á su adversario.

Decía el héroe todo esto con la mayor desenvoltura, sin tomarse el trabajo de leer en el semblante de su compañero el horror que semejante proeza le inspiraba.

—Lo que hay es que corté un poco demasiado—prosiguió—porque el doctor dijo que tenía perdido el brazo y se encolerizó con el médico joven que lo asistía, y que al curarle se aventuraba á darle algunos consuelos... ¡Cuando te digo que hay coincidencias raras!...

—¿Y tú?—preguntó Rómulo horrorizado.

—Le apreté la otra mano... los padrinos declararon que nos habíamos portado caballerosamente... y nada más. Me marché de Génova... ¿No es verdad que parece una novela todo esto?

—¿Y no sabes si verdaderamente ha perdido el brazo?

—No—balbuceó Joaquín—no pensé en averiguarlo; hice mal.

—Sí, hicistes mal.

Callaron. Joaquín estaba violento, daba vueltas en la cama, esperando que su amigo le dijera algo; pero su amigo no le decía nada: pensaba en el Dr. Rocco y en Tranquilina.

—Porque uno se llame Trompeta—saltó de pronto

Joaquín—no ha de tener derecho á estar bramando todo el día como un toro. En este mundo hay que enterarse de las cosas... ¡Qué hubiese hecho si se hubiese llamado Trompón? Sostengo que merecía una leccioncita.... Quisiera—ahora lo pienso—quisiera no habérsela dado yo; pero en resumidas cuentas, si ha perdido el brazo es porque no lo ha sabido conservar.

Romuló no contestó, y Joaquín probó á dar otra vuelta.

Aquella noche no apagaron la luz, porque á entrambos les hubiera sido imposible dormirse. Al amanecer cogieron un poco el sueño, pero Joaquín soñó con el Dr. Rocco y su brazo colgando, y Rómulo vió á Tranquilina llorosa.

Una semana después de esta noche de confesiones, los dos inseparables cruzaban la Galería (1), como era su costumbre. Joaquín, que era muy bajo, elevaba una porción de palabras hasta los oídos distraídos en aquel momento de Rómulo, que era muy alto. De improviso se paró Joaquín; y su compañero, imaginando que esto era un habitual artificio retórico para obtener mejor su aprobación, dijo que sí con la cabeza y prosiguió. Pero Joaquín no se movía; era todo ojos mirando una pareja que pasaba en aquel punto: una mujer de unos cincuenta años que llevaba del brazo un marido rechoncho, amarillento y maduro como una manzana demasiado madura.

—¡El doctor Rocco!—exclamó Joaquín.

Aquella pelota animada cesó de moverse, se detuvo á mirar cara á cara al hombrecillo que lo llamaba por su nombre y lo reconoció.

—¡Por la sangre de una lanceta!—gritó.—No me equivoco..... es él; él en persona, el señor Poma.

---

(1) Alude el autor, por antonomasia, á la famosa *Galería Victor Manuel*, de Milán, punto habitual de paseo.

Han pasado años..... pero no le he olvidado, no.

Y volviéndose á su mujer, añadió:

—¡Sabes! es aquel que me cortó el brazo...

Esta presentación acabó en un minuto con el sosiego, la palabra y hasta el aliento del señor Poma, el cual hizo el primer saludo torpe de toda su vida; después miró á una y otra parte buscando su perdida desenvoltura.

—Ya no he podido servirme de él—continuaba el doctor Rocco, mostrando el brazo rígido—no ha querido doblarse nunca más; como que me cortó usted un tendón.

Joaquín hizo un esfuerzo poderoso y se volvió para llamar á su amigo, que permanecía inmóvil, fijando sus atónitas miradas en aquella visión.

—Rómulo, ven aquí.

Rómulo fué, ¡cómo le palpitaba el corazón!

—Rómulo, tú debes conocer al señor Trompeta; y dirigiéndose al viejo doctor, agregó:

—El señor Affanni.

Éste, al lanzar una furtiva ojeada, habíase encontrado con la mirada serena de Tranquilina y se había puesto colorado.

—Me parece... ¡no sé si...!—bramó el marido.

—Sí, Rocco—dijo Tranquilina—el señor venía á casa de mi buen padre; debes de haberlo visto alguna vez...

Pero Rocco no se acordó ó no quiso acordarse, y el pobre Rómulo quedó sin ser reconocido.

El encuentro, por lo demás, había alegrado al doctor Trompeta; y como estaba seguro de no ser egoísta, y algunas veces le gustaba compartir sus alegrías con el prójimo, se lo dijo claramente á Joaquín:

—No puede usted imaginar el placer que me ha proporcionado; me parece que estamos aún allí—y avanzando el brazo sin doblarlo, simuló atrevidamente el acto de ponerse en guardia, á riesgo de rodar por

el suelo—de estar aún allí, con un brazo de más y la gota de menos; porque tengo también la gota... La Providencia, como ustedes saben, es muy bromista, y cuando está en vena de chanzas, da gusto... ¿Había cosa más divertida que privar de las piernas á una persona decente después de haberle hecho cortar un brazo? Pues esta gracia providencial me ha tocado á mí...

Al hablar así, alzaba la voz y lanzaba miradas fulminantes á la techumbre de la Galería. ¿Cómo responderle? Joaquín ni respiraba, y Rómulo miraba al soslayo las facciones apenadas pero serenas de Tranquilina.

—Venga usted á verme, amigo mío, venga usted a ver á su inválido; y usted también, señor mío; vengan, vengan ustedes. Calle de la Cierva, n.° 11; charlaremos; de noche no salgo; la humedad no conviene á la gota. ¿Me sabrán ustedes decir si hay algo que convenza á la gota? Con que, estamos conformes. Calle de la Cierva, n.° 11. Los espero...

Los dos amigos, al quedarse solos, permanecieron algunos momentos silenciosos y graves.

—Joaquín—murmuró al cabo Rómulo, con voz cariñosa—¿en qué piensas?

—Pienso... en el desgraciado del doctor. ¡Á qué extremo ha llegado! ¡Y pensar que quizá soy yo causa de todo!

—¿Le has enviado tú acaso la gota?

—La gota no, pero el brazo. ¿Lo has visto? Veinte años hace que no lo puede doblar. ¡Me causo horror!

Por fortuna Joaquín era hombre de fibra, y se rebelaba él mismo contra las injusticias que se hacía á sí propio.

—¡Qué cuchillada la mía tan tremenda! Me acuerdo, como si la hubiera dado esta mañana, que fué una cuchillada de abajo arriba, una cuchillada preciosa, así, con un movimiento imperceptible. ¡He tenido siempre gran fuerza de puño...!

Rómulo estaba ya muy lejos con el pensamiento; por centésima vez se decía:

«¡Está siempre hermosa!»

El doctor Rocco no hacía nunca las cosas á medias; la primera vez que los dos inseparables fueron á su casa, les confió un secreto: según dijo, no le había bastado la gota á la misericordia celeste, y le había añadido un poquito de asma, algún desarreglo gástrico, producido por un poco de daño en el piloro; algo de inflamación del hígado é hinchazón del bazo. Cuando hubo persuadido á sus visitantes de que debían ver en él un fenómeno de la divina omnipotencia, esto es, una clínica hecha persona, los invitó á comer.

En la mesa volvió á su tema; probaron los otros á apartarle de él, á sacar conversaciones más digestivas; imposible; cada plato que servían era ó no higiénico para este ó el otro órgano, y como el doctor Rocco no tenía órgano en el cual no se hubiese recreado un poco la Providencia, abundaban los pretextos para truncar cualquier otro conato de conversación.

Los comensales concluyeron por donde debían haber empezado; por no hacerle caso. Contemplaban entrambos la dulce serenidad con que Tranquilina sonreía de vez en cuando, diciendo de su insufrible esposo: «—Hoy está de buen humor.» Joaquín entonces se acordaba de Rómulo y éste se apresuraba á fijar los ojos en el plato.

Una vez dijo el doctor:

—Tranquilina, no tengo ya pan; haz el favor de cortarme un poco: yo no puedo.

Y en realidad, daba fatiga verle intentar sostener el pan en la mano derecha y cortarlo con la mano manca.

Joaquín se ofreció, balbuceando, á servirle, y el doctor riendo á su manera:

—Bravísimo—dijo—cuando está aquí Amalia me

ayuda ella; pero hoy se ha quedado á comer en casa de una amiga de colegio. Gracias, Tranquilina, gracias—añadió suavizando el acento—deja que el señor lo haga; es su castigo... ¿Quién lo diría?

Y reía con la boca cerrada; á Joaquín le latía el corazón.

—Tranquilina—dijo aquél poco después.—Tranquilina, me ha caído la servilleta;—y, mientras la excelente mujer se inclinaba para recogerla, él, bajando un poco la voz, añadía: «—Es una perla.» Entonces era Rómulo el que sentía gran alboroto en el corazón.

Cuantas veces perdía el mísero la memoria de sí propio, mirando extático á la que hubiera podido ser su Tranquilina, parecía que adrede la voz del doctor Rocco pronunciaba con un pretexto cualquiera: «Tranquilina mía».

Si la comida no fué de las más alegres, la velada fué una verdadera fiesta; ante todo el doctor Rocco, como marido seguro de sí mismo, hizo la cuotidiana quimificación, mediante el acostumbrado sueño; después Rómulo, auxiliado por el amigo Joaquín, pudo decir algunas palabras á Tranquilina, palabras que eran para los demás indiferentes, pero que, dentro de él, sonaban como una música; por último, en el momento mismo en que el doctor iba buscando pretextos para montar en cólera y decirle cuatro impertinencias higiénicas al Padre Eterno, en aquel mismo momento entró Amalia: «la muchacha más bonita de todo el universo.»

Así es que por la noche, en su solitario aposento, Rómulo suspiraba—lo cual se comprende—y Joaquín también, lo cual ya era más raro.

—En el fondo—decía—el doctor Rocco es una persona excelente; empieza á estar viejo y se halla verdaderamente en un estado que da lástima. Le corté un brazo y no me lo perdonaré nunca. A quien me hubie-

se dicho que el primer duelo había de darme el primer remordimiento... le hubiera mandado mis padrinos... Yo entonces me arrebataba fácilmente; no tanto, sin embargo, como el doctor Rocco...

—Sí, debe de ser, en el fondo, una excelente persona —repetía Rómulo distraído.

—Además, la hija es adorable.

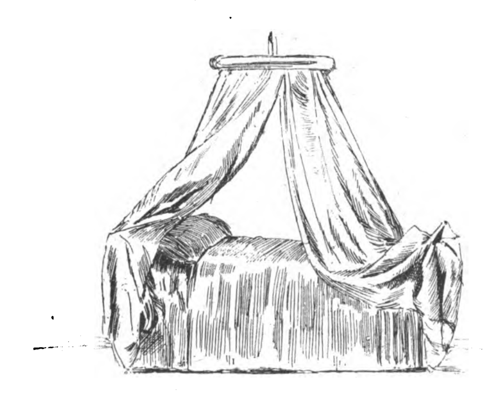
—La muchacha más bonita de todo el universo—añadía el otro. saliendo de su distracción.—El retrato de su madre cuanto tenía veinte años...; y aún está guapa su madre!...

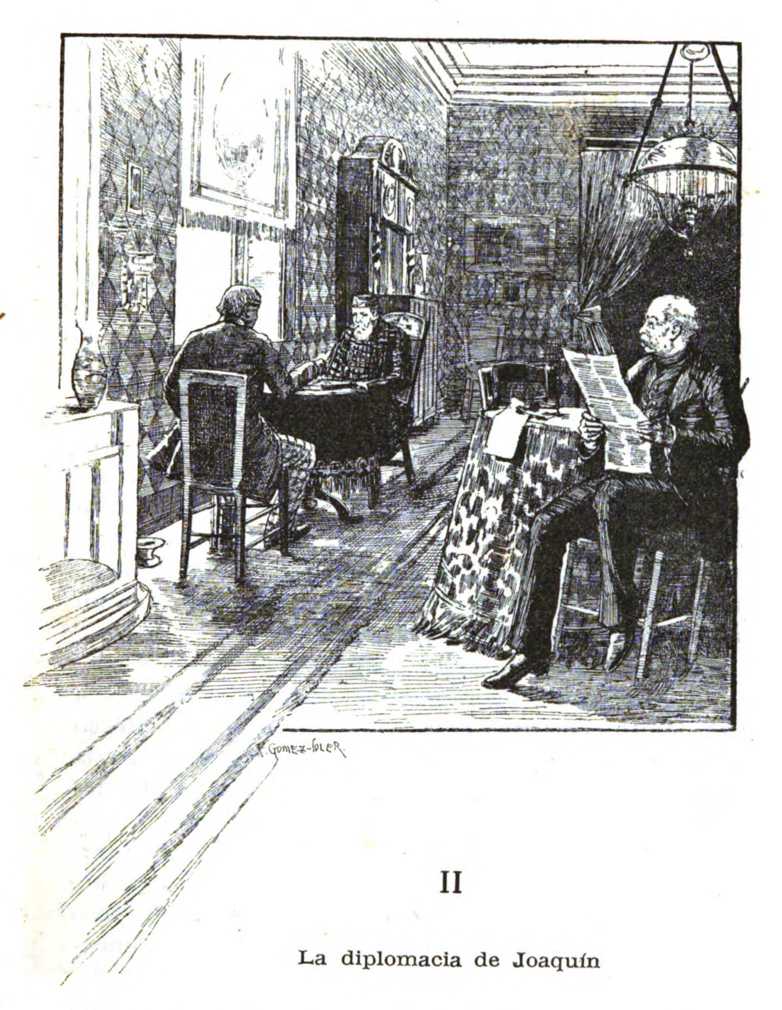
En el mismo instante el doctor Rocco le decía á su mujer:

—El señor Poma no me desagrada, pero aquel señor Affanni, tan largo como un afán, aquel Rómulo que no acaba nunca, no lo puedo atravesar. ¡ Valiente marido te hubieras echado con él, si no lo hubiese remediado yo! Conservo siempre como una reliquia aquel soneto suyo que empieza... aguarda... empieza así:

«Como el ala del cuervo sus cabellos...»

—«Cual nieve sus mejillas»—añadió Tranquilina sin titubear.—Pero la noche está fría: ya es hora de que te metas en cama.





II

La diplomacia de Joaquín

Qué charlatanes! ¡Qué fastidiosos! No nos los podemos quitar de encima. ¿Si tendré yo imán?... Y cuando vienen, echan raíces; no se van nunca... Hay que hacer con ellos como con los chiquillos; mandarlos fuera. Tu Rómulo comprendo que venga; apuesto á que compone sonetos todavía para hacer reir á la

gente... es un niño grande; aún no estoy seguro de que haya acabado de crecer, y ya es hora que acabe... Pero el otro, ¿qué viene á hacer aquí el otro todo el santo día, como no sea á contemplarme cual trofeo de su victoria?... Verdad es que esos dos, no son dos; son un par.

El doctor Rocco hablaba así, en parte por su costumbre de estar siempre descontento, y en parte por echárselas de humorista, que era su fuerte; pero la verdad era que aquel par de fastidiosos le habían llegado como llovidos del cielo.

Había conseguido poder agarrar á Joaquín con su brazo inválido y sabía de memoria la receta para poner colorado como una amapola al desdichado Rómulo; habíase hecho de sus nuevos amigos una corte y un público. Cuando se encolerizaba, tenía dos víctimas al alcance de la mano; y cuando tenía gana de reir, un auditorio benévolo para sus gracias.

Los dos amigos lo soportaban todo.

Joaquín perdía alegremente al dominó, al ajedrez, á las damas, á la brisca y al tresillo; y al doctor Rocco le agradaba cambiar de juego á cada momento en la velada, para saborear varias dulzuras de un triunfo solo.

Alguna vez, muy rara, la vanidad de Joaquín, herida por la mofa del vencedor, hacía que diese jaque mate al adversario ó que se le comiese una dama; pero entonces oscurecíase el semblante del doctor Trompeta. Primero aducía mil excusas para explicar su derrota; ya la mala luz que no le dejaba ver bien el juego; ya una palabra de Rómulo que le había distraído; después, desesperando de ganar la partida, miraba torvamente al enemigo, se atrincheraba en sus desastres, y, buenas noches, nadie le sacaba ya una palabra del cuerpo hasta que decía:

—Muchachos, es tarde; ya es hora de irse.

Rómulo fué el primero que—un día que el arroz estaba demasiado cocido y las espinacas no sabían á nada—Rómulo fué el primero en darse cuenta de que, al salir del *restaurant*, uno no puede decir que ha comido sino que se ha alimentado.

—Comer—observó Joaquín—significa propiamente saborear las dulzuras de la mesa, hallarse en grata compañía; comer arroz que no esté demasiado cocido y espinacas que sepan á algo, y sazonar todo esto con el buen humor y la conversación entretenida.

Con este motivo le ocurrió á Joaquín una idea magnífica: ajustarse en casa de Trompeta y comer el arroz y las espinacas del doctor, que tenía un cocinero excelente.

—Dirá que no—manifestó Rómulo.

—Lo mismo temo; mejor dicho, estoy seguro. Para llegar al doctor Rocco hay siempre que pasar por un *no;* pero quizá cogiéndole en un momento propicio....

Por la noche Joaquín se hizo jaque mate tres veces seguidas; se dejó ganar ignominiosamente al dominó y á las damas; recibió, como un verdadero estoico, una rociada de injurias é impertinencias; pero al cabo de todo esto y bajo el cúmulo de chistes del doctor, pudo hacer llegar hasta él un especie de gemido que pedía de comer.

El doctor estaba de muy buen talante; dijo que sí de buenas á primeras.

Al volver á casa, de bracero, Rómulo interrogó á su amigo:

—¿Cómo te lo has arreglado para arrancarle aquel *sí?*

—Muy fácilmente; le he puesto en la alternativa de elegir entre un *no* mezquino y un *sí* lleno de grandeza.

—El *sí*—interrumpió Rómulo creyendo haber tomado el hilo de una de las habituales ideas comunes á

entrambos—el *sí* es á menudo más generoso y más grande que el *no.*

—No á menudo; algunas veces; hay *sís* y hay *nos.*

—Grandes y chicos.

—Déjame hablar.

—Dispensa; déjame hablar á mí; me ocurre una idea; de esas que se escapan fácilmente... En general el *no* de los grandes es pequeño y el *no* de los pequeños es grande.

—Ciertísimo; porque al decir *sí* cuando se es pequeño, se peca muchas veces de debilidad, mientras que al dejarlo caer de lo alto parece generosidad... Yo he puesto sobre la cabeza calva del doctor Rocco el laurel de los guerreros. Los triunfadores romanos decían siempre que *sí*. La historia así lo demuestra.

—La historia es la maestra de la vida—dijo finalmente Rómulo riendo.

Desde el día siguiente fueron ambos amigos comensales de la familia Trompeta.





III

Fatigoso viaje á través de un periódico

UNA noche los dos inseparables estaban sentados delante de la chimenea, á los lados del doctor Rocco, que tenía puestos los pies en la ceniza sin lograr calentárselos. Joaquín, como de costumbre, leía el periódico en voz alta, y Rómulo, fingiendo que escuchaba, seguía con el rabo del ojo una sombra móvil, que iba y venía por la habitación. Algunas veces, al acercarse al fuego porque tenía frío ó al apartarse por-

que se había calentado bastante, hallaba manera de lanzar una fugitiva mirada á ella, á ella misma, á Tranquilina, después de lo cual suspiraba profundamente con la boca cerrada.

Usando de estas tretas, haciendo salir los suspiros por la nariz para que no los advirtiese nadie, y, sobre todo, siendo siempre el primero á dar la razón al señor Trompeta, lograba entregarse á la contemplación de su ideal, disponer en la mente el altar de su memoria y oficiar en él sin que lo perturbasen. Tocante á sentarse al lado de Tranquilina y hablarle de los ensueños que entrambos habían hecho, veía en ello infinidad de peligros que en realidad no existían, y sentía una porción de escrúpulos, inútiles en grado superlativo. Si al menos hubiese podido saber cómo había transcurrido para ella la vida al lado de aquel hombre! ¿Había sido feliz? ¿Cuántos dolores le habían tocado en suerte? ¿Con qué consuelos los había medicinado? ¿Qué había hecho para conservarse siempre buena y hermosa?

Á la cola de tantos deseos, que Rómulo manifestaba sin ruborizarse á su amigo Joaquín, venían cien más que apenas se atrevía á confiar á sí mismo. ¿Se había acordado ella siempre de él? Ó por lo menos ¿había pensado en él alguna vez? ¿Le había quedado en el corazón una... la... algo, en suma de...?

Una esperanza le halagaba; con el tiempo, quizá en un día no lejano, conseguiría mirar aquel fantasma querido sin que le temblase todo el cuerpo y ser el confidente respetuoso de Tranquilina.

Porque, solamente con que ella se decidiese á decirle: «¿Quiere usted mi amistad?» él se sentiría con fuerzas para renunciar á su ideal, para ahogar en germen un engendro tardío que se nutría de aquel su grande amor difunto.

Sí, él comprendía que tendría hoy y que podría tener mañana este valor terrible.

Joaquín, pues, leía el periódico; había atravesado felizmente las partidas carlistas de España y el doctor Rocco se había contentado con decir á las grandes potencias que acabasen con ellas; había leído los despachos que, como de costumbre, se contradecían, y se había metido valerosamente en el avispero de la *Crónica local.*

Aquí el doctor estaba en su elemento; tenía siempre á punto una ironía nueva para declarar que todas las picardías terrestres continúan porque el Padre Eterno chochea.

Aquel día habían cogido á un chicuelo con las manos en la faltriquera del prójimo; había caído un viejo bajo las ruedas de un coche; habían sacado del canal, ya muerto, un individuo que se había arrojado en él la víspera. El doctor Rocco mostraba una sonrisita amarga en los labios y levantaba la cabeza hacia el techo, como si el que está arriba viese así mejor el concepto en que él lo tenía.

—¡Bonita hazaña!—exclamó al cabo—¡muy bonita! decirle á un rapazuelo hambriento que meta las manos en los bolsillos de un señor muy repleto y hacer que pase al propio tiempo un agente de orden público ocioso. ¡Linda empresa! ¡digna en verdad de un Dios omnipotente! poner sordo y malo de los pies á un viejo y hacerle salir de casa, justamente en el momento oportuno para empujarlo bajo las ruedas de un coche: ¡linda, muy linda empresa! Y la escenita del canal, ¡qué ingeniosa y aguda! verdad es que se repite con frecuencia, pero no cansa; siempre gusta. ¡Ah! ¡qué bromista es el Padre Eterno!

Sus cóleras cuotidianas contra el Padre Eterno, escondían una teoría, hasta una religión; el doctor Trompeta era materialista; no había otro más materialista que el doctor Trompeta; si la materia no existiese, la hubiera puesto en el mundo el doctor Trom-

peta. Sin embargo, sus imprecaciones figuradas no surgían hasta después de comer, y cuando alzaba el puño hacia el techo, no hacía más que una metáfora. Esta necesidad de desfogar su propia impotencia con alguien que fuese omnipotente no perjudicaba á sus creencias, tanto más cuanto que él escribía siempre *dios* con minúscula, solamente por darle en la cabeza.

Mientras el doctor Rocco expresaba sus comentarios á la Crónica local, Joaquín, con el periódico caído entre las piernas, movía la cabeza de una manera ambigua que debía dejarlo en paz con el doctor y con su conciencia; y Rómulo apretando los labios con apariencia de querer meditar, se fijaba impunemente en una sombra que se había parado de repente la mitad en la pared y la mitad en el suelo—haciendo que no con la cabeza: — la sombra de Tranquilina.

—¡La Providencia!—refunfuñaba el doctor Rocco—¡Bonita Providencia! ¡Providencia monísima! Pregúntenle ustedes á aquel señor que el año pasado se tiró de cabeza desde lo alto de la Catedral y á aquel otro que había venido de San Petersburgo exclusivamente para encontrarse en el momento en que le cayese sobre la nuca aquel bólido humano! ¡La Providencia de San Petersburgo le había hecho la maleta y la Providencia de Milán fué á esperarle á la estación!... Cuando ya no tenga respiración, porque á la Providencia le haya parecido bien cortármela, si nuestro *dios* existe, me tendrá que oir... y si ha hecho apuntar en el registro mis pecados, le diré al encargado de su maldita oficina que también yo tengo abierto un registro, un registro de poca monta y escrito de cualquier modo, como de un mísero mortal, pero donde pueden leerse algunas cosillas graciosas. Y le presentaré las cuentas del *debe* y del *haber*... ¡Eh, ya no me escucha, está por las nubes, ni me oye siquiera! Tranquilina, haz seña al señor Rómulo para que descienda...

El señor Rómulo descendió, y encontrándose de improviso en un mundo tan bajo, no supo qué decir, se puso colorado y balbuceó que la Providencia.....

—*Casamientos*—leyó la Providencia del amigo Joaquín

—Bravo; veamos los casamientos—dijo el doctor.

»—Camilo Soave, de 23 años, soltero, con Josefina Córsi, de 36, viuda.»

—¿Dónde tiene la cabeza este señor Camilo que se casa con una mujer tan madura?

Al señor Camilo le salió barata la broma gracias á Joaquín que siguió adelante.

»—Silvio Gioli, de 30 años, soltero, con Serafina Placidi de 19, doncella.—Sempronio Valli, de 55 años, soltero, con Amalia Remolli, de 50, viuda.»

—¡Viuda y de 50 años! ¡De cincuenta años y viuda! ¡Ahí está la Providencia! ¡siempre la misma! Todas las Amalias del mundo encuentran un Sempronio ó dos para casarse, y únicamente la mía que es bonita como...

—Un ángel—insinuó Rómulo.

—Buena como...

—El mazapán.

—Mejor aún; sólo ella que tiene talento, imaginación y gracia, no lo encuentra.

Hubo un momento de silencio tras del cual prosiguió el doctor:

—Como tengo gota, no puedo hacer nada; pero si yo tuviese las piernas de otros tiempos, juro á usted que pronto sacaría del café ó del casino un buen marido para mi chica; y cuando lo hubiese agarrado por la solapa y lo hubiese traído á casa, lo tiraría como un trapo á los pies de Amalia, diciéndole: «Tómalo; es cosa tuya; no ha venido antes porque es un majadero, pero está arrepentido; enamóramelo, vuélvelo loco, que lo merece; oblígale á dedicarte sonetos con acrósticos; si no sabe, que se ingenie como pueda, que busque un colaborador, y cuando haya descontado todos

sus pecados, consiéntele que se case contigo...» Pero las piernas me sirven mal y el brazo derecho no me sirve ni mal ni bien.

Joaquín suspiró; acaso porque creía que aquel brazo derecho servía aún perfectamente.

—Se podría...—aventuróse á decir Rómulo.

—Seguramente que se podría... que se puede, que se debe poder! ¿No son ustedes amigos de casa? ¿No le tienen ustedes algún cariño á la muchacha? ¿Y creen ustedes que cuando á la edad de ustedes se le tiene algún cariño á una muchacha, es bastante dedicarle un cumplimiento, una sonrisa ó un regalillo? No señor, lo que hace falta es encontrarle un marido, eso.

Nunca habían visto los dos amigos al doctor Trompeta de tan buen humor, ¡con decir que reía! Primero rieron también todos; luego Rómulo dijo entre bromas y veras:

—Hay que encontrarle marido y yo le tengo echado el ojo á uno.

Y Joaquín añadió:

—Yo lo tengo al alcance de la mano.





IV

Dos maridos á la vista

Al bajar la escalera de casa Trompeta, poner el pie en la acera de la calle y emprender el camino que los separaba de su domicilio común, Joaquín y Rómulo ya no se reían;—por el contrario, estaban serios como nunca y hasta un poco inquietos.

Andaban apresuradamente el uno al lado del otro, dando Joaquín tres pasos, mientras Rómulo daba uno y en silencio. En esto, Joaquín se paró en seco en medio de la calle, echó la cabeza atrás y dejó caer los brazos —mímica elocuente que en los discursos *ex abrupto*, puede muy bien servir de exordio;—pero Rómulo siguió adelante sin volver la cabeza y Joaquín hubo de echar á correr para alcanzarlo.

—¿Con que le damos marido á Amalia?—dijo de allí á poco.

—Pues... es decir... probaremos. ¡Quién sabe!... tú has dicho que le habías echado el ojo á uno.

—Era por decir: ¿tú tienes acaso alguno á la vista?

—¿Y tú?

Anduvieron un trozo más sin añadir palabra; caminaban en la misma dirección, por la misma acera; la manga de Joaquín parecía cosida al pantalón de Rómulo, y sin embargo nunca había estado más próximo á los dos inseparables el peligro de separarse.

—¿Cómo es tu pretendiente?—dijo Joaquín.

—No es un pretendiente.... pero confío en que será un candidato.

—¿Es rubio?

—No, moreno. ¿Y el tuyo?

—Moreno también. ¿Es rico?

—Rico... como el tuyo.

—Ya!... como el mío. Eso según...—exclamó Joaquín colgándose del brazo de Rómulo.—¿Y es guapo?

—Guapísimo y tiene un carácter dulce, generoso, modesto; es persona además de mucho juicio.

Al primer epiteto había Joaquín estrechado el brazo de Rómulo; al último lo soltó ¡ay! su candidato no era ni guapo ni de mucho juicio, y más bien era feo y algo loco, aunque no de peligro. ¡No había arreglo! preciso sería separarse: quedaba no obstante un común consuelo que sugirió Rómulo.

—No me digas quién es tu candidato; no lo quiero saber; y si lo tienes al alcance de la mano, tanto mejor, apriétala para que no se escape. Por lo demás, es una suerte poder presentar dos.

—Es lo que yo digo—añadió Joaquín;—es una suerte tener por lo menos dos; piensa si te ocurre otro, lo pensaré yo también. Si pudiésemos reunir media docena y hacer que desfilasen uno tras de otro delante de nuestra pequeña reina ¿qué mal habría en ello? Yo no veo ninguno; al contrario, el bello ideal sería formar dos regimientos de pretendientes, todos sanos, buenos mozos y robustos.... Pero dejémonos de bromas.... El marido propuesto no ha de gustar solamente á nosotros...

—Seguramente que no; ante todo ha de gustar á la muchacha; no es cosa de que se case con el primero que llegue.

—No, no es cosa de eso; tiene que escogerlo ella.

—Y si tiene que escoger ha de haber por lo menos dos candidatos; así pues, estamos en regla; yo tengo el mío, tú el tuyo.... ¿Cuántos años tiene el tuyo?

—Debe estar entre los treinta y cinco y los treinta y ocho, pero parece más joven. ¿Y el tuyo?

—Viene á ser lo mismo.

—¿Es sano?

—Como un pez. ¿Y el tuyo?

—Como un pez sano; de una robustez fenomenal.

—Como el mío; y de mucho talento.

—Justamente;—y Joaquín, colgándose de nuevo del brazo de su amigo, agregó:—¡Oh! la verdad es que....

—Y la estatura? ¿qué estatura tiene?—preguntó Rómulo con cierta ansiedad.

—Una estatura magnífica.

—El mío es más bien bajo.

—El mío más bien alto.

—¡Ah!...

—Muy bien! ¡perfectamente!—manifestó Joaquín un poco después.—Más vale así....

—Ya; más vale así—balbuceó Rómulo, no hallando el camino del pensamiento y buscándolo á tientas.

—Mejor es así—repitió el otro;—si tu candidato y el mío se pareciesen en todo, no serían dos sino un ejemplar doble de la misma persona.

—Serían un par. ¿Y quién tendría corazón de separarlos? ¿Y cómo había ella de casarse con los dos?

—Mejor es que el tuyo sea más bien alto y el mío más bien chico; nosotros no sabemos cómo lo querrá la muchacha.

—Lo querrá pequeño—dijo el señor Poma;—he reparado siempre que los hombres pequeños son afortunados con las mujeres.... Tu candidato será quizá el preferido; tanto más cuanto que es guapo y el mío, en realidad, no lo es.... pero en fin.... nunca se sabe lo que.... Más vale así.

—Más vale así.

Pero Joaquín suspiró sin advertirlo. mientras que Rómulo, más cauto, hizo salir el suspiro por la nariz. ¡No valía más, no! Por mucho que dijeran para convencerse, no sólo no se convencían, sino que cada vez estaban más persuadidos de lo contrario: esto es, que lo mejor hubiera sido ponerse de acuerdo acerca de la misma persona, asirla con cuatro manos, presentarla juntos, triunfar uno y otro ó ser rechazados entrambos para volver de bracero á hacer nuevas pesquisas, animándose alternativamente.

—Apuesto á que adivino en quién has puesto los ojos—dijo melancólicamente Joaquín.

—Adivina, adivina.

—Dime la primera letra del nombre y yo te diré la primera del mío.

—E—dijo Rómulo, y tras de aquella E mayúscula se escondía un suspiro.

—Y F la segunda, ¿eh?

—¡Eneas!

—¡Ferri!—gritó Joaquín.—¿Tu candidato es Eneas Ferri el ingeniero?

—¿El ingeniero Eneas Ferri es tu candidato?

Esta vez Joaquín se plantó en medio de la calle con clásica solemnidad y soltó el trapo á reir tan exageradamente, que estuvo un rato sin poder moderar la risa y fué preciso que interviniese la tos para hacerle callar.

Tosió una vez, dos, tres... mas, por obediencia, nó por otra cosa; envió alegremente al diablo su catarro y se cogió del brazo de Rómulo.

—Bien decía yo—exclamó—que tú habrías puesto los ojos en mi Eneas! Es un marido que ni de molde. Encuéntrame otro con tanta inclinación al matrimonio!

—Con tanto mérito, con tanta virtud, con tanto corazón!

—Y rico además, lo cual no es un defecto.

—Y no sólo rico, sino que gana dinero, lo que es aún mejor. Su profesión le produce mucho. Es joven, es guapo... di: ¿que tú no lo encuentras guapo?

—No digo que sea deforme, ni feo tampoco—manifestó Joaquín—pero en lo concerniente á estética masculina, tengo yo mis ideas... La hermosura del hombre, querido Rómulo, consiste en los ojos y en la nariz; unos bonitos ojos y una bonita nariz salvan á un hombre. Ahora bien, la nariz de nuestro Eneas no me parece del todo... y los ojos también...

Rómulo, á la luz de un farol, hacia el cual caminaban, miró la nariz afilada de su compañero, sus ojos vivaces que relampagueaban, y apenas entraron en la sombra, sonrió.

—Más bien debías tú decirme—prosiguió Joaquín—porque encuentras bajito al ingeniero Ferri, que es casi un palmo más alto que yo..... Porque tú te hayas encaramado á un campanario y me haya que-

dado yo al pie ¿he de ser un enano? Me parece que no.

Rómulo se contentó con soltar una alegre carcajada.

—Bonito ó feo, alto ó bajo—dijo después Joaquín—lo importante es que Eneas Ferri, el ingeniero, sea todo de una pieza é indivisible como lo es un átomo...

—Y un marido.

—Conténtate con el átomo; en punto á indivisibilidad me inspira más confianza.

—Lo importante es que nuestro Eneas guste á Amalia y que Amalia...

—Respecto á Amalia puedes estar seguro; en cuanto Eneas la vea, pierde el seso. Es cosa hecha. Si sobrevienen obstáculos, tenemos cuatro brazos para...

—Cinco, porque el doctor Rocco nos dará uno.

—Di más bien seis, porque tiene una fuerza tremenda en el brazo que le corté. Si me lo agarra con él ¡pobre Eneas! puede hacerse cuenta de que está clavado... en la cruz del matrimonio.

Poniendo una frasecilla picante á cada palabra, y á cada frasecilla una risa, llegaron los dos amigos á sus habitaciones. Abría el criado la boca para hablar, cuando Joaquín distinguió á través de los cristales de la entrada el salón iluminado.

—¿Quién está?—preguntó Rómulo.

—El Sr. Federico Melli. Está ahí desde las ocho... sin moverse de la chimenea. He ido dos veces á arreglar el fuego y lo he encontrado siempre en la misma postura con el periódico en la mano y los ojos fijos en los tizones.

Joaquín y Rómulo, sin hablar palabra, sin saber qué pensar de aquella extraña visita, abrieron la puerta y entraron en la sala.

Federico, un guapo mozo, moreno, de treinta y seis años cuanto más, con semblante entre triste y sarcástico, alzó la cabeza y sonrió á los dos amigos.

—¿Por fin llegaron ustedes, calaveras?—dijo con forzada jovialidad.

Rómulo se acercó á él apresurado.

—¡Qué significa!... ¿Tú aquí á estas horas?

—¿Te asombras de ello, mi querido viejecillo? En el Casino ya no se os encuentra desde que os habéis hecho juiciosos; no podía estar sin veros, sin escuchar la sacra palabra de la venerable vejez. Habíais salido para ir, Dios sabe dónde. No sabía yo qué hacer esta noche y me he quedado esperándoos junto al fuego. Vamos á ver—añadió con lánguido acento—me parece que os habéis hecho esperar bastante, ¿qué hora es?

—Las once dadas—dijo Joaquín;—has hecho perfectamente esperándonos, sólo que te habrás aburrido.

Joaquín y Rómulo no quitaban ojo á su amigo, el cual había cogido las tenazas y se entretenía en dar con ellas golpes sobre un tronco.

—No—repuso;—me parece que no. He hecho rabiar á los tizones atormentándolos así, me divertía ver las chispas de su impotente despecho. He leído el diario de hoy que estaba sobre la chimenea... la Bolsa ha subido, jugaba á la alza y ganaré, salvo error, cinco ó seis mil pesetillas...; lo cual me ha puesto de buen humor. Ademas, según parece, ha sido derrotada otra partida carlista, lo que me complace. Nada más de bueno; digo, no; han pescado en el Naviglio (1) á un joven, muerto, se entiende; ignóranse las causas del suicidio; sin más pormenores hasta mañana... Y hasta mañana—repitió levantándose—es tarde y me voy; vosotros tendréis sueño; apuesto á que os vais siempre á la cama antes de las doce, ahora que os habéis hecho juiciosos.

—Tú nos ocultas algo—dijo Joaquín cogiéndole una mano:—¿tienes algún disgusto?

—Dilo á estos viejos, que son buenos amigos tuyos.

—¿Disgustos yo? Mi vida es la más hermosa que se

(1) Canal que pasa por Milán.

puede pedir; soy rico; si juego á la alza, la Bolsa sube sólo por complacerme; nada me falta, lo que se dice nada...; pero sí, me falta una cosa y he venido para hacéroslo saber.

—¿Qué te falta?—preguntó Rómulo; y Joaquín como un eco, repitió:

—¿Qué te falta?

—He descubierto un tesoro.

—¡Un tesoro!

—Sí, en mi quinta junto al lago de Pusiano, deben de haber enterrado un tesoro cuando las guerras de Napoleón; he hallado un documento que me da ciertos indicios...

—¿Y qué te falta ahora?

—Me falta encontrarlo, pues... y cuando lo haya encontrado, ya no me faltará nada.

Dió un apretón de manos á sus dos amigos, les mostró su faz sonriente, salió á la antesala y tomó el gabán y la puerta.

Joaquín y Rómulo lo acompañaron hasta el rellano de la escalera; cuando el rumor de sus pasos se perdió en el portal, volvieron al salón y de allí al dormitorio sin pronunciar palabra... Después Joaquín le dijo de pronto á Rómulo:

—No me gusta la cara de Federico: un día ú otro, ese muchacho hará una tontería...

—Es un espíritu extraviado; un buen corazón, pero vacío, un alma vagabunda...

—Y si no se adhiere á algo en esta vida—murmuró Rómulo tapando su largo cuerpo con la colcha—temo mucho que al primer choque...

—También yo lo temo. Hasta que sufra un dolor verdadero, pasará la vida con la misma monotonía. Venga un sobresalto, venga un afán, y entonces...

La frase era evidente, aunque ni uno ni otro la quisieron terminar.

—¿ Apago la luz?

—Apágala.

Pero la luz quedó encendida.

—¡Démosle mujer!—exclamó Joaquín de repente.

—Una mujer que le dé media docena de chiquillos, y está Federico salvado!—exclamó Rómulo.

—¡Démosle á Amalia!

—¿Y el otro?

—Quedará de reserva; si la candidatura de Federico va mal, sacamos la de Eneas.

—¡Pobre Eneas!

—Verdaderamente—murmuró Joaquín—no se lo merece; ¡pobrecillo! Además, y sin que esto sea ir contra Federico, me parece que para marido no hay otro con tanta vocación como Eneas.

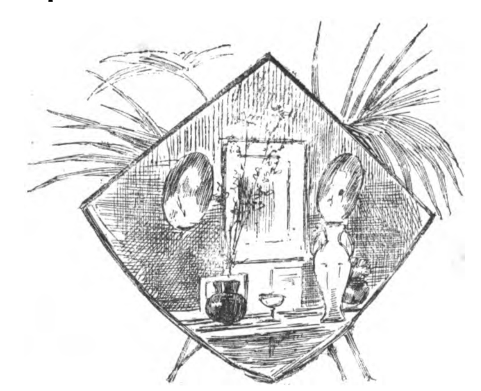
—No lo hay, y si lo hubiese, no sería Federico; por el contrario, temo que se nos reirá en la cara cuando le propondrás tomar estado.

—Tú se lo propondrás; á ti te toca.

—¿Por qué á mí?

—¿Por qué? Porque eres más alto. Ciertas proposiciones, como ciertas sentencias, hay que decirlas con la cabeza inclinada; te aconsejo que te pongas de puntillas, para que la palabra *esposa* le caiga de más arriba.

Todavía permaneció la luz encendida un buen rato.





V

Entran en escena los dos candidatos

El plan, discutido primero extensamente, mejorado, perfeccionado, llevado al colmo y aprobado por unanimidad, era éste: Rómulo tenía que inclinar á Fede-

rico hacia las ideas conyugales; Joaquín se encargaría del ingeniero Ferri y trataría de seducirlo, de enamorarlo y de hacerle perder la cabeza por cuenta de Amalia.

Los dos cómplices se restregaron las manos, satisfechos de su plan.

Contra lo que era de presumir, Rómulo, que se había armado de punta en blanco para sostener tremenda lucha, no encontró la resistencia que esperábase en el desocupado mozo. Fuese que la palabra *matrimonio*, al caer de tan insólita altura, hubiese adquirido virtudes que ni Joaquín mismo había sospechado, fuese que Federico se hallase de buen talante aquel día, ello es que primero levantó espantado los ojos, después rió estrepitosamente, después se puso serio, y después dijo con mucha calma:

—¿Por qué no? Búscame tú la mujer.

—¡Está buscada!

—No la quiero; apuesto á que es rica, bella como un ángel y otro tanto estúpida.

—No es rica, es bella como un ángel y lista como un diablillo. Además, tú la has de ver...

—¿La he de ver? ¿dónde? ¿cuándo? Te advierto que no puedo esperar; mi geniecillo matrimonial no puede desperdiciar ni un cuarto de hora. Si hoy no se arregla el negocio, no hacemos nada.

—¡Espera!—dijo Rómulo, y se plantó en medio de la calle inclinándose como un interrogante.

La respuesta de sus botas no se hizo esperar.

—Ah!—dijo—oye; esta noche, á las seis, tendras urgente precisión de verme al instante y de hablarme. Vas á mi casa, no me encuentras, te dicen que he ido á comer á casa del doctor Rocco Trompeta, calle de la Cierva, n.º 11; pides mil perdones al doctor Rocco por presentarte á aquella hora... y nada más.

—Corriente; á las seis.

Federico soltó una carcajada sin venir á cuento, y Rómulo se apresuró á ir á su casa para notificarle la buena noticia á Joaquín; pero á éste no se le vió en todo el día hasta la hora de comer.

Bajo las miradas inquisitoriales del Dr. Rocco, que en el aspecto de sus comensales había olfateado un misterio, no era posible que el uno al otro se interrogasen. Rómulo, sin embargo, fué audaz, y preguntó desde el otro lado de la mesa:

—¿Cómo es que hoy no se te ha visto?

—He tenido que hacer; no puedes imaginarte cuánto tenía que hacer.

Para subrayar de alguna manera sus palabras, Joaquín clavaba una mirada fija é insistente en el rostro de su amigo.

—¡Misterios!—refunfuñó el Dr. Rocco—es decir, impertinencias... porque cada misterio es una impertinencia dicha á los que no saben nada de él.

—Di al menos *callada,* no *dicha*—observó Amalia riendo.

Y rieron todos por acompañarla.

Á los tres cuartos para las seis oyóse la campanilla de la escalera, con sonido tímido y discreto.

—¿Quién será?—preguntó Amalia.

—Son las seis menos cuarto—dijo Rómulo mirando el reloj.

—¡Se adelanta!—dijo Joaquín hablándose á sí propio.

—No es un cronómetro regulador; va con los relojes eléctricos. ¿Qué hora es en el tuyo?

—Las seis menos cuarto.

—¡Lo ves!—exclamó Rómulo. Y luego, sin darse cuenta de ello, añadió:—«Se adelanta.»

Ambos amigos se miraron cara á cara, y el Dr. Rocco, con el cuello tieso y los ojos fijos en la puerta, refunfuñó por segunda vez:

—¡ Misterios! ¡Impertinencias!

Entró, por fin, el criado.

—Es un señor que quiere hablar con usted—dijo mirando á Joaquín.

—Ya sé lo que es—respondió Rómulo apresurándose á levantarse y á quitarse la servilleta.

—¿Es por mí por quien pregunta?—observó Joaquín. —No sé qué será... vuelvo al instante.

Rómulo no se decidía á sentarse. Un momento después entraba, á remolque de Joaquín, un joven desconocido. Joaquín, con la servilleta prendida al cuello, tenía cierto aire sacerdotal.

—Doctor Rocco, permítame usted que le presente al ingeniero Eneas Ferri; hace tiempo que deseaba hacérselo conocer á usted, y ya que ha venido á hablarme de asunto urgente... me permito...

—Tengo mucha satisfacción—dijo el Dr. Rocco, suavizando la voz é incorporándose á medias—tengo verdaderamente mucha satisfacción...

Eneas protestó que la satisfacción era suya, hizo una reverencia á las dos señoras, un gesto amistoso á Rómulo y se sentó delante de Amalia.

—¡ Qué tunante!—pensaba Rómulo—¡qué bien sabe entrar en materia! Ahora estudia á la pobre muchacha, y el diablo me lleve si antes de marcharse no se la sabe de memoria!... ¡Y este Federico que no viene! ¡Desventurado! Si tarda un poco, este bribón se la pega! ¡Es curioso que Joaquín haya tenido la misma idea que yo! En realidad mejor es así... Míralo, se la come con los ojos; habla, razona muy bien, responde á tono y sigue comiéndosela... ¡Y este Federico que no viene!

Un cuarto de hora después, cuando Amalia se ponía delante de Eneas y le servía una taza de café, acompañándola con una modesta sonrisa, el taimado del ingeniero, no contento con haber medido con la mirada á la jovensiguiendo de lejos todos sus movimientos, se

incorporó en la silla y notó con verdadera complacencia que sus ojos rozaban cómodamente la cima de los negrísimos cabellos de ella.

Sorbió el café con reposo espiando el momento oportuno, y cuando la que lo había servido estaba un poco lejos, fué á colocar la taza en el aparador y halló manera de encontrarse un instante, sólo un instante, al lado de Amalia, y de mirar en el espejo de enfrente la figura que juntos hacían. Y hacían una figura clásica, geométrica, perfecta, digna de una figura retórica; la figura de la más linda pareja que la mente de cura, de juez municipal ó de poeta epitalámico pudiera imaginarse.

—¿Te gusta?—le preguntó Rómulo aprovechando el momento en que el Dr. Rocco preguntaba á Joaquín por las noticias del día (fórmula que precedía invariablemente á la lectura del periódico.)—¿Te gusta?

Eneas miró el techo con mucha expresión, suspiró y dijo:

—¡Con tal que no tenga defectos ocultos!

—¿Y qué defectos quieres que tenga?

—Sólo Dios puede saberlo, y tratándose de mi mujer, no me duele que así sea.

—¡Bravo!—saltó Rómulo riendo sin hacer ruido.—Así me gusta; ¿te casas, pues, con ella?

—Si los informes son buenos, sí.

—¿Los informes?

—Si su pasado, su familia... no me puedes comprender... ¿Quién era su abuelo paterno?

—Un ingeniero como tú; ¿qué más quieres?

—Malo; ingeniero el abuelo paterno, ingeniero yo; demasiados ingenieros. Faltará acaso el elemento del desorden intelectual, esa especie de locura electa, que suple á veces al genio y que es siempre un sabroso condimento de la vida.

—Tocante á locura electa te aseguro que no faltará,

porque la tienes tú, y si la consideras como un simple condimento, puede que no la estimes lo bastante; la cuestión es ésta: ¿es bonita ó no es bonita?

—Es bonita; ¿quién dice que no? Es un poco más baja que yo, tiene el cutis moreno, los cabellos negros, los ojos expresivos, bella sonrisa, un tanto seria; posee las dotes de la maternidad; es ancha de... y parece fornida de... (aquí dos gestos interrumpidos á la mitad, pero suficientemente significativos); en suma, me va como anillo al dedo; pero no basta; hay que preguntar por su abuela paterna,

—¿Quieres casarte con su abuela? Te advierto que murió.

—¿Cómo era su abuela paterna?—repitió Eneas sin desconcertarse.

Rómulo empezaba ya á sospechar que el referido condimento sabroso predominaba, y no poco, en su amigo el ingeniero, cuando se oyó de nuevo la campanilla.

—Es él—pensó, y era, en efecto, Federico.

Cuando se supo que tenía gran precisión de decir una palabra al Sr. Poma, me parece que el Dr. Rocco hizo un esfuerzo para no reir, y que Joaquín se rió detrás del periódico, pero no estoy seguro.

Poco después entraba Federico precedido de Rómulo.

—El señor Federico Melli, nuestro buen amigo—dijo—una mala persona...

Federico se inclinó con desenvoltura y dijo: «Gracias,» pero llevaba en sus labios zumbona sonrisa y en sus modales la indolencia del hombre ya maduro que se presta á un juego para contentar á los niños.

Vióse en aquel punto un milagro; levantarse el doctor Rocco de la silla, dar un paso, agarrar la diestra del nuevo visitante y reírsele en la cara silenciosamente, con pretexto de una sonrisa hospitalaria.

—¡Federico está despachado!—pensó Joaquín.

Lo cierto era que el doctor no parecía dispuesto á dejarlo escapar; lo mantuvo delante algunos momentos, mirándole de hito en hito; después lo hizo sentar en frente de su sillón. El joven dejó hacer; pero, distraído y algo burlón, buscaba con los ojos á la muchacha, y una vez la hubo encontrado, la miró fijamente con un tantico de impertinencia... de pronto borrósele la risa y le pasó como una nube por la frente. Amalia, después de haber evitado largo tiempo aquella insistente mirada, habíase vuelto y lo miraba ella á su vez con fría y sosegada ironía.

—Amalia—dijo el doctor—ven á sentarte á mi lado.

Pero sin duda la joven no le oyó porque echó á andar, cruzó sin detenerse el aposento, y desapareció.

Entonces el ingeniero, que se había quedado en un rincón, suspiró como un fuelle y se acercó á la chimenea.

—Colóquese usted ahí—indicó el doctor Rocco á Eneas, el cual ya se había colocado por su cuenta;—acérquese usted más al fuego; hoy debe de hacer un frío...

—No tengo frío, gracias.

—Oigan ustedes á los jóvenes: «no tengo frío, gracias.» Así decía yo á su edad.

El ingeniero comprendió al instante que el interrogatorio comenzaba, y se apresuró á contestar:

—Tengo treinta y cinco años.

—No son muchos. ¡Ah! seguramente que no son muchos—repitió el viejo mirando á Federico, pero éste se contentó con aprobar mediante una inclinación de cabeza.

Estaba desconcertado: pensaba: «¿por qué se habrá marchado esa chiquilla?» No era bonita; al revés; era más bien antipática, pero no por eso debía él haberla ofendido con sus miradas impertinentes y su desdeño-

sa sonrisa. Había sido injusto... es decir, injusto, no, porque al punto había comprendido que tampoco ella lo encontraba ni guapo ni simpático. Así, pues, se había vengado; ni más ni menos; sí señor, y muy á gusto. Es decir, muy á gusto no, porque bajo de su burlona ironía tenía Federico algún sentimiento delicado que acaso se rebelaba contra el uniforme sosiego de todos los días.

«Cosas de España,» leyó Joaquín con esa voz, más alta de lo que es menester, mediante la cual se anuncia los sitios importantes por los que se cruza leyendo un periódico, y alzó la cabeza para ver el efecto que había producido.

—¿Esos señores son de Milán?—preguntó el doctor Rocco.

—De Milán—respondió Federico, bostezando ligeramente por gracia.

—De Milán—respondió Eneas muy serio;—mi padre era también de Milán; mi madre no.

Y dijo estas últimas palabras con tan singular acento, que el Dr. Rocco imaginó que no había de pasar en paz el resto de su vida si antes no sabía de qué país era la madre del ingeniero Eneas.

—Mi madre era rusa con mucha mezcla de sangre española—prosiguió Eneas saboreando modestamente su triunfo—porque mi abuelo era ruso y mi abuela catalana. Hay momentos—añadió sonriendo por condescendencia á la supuesta incredulidad de los oyentes — hay momentos en que creo que circula algo ardiente por mi cuerpo: es la sangre catalana.

—Es tu abuela—observó Federico con burlona seriedad.

Rió Eneas, rió el Dr. Rocco y rió también Tranquilina, á la que Rómulo, con hábil estrategia, había hecho sentar en un rincón, para preguntarle si siempre había sido dichosa. Desde el centro mismo de España,

Joaquín había oído todo esto y reía también estrepitosamente.

Reapareció Amalia; la joven había antes sentido extraña necesidad de marcharse, de refugiarse en un lindo cuartito que conocía sus más secretos pensamientos; una vez en él había puesto la luz sobre la cómoda y se había preguntado qué tenía que hacer allí; dirigió en torno una mirada para encontrar la respuesta en los objetos, pero no la encontró; permaneció inmóvil un instante, después salió lentamente. Y reaparecía, pensativa y como inquieta por desconocido afán.

—Amalia—le dijo el doctor Rocco—siéntate aquí, á mi lado...

Federico y Eneas apartaron sus sillas para hacerle lugar; y la muchacha se colocó tranquilamente entre su padre y el ingeniero.

Joaquín, que había bajado un poco el periódico para poder con sus ojuelos tomar nota de todas las particularidades de aquella escena, volvió á decir: «Cosas de España» pero nadie le hizo caso, y él se restregó las manos con delicia.

El Dr. Rocco era el que tenía en las suyas el hilo de la conversación; comprendiendo, pues, la inmensa responsabilidad que, por lo mismo, pesaba sobre él, se apresuró á observar por tercera vez que hacía un frío endemoniado.

—Verdad es; un frío endemoniado—dijo Eneas.

—Endemoniado—repitió Joaquín.

—El único que no lo siente es el señor Rómulo—prosiguió el doctor — mi querido señor Rómulo. Vedlo allí, tiene un calor natural envidiable... ¿no es cierto, Tranquilina?

—¿Qué hay?—preguntó Rómulo.

—Decíamos que es usted un pequeño volcán, lo cual no le perjudica, porque se puede ser un galante

caballero muy grande y á la vez un volcán muy chico.

Entre los antepasados de Eneas había por fortuna uno que era esto y lo otro, lo que sirvió de pretexto á Rómulo para no moverse.

El Dr. Trompeta escuchaba resignadamente las divagaciones del ingeniero, pero dirigía de vez en cuando una ojeada inquieta al taciturno Federico; para él sonreía, para él se ponía un traje sin uso medio siglo hacía, cual era una bondadosa vivacidad. Era evidente que había hecho su elección y que buscaba palabras para declararse.

—¿Usted, *querido* señor Federico—dijo, cuando Eneas hubo callado—no tiene usted ningún antepasado especial, del que le haya quedado á usted algo en la sangre? ¿No se siente usted alguna vez correr por las venas un abuelo de nieve ó una abuela de lava?

—No—repuso sonriendo trabajosamente el joven—es decir, no sé; no me ha ocurrido nunca indagar... me informaré...

—No te ha ocurrido nunca—saltó Eneas sin apartar la vista de Amalia—porque has creído que tú solo eres el principio y el fin de ti mismo. Mientras que nosotros empezamos en los siglos pasados y acabaremos la mayor parte en los siglos futuros, tú puedes estar seguro de que te verías reproducido, primero por migajas y fragmentos y después entero y en una pieza, en un descendiente que tendría tu mismo temperamento, con las cualidades y defectos que tú tienes.

—¿Tengo yo defectos?—preguntó Federico.

Mas el ingeniero, sin cortarse, replicó:

—Tienes las cualidades y defectos de un antepasado tuyo que vivió probablemente en el siglo pasado. Entre los míos hay uno, por ejemplo, que era un genio, un portento de saber... y me alegro, porque ¡quién sabe! un hijo mío pudiera ser igualmente un genio... Por otra parte, la estadística ha demostrado que los hijos

varones heredan la sangre de la madre y reproducen en todo ó en parte la de la abuela materna.

El primero que se rió fué Federico; los otros dos lo imitaron; Amalia no; por el contrario, estaba más circunspecta de lo preciso.

—Por lo que toca á antepasados—dijo Federico—no me acuerdo más que de dos y muy melancólicos; los habré tenido también alegres, como el amigo Eneas, pero aquellos hicieron hablar más de sí que los otros y por eso los conservo en la memoria; uno desapareció un día abandonando mujer é hijos y no volvió á saberse de él. El otro á los cuarenta años era soltero y capitán de caballería; quería morir; disponía de la guerra, del desafío, de la pistola y del sable para darse este gusto: ¿pues saben ustedes lo que hizo? fué, compró una navaja de afeitar y se degolló.

—¿Y por qué?—preguntó Eneas.

—¡Bravo! ¿Por qué? Se lo preguntaré en el otro mundo; supongo que para un pariente no tendrá secretos.

La idea era sombría, pero las palabras eran vivaces y el acento chancero; riéronse, pues, una vez más.

—«Cosas de España»—repitió por tercera vez Joaquín, queriendo cerrar irremisiblemente la puerta á aquel antipático argumento.

—Déjenos usted en paz con las «cosas de España»—aconsejó el doctor Rocco, con insólita dulzura—lea usted en su lugar la *Crónica local;* debe traer detalles sobre el suicidio de ayer.

—¡Ah sí! ¡el de aquel que se tiró al Naviglio!

—Sí, ese; vuelva usted la hoja; muy bien; vaya usted directamente á la tercera página; así, perfectamente; ahora busque usted y encontrará *El suicidio de ayer*, ó *El hombre del Naviglio* ó algo semejante.

Tras de tantos consejos y ánimos dados con acento más dulce que la miel, no había de serle difícil á Joa-

quín hallar al instante el trozo correspondiente de la crónica, y era imposible que no pensaran entrambos candidatos que al casarse con la muchacha más bonita de todo el Universo, tenían la fortuna de emparentar con el hombre más suave del mundo civilizado.

Joaquín encontró en efecto lo que buscaba y lo leyó, y todos supieron que continuaban envueltas en el misterio las causas que habían impelido al señor C. G., matemático de profesión, á quitarse la vida. Tenía 40 años, era soltero, robusto y sano; llevaba en la cartera mil pesetas y una carta sin firma, dirigida á él, que contenía únicamente estas palabras: «te amo, *¡valor!*»

Nadie comprendía aquello.

Joaquín manifestó que para él lo más extraño del caso era cómo un hombre en la flor de la edad, un jovencillo, un jovencillo (un «chico» insinuó el Dr. Rocco), un chico, que tal podía llamarse, pudo pensar en matarse, sin haber vivido todavía.

Rómulo declaró, sin moverse, que cuando un hombre lleva en su cartera un billete que dice: «te amo, *¡valor!*» (Y un «billete de mil pesetas,» insinuó el doctor Rocco) y un billete de mil pesetas, no debería pensar en el Naviglio.

Y finalmente el Dr. Trompeta dijo que estando el señor C. G. sano, esto es, libre de reuma, gota, hinchazón del bazo, ó parálisis de un brazo, carecía de todas las causas legítimas de suicidio.

—¡Una tenía!—exclamó con un poquillo de énfasis el ingeniero Eneas.

—¿Cuál?

—Ser soltero.

El Dr. Rocco, Joaquín y Rómulo quedaron tan sorprendidos de la profundidad de aquella observación, que los tres convinieron en que ser soltero era realmente casi, casi... debía ser... ó por lo menos *podía ser*.

Federico dejó escapar de nuevo su sonrisita burlona y miró á Amalia, que se puso colorada.

Entonces prevaleció en él su buena índole, y temiendo haber ofendido á la muchacha—que en realidad estaba inocente de todo y representaba en aquella comedia el papel de protagonista sin saberlo—quiso corregir lo mejor posible su sonrisa impertinente, y habló de este modo:

—Para mí es cosa natural que el señor C. G. haya ido á arrojarse al Naviglio. Si era rico y no tenía dolores físicos ni morales: ¿ qué hacía en este mundo ? Probablemente se aburriría; no teniendo disgustos, acaso no sabría procurarse gustos. Debía de ser uno de esos seres extraviados que caminan á tientas toda su vida por entre una niebla de humo de cigarro, y quizá todo el dinero que poseía no le podía dar lo que sin saberlo buscaba: á sí mismo. Yo conozco un joven, un hombre; no, un viejo-niño, que ha vivido mucho y no ha vivido nada. También él está rico, sano y en la flor de la edad, y lleva casi siempre mil pesetas en la cartera; pues bien, si este tal no se ha tirado todavía al Naviglio, es porque tal vez se tirará un día ú otro. A cada uno que se mata preguntan ustedes «¿por qué se ha matado ?» Mejor sería preguntarles á ustedes, que están vivos, por qué no se matan... Veamos, tú, Joaquín, tú, Rómulo, tú, amigo Eneas, ¿por qué no os echáis al canal?

Los tres interpelados se miraron de frente y Eneas protestó, á nombre suyo y de los demás, que antes de contestar á aquella pregunta había que pensarlo la vida entera.

—Pues yo digo...

Todos se volvieron hacia Amalia á quien se le habían escapado estas palabras involuntariamente... En todos los semblantes se pintaba afectuosa curiosidad y anuncio de benevolencia; sin embargo, la muchacha no supo continuar.

—¡Diga usted! ¡diga usted!—repitió Federico.

Amalia entonces se puso colorada, muy colorada, y dijo con leve temblor de enojo en la voz:

—Digo que esos seres, que viven por la fuerza de la inercia, no se encuentran nunca á sí mismos, porque andan como los carneros, uno detrás de otro, y no se buscan con el pensamiento; digo que la vida es lucha, que los inertes son los que caen al primer golpe y que este golpe es visible en la mayor parte de los suicidios.

—Ese golpe—corrigió dulcemente Federico—es la ocasión; la causa del suicidio existía de antemano: el tedio, el tremendo tedio, el dios fatal que...

—Frases, palabras—interrumpió Amalia;—fíjese usted en el tedio; es la inercia; fíjese usted en esos grandes aburridos, generalmente son pequeños perezosos.

El ingeniero Eneas Ferri, puesto en pie, gritó «¡Bravo!» Amalia repitió con más fuerza *perezosos* y Eneas exclamó otra vez «¡Bravo!» después de lo cual volvió á sentarse restregándose lentamente las manos.

—¡Bravo!—repitió el doctor Rocco, y volviéndose al ingeniero, añadió:—Su abuela, que esté en gloria, es la que habla por su boca...

—Tu niño-viejo—observó Eneas con la misericordia del vencedor, dirigiéndose á Federico, el cual había devuelto á sus labios la amarga sonrisa—tu niño-viejo que no se ha tirado aún al canal, tal vez no es amado; amar es vivir, y ser amado la fuerza de la vida.

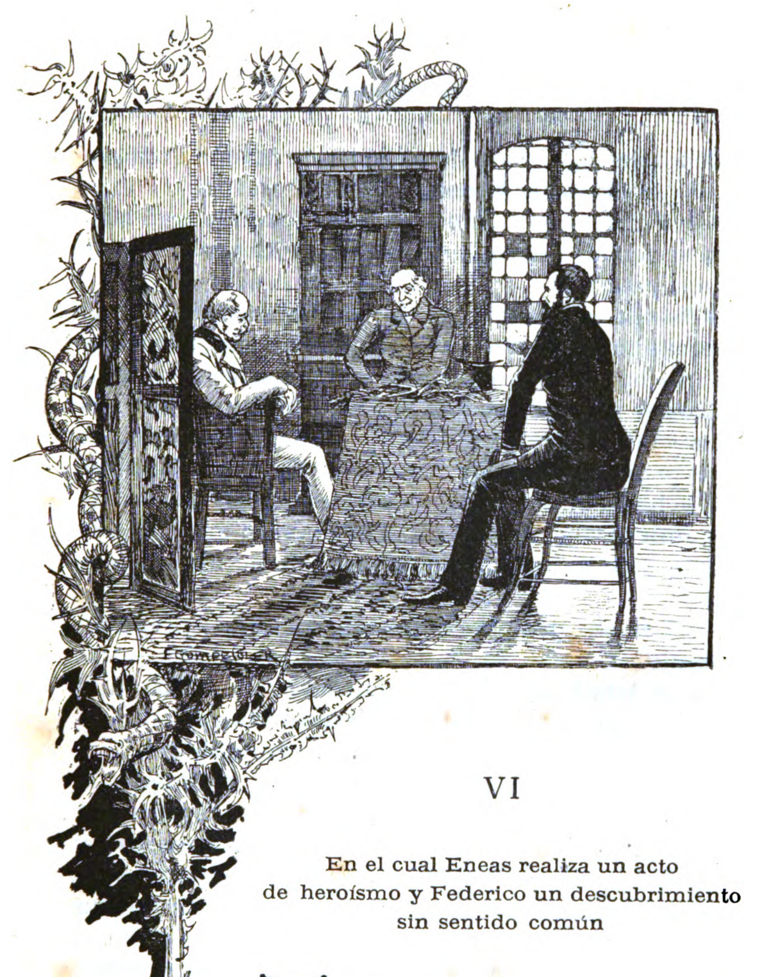
—Mi niño-viejo—repuso Federico—amó y fué amado; ahora ya no ama y quizá es amado también; ¿quién sabe si ser amado cuando ya no se ama, es la desesperación de la vida? Yo no lo sé; mi niño-viejo recibe también cartas amorosas sin firma y tiene amigos que se ocupan en sus hechos y le divierten dando sombras de misterio á su existencia tersa y blanca y chanceándose con su pereza.

Y como nadie contestara, Federico miró la hora y se puso en pie; saludó con muy buen aire á los esposos Trompeta, pidióles permiso para ir á verles alguna vez y alargó la mano para estrechar la de la joven; pero Amalia no lo debió de notar y le saludó con la cabeza friamente.

Cuando hubo salido el candidato número 1, Eneas le escribió misericordiosamente el epitafio, diciendo que *en el fondo* era un buen muchacho.

Pero ya no hubo medio de volver á enhebrar el hilo de la conversación; y un cuarto de hora más tarde, Joaquín y Rómulo atravesaban la calle de la Cierva, llevando en medio al amigo Eneas con todos los honores debidos á aquel modesto triunfador.





VI

En el cual Eneas realiza un acto de heroísmo y Federico un descubrimiento sin sentido común

Así pues?—preguntó Joaquín de abajo arriba, y Rómulo de arriba abajo repitió:—¿ Así pues?

El afortunado Eneas repuso con gran circunspección:

—La muchacha me gusta. El doctor Rocco me parece una persona dulce é inofensiva.

—Déjate estar del doctor y cásate con la chica.

—De muy buena gana; pero, decidme vosotros que

la conocéis, ¿qué clase de mujer es la señora Tranquilina? ¿qué carácter tiene?

—Tú te has confundido—repuso Joaquín con burlona seriedad;—de quien tú quieres hablar es de la abuela paterna.

—No, de su madre, de su propia madre—insistió Eneas;—he renunciado á la abuela paterna; lo que tenía que hacer era revelarme á la muchacha y la muchacha se ha revelado á sí misma perfectamente;... al menos me lo parece así. En lo que pienso yo ahora es en el primer varón que nazca—prosiguió, y al hablar así, lo hacía en tono burlón para evitar las burlas de sus amigos;—pienso en ese primer varón que forzosamente debe reproducir una parte de su abuela materna.

—¿Y si en lugar de varón es hembra?—preguntó Rómulo.

—Las hembras le corresponden á él—contestó muy serio Joaquín.—¿Cómo le pondrás á tu hija?

Eneas Ferri rió alegremente; y después dijo:

—El candor es la primera virtud de la mujer; la blancura su principal encanto; así pues, se llamará Cándida. El hombre tiene que ser fuerte, generoso y valiente, por lo cual mi primer hijo se llamará León. Un bonito nombre es el complemento necesario de un hijo bien construído.

—¡Bravo por el ingeniero!—exclamó Joaquín:—mereces no ser engañado; te diré pues que conforme á mis noticias (y miraba á Rómulo) la señora Tranquilina, madre de Amalia, es robusta, enérgica...

—Y al mismo tiempo—prosiguió Rómulo—su alma es dulce, su inteligencia firme, su corazón abierto á los...

Pero Eneas no se cuidó de saber á qué estaba abierto el corazón de la señora Tranquilina, é interrumpió diciendo:

—Muy bien; supuesto que estáis tan bien informados, ¿podréis decirme cómo era el padre de la señora Tranquilina?

—Eres insaciable—exclamó Joaquín.

Pero Rómulo respondió:

—Era un hombre de orden, un hombre excelente; recuerdo que no le disgustaban los versos, aunque prefería la prosa...

Y suspiró á escondidas por la nariz.

—¿Murió hace tiempo?

—Hace tiempo.

—¿De qué enfermedad?

—Debió de morirse porque, subiendo una escalera, se rompió una pierna, sobrevino la gangrena y acabó con él.

—Recomienda á tu hijo—insinuó Joaquín—que suba con mucho cuidado las escaleras y que viva en piso bajo cuando sea viejo; verás como así llega á tener más años que Matusalem.

—¿Así, pues?—volvió á preguntar Rómulo.

—Así, pues, si me quiere, me caso con ella.

—¿La pedimos en tu nombre?

Quedóse por un instante mudo el ingeniero, como atemorizado por el peso enorme de la responsabilidad que iba á contraer; miró á las estrellas que le guiñaban los ojos y escapó... Pero aún no había andado diez pasos, volvióse y gritó á sus amigos:

—¡Pedidla!

Al reparar en aquel joven que se alejaba apresuradamente y en aquellos dos viejos que se quedaban riendo, los pocos transeúntes curiosos que por allí pasaban, deteníanse un instante, titubeaban entre reir ó no, y la mayor parte acababan por reirse sin saber de qué.

Joaquín y Rómulo, al entrar en su casa, encontraron, sentado junto al fuego, á un personaje, al cual

debían creer cuando menos oculto, después de su humillante derrota.

—¿Ya llegasteis?—dijo—no os esperaba tan pronto...

—¡Pobre Federico!—murmuró Rómulo entre burlas y veras.

—¿Quién? ¡yo pobre! Entérate mejor; ayer gané en la Bolsa y mañana, ya lo verás, ganaré también: además tengo buenas noticias del tesoro; han encontrado ya un puchero vacío, notable, según dicen, para la geología, la antropología, la palenteología y no sé qué otras melancolías científicas... ¿Y me llamáis pobre porque no congenio con una muchacha de 20 años que os empeñáis en encontrar bonita no sé porqué, y que me ha sido antipática desde el primer momento?

Rómulo y Joaquín se miraron alternativamente abriendo tamaños ojos y como diciendo: «¡Blasfema! ¡delira!»

Federico prosiguió:

—Presuntuosa y vana, vuestra interesante *filósofa* ganaría, y no poco, si fuera menos flemática y lograra enderezarse la línea de la nariz...

—¡De la nariz!—prorrumpieron los dos viejos.

—¿No habéis advertido que la tuerce hacia la derecha?

—¿La tuerce?

—Aconsejadle que duerma siempre de ese lado y que se suene con su propia manecita: son dos remedios excelentes para el defecto en cuestión y se los recomiendo generosamente.

Los dos viejecillos habían acabado por reir.

—Habla así por despecho—murmuró luego Joaquín; y Rómulo afirmando enérgicamente con la cabeza, repitió convencido:—«¡Por despecho!»

—No es despecho—dijo alegremente Federico—es gana de reir; estoy de buen humor; no sé lo que ten-

go, pero es lo cierto que haría locuras; sería capaz de haceros enfadar... Vuestra Amalia es bella, bellísima, divina... ¿os parece poco? Pues es una Venus, una Virgen; si su nariz se tuerce á la derecha, no importa; una gracia más. Cierto es que no le he gustado á ella ni ella me ha gustado á mí; por lo visto nuestros fluidos no pueden combinarse, pero esto no impide que sea muy bonita y que yo le desee cuantas dichas puede soñar; decídselo vosotros; yo también se lo diré. Con tal de complacerla sería capaz de todo... hasta de casarme con ella; decidle esto también... Pero os aseguro que no se me importa un pito de ella, ni de mí, ni de la vida... y que estoy de muy buen humor...

—Ya lo vemos—dijo Joaquín.

Rómulo quedóse pensativo y apenas estuvo á solas con su compañero,

—Mi querido Joaquín—le dijo—ese muchacho me da miedo; si no encuentra algo que lo distraiga, que lo cautive, que le llegue al corazón ó por lo menos al entendimiento... al primer contratiempo... al menor golpe del destino...

Y tocó ligeramente el pecho de su amigo retirando al punto el dedo; gesto que tenía terrible elocuencia. Joaquín comprendió que el índice de Rómulo representaba el dedo del destino y se apresuró á añadir:

—No se dirá que Federico tiene dos amigos de edad madura, llenos de experiencia y buen sentido, que no sirven para nada. Busquemos bien, á ver si encontramos algo que le llegue al corazón.

Rómulo movía desesperadamente la cabeza.

—Mujer é hijos; no hay otra cosa.

—Encontraremos la mujer; los hijos vendrán de por sí; no faltan lindas jóvenes, no diré tanto como Amalia, pero, en fin, lindas; le proporcionaremos una que tenga la nariz derecha y que lo enamore.

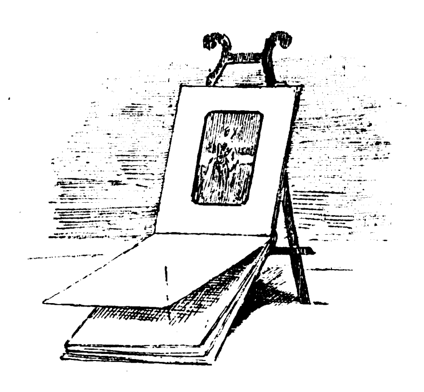
—Sí, pero mientras tanto...

—Mientras tanto hay que encontrar una cosa que lo distraiga.

— Que le llegue al entendimiento.

—¿ Y què cosa ?

—¿ Qué cosa ?





VII

En el cual Amalia dice lo que piensa

Al entrar al día siguiente en casa de Trompeta, media hora antes de lo acostumbrado, Joaquín y Rómulo iban preparados á hacer el panegírico del ingeniero Eneas y la petición oficial. A la candidatura de Federico habían renunciado. Pero no pensaba de igual manera el Dr. Rocco; parecíale Federico un joven muy agradable y al que su milloncejo (porque debía de tener por lo menos uno y bien colocado) y al que su milloncejo lo hacía agradabilísimo.

Con tanta impaciencia esperaba la embajada, que, contra su costumbre, hacía media hora que andaba de arriba abajo por su aposento. Y tan buen humor tenía, que cuando la embajada llegó ni siquiera le ocurrió quejarse de haber estado esperando. Por el contrario, en vez de uno de aquellos adjetivos harto sonoros y expresivos en que abundaba su fraseología, recibió á los visitantes con alegre carcajada, y como esta saliera un tanto ronca por culpa del catarro, el Dr. Trompeta mandó el catarro al demonio y continuó risueño.

—¡Están ustedes divinos!—exclamó—¡qué aire tan!... Veamos; vuélvase usted, señor Rómulo, no sea que esconda usted un par de novios. Usted es capaz de esconder tres, uno encima del otro; en cambio de usted me fío, señor Joaquín, pero no abuse usted de mi confianza para introducirme á escondidas en casa algún liliputiense. ¡Ah! ¡ah! Estos señores tienen algo que decirme... Pero qué risa me da verlos con esa cara... Vaya, siéntense ustedes.

Sintiéronse conmovidos ambos viejos ante la insólita amabilidad de su tirano, y ninguno de ellos pensó en ofenderse por las zumbonas alusiones á su estatura respectiva. Con tal de ver siempre de aquel humor al marido de Tranquilina, hubiérase avenido Rómulo á tocar el techo con la cabeza, y Joaquín que no era enano, ni mucho menos, se hubiera transformado en tal de buena gana con tal de hacer reir al inválido.

—Con que andando, hablen ustedes; no hay que perder tiempo; si tienen una petición que hacer, háganla pronto.

—El ingeniero Eneas Ferri...—empezó á decir Rómulo.

—Déjelo usted estar—interrumpió el doctor con amabilidad mezclada con un poquillo del mal humor de todos los días.—Hábleme usted primero del señor Federico.

—Lo siento mucho — murmuró Rómulo — pero Federico es un tarambana... Tiene buen corazón, eso sí.

—Los tarambanas de buen corazón son los mejores maridos—observó Rocco.

—Lo serán, pero Federico es un solterón impenitente y no quiere saber nada...

—¿De Amalia?—preguntó el doctor Trompeta.

—Del matrimonio—se apresuró á responder Joaquín:—es decir, él, incluso se casaría, por hacer algo... pero no tiene verdadera vocación; no podría hacer la felicidad de una joven. En cambio, Eneas, que en primer lugar es un guapo mozo, más guapo que Federico...

—No es verdad.

—No digo precisamente que lo sea más, pero me parece...

—¿Qué es lo que á usted le parece?

—Tiene usted razón; no me parece nada; usted todo lo adivina: decíamos pues, que no es tan guapo mozo como Federico, pero que es guapo mozo. Tiene una mano...

—Tiene dos—dijo secamente el doctor Rocco.

—Ya se entiende— prosiguió Rómulo interviniendo para socorrer á su amigo que ya no podía más;—tiene muy buen talento, trabaja, gana mucho; es rico.

—No tanto como Federico.

—No tanto como Federico... Además es honrado por extremo, metódico, ordenado, sobrio, casto hasta...

—Hasta la monomanía—prosiguió el doctor.—Entre sus antepasados por línea materna debió de haber uno que vivía en un manicomio, y que ha pasado con todo su equipaje al cuerpo del tal ingeniero.

—Bromea—expresó Joaquín,—exagera un poquillo ciertas teorías modernas que tienen mucho de verdad, aunque nada de fijo.

—Lo que hacen todos los locos no es más que exagerar cosas muy sensatas.

—Pero el ingeniero Eneas está persuadido de que la condición de los que nacen depende ante todo de la Providencia.

—Querrá usted decir del acaso.

—Del acaso—corrigió dócilmente Joaquín;—sólo que, á su parecer, no debemos abandonar nuestros hijos al acaso con las manos atadas, y sus padres deben, en cuanto de ellos dependa, prepararles buenos elementos, corregir los malos, estudiar las afinidades, evitar los vicios hereditarios, emplear, en suma, en la preparación de un hijo la paciencia y el cuidado que suele emplearse en cosas que valen mucho menos... porque, en fin, un hijo es la descendencia, el porvenir, la humanidad... Me parece que el ingeniero Eneas no es enteramente despreciable.

—Manía generativa—murmuró el médico:—un día ú otro oiremos decir que el ingeniero Eneas se hace llamar «Adán regenerador», y como en una sociedad civilizada no es lícito salir á la calle sin camisa, el padre de una magnífica prole futura irá á parar á un manicomio... ¡Vamos! ¿y quieren ustedes que yo vacile entre ese ingeniero loco y el señor Federico!...

—Pero...

—No hay pero que valga; pídanme la mano de Amalia para Federico y yo...

Callóse de improviso, y su semblante que se había oscurecido, serenóse; entraba Amalia.

La joven, que había oído las últimas palabras de su padre, se detuvo bruscamente como si quisiera echar á correr, después avanzó resuelta, estrechó en silencio las manos de los amigos, y apoyándose en la poltrona del doctor dijo con extraño acento:

—¿Qué hay?

—¿Qué hay... de qué?—balbuceó suavemente el doctor Rocco.

Contemplar aquel hombre tremendo, todo confuso

por una palabra murmurada con dulce vocecilla; contemplar aquel formidable doctor agitarse en vano, bajo la mirada de aquellos ojazos negros, para recobrar la calma; contemplarlo á él, al mismísimo Rocco Trompeta, reducido á la impotencia por una niña, era para Joaquín un espectáculo admirable; por lo cual no pudiendo batir palmas, como hubiera querido, se las restregaba con verdadera satisfacción.

—El señor Joaquín y el señor Rómulo—prosiguió la joven—te piden la mano de Amalia para el señor Federico, y tú...

—No me han pedido nada...

—Supón que han pedido... Usted lo permite ¿verdad?... ¿y usted también?

Joaquín, sin interrumpir sus fervorosos restregones, hizo señal de que no sólo lo permitía, sino que estaba lleno de curiosidad por saber dónde iba á parar con aquella suposición.

—Y yo—dijo el doctor Rocco—respondo que nada tengo que oponer, y que si mi hija está conforme...

—Menos mal—exclamó la muchacha—y Amalia que no puede sufrir al tal señor Federico, Amalia que lo encuentra antipático, fatuo é insulso, responde al punto que no quiere saber nada de él.

«¡Antipático, fatuo, insulso!» tres bombas que hubiesen caído sobre el sofá no hubieran producido mayor trastorno. Rómulo quedóse inmóvil, y Joaquín dejó de restregarse las manos para contemplar á la joven.

No diré que los dos antiguos amigos del señor Melli se solazaran con aquella rociada: querían á Federico y parecíales que al ofenderle quedaban también ellos ofendidos, pero se conformaban gustosos pensando en que aquel... *desgraciado* (no otra cosa), aquel aturdido habíase permitido criticar la nariz de Amalia. «Bien empleado le está—pensaban examinando la calumniada nariz—bien empleado le está, porque si él no es tan fa-

tuo ni tan insulso, tampoco ella tiene la nariz torcida.»

—No hablemos más—manifestó apaciblemente el doctor Rocco;—no puedes sufrir al señor Federico y quizá no vas del todo descaminada; á mí también me gusta poco... Si he de decir verdad, me ha hecho reir con sus desalientos... Nació hace cuatro días y ya está cansado de la vida... Se digna permanecer en el mundo, sin saber siquiera por qué, y le es indiferente tirarse al canal ó casarse... Tienes razón, es un poco fatuo... Pero yo creía que el matrimonio, es decir, que tú lo podrías corregir y que te atraería la empresa de ganar un hombre para la vida...

—Yo quiero un hombre que me quiera y que se considere feliz con mi cariño; quiero ser la mujer de mi marido, no la última medicina de un hastiado; mi felicidad no ha de ser como la puesta de un juego de azar... Si quieres darme esposo, búscamelo entre la gente que ama la vida y que ama al prójimo, búscame uno que sea capaz—añadió ruborizándose un poquillo, pero con voz firme—que sea capaz de amar también mucho á su mujer... Por lo demás, yo estoy muy bien soltera y no tengo gana ninguna de cambiar de estado.

—Eneas...—insinuó Rómulo.

—El ingeniero Eneas...—repitió Joaquín.

—¡Oh! excelente muchacho—exclamó el doctor Rocco, creyendo que tenía que preparar infaliblemente un discurso acerca del candidato n.º 2.

Pero Amalia era una de esas naturalezas que, una vez dentro de un orden de ideas, no se avienen de buen grado á salir de él. Capaz como ninguna de permanecer callada y de mantener secretos sus propósitos y pareceres, si se decidía á romper el silencio, daba en locuaz, en apariencia por capricho, en realidad por rectitud llevada hasta la escrupulosidad, porque la verdad es que donde acaba el silencio, empieza el

equívoco, y á ella como tantas otras, le parecía que no había nunca precisado bastante y bajo todos sus aspectos, el sentimiento, la opinión ó el juicio que había hasta entonces mantenido oculto.

Sin fijarse en las interrupciones continuó:

—Sí, la desconfianza de la vida, cuando uno es rico y es joven y es sano, y se tiene inteligencia para imaginar una buena acción y tiempo para realizarla, esta desconfianza de la vida es insulsa.

—Ciertísimo—observó Joaquín;—en cambio Eneas...

—Un hombre ya rico, que no encuentra mejor ocupación que la de dedicarse á buscar un tesoro escondido, me parece la última expresión de la fatuidad... Además, ¿no oyeron ustedes cómo se vanagloriaba de que aún le quieren cuando él ya no quiere á nadie? ¡Ya no quiere á nadie! ¡Qué desgracia para el mundo! Supongo que no dejaría de advertir que conmigo lo único que ha conseguido es parecerme lo más antipático posible con aquel aire de Hamlet desdeñoso...

Calló un instante, y como ni Rómulo ni Joaquín contestasen á sus preguntas indirectas, prosiguió:

—Estoy segura de que yo le he sido también antipática ¿no es cierto? (Joaquín y Rómulo no respiraron siquiera.) No se ha tomado el trabajo de disimularlo; lo mismo que yo... Por el contrario, creo que... dígame usted, señor Affanni, ó usted, señor Poma, ¿no les ha encargado á ustedes que me digan que le parezco fea y desgarbada?

—¡Qué pregunta!—se apresuró á exclamar Rómulo, y Joaquín repitió «¡Qué pregunta!»

—La más natural... Por lo que á mí toca, no sé lo que daría porque hubiera quien fuese á decirle de mi parte que no lo encuentro tan guapo como él se figura, y que me parece extraordinariamente fatuo, antipático é insulso... ¿Quiere usted decírselo, señor Rómulo?

Rómulo no contestó; tenía fijos los ojos en una

puerta, donde se había detenido sonriendo la buena Tranquilina.

—¡Amalia!—dijo ésta con dulzura.—¡Amalia!

Á la muchacha se le enrojeció el semblante y perdió al momento su aplomo.

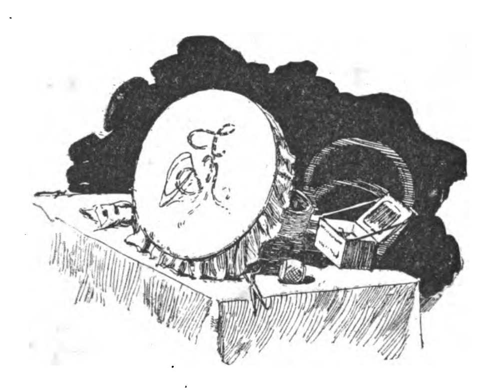
—Tiene razón—declaró el doctor Rocco, volviéndose hacia Joaquín, porque Rómulo no reparaba en él, pero dirigiéndose á entrambos.—Ese precioso señor Melli no vale ni las cinco letras de su nombre; confío en que tendrá bastante seso para no volver á presentarse aquí. Háblenme ustedes, en cambio, del ingeniero Eneas; ¡ese sí que es un hombre!... Yo lo decía hace poco... «El ingeniero Eneas me gusta; si hubiera yo de casarme con él, no dudaría un instante.» Esto es lo que decía, ¿no es verdad?

Admirando tan soberana impudencia, Rómulo y Joaquín confirmaron que *era verdad*. Pero Amalia, sin atender á nadie, tornó á decir:

—Quizá me equivoco; pero es así, lo pienso así, he querido decirlo así, y me alegro mucho de haberlo dicho!...

Rióse, dió un abrazo á su madre y echó á correr repitiendo fuera de la habitación, de modo que todos lo oyeron:

—¡Y me alegro mucho!...





VIII

En el que Amalia piensa lo que ha dicho

Pues bien, no, no se alegraba; y apenas se alejó lo bastante para no ser oída, paró de correr y de reir para preguntarse asustada: «¿Qué he dicho?»

Pareciale que debía arrepentirse de alguna frase que se le había escapado sin saberla contener, pero no sabía cuál. Una por una procuraba recordarlas: «Esta no, aquella menos.» ¡Ah! cuando el papá le había dicho... ella había contestado; y cuando el señor Poma había observado que... ella lo había interrumpido para... Nada de particular, cosas que estaba dispuesta á repetir... Pero hubiera sido mejor callarse; ahora caía en ello...

«Soy como una carta, pensó: cerrada, ó abierta; ó no me sacan una palabra ó hay que leerme toda, sólo que cuando me he dejado leer... me arrepiento... No, no me arrepiento.»

Sentía, no obstante, dentro de sí inexplicable molestia; como una mezcla de tardía piedad y despecho inútil contra ella misma y contra él, contra Federico. Obstinándose en sacar por el hilo de la lógica el ovillo de aquella revoluciończilla que se había armado en su corazón, echaba atrás otros sentimientos indistintos, otras ideas embrionarias que acudían de aquí y de allá impacientes por llevar cada una su piedra para la construcción de un silogismo.

Por último hizo lo que debió hacer desde un principio; se recostó en un sofá, dejó que las ideas acudiesen como se les antojase, sin pretender ordenarlas, y que su cerebro de jovencilla trabajase como quisiese. Y al llegar á un punto determinado, hablándose a sí propia, dijo:

«También yo le he sido antipática; no hay duda; y debe de habérselo dicho al señor Joaquín ó al señor Rómulo, más bien á los dos; porque ninguno de ellos ha podido protestar de que no era verdad. Quiere, pues, decir que le soy antipática y que me es antipático; él me encuentra fea y yo le encuentro feo; estamos en paz.

Advirtió que hablaba en voz alta y calló, después dióse á pensar largo rato...

¡Ah! ¿saben ustedes en qué?... En que no lo había dicho todo... ni bastante; había en la carta una extensa postdata, y era preciso leerla también.

Parecíale que la ruindad de aquel espíritu ocioso, desalentado por la holganza y la riqueza, merecía palabras más duras. No se había mofado tanto como debía de aquel fatuo, que se creía el imán de las mujeres y que ya no sabía amar.

«¡Ya no sabe amar, el muy mentecato!»

Y experimentó de pronto una necesidad poderosa é irresistible de herir aquella estúpida complacencia, de repetirle á aquel necio una amarga verdad; de hacerle saber que hay en el mundo gente que no admiraba ni poco ni mucho sus riquezas y su tedio, y que despreciaba su inútil vida... y lo encontraba antipático.

Su primer idea fué escribirle:

«Sepa usted que no le puedo sufrir; que me es usted antipático, y que su vida ociosa é inútil me da lástima», y poner debajo su nombre y apellido.

Pero, tras breve lucha, venció la prudencia. Semejante carta hubiera sido una niñada del peor gusto; las niñas no escriben cartas.

No, el señor Federico no debía saber que la carta era de ella; había que escribirla anónima, firmando: *Una mujer.*

Entonces se rebeló su rectitud de ideas:

«¡Qué lástima!—dijo Amalia—me parece que le hubieran estado bien empleadas unas palabritas como estas. Si es cierto que hay tontas que se enamoran de él porque saben que está ocioso y aburrido y le escriben declaraciones en billetes perfumados, me parece que hubiera yo vengado así á mi sexo... porque, no hay duda, en la cara se le conoce... nos desprecia á todas.»

¡Ah! si hubiese manera de satisfacer su generosa ira sin detrimento del decoro!

Levantóse del sofá : anduvo lentamente por el cuartito; detúvose delante de su pequeño escritorio... allí tenía papel y sobres, tinta y pluma; allí tenía el Diccionario de bolsillo que le servía de consejero.

—¡Ah! ¡qué idea!

Abrió el Diccionario por las primeras páginas y leyó:

«*Antipático:* adj. que tiene contrariedad ó aversión natural. Dícese también del que la despierta ó es objeto de la misma.»

Lo abrió después hacia las últimas páginas y encontró lo que sigue:

«*Vano:* adj. vacío, falto de realidad y de solidez. Presuntuoso.»

Por último buscó la palabra *inútil* y el diccionario le contestó:

«*Inútil:* adj. contrario á útil. Inhábil, incapaz.»

No titubeó un instante; tomó sus tijeras de hacer labor, recortó las tres definiciones del diccionario, las metió en un sobre, y escribió sobre él con letras como de imprenta, el nombre y apellido del señor Federico Melli.

Entraron en esto á decirle que la sopa estaba en la mesa; escondió la carta, sonrió y se dijo:

«Durante la comida yo hallaré el modo de saber dónde vive; mañana es domingo y al ir á misa echaré yo misma la carta en un buzón.»

—¿Te ha pasado?—le preguntó Tranquilina sonriendo.

—Me ha pasado—respondió la joven.

Y en la mesa, mientras Rómulo servía la sopa y cruzaba la mesa con sus largos brazos para poner el plato lleno delante de Amalia,

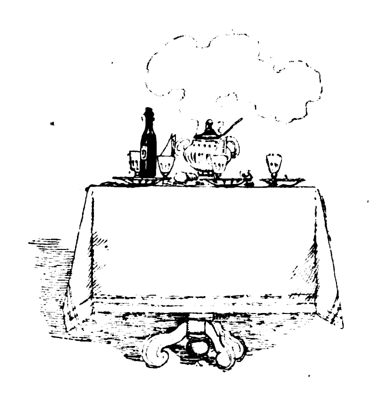
—Señorita—dijo—¿qué tiene usted que la hace reir para adentro?

La muchacha contestó:

—Nada.

Pero pensaba en tanto:

«Nadie lo sabrá y me habré vengado; y ahora, si quieren que me case con el ingeniero Eneas, me casaré. Tanto da éste como otro.»





IX

Que empieza haciendo perder la paciencia á Amalia y acaba haciéndosela perder al ingeniero

AQUELLA noche durmió Amalia con sueño tranquilo: y al despertarse el domingo por la mañana, no tenía más que una idea; ir á misa con la ma-

má y echar aquella formidable carta en un buzón complaciente. Respecto á buzones complacientes, conocía ella uno, en la esquina de la calle, pero lo difícil era tirar la carta sin que lo notasen. La muchacha vió el obstáculo y el remedio á la vez; delante de su madre escribió otra carta logrando que aquella le preguntase: «¿Á quién escribes?» «A Beatriz», respondió, la que está en el colegio; le digo que el domingo que viene iré á verla, si tú quieres.» De esta suerte, á la hora de la misa, el buzón complaciente de la esquina recibió dos cartas en lugar de una.

«¡Está hecho!» pensó, y apretó instintivamente el paso... pero tuvo que detenerse porque dejaba atrás á su madre.

«Está hecho» íbase repitiendo por la calle, y delante del altar mayor, al *Introito*, como al *Ite missa est*, la joven decíase aún, sin advertirlo: «Está hecho». Pero en vez de alegrarse, como lo deseaba, sentíase inquieta; si no fuese absurdo, hubiera dicho que estaba arrepentida...

«No pensemos más en ello», murmuró para sí al salir de la iglesia, y al volver á pasar por delante de la caja postal, miró la hora en que se recogían las cartas y pensó:

«Ya no está ahí dentro; ahora estará en la administración; quizá en este instante un empleado la coge, dirige una ojeada curiosa al sobrescrito de letra de imprenta, le pone el timbre y la echa á un lado. ¡Ya está hecho! ¡no pensemos más en ello!...»

Mas en el momento de entrar en su casa vió á un cartero cruzar apresuradamente y dijo: «Quizá ese es el que va á tomar mi carta y antes de una hora la tendrá Federico en su poder.»

Una hora después, miró el reloj y añadió:

«En este instante la recibe, la mira, la abre, la lee... primero se queda sin entender palabra, después lo

entiende todo; ríe, pero otra le queda...; cavila, quisiera adivinar quién puede haberle enviado esas tres impertinencias impresas...; una mujer, sin duda..., y el pobre pasa revista al regimiento de las que le han querido y de las que no le han querido... porque es de presumir que alguna otra lo habrá encontrado también antipático... Vaya; está hecho; no pensemos más...»

Pero cuando volvió á ver el Diccionario,. y cuando vino la correspondencia del doctor Rocco. y en otras cien ocasiones, se dijo aquel día Amalia, que «estaba hecho y que no había que pensar más en ello»—pero pensaba.

En la mesa, bajo las miradas curiosas de Rómulo, del doctor Rocco y de Tranquilina, mientras Joaquín ponderaba el humor, el ingenio, los modales, los sentimientos, los nervios y todo lo demás del ingeniero Eneas, ella escuchaba sonriente; mas de improviso pensó:

«¡Si sospechase!...»

Y apenas le ocurrió esta duda, ya la creyó certeza.

«Sí, habrá sospechado; es lo natural, lo indudable. Estuvo aquí el otro día por primera vez; le hablé bruscamente; no le dí la mano cuando me la ofreció al irse... Sí, sí, habrá sospechado!... Y es capaz de venir para cerciorarse, para clavarme en la cara sus ojillos lánguidos... para hacerme sonrojar!...»

Al parecer continuaba escuchando; sólo que ya no sonreía; Joaquín proseguía impertérrito. Ella pensaba:

«Si viene, me meto en mi cuarto y no salgo... ¡Magnífico! Así se convencerá más pronto de que eres tú, y como es tan fatuo se creerá sin duda... ¿qué se creerá?»

Amalia fijó en aquel punto los ojos en el plato; ya no escuchaba; Joaquín se calló y el doctor Rocco exclamó bruscamente:

—Reflexiona... dejémosla reflexionar. Ya se lo explicará usted mas despacio: ¡qué prisa tienen ustedes!

La doncella levantó la cabeza asustada.

—¿Qué hay?

—¿Qué hay, de qué?

—El ingeniero Eneas.

—¡Ah, sí!... el ingeniero Eneas.

—¿No es cierto—dijo Rómulo—que es un joven apreciabilísimo?

—Sí, sí; apreciabilísimo...

—Capaz de labrar la dicha de una mujer...

Amalia tuvo una inspiración y dijo con osadía:

—Si me quisiera ¿quién sabe? acaso me casaría con él...

Y mientras que los viejos reían sintiéndose como consolados y describían con enfáticos conceptos el prepotente amor del ingeniero, la joven decía para sí:

«Al menos así será muy dueño de sospechar cuanto le plazca, pero no podrá decir que me ha despechado su indiferencia y que me he enamorado de él... Es tan fatuo, que de seguro se lo creería... Ahora ya puede venir; no ha de darme miedo...»

Y miró hacia la puerta con ademán de reto; pero Federico no se presentó ni entonces ni después.

Por la noche, cuando el doctor Trompeta dirigió la acostumbrada ojeada al reloj y empezó la frase sacramental: «Muchachos, es tarde; ya es hora...» Rómulo, como movido por invisible resorte, se puso en pie cuan largo era y tanto, que á los que estaban sentados debió de parecerles interminable. A tan solemne acción hasta el doctor Rocco quedóse con la boca abierta, y el trozo de frase que ya había salido esperó en vano lo que faltaba.

Rómulo miró á hurtadillas á la buena Tranquilina ¡ah! todavía hermosa; volvió á ver, cual en rápido ensueño, otra casa, otro hogar y otros días, ya lejanos, en los cuales le faltó el valor para levantarse de igual solemne manera por cuenta propia, y cerrando los ojos para sostener la ilusión, dijo:

—Doctor Trompeta, señora Tranquilina, tengo el honor de pedir á ustedes la mano de su hija, la señorita Amalia, para mi amigo el ingeniero Eneas Ferri.

—Y nosotros se la concedemos—respondió riendo Joaquín.

—Despacio—refunfuñó Rocco, estudiando en los ojos de la joven la respuesta que le convenía dar—despacio; no sé todavía si... es decir... Tranquilina y yo no sabemos aún... En fin, ¿tú lo quieres ó no?

Estas últimas palabras eran para Amalia que continuaba con los ojos fijos en la chimenea y sin abrir la boca.

—Ya dijo que sí—observó Joaquín.

—Dijo—corrigió Tranquilina—«si el ingeniero Eneas me quisiera, acaso, ¿quién sabe?...»

—Y el ingeniero Eneas la quiere, y cuando un ingeniero como él dice que quiere, estén ustedes seguros de que sabe lo que se dice.

Así habló Joaquín, y el doctor Trompeta, refunfuñando más que nunca y sin quitar ojo de la muchacha, repuso:

—Y entonces, acaso... ¿quién sabe?

—¿Quién lo ha de saber?—balbuceó Rómulo.

—Yo, por ejemplo—respondió Amalia riéndose—yo únicamente sé que el ingeniero Eneas no me desagrada; que lo estimo por sus buenos sentimientos; que sus debilidades no me causan risa; que su petición me favorece... y no sé más. Si haría bien ó mal en aceptarlo, si es posible que llegue á quererle un día ú otro, no lo sé todavía, y quiero saberlo.

—¿Y qué hemos de contestar?—balbuceó Joaquín.

—Que durante un mes quiero conservar la libertad de soltera.

—Es decir, ó el ingeniero Eneas ó ninguno—dijo Joaquín restregándose las manos.

El doctor Rocco protestó con toda la energía de que

era capaz delante de su tirana, la cual permaneció un momento irresoluta, diciendo al cabo con valentía:

—Sí, ó el ingeniero Eneas, ó ninguno.

Joaquín cometió sin duda la falta de restregarse las manos con satisfacción harto soberbia, porque el doctor Rocco, luego que se hubo alejado Amalia, se desató en invectivas contra los amigos torpes, que piensan hacerlo todo muy bien y echan á perder cuanto tocan; contra ciertos hombres de cuatro palmos de estatura, que no han querido crecer más para tener pretexto de no obrar nunca con juicio y contra ese dios (con letra minúscula) que obliga á un pobre padre, gotoso é inválido, á entregarse en manos de gente semejante, para buscarle un marido á su hija.

Cuando al cabo calló, Joaquín estaba ya sin aliento. Rómulo, como amigo generoso, quiso tomar su defensa; pero Tranquilina le tomó la delantera, diciendo:

—El señor Joaquín no ha hecho más que....

—El señor Joaquín sí que *ha hecho más que*—interrumpió el doctor;—ha obligado á Amalia á decir que se casará con ese maniático de ingeniero Eneas, ó con ninguno... Y cuando aquella cabecita ha decidido una cosa, no hay medio de disuadirla; de manera que si dentro de un mes no ha congeniado con el señor Ferri, será capaz de permanecer soltera toda la vida para sostener su palabra.

Rómulo, sin mirar á Tranquilina, fijando por el contrario los ojos en el suelo, expuso humildemente su parecer, y era que, cuando se ama á.... una *persona* y no llega uno á casarse con ella, puede renunciarse para siempre al matrimonio; pero cuando no se ama, no.

—Usted no conoce á Amalia—bramó Rocco.

Joaquín en esto, dueño ya de su habitual desenvoltura, dijo:

—Si la señorita Amalia se ha propuesto no casarse más que con Eneas, ¿sabe usted lo que hará? casarse

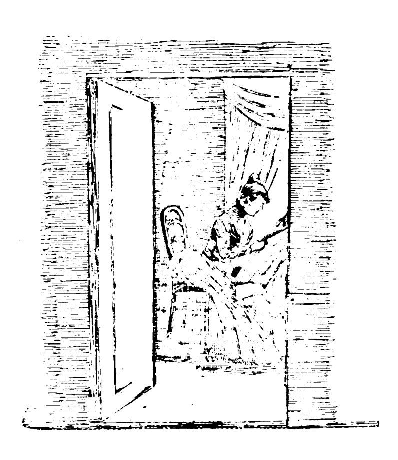
con él... por lo cual me voy corriendo á darle esta buena noticia.

Sin embargo, como él mismo no creía en aquella dicha condicional del ingeniero, y como tampoco Rómulo lo creía, convinieron entrambos no darle más que esperanzas. Y se las dieron de este modo: «La muchacha ha acogido bien la petición, pero antes de contestar, quiere pensarlo un mes; tienes por delante todo el de Febrero; enamórala y es tuya.»

En cuya respuesta reconoció Eneas la rectitud y buen sentido de su futura, regocijándose por ello al pensar en su descendencia masculina y diciendo en alta voz:

—¡Al diablo la prudencia! El asunto está ya dispuesto y nadie puede impedirme proceder como me agrade.

Estas misteriosas palabras significaban que, desde aquel punto, empezaba él á enamorarse de Amalia—aunque en la inteligencia de que no se dejaría arrastrar por la pasión, cuidando de que la joven no se hiciese indispensable para su existencia hasta la víspera del día en que estuviese seguro de poseerla—que había de ser el 29 de Febrero de aquel año, que era bisiesto.





X

¡Tonta! ¡tonta! y ¡tonta!

AMALIA no sabía ya qué pensar: esperaba todas las noches la visita de Federico y en su lugar recibía expresiones de él por medio de embajador, del ingeniero que se las llevaba con la mayor buena fe todas las noches.

El prudente Eneas, determinado, según queda dicho, á inflamarse lentamente, no á abrasarse de golpe, empleaba mil cautelas para acercarse á la joven, tratando al propio tiempo de vigorizar el calórico natural, á fin de que aquella Amalia de hielo se derritiese poco á poco.

Desgraciadamente, en los más firmes propósitos humanos queda siempre una brecha por la cual puede entrar el enemigo; así cuando el pobre Eneas descubría en su futura una perfección que hasta entonces no había notado, un elemento nuevo que aseguraba la prosperidad de la presunta prole, perdía el tino y se aproximaba demasiado al fuego. Resultaban tres ó cuatro incendios, aunque pequeños, cada noche, apagados al momento, y que eran pronóstico infalible de otro, verdaderamente tremendo, que debía de estallar más adelante.

Una noche, por fin, se presentó Federico; tenía su aspecto habitual, entre serio y burlón, y como novedad, una especie de flema que lo hubiera hecho más antipático de lo que era, si fuese posible: esto, al menos, es lo que pensaba Amalia.

Estaban todos y le apretaron la mano y le sonrieron y le agasajaron más de lo que en realidad merecía, según pensaba también Amalia, la cual fuerte con sus derechos de señorita, no se levantó, y haciéndose la distraída dijo á Eneas:

—Perdone usted, no he oído: ¿qué me decía usted?

Eneas, que nada decía, dijo algo que ella en efecto no oyó; en aquel punto Federico se le ponía delante y la saludaba, aunque sin alargarle la mano.

Amalia cumplió con el saludo como si se tratase de una molestia y repitió al ingeniero:

«Perdone usted: ¿qué me decía usted?» Pero esta vez Eneas se calló notando que la joven no le atendía.

No, no le atendía; acercaba, sí, un tanto la cabeza y

alargaba el cuello como se hace cuando se presta muchísima atención; sonreía como la persona más serena del mundo; pero su mirada inquieta desmentía la sonrisa.

«Quiere leerme el pensamiento, se decía; ¡para esto ha venido!»

¿Quién? El antipático Federico, naturalmente. Él, en cambio, declaraba en aquel punto que había venido por dos excelentes razones:

Primera: porque deseaba mucho volver á ver al buen doctor Rocco y á su simpática familia.

«*¡Simpática!*—pensó Amalia:»—¡Empiezan las alusiones!»

Segunda: Porque necesitaba del auxilio de sus dos viejos amigos y de la señorita Amalia.

Al oir pronunciar su nombre, la joven rogó á Eneas que le diera las tenazas para arreglar un tizón de la chimenea que iba á caerse, y una vez las tuvo, arregló tan bien el tizón, que el ingeniero exclamó:

—¡Bravo!

—Les ha ocurrido á los amigos del Casino—decía Federico—hacer una buena obra en los últimos días de Carnaval.—Es idea de gente que se fastidia todo el año y que en la semana de Sexagésima no se divierte. —Quieren disponer una feria de beneficencia en el salón de los Jardines; hay recogidos ya muchos donativos y aquí traigo la lista, que ha de imprimirse.

La lista de los donativos dió la vuelta hasta llegar á Amalia.

—Falta el nombre de usted—observó la joven.

—Sí, falta todavía.

—¿Y quién son estos dos N. N., uno de los cuales ha dado un caballo de silla y el otro *dos* pesetas en dinero?

—Es un secreto—respondió Federico.

—El que da por todo regalo dos pesetas—manifestó Joaquín—hace muy bien en ocultar su nombre; pero el que se priva de un caballo de montar no debía sustraerse á la gratitud aunque no más fuese por el buen ejemplo.

—Hay que advertir—dijo Amalia—que los caballos de silla son, á veces, más complacientes que sus amos y descubren el secreto. Apuesto á que mañana sabe todo Milán el nombre del modesto donante....

Federico miró fijamente á la joven sin pronunciar palabra.

—Para nuestra *Feria de Beneficencia*—prosiguió después—es menester la intervención de señoritas de buena voluntad que se presten á vender los objetos y á recaudar el producto de la venta.

—¿Solas?—preguntó Tranquilina.

—No, acompañadas de ancianos de cabellos blancos pero buenos mozos; el principal atractivo de nuestra feria ha de consistir en que la venta la desempeñen las muchachas más bonitas y los viejos más guapos de Milán. Y he aquí porqué necesito de la señorita Amalia y de vosotros.

Vosotros, esto es, Rómulo y Joaquín; este último trató de demostrar que no estaba todavía en el caso de representar la parte de anciano de blancos cabellos, porque verdaderamente no eran blancos los suyos; pero Federico le contestó que se le otorgaba facultad para corregir aquel defecto por medio de una peluca.

Amalia, después de interrogar con los ojos á su madre, aceptó.

Á cada momento exclamaba para sí:

«¡Otra alusión! Estoy en ello.... Ahora sacará de la faltriquera la carta que le envié y enseñará á todos los recortes del Diccionario con pretexto de que no ha podido entender lo que significaba, pero en realidad para deducir de mi turbación si sus sospechas son funda-

das... Pero yo le haré ver que no me turbo por tan poco; quédese con su sospecha, esto es lo que yo quiero; No ha de saber nunca la verdad....»

Mas Federico iba de una cosa á otra, preguntaba, respondía, callaba para escuchar, sin sombras ni lejos de aquella disimulada inquietud de quien tiene preparada una estratagema diplomatica.

Y así como la joven no se fijaba en él, él no se fijaba en la joven, acaso con más naturalidad que ella; las palabras *antipático*, *vano*, *inútil*, y sus contrarias, que de un momento á otro deberían hacer el gasto de la conversación, no llegaban, tanto, que Amalia empezó á calentarse los cascos por ver cómo las sacaría á plaza sin que se notase.

Lo consiguió más de dos veces, pero con escaso fruto. Y solamente cuando la conversación llegó, como todas las de casa Trompeta, al inevitable umbral del periódico, solamente entonces se le oyó decir á Federico:

—¡Ah! olvidaba que tenía que proponer á ustedes un problema.

—¡Un problema!

—Sí, hace dos días que lo tengo en el bolsillo y no he podido entender palabra. Aquí está.

Y sacó... un diario, lo abrió é hizo ver en la última página algunas líneas encerradas entre dos señales de lapiz encarnado.

El ingeniero Eneas, como si fuese la persona a quien de derecho correspondía dar solución á los problemas que pudieran preocupar á los circunstantes, tomó el periódico y leyó:

«—*Revista de la Bolsa*. La semana pasó agitadísima á consecuencia de las noticias de España. En todas las Bolsas pareció notarse el temor de una intervención de las potencias; casi todos los valores bajaron. La italiana ha perdido un entero en la Bolsa de París. Las

acciones del Banco resisten, pero aquí la industria la crisis que más teme es la monetaria. Algunas quiebras de Bancos extranjeros, no han mejorado la...»

Las quiebras de los bancos extranjeros no habían mejorado indudablemente la situación de los acreedores ni quizá tampoco la de los quebrados... pero nadie acertaba lo que significaba aquello, tanto más cuanto que el ingeniero Eneas se había parado de golpe y levantaba la cabeza en ademán interrogativo, á modo de estudiante que no sabe la lección.

—Aquí acaba la señal del lápiz—dijo lentamente—y vuelve á empezar algunos renglones más abajo.

Leyó otra vez, aunque para sí; luego dijo:

—No entiendo una palabra.

—Lo mismo que yo—exclamó Federico.

El Dr. Rocco quiso á su vez ver el periódico, permaneció un instante pensativo y luego preguntó:

—¿Usted tiene acciones industriales?

—Sí.

—Pues bien, sera algún especulador astuto que tiene gran simpatía por usted y que le aconseja que venda—pero el mismo doctor comprendió al punto lo absurdo de la suposición y la enmendó diciendo:—No, los especuladores astutos no tienen grandes simpatías más que por las ganancias.

De improviso Joaquín, que estaba detrás del doctor Rocco mirando el papel, lanzó un grito agudo, y Rómulo, casi al mismo tiempo, otro.

—¡Los puntos!—exclamó Joaquín.

—¡Los puntos!—exclamó Rómulo.

Y como nadie comprendiese todavía, Joaquín dió vuelta con el periódico en la mano para hacer ver los puntos negros puestos debajo de algunas letras, mientras Rómulo, sin moverse, explicaba lo que eran:

—Los puntos señalan las letras que hay que ir juntando.

—Vean ustedes—dijo Joaquín—al principio está escrito: «Revista de la Bolsa.—La semana pasó...» pero uniendo las letras señaladas con los puntos, se lee *te amo*.

Federico, protestando de que aquello debía de ser una broma, tomó el periódico y leyó en voz alta, uniendo trabajosamente las palabras:

«Te amo; te espero el miércoles en el baile de la baronesa; no faltes; no me atormentes escondiéndote; verte y decirte mi amor sin que tú sepas quién soy, esta es mi única alegría.»

—¡Tonta!—murmuró Amalia de modo que se oyese.

—¿Nada más?—preguntó Eneas.

Federico rióse primero. Luego respondió:

—Nada más; sin duda es alguna que quiere verme en el baile—donde no he ido en toda la temporada—haciendo el papel de buscador inquieto de una bella incógnita. Los amigos del Casino son capaces de todo con tal de distraerse un rato; pero no les doy por el gusto; la farsa es demasiado burda...

—¡Pobrecillos! Ten lástima de ellos y vé—dijo Eneas.

Joaquín hizo notar lo siguiente:

—A mí no me parece una farsa, y si lo fuese estaría muy lejos de ser burda; repara que la idea es vulgar pero la forma es ingeniosa; los amigos del Casino nó hubieran tomado tantas precauciones; se hubieran contentado con escribir buenamente una carta anónima; cuanto más hubieran hecho que la escribiese alguna de sus... (iba á decir *queridas*, mas por consideración á Amalia dijo *primas*) alguna de sus primas que supiese escribir y cuya letra no conocieras tú.

—¿Los señores del Casino—preguntó Amalia—tienen primas que no saben escribir?

—Sí, algunas... En estos primores—continuó Joaquín—no se hubieran metido, porque, ya te lo he dicho, esto, en sí, es nada; pero la forma no se puede

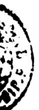
negar que es ingeniosa; así, pues, no se trata de una farsa.

—No puede serlo—aseveró Rómulo.—De seguro es una mujer la que escribe; una mujer que para esconderse tendrá sus motivos... no digo cuáles, pero ya nos entendemos. Las cartas son siempre peligrosas; la letra desfigurada es como la fotografía, si no eres tú, es alguien que se te parece. ¿Cómo era la faja del periódico?

—Verde, color de esperanza—dijo con negligencia Federico—y el sobrescrito de letras de imprenta, recortadas y pegadas.

—¡Lo ves!—exclamaron á la vez Rómulo y Joaquín.

—Hoy es miércoles; el baile de la baronesa empezará de aquí á una hora; si te vas al momento a la peluquería y luego á tu casa llegarás todavía á tiempo de poder elegir un buen puesto para observar. Tratándose de descubrir la incógnita, es de mucha importancia el estar allí antes de que ella llegue, para adivinarla en la ojeada que, apenas éntre, dirigirá al rededor para buscarte; porque apenas te haya visto, su diplomacia femenina desafiará tu astucia masculina y ya no sabrás nada.



Este juicioso consejo lo daba el ingeniero Eneas, el cual de buena gana hubiera empujado hasta la puerta á su amigo para enviarlo al baile de la baronesa.

Pero Federico no se movió hasta que era indudablemente demasiado tarde para ir á la peluquería y de ésta á su casa y de allí al baile.

«¿Qué necesidad tenía de darme á entender que no va á casa de la baronesa?» se preguntó Amalia á sí misma.

—¿En qué piensas?—le preguntó su madre.

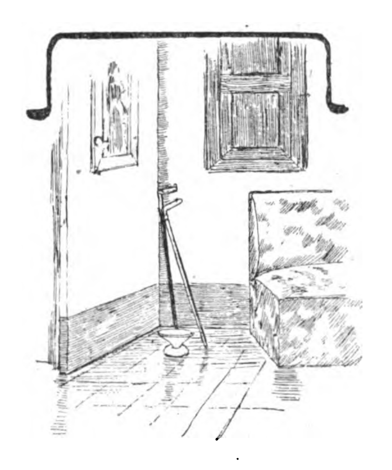
—En el caballo de silla del señor Federico.

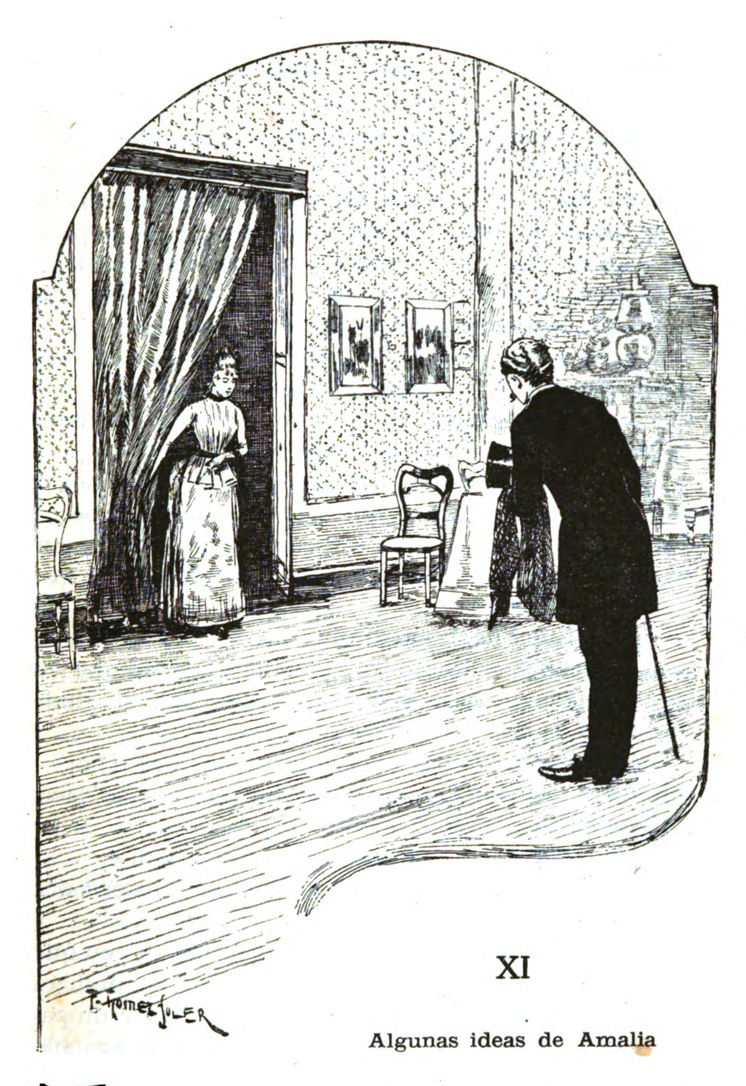
—¿Y quién te ha dicho que sea él el incógnito donante?

—Nadie; pero yo lo adivino.

Permaneció todavía un instante como pensando en ello; después dirigiendo á la pared una mirada de compasión le dijo por tres veces:

—«¡Tonta, tonta y tonta!...»





XI

Algunas ideas de Amalia

Federico fué también al día siguiente á casa Trompeta; estaba seguro (á lo que dijo) de encontrar allí á su amigo Eneas y quería rogarle que visitara con él las excavaciones verificadas en su casa de campo junto al lago Pusiano, donde en lugar de las

monedas de oro escondidas en los tiempos napoleónicos, no hacían sino encontrar cacharros, todos vacíos.

«Este diantre de ingeniero—decía también Federico—es capaz de saber, sólo con mirarlos, en qué especie de cocina pudieron emplearse los utensilios citados, porque entre los cocineros de la vecindad no hay ninguno que sepa una palabra del asunto.»

Era un buen pretexto y nada hubiera tenido que decir Amalia si el señor Federico no hubiese ido dos horas largas antes de la en que solía presentarse diariamente el señor Eneas.

La muchacha estaba segura que aquella visita era para ella, para ella sola; ¿qué le tenía, pues, que decir? de seguro alguna delicada impertinencia. Y se propuso permanecer sin pronunciar palabra para lograr que fracasara su propósito.

—¿Con que busca usted un tesoro?—le preguntó el formidable doctor Rocco, con aquella suavidad que era en él como la máscara de una batería.—¡Será sin duda un tesoro de gran consideración!

—No—repuso Federico—es un tesoro pequeño.

El doctor dirigió una ojeada á la joven, que se hacía la distraída, como si le dijera:

«¡Aguarda, que yo te lo arreglaré!» y añadió:

—¿Y pierde usted el tiempo en buscar fruslerías?... Usted quizá no sabe...

—Pero diga usted—interrumpió Federico—¿en qué quiere usted que emplee yo el tiempo? Si pudiera perderse alguna hora del día como se pierde un pañuelo del bolsillo, ¿cuántos cree usted que se agacharían á recogerlas?

—De ciertos señores, ninguno—saltó impetuosamente Amalia; pero al notar una sonrisita de satisfacción en los labios de Federico; añadió con calma:—Hay, no obstante gentes en el mundo á las cuales les parecen siempre cortos los días.

—¡Dichosos ellos!—exclamó Federico, y no dijo más como si hubiese adivinado la intención de Amalia, de atrincherarse en el silencio, y estuviese bastante satisfecho con haberla obligado á salir de sus trincheras.

La joven sintió gran deseo de tornar á su propósito para ya no salir de él; pero se le había cerrado la puerta de salida. Comprendía que se equivocaba de táctica, que alentaba al adversario, pero la tentación era superior á sus fuerzas; había empezado y tenía que concluir.

—Cuando digo *de ciertos señores*, excluyo por supuesto al señor Federico; no creo que sea usted de los que, cuando han logrado estar dos horas sin mirar el reloj, exclaman alegremente: «¡oh! ¡ya han pasado también!»

—Usted perdone—observó con dulzura Federico—pero sí que soy de esos. ¿Y no dice por ventura lo mismo el obrero tras de todo un día de trabajo, y no dice lo mismo su señor padre, aquí presente... y usted misma no siente agradecimiento hacia la novela que la distrae en las eternas horas de la tarde?

El doctor Rocco tomó la palabra, más bien la agarró:

—No hay comparación—refunfuñó:—¿qué tiene que ver *su señor padre aquí presente*, que tiene gota, que tiene un brazo inválido y que tiene una hinchazón del bazo? El tedio es propio de gente con salud, ¡á fe que yo no me aburro! Sé que estoy aquí sirviendo de blanco á las iras celestes y cumplo en toda regla mi oficio. Respecto á Amalia...

—El obrero—interrumpió la joven—después de todo un día de trabajo, piensa: «he terminado mi tarea; he ganado el pan de mi familia; mis hijos tienen un día más.»

—Siempre es un consuelo—observó riendo Federico—pero no todos pueden tener familia.

—Diga usted que no todos quieren; la familia es cariño, y la gente que se aburre no es capaz de querer.

—¡ Oiga !—exclamó Federico—¿ y cómo es eso ?

—Porque el aburrimiento es una forma del egoísmo...

—¿ De veras ?

—De veras: es necesario que esté el corazón muy seco para no trabajar, cuando hay á cada paso tanta necesidad, y para no querer, cuando se escucha los gemidos de tanto dolor. El que trabaja y ama, no se fastidia nunca.

—Ciertísimo.

—Y por consecuencia, el que se aburre es incapaz de querer.

—La consecuencia es errónea, señorita.

—Tiene razón el señor Federico—dijo Tranquilina que había permanecido siempre callada en un rincón; —tú, hija mía, pensarías bien si no extendieses demasiado las ideas; quieres ser justa y resultas absoluta.

Amalia tuvo el buen acuerdo de reirse; luego añadió:

—Será así, mas por lo menos lo que digo lo pienso antes; los señores del Casino, excluyendo por supuesto al señor Federico, no deben de ser absolutos en sus ideas, porque, como probablemente no pensarán nunca, no las tienen. Son como niños grandes los tales señores. ¿ Sabes, mamá, en lo que pienso cuando miran el reloj y dicen bostezando: « ¡ Gracias á Dios ! ha pasado una hora...?»

—¿ Qué es lo que usted piensa ?—preguntó con impertinente amabilidad Federico.

—En los estudiantes que tiran la gorra por el aire y gritan: « ¡ Gracias á Dios ! ¡ el maestro está malo y no tenemos clase !»

Federico dobló la cabeza sobre el pecho con cierta sorna, y permaneció algunos instantes como reflexionando; después dijo:

—Dígame usted: ¿el maestro que está malo es el

tiempo perdido en el ocio ¿ no es verdad ? Me gusta la comparación. Si usted á la edad que tiene habla con tanta filosofía, ¿ qué será más adelante ?

La joven sintió la pulla pero no pudo replicar, porque al mismo tiempo Federico, alegando no sé qué pretexto, se despidió y salió.

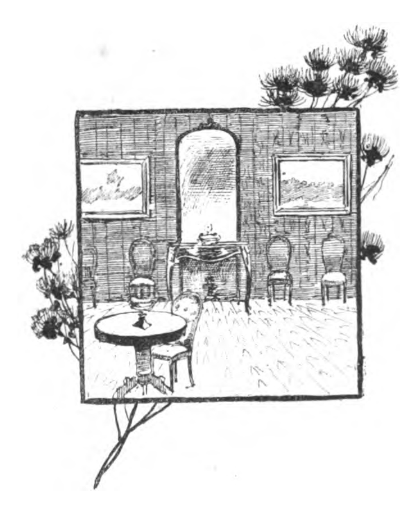
—¿ Qué habrá venido á hacer ese holgazán ?—preguntó el doctor Rocco.—El asunto de las excavaciones era, sin duda, un pretexto.

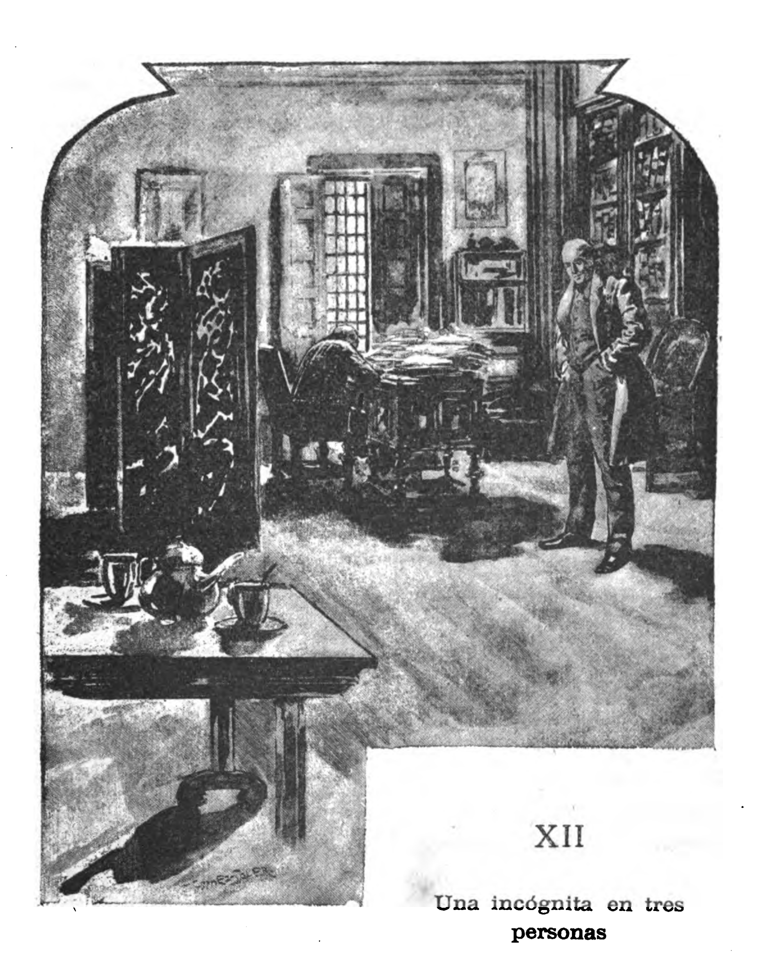
Y como nadie respondiese, agregó :

—Será todo lo holgazán que ustedes quieran, pero yo, cuando estoy á su lado, siento no sé qué, ¡ vamos, que me gusta !...

Amalia pensaba :

« El asunto de las excavaciones era un pretexto; ¿ á qué, pues, ha venido ? Le doy rabia, bien lo noto; tendría la venganza en el bolsillo y no la ha podido sacar. ¿ Qué venganza sería la suya ? La desconocida aquella que le preocupa... ó tal vez otra... ¿ Y qué me importa á mí que sea aquella ó que sea otra ?





XII

Una incógnita en tres personas

—¿No encuentras una *d*?—preguntó Rómulo que iba de arriba ábajo por la habitación, llevando del brazo á su musa.

—En todo el período no hay ni una *d*—respondió Joaquín:—¡parece imposible escribir un período entero sin una *d*! ¡Estos periodistas son capaces de todo! ¡Ah! por fin dí con una... y aquí está la *o* de *amado*... Continúa.

Rómulo dictó:

«Que no te he visto el miércoles pasado.».

Mientras Joaquín escribía en el periódico, por el sistema de los *puntos*, con las letras de una *Revista de la Bolsa*, Rómulo se detuvo de improviso para inclinarse sobre el hombro de su amigo. Poco después dijo:

—Hago versos sin querer; mira.

«Ya tú lo sabes, Federico amado,
que no te he visto el miércoles pasado.»

Buenos ó malos, son dos endecasílabos.

—¡Endecasílabos!—exclamó Joaquín, deteniéndose con una especie de sobresalto.

—Pon *último* en lugar de *pasado*, y ya no hay ni endecasílabo ni rima.

—Bien, ya no lo hay, adelante.

—«...Porque mi marido, receloso, me privó de ir al baile, pero pensaba sin cesar en ti; me decía: ¡En este momento me busca! Sentía celos de todas las hermosas. ¿Quién sabe? ¡Quizá creíste encontrarme y te dolerá ahora sufrir un desengaño! ¡Angustiosa idea! Y pensar que á este disfraz que tan cruelmente me tortura, debo el único goce de mi vida, espléndida al exterior y vacía dentro, el goce de poder decirte sin rubor ni remordimiento: Federico, te amo.»

Rómulo, apenas pronunció esta última palabra, rompió á reir á carcajadas.

Joaquín deletreó apresuradamente: *remordimiento;* ferrocarriles... *Fe;* de la alta Italia, *de;* los querrían *ri...*; constante... *co te: Federico te;* aumentando... *amo.* ¡Ya está!...

Y echóse á reir también estrepitosamente.

—¡Bravísimo!—exclamó luego—has hecho una obra maestra. ¡Cuando yo te lo digo!...

Cuando lo decía él, no podía quedar sombra de duda, y él lo decía, á guisa de hombre generoso que aprovecha la primera ocasión para otorgar al amigo una parte de su gloria.

Porque hay que saber, si ya no ha sido adivinado, que á él, únicamente á él, Joaquín Poma, le había ocurrido la idea de escribir á Federico *punteando* las letras del periódico: idea que nada tenía de simple; idea, por el contrario. ingeniosa y sutil; el mismo Joaquín Poma convenía en ello, por más que no fuera una «gran cosa», dada que la modestia de Joaquín Poma no permitía que lo fuese.

—Te digo que has hecho una obra maestra, y ahora que la has hecho, explícame porqué nuestra incógnita debe decir que no ha ido al baile...

—Primeramente—repuso Rómulo sonriendo—porque no estamos seguros de que Federico no haya ido al baile; parece que no, pero en la duda, nuestra bella incógnita corría el peligro de verlo, no estando él, ó de no verlo, estando; por eso lo mejor es dejarla en casa.

—La precaución es buena, pero Federico no ha ido de seguro al baile.

—Tanto mejor para que nuestra incógnita se haya quedado en casa con su marido; una señora joven y bonita, aun siendo anónima, da muy mala idea de sí escribiendo v. g. «Cruel; no has venido, te he esperado en vano.» Y luego Federico hubiera creído más que nunca en una farsa de los amigos del Casino.

—Cierto, cierto... y si no ha ido al baile, esperará la carta.

—Supón, en cambio, que le haya vencido la curiosidad y haya asistido al baile...

—Entonces espera, ó de la incógnita ó de los amigos

del Casino, una carta que diga: «¡Oh gozo! ¡oh delirio sin igual! Te he visto...!» Y no recibiendo ni delirio ni gozo, ya no cree que sea una broma; lo toma en serio, el juego le entusiasma, hace la corte á todas las bellas que van á casa la baronesa de C... y quién sabe si se enamorará de veras.

—Exactamente—dijo Rómulo, animando su melancólico semblante con una de aquellas sonrisas de complacencia en las que Joaquín era maestro,—exactamente, pero aún hay más.

—¿Qué?

—Á casa de la baronesa concurren bonitas, pero feas también; suprime éstas: suprime también las muy jamonas; las que son notoriamente fieles á sus maridos; suprime por último las que, sin ser feas, ni jamonas, ni fieles, desagradan á Federico; saca la cuenta. ¿Cuántas quedan? Las cavilaciones de Federico si asistió, en efecto, al baile, se habrán reducido á muy poco.

—¡Soberbio!—exclamó Joaquín, cogiendo la idea al vuelo.—«¿Es la señora tal ó la señora cual?» se habrá dicho; y mientras dura la incertidumbre llega la nueva carta; la bella incógnita no estaba en el baile. Y Federico, después de haberse permitido quizá algunos avances con la señora *tal* ó la señora *cual* que estaban en el baile, empieza á pensar en todas las que no estaban.

—Y si no ha ido al baile, averigua cuántas mujeres casadas había en el, y por el pronto se vuelve asiduo tertulio de la baronesa para tomar nota de cada mujer bonita que aparece allí, y en cada una imagina el segundo capítulo de la novela. Mientras tanto se distrae, y quizá se enamore y acaso llegue á ser feliz, porque de unas cosas nacen otras, y sólo del tedio nacen los malos designios.

Repitió Joaquín que aquella era una intriguilla por-

tentosa de Rómulo, dobló él mismo el periódico, pegó las señas con goma y salió del brazo de su amigo para echar la obra maestra en un buzón.

—¡Qué gran invención la de los buzones!—dijo Joaquín.

Y añadió Rómulo:

—¡Qué gran invención la de la imprenta?

—¿No has pensado en una cosa?—exclamó poco después Joaquín.

—¿En qué?

—¿Dónde te parece á ti que irá á parar la historia que has inventado?

—¡Qué sé yo! no me ha ocurrido, no he pensado...

—¡Ah! lo ves; no lo has pensado! Pues yo lo pienso y digo que lo más probable es que pare en un adulterio.

Y al formular este aflictivo pronóstico, aquel hombrecillo de cuatro palmos de estatura abría la boca con enorme sonrisa.

Rómulo permanecía inmóvil y asustado, y su compañero poniendo bajo su rostro compungido su risueña faz, prosiguió:

—Para no errar has tomado todas las precauciones; has puesto en acción un marido receloso, es decir, el más adecuado para que lo hagan...

Rómulo se volvió instintivamente, como si cediese á la tentación de volver atrás y recoger el periódico, pero recordando que los buzones son inexorables cuanto complacientes, siguió andando sin expresar su pensamiento. Estaba apesadumbrado de veras; para consolarle le dijo Joaquín:

—Cada mujer guapa que tiene marido está rodeada de una docena, por lo menos, de individuos que no tienen mujer; tú habrás hecho que acuda un nuevo cuerpo de ejército en torno á una fortaleza asediada, ni más ni menos. Tú ya sabes que las fortalezas del

día no se toman al asalto; se toman por hambre ó por traición; es muy probable que Federico empiece por empujar hacia atrás á un pretendiente que haya llegado á las últimas trincheras y que hubiera, tal vez, triunfado mañana. Y el señor marido, sobre el cual pesa la sentencia... capital, habrá de darte las gracias porque te deberá un par de semanas, cuando menos, de prórroga.

Estas y otras consideraciones, entre ellas la de que ya no había remedio, serenaron en lo posible la turbada conciencia de Rómulo.

Por la noche Amalia, al darle la taza de café, le preguntó si había visto al señor Federico, y Rómulo, que pensaba en él en aquel punto, á pesar de hallarse al lado de Tranquilina, respondió preguntando el por qué de la pregunta.

—Porque ahora mismo estará aquí—dijo con burlona seriedad la joven.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No le haga usted caso—manifestó Tranquilina—mi hija es una locuela incorregible; se ha metido en la cabeza, no sé por qué, que el señor Federico no la puede soportar, y que no estará tranquilo hasta que halle modo de decírselo. De creerla, cada vez que él viene no trae otro propósito; cuantas palabras pronuncia son el principio de una frase impertinente de muy difícil construcción. ¿Verdad que eso es una locura?

Rómulo pensaba que aquella voz sonaba dentro de su corazón como música antigua en vetusta catedral, y respondió melancólicamente que sí, que era una locura, una locura imperdonable.

—Muchas gracias—dijo Amalia—por lo demás estoy segura de que vendrá hoy también... ahí está; conozco su manera de tirar de la campanilla.

Era él, en efecto.

Entró, sentóse, divagó por mil diferentes conversa-

ciones, no dijo ninguna impertinencia, y no hizo alusión de ninguna especie. Tanto que al cabo le preguntó Amalia:

—¿Y la incognita?

—Sigue escribiendo.

Rómulo y Joaquín callados.

Federico desplegó un periódico y leyó lentamente con la indolencia del aburrido:

«¡Te he visto! ¡Qué fiesta para mi corazón!»

—¡No dice eso!—saltó imprudentemente Joaquín, lanzando una ojeada á su cómplice.

—¿Cómo que no? así está escrito.

—Joaquín quiere decir—corrigió Rómulo—que no habiendo tú ido al baile, tu incógnita no ha podido verte, y que debe de haber una equivocación.

—No hay equivocación; está escrito así.

Y mostró unas letras, en las cuales la *fiesta del corazón* de la incógnita iba decorada con los puntos más grandes y más hermosos que imaginarse pueda.

Joaquín y Rómulo no abrían la boca; habían caído entrambos en una preocupación tan honda como un abismo.

—Si no ha ido usted al baile, es una broma—dijo Tranquilina.

—He ido al baile—contestó Federico—pero no por eso deja de ser una broma.

Al salir de casa Trompeta, Joaquín le dijo á Rómulo:

—He adivinado quién puede haber escrito esta carta.

—Y yo también: ¡Amalia!

—Ella, de seguro; á ninguna otra persona le podía ocurrir; ella no sabe que la incógnita somos nosotros y se conceptúa segura de no ser descubierta; ¿pero por qué seguirá la broma?

—Para hacerle creer que es realmente una broma, lo cual ella no lo cree.

—Para mortificar la vanidad de ese Federico que *no puede soportar*, para castigar la tontería de la incógnita y vengar su sexo; siempre la misma, ya lo ves. Su madre tiene razón; es una chiquilla que tiene el raciocinio de una mujer; pero abusa tanto, que hace chiquilladas. Es justa hasta la tiranía, hasta la injusticia; cuando juzga y condena en su interior, no está contenta hasta que ha ejecutado la sentencia.

—¡Pobre Eneas!—exclamó de pronto Joaquín.

—Querrás decir *¡pobre Federico!*—corrigió Rómulo; pero al notar la sonrisa maliciosa de su amigo, meditó un poco y acabó por decir, levantando la frente:

—Quizá tienes razón, ¡pobre Eneas!

Pero como entre ellos no debían existir equívocos, Joaquín se apresuró á explicar de qué modo había que entender aquella conmiseración, y se encontró con que Rómulo lo había ya entendido.

Decía Joaquín:

—Mientras que Amalia no pueda soportar á Federico, y tenga necesidad de hacérselo saber, y quiera odiarlo y ser odiada, la joven más bonita de todo el universo no tendrá tiempo de enamorarse de otro.

Y Rómulo, que sabía que era maestro en doctrinas melancólicas, añadió sentenciosamente, pero no con calma:

—El amor se basta á sí mismo; tiene cien ojos, cien oídos, cien lenguas y cien lenguajes; pero es ciego, sordo y mudo en su generoso egoísmo; los malos sentimientos no tienen acceso á un alma avasallada por el amor.

—Amalia—concluyó Joaquín—no se acuerda siquiera de que hay en el mundo un ingeniero, soltero aún, que se llama Eneas.

Con lo cual resultó luminoso para entrambos lo que ya parecía claro á cada uno de ellos, á saber que el desgraciado Eneas era verdaderamente digno de lástima.

Quedaban aún dos preguntas por contestar.

¿Por qué Federico había leído únicamente la carta de Amalia y no la otra, que la contradecía?

¿Por qué, no habiendo ido al baile, como era notorio, había dicho que fué?

Hallóse una misma respuesta para las dos preguntas. Federico no quería que Amalia, la cual había mostrado despecho hacia la incógnita, llamándola *¡tonta!* delante de todo el mundo, tuviese por cierto que todo ello era una farsa de los amigos del Casino, de la cual ya podía él estar seguro.

Y de todo este batiburrillo de pequeños sentimientos surgía distintamente una idea que los dos viejos amigos, meneando la cabeza y mirándose de hito en hito, expresaban con frases dubitativas:

«¡Quién sabe!... ¡Nunca se sabe si!... ¡Quizá!... ¡Se han visto casos!...»





XIII

El ingeniero Eneas no comprende nada, los otros comprenden poco; Federico lo ha comprendido todo

Un filósofo dará, un día ú otro, esta definición del hombre:

«El hombre es un bípedo implume que hace programas para no cumplirlos;» y más adelante otro filósofo definirá al hombre como «un animal que define.»

El programa acordado por los dos amigos fué no hacer programa alguno; de este modo quedaban dueños de poder, en cualquier momento, aprovechar la coyuntura para decir ó hacer ¿qué? cualquier cosa.

Y para dar en todo razón al filósofo del porvenir, después de haber rechazado solemnemente el programa en la puerta, lo acogieron á escondidas en la ventana.

Quedó, pues, convenido, no sólo dejar creer á Amalia que su estratagema había surtido el mejor efecto, sino animarla á que prosiguiese el anónimo epistolario, excitándola á corregir al desdichado Federico. Mientras tanto verían de mejorar poco á poco la mala idea que se había formado ella del joven.

El ideal hubiera sido lograr que se enamorasen perdidamente uno de otro, de modo tal que no tuviesen sosiego hasta casarse en las mismas barbas del ingeniero Eneas; para hasta aquel punto no llegaban aún las ambiciosas miras de los dos amigos.

El programa empezó á ejecutarse el día siguiente, cuando Amalia, al hallarse por un instante sola con Rómulo y Joaquín, quiso saber si Federico había ido realmente al baile de la baronesa, como había dicho; ambos contestaron que desde el momento en que lo había dicho, no había motivo para dudarlo.

La joven se puso encarnada, abrió los labios para hablar, pero calló.

—Los hombres—empezó á decir Rómulo—se dividen en dos clases; los que aún buscan y los que no buscan ya; Federico cree ser de los que ya no buscan, pero busca todavía.

—¿Y qué busca?—preguntó Amalia.

—Probablemente no lo sabrá él mismo; su geniecillo familiar le diría: «Vé á casa de la baronesa, quizá encontrarás *algo*», y fué.

Quedóse Amalia por un momento taciturna; des-

pués alzó el semblante, cuya postiza sonrisa no borraba las sombras de su pensamiento, y, por romper el silencio, preguntó:

—Y usted, señor Rómulo, ¿busca usted aún?

—Me parece que no.

—¿Pues qué es lo que usted ha encontrado?

El viejo quería dar una de esas contestaciones tristes que se colocan entre dos sonrisas, pero se contuvo y dijo:

—He encontrado la resignación y la fe.

—¡Yo la busco!—afirmó Amalia con extraño sosiego.

—¿La fe?—preguntó Rómulo sorprendido.

—Sí, la fe; mi madre la ha encontrado, como usted, pero no mi padre.

—¡Y como yo!—exclamó Joaquín:—verdad es que yo no me he afanado mucho por hallarla.

—¿Y usted qué ha buscado?

—Nada.

—¿Y qué ha encontrado?

—Nada.

Y Joaquín pronunció estos dos *nada* con tan ingenua y sencilla satisfacción, que en su boca parecía algo.

La respuesta de Amalia había introducido algún sobresalto en el corazón de Rómulo. Más tarde recomendó á su amigo que no hiciese gran caso de las palabras de una chiquilla, porque si Amalia creía que buscaba no sé qué, lo que en realidad buscaba era el amor, y una vez lo hubiese encontrado, tampoco le faltaría ya la fe.

—Ya lo verás—decíase á sí mismo, al decirlo á Joaquín.

Éste contestó:

—Lo veré, mas no me importará un pito; lo que Amalia necesita encontrar no es la fe, sino un marido.

En el pasado de Federico, en aquella vida suya de soltero tan ociosa, había algunos episodios que le hacían honor. Rómulo no perdía ocasión de recordarlos, y cuando lo hacía así, mediante todos los artificios de la retórica, ante la joven más bonita de todo el universo, no sabiendo ya qué decir de bueno de su candidato, le hacía préstamos *Crevi manu*, atribuyéndole virtudes propias y hasta robando prendas al prójimo para engalanarle con ellas.

Amalia se contentaba con decir que no hubiera creído capaz de tales hechos á aquel botarate.

—Ese botarate es capaz de todo: hasta de no ser botarate... Una vez...

Ya se comprende que una vez había realizado Federico una proeza digna de los tiempos heroicos, sin decirlo á nadie.

—¿Y cómo lo ha sabido usted?

—Porque no se hablaba de otra cosa en el Casino—exclamó Joaquín—ya se sabe; nada puede tenerse oculto; cuando el interesado no habla...

—Cuando el interesado no habla—interrumpió Amalia riendo—hablan los caballos de silla... El mundo está lleno de gente *modesta* al uso del señor Federico; de gente que esconde su vanidad para mejor especular sobre ella. En cambio es cada vez más rara la vanidad ingenua que se contenta con el 5 por 100; los modestos quieren el 30 y el 40.

A Joaquín le agradó sobremanera aquella comparación.

—¡Magnífico!—dijo—yo, por ejemplo, soy así; si una cosa me halaga, la dejo decir; si una alabanza me pertenece, la pido porque es mía; esta es la justicia verdadera.

Y se congratuló de haber sido justo de aquel modo toda su vida.

Amalia, en esta argumentación sobre la modestia,

había hecho también sus reflexiones, y había llegado á ciertas sentencias de su cosecha, que no dejaban de ser justas, pero que acaso lo eran de sobra. Por lo cual, habiendo mostrado una punta de aquella verdad, no se dió por satisfecha hasta haberla mostrado toda.

—¡También la modestia de los grandes hombres es una modestia muy especial!—exclamó.—Y sino, díganme ustedes ¿qué mérito hay en no mendigar un mendruguillo de elogio, cuando todos á porfía os lo presentan condimentado de mil maneras, teniéndose por muy felices con que os dignéis por lo menos probarlo? ¿Qué mérito hay en ocultar el contentamiento que produce el elogio, cuando ese disimulo, esa mentira, la convierten en una virtud más y os la atribuyen á toda costa?

—No hay mérito así, es cierto—dijo Joaquín.

—La modestia—concluyó Amalia—es una virtud de lujo; nosotros somos demasiado pobres para podérnosla permitir; costaría demasiado á nuestra vanidad; los ricos, que tienen para lo superfluo, pueden ser modestos también.

—Nosotros, gente pobre, no la podemos gastar—observó Joaquín regocijado.

Y Rómulo, que había escuchado sonriendo todo lo anterior, halló modo de traer á cuento nuevos encomios de Federico. Entonces le tocó á Amalia escuchar en silencio, y con ligero mohín de burla en los labios.

—Toda esta charla sobre la modestia—concluyó poco después—ha venido á propósito del señor Federico, que es un botarate, y no tiene sobre la conciencia pecados de falsa modestia; no haga usted gestos de que no, señor Rómulo; nadie me quita de la cabeza que el protegido de usted es un botarate...

—Le digo á usted que no.

—Le digo á usted que sí; ¿no ha notado usted cómo va leyendo cuantas declaraciones anónimas recibe?

—Porque está persuadido de que son bromas de los amigos—dijo Joaquín.

—¿Persuadido de veras?—preguntó la joven.

—Yo creo que sí...

—¿Y son, en efecto, bromas?

—Yo creo que no—se apresuró á decir Rómulo.—Federico es guapo mozo, rico...

—Me asombraría de que por su belleza le escribiesen; pero siendo rico, ya no me asombro.

Rómulo estaba en ascuas: probaba ya la alabanza, ya los celos y no hacía más que probar; pero mientras el ingeniero Eneas viniese y se volviese á ir, dejando la situación tal y como estaba; mientras persistiese en la joven aquella absurda malevolencia hacia Federico, su doctrina amorosa continuaba diciéndole que él y ella habían nacido el uno para el otro.

Lo malo era que á Federico no se le veía; por más frases tentadoras que los dos cómplices le enviaban por medio del periódico, el joven no acudía á leerlo á casa Trompeta, lo cual, si por una parte servía para corregir la equivocada opinión de Amalia acerca de la vanidad de Federico, no permitía, en cambio, dar un paso á aquellos dos indóciles caracteres que Rómulo veía, con los ojos del deseo, uncidos á un mismo carro: el del matrimonio. Sin contar con que era imposible saber si Amalia continuaba por cuenta propia aquel juego epistolar que la divertía tanto.

Habíanse lisonjeado de entablar una curiosa partida de damas, en la que no debía de ser difícil, mediante fingidas sorpresas, hacer que se descubriese la bella adversaria..., pues, no señor, aquel holgazán de Federico, ni en esto se entretenía, y como no hablaba de ello nunca, escondía el juego.

Reinaba la misma incertidumbre y la partida empezada por los viejos seguía de mala gana en las tinieblas, cuando una noche se presentó Federico, y en la

consabida sección *Noticias de la Bolsa*, leyó con su habitual burlona pereza lo que sigue:

«Sé que hace usted excavaciones para hallar un tesoro escondido; es usted rico y lo puede usted hacer, porque, claro está que no encontrará usted nada. ¿Y qué hace el hombre, el cual durante siglos corre en pos de la verdad sin alcanzarla nunca, sino buscar un tesoro inútil, olvidando el amor, que es su verdadera riqueza?»

—Reconozco el estilo de Amalia—dijo Joaquín por lo bajo á su amigo.

—¡Tonta!—murmuró Amalia aunque sin convencimiento.

—¿Y es verdad que no encuentra usted el tesoro?—preguntó el doctor.

—Es falso; el otro día, sin ir más lejos, encontré un punzón de la edad de bronce...

—¿Y qué es un punzón de la edad de bronce?

—Hasta hace poco yo tampoco lo sabía; pero me he informado y me han dicho que es una aguja de coser... de la cual se sirven los palenteólogos para hacer rabiar á la máquina Howe de dos hilos.

Dijo estas palabras con acento burlón.

—¿No aprecia usted á los eruditos?

—Desprecio su ciencia impotente.

—¿Y qué sabe usted si es impotente?

—Yo nada sé; soy también un ignorante, pero pienso que con un chapuzón en el canal ó un salto del cuarto piso, un estúpido puede saber más que el médico, el astrónomo y el filósofo.

«¡Cree en otra vida!» pensó Amalia.

Poco después llegó el ingeniero Eneas; Federico permaneció algunos instantes silencioso y se marchó.

Durante toda la noche no pudo quitarse Rómulo de la cabeza estas palabras que le parecían de vertiginosa profundidad:

«El hombre busca inútilmente hace siglos la verdad y olvida el amor que es su verdadera riqueza.»

Se las repitió en secreto á Joaquín, el cual convino en que en aquella sentencia podía verse el compendio de la historia espiritual de la humanidad... y algo más todavía...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, en el caso presente... en boca de una muchacha bonita y dirigidas á un muchacho que no es feo... estas palabras. ¿Me explico?

Se explicaba perfectamente, pero se equivocaba. En aquel propio momento Amalia, después de haber pensado mucho en aquellas mismas palabras, tornaba á levantar su altanera cabecita y sentenciaba para sus adentros que aquellas palabras eran falsas y quien las había escrito una tonta... y esta vez lo decía con convencimiento.

No las había escrito ella, pero ella tenía que responder del hecho.

Como quiera que fuese, los dos colaboradores del casamiento de Amalia, llevando aparte al desgraciado ingeniero Eneas, creyéronse en el deber de prepararlo cautamente para el golpe cruel que habría de recibir muy presto.

—¿Cómo van tus asuntos con Amalia?

—Muy bien—repuso Eneas—cada día hago un descubrimiento que me augura una nueva dicha. ¿Sabéis que es bonita, lo que se llama bonita?

—Lo sabemos—dijo Joaquín—ó por lo menos nos lo imaginamos, pero...

—No hay *pero* que valga; es muy bonita. El cuerpo humano obedece á determinadas leyes de simetría y ponderación; tiene también su arquitectura y no engaña. Como puede reconstituirse un *megaterio* con una mandíbula, ó un edificio antiguo con un trozo de cornisa, casi se puede adivinar la belleza de una joven.

Yo la he estudiado bien, y estoy seguro de que...

—¿Te has declarado á ella?

—Todavía no; quiero dar tiempo á que ella á su vez me estudie, sin precipitación.

—¿Y crees tú que Amalia trabaja secretamente para adivinar por tu cornisa cuál es la arquitectura á que perteneces, ó para reconstruir el *megaterio* que quieres darle por marido?

—No digo eso—exclamó riendo Eneas—me habéis preguntado si la cosa va bien y yo os respondo que va admirablemente. Estoy contento de Amalia.

—¿Has reparado en su nariz?—preguntó Joaquín;—¿no te parece que se tuerce un poquillo?

—Calumnia; su nariz es tan recta como su criterio.

—Pero está mal de fe—observó Rómulo—no cree en nada; acaso te dé hijos escépticos. Menos mal si la educación...

—La prefiero así—interrumpió Eneas—creo yo y basta. Es mejor que la madre de mis hijos dude; de esta suerte mis hijos tendrán, en punto á facultades religiosas, el equilibrio que con la reflexión forma la verdadera conciencia, tan rara hoy en día.

Rómulo, derrotado, miró á Joaquín, vencido, y entrambos reunieron sus últimas fuerzas para lanzar una carcajada.

El día siguiente fué memorable por una inesperada catástrofe.

A la hora de la tertulia, cuando estaban todos junto al fuego en casa Trompeta, y estaban además ansiosos por cuenta del Dr. Rocco—quien mostraba muchas ganas de altercar con el dios minúsculo, de tal manera que todos conviniesen en que la razón estaba de su parte,—en aquel crítico instante entró el ingeniero Eneas con un periódico en la mano.

Reía, hablaba, saludaba y desplegaba el periódico todo á la vez.

—Oigan ustedes—dijo—sigue la broma; han dado vaya á Federico y ahora me toca á mí, pero de un modo tan raro, tan raro, tan raro, que no entiendo jota.

Aquel triple llamamiento á la curiosidad de los circunstantes no fué vano, entre otras cosas, porque dió tiempo al ingeniero para encontrar lo que buscaba.

«Lo he pensado mejor—leyó lentamente;—los ricos tienen siempre un tesoro que buscar: la parte mejor de sí mismos, que para el hombre permanece siempre escondida largo tiempo. La verdad absoluta está sobrado alta y el amor puede estar sobrado bajo, pero la virtud activa es á la vez amor y verdad; mira á tu alrededor, mira en ti, ¡cuánto oro escondido!»

A las primeras palabras leídas por Eneas, Rómulo notó que la «joven más bonita de todo el universo», que estaba en aquel momento sirviendo café, dejó caer una cucharilla, y al llegar las últimas, cuando le tuvo delante para darle su taza correspondiente, notó que se había puesto muy pálida y que no había puesto azúcar en el café.

—Repito que no comprendo una palabra—decía el ingeniero—miro al rededor y no hallo dónde pueda haber oro escondido; si se tratase de Federico que se ocupa en buscar un tesoro, se comprendería; pero yo, ¿qué tengo yo que ver?... El anónimo corresponsal asegura que lo ha pensado mejor; si lo hubiera pensado siquiera *bien*, mejor hubiera escrito.

Como nadie le interrumpía, prosiguió sus agudos comentarios, hasta que la voz tonante del doctor Rocco anunció un chaparrón que cayó de lleno sobre la estupidez humana y la incurable puerilidad de las gentes de juicio.

Ordinariamente, cuando el Dr. Rocco diluviaba de aquella manera, los presentes no hacían sino acogerse bajo el techado del silencio esperando que pasara el

aguacero, pero aquel día sólo el ingeniero Eneas fué callado; Joaquín y Rómulo se habían acercado uno á otro para confabularse en secreto.

—El que le ha escrito á Eneas es Federico.

—Sí, es Federico, pero ¿por qué le ha escrito?

—Para darnos á entender que lo ha comprendido todo.

—Ó al menos que lo sospecha.

—¡Ah! no le queda duda!—suspiró una dulce vocecilla.

Era Amalia.

—¿Qué dice usted?

—Digo que si ustedes lo han comprendido, el señor Federico lo sabe todo.

—¿Y qué sabe?

—Que soy yo quien le escribía.

Los dos viejos no podían decirle por qué causa podían ellos adivinar lo ocurrido, para convencerla de que Federico, á su entender, no tenía derecho para sospechar, por lo cual Rómulo, fingiéndose estupefacto, preguntó:

—¿Le ha escrito usted, siempre usted?

—No, sólo alguna vez.

—¿Lo ve usted? En las cartas había á menudo contradicciones. Federico debe de estar persuadido de que sus anónimos corresponsales son dos; luego...

—Es inútil que traten ustedes de consolarme. He cometido una simpleza y me está muy bien empleado lo que pasa. En cuanto vea al señor Federico, me pondré colorada, le pediré mil perdones y todo habrá concluído.

La borrasca del Dr. Rocco continuaba todavía, y el ingeniero seguía estoicamente bajo el techado.

—No señor, no—insistía Joaquín—Federico ha enviado la carta al ingeniero, luego sospecha que éste es uno de los dos corresponsales.

Fué como el brillo de un relámpago. Al oir esta última frase vió Amalia fulgurar una idea que aún no le había ocurrido.

—Entonces, entonces...—balbuceó cubriéndose los ojos con expresión de desaliento.

—¿Entonces qué?—preguntó alarmado Joaquín.

—Todo está claro—dijo la joven con marcada contrariedad—para el señor Federico yo soy uno de los corresponsales y el otro quizá el ingeniero Eneas. Creerá que nos hemos puesto de acuerdo... lo cual no es verdad poco ni mucho.

Y la idea de tener por cómplice á Eneas pareció que le hacía insoportable la responsabilidad que se había resignado á tomar sola para sí.

Los dos amigos quisieron añadir algo, pero el doctor Trompeta había terminado, el ingeniero respiraba libremente y reaparecía el sol... No, no reaparecía; la «joven más bonita de todo el universo» había pedido permiso para marcharse y se había ido á su cuarto; el sol había desaparecido y el ingeniero Eneas suspiraba.

Aquella noche, antes de apagar la luz, Joaquín le dijo á Rómulo:

—Lo que más aflige á Amalia es que Federico la crea cómplice de Eneas.

—Lo siento por Eneas.

—Sí, mucho—contestó Rómulo riendo.

—Pero hay manera de salvar á Amalia de esta sospecha *injuriosa.*

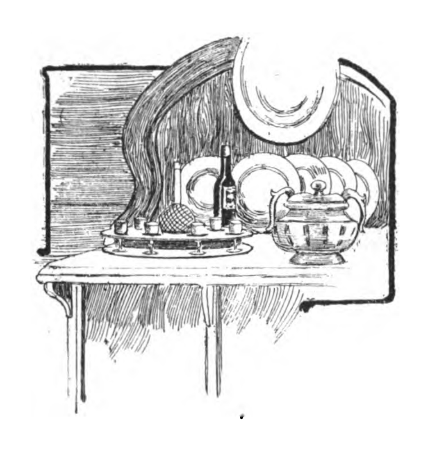
—Sí, sí, *injuriosa.*

—De esta y de otras. Así, pues, para que Amalia salga inmaculada de todo recelo, bastará que vayamos á decirle á Federico que sus dos incógnitas somos nosotros, y que si alguna vez nos hemos enredado en la correspondencia fué por no habernos puesto oportunamente de acuerdo.

—Muy bien; el enredo es cosa nuestra. Pero díme,

¿cómo habrá hecho Federico para adivinar que la broma salía de casa Trompeta?

—Eso te quería yo preguntar: ¿cómo lo habrá hecho?





XIV

En el que se ve que no le falta malicia á Federico.

FÁCILMENTE se comprende que tratándose de hacer salir incólume de toda sospecha á la «joven más bonita de todo el universo», no había tiempo que perder.

Rómulo y Joaquín se levantaron más temprano que de costumbre, y al ocuparse en los pormenores de su

vestimenta, tenían el aire de dos víctimas engalanándose para el sacrificio.

—Ese holgazán nos soltará una fresca—suspiró Joaquín.—No se andará por las ramas para tratarnos como á dos enredadores.

—Lo tenemos merecido; hemos empezado por serlo, mejor dicho, por serlo yo...

—Verdad es; tú empezaste el enredo; yo apenas tomé parte; te indiqué el modo ingenioso de escribir, pero la idea es sólo tuya...

Joaquín sintió remordimiento, rompió á reir y añadió:

—Hablo en chanza; el enredo es de los dos; reclamo mi parte... ¿Te parece que el lazo de la corbata está bien?

—Sí, bien está.

—Pero ¡si no lo miras siquiera!

Joaquín no hubiera ido al sacrificio, únicamente porque nunca le parecía que estaba bastante engalanado.

Las víctimas lanzaron la última ojeada al espejo, salieron, y derechamente y sin pronunciar palabra se encaminaron á casa de Federico.

Hallaron al joven sentado delante de una gran mesa cubierta de libros y de extraños utensilios, todos de piedra ó barro.

—¿Qué diantre es eso?—preguntó Joaquín.

—Mi tesoro—contestó Federico riendo—el fruto de las excavaciones de una semana. Cada domingo recibo otro tanto. Aquí tenéis un punzón de la edad de bronce... y aquí un guijarro labrado á uso de vasija; esto de aquí son ollas, todas de la edad de madera.

—¿Y dónde has aprendido tanta ciencia?

—En los libros; no es difícil, como veis. Con un poco de buena voluntad, en algunas semanas puede uno darse un soberbio barniz de la ciencia que quiera, y hacer un buen papel en el mundo.

—¡Ah! ¿estudias ahora geología?

—No estudio nada, me divierto; la primera vez que fueron algunos sabios á visitar mis excavaciones, lo hacían con una calma que me hizo temer por mis pobres fragmentos. Pensaba yo: «Acaso no son bastante antiguos ó se han conservado mal.» Ahora cuando los sabios se presentan, me proporciono el gusto de hàcerles ver que en un par de semanas se puede distinguir muy bien un punzón, aun sin aparentar tanta calma. Me miran atónitos, yo me río, y los desprecio más que antes... ¡Ea! dejémonos de estas fruslerías; os conozco en la cara que tenéis que decirme cosas serias.

—Venimos á confesarnos—dijo Joaquín—venimos á pedir la absolución, y espero que nos tratarás con los miramientos que nuestras futuras canas merecen... La incógnita que te ha escrito tantas cartas misteriosas por medio de los periódicos, somos nosotros, Rómulo y yo.

—¿Y por qué venís á contármelo?—dijo Federico con negligencia.

—Porque lo has comprendido todo.

—He comprendido que las incógnitas son dos.

—Exactamente; una se llama Rómulo y la otra Joaquín.

—¿Y cuál de los dos, Rómulo ó Joaquín, es la que ha escrito la carta que acabo de recibir?

Y diciendo así, Federico mostraba un periódico desplegado sobre el velador. Los dos viejos se miraron... Una vez más, la menuda trama se les rompía entre las manos.

—Vamos á ver—insistió Federico—¿quién de vosotros dos la ha escrito?

Joaquín hubiera querido contestar osadamente «¡Yo!» pero le faltó valor para jugar un albur tan arriesgado, y se calló.

—Confesadme la verdad—dijo el joven.—Venís en-

viados por *ella*... para desviar mis sospechas, creyendo que son sospechas... y es certidumbre.

—Te juro que no nos ha enviado—exclamó Joaquín.

—¿Luego es positivamente *ella*?

—¿No estabas seguro?

—Sí; pero me alegro de saberlo por vosotros... Y el otro es el ingeniero.

—¡Ah! eso sí que no—exclamó Rómulo—el otro somos nosotros, y estoy pronto á probártelo.

—¿De qué manera?

—Repitiéndote de memoria una carta que no has leído en casa de Trompeta, y que empieza con dos endecasílabos:

Ya tú lo sabes, Federico amado,
que no te he visto el miércoles...

—*Pasado*—añadió Joaquín.

—*Ultimo*—corrigió Rómulo.

El joven permaneció un instante pensativo, luego dijo jovialmente:

—Si el ingeniero no ha entrado en el asunto, tanto mejor; la perdono á *ella* y os perdono á vosotros; me cargaba servir de juego á dos novios para entretener el tiempo que les separa del *día feliz*... ¿Por qué me miras de esa manera, Rómulo?

—Porque todavía no son novios—repuso el aludido.

—¡Si tú quisieras!...

—No, no quiero—interrumpió riendo Federico;—ni ella quiere tampoco, te lo aseguro. Le soy antipático; no me puede ver, me odia... Además, yo ahora estoy enamorado de las vasijas de la edad de piedra labrada.

Rómulo suspiró y nada dijo.

—Y vosotros ¿por qué os habéis bromeado conmigo?—preguntó Federico de allí a poco.

—¿Y tú cómo has hecho para adivinar que la broma venía de casa de Trompeta?

—No era muy difícil recelarlo; las incógnitas se contradecían; luego indudablemente eran dos; á la segunda no le podía haber ocurrido servirse del periódico sin saber que lo hacía la primera. Ahora bien, como yo no leía las cartas más que en casa Trompeta...

—No es una prueba—advirtió Joaquín;—los amigos del Casino, sabiendo lo que te escribían, podían entretenerse en complicar, por medio de contradicciones, el enredo.

Federico sonrió.

—Lo pensé también, ¿y sabéis lo que hice? Me escribí una carta yo mismo, exponiendo ciertas máximas sobre los tesoros escondidos, sobre la verdad y sobre el amor.

—¿No era de Amalia?

—Era mía; fuí á buscaros, la leí delante de vosotros y de la joven filosófica, y al día siguiente recibí la respuesta. La filosofía había denunciado á la joven.

Joaquín se rascó la frente.

—Y ahora vosotros—dijo Federico—¿por qué me dirigíais declaraciones amorosas?

—Porque queríamos verte enamorado de alguna mujer; metido hasta el cuello en una intriga antes que entregado en cuerpo y alma á la inercia y al abatimiento.

—¿Y Amalia por qué me escribía?

—No lo sé.

—No lo sé—repitió Rómulo;—pregúntaselo á ella misma.

—Yo lo sé—agregó Federico—me escribía por odio instintivo, por mortificar mi amor propio, y también por darme alguna leccioncilla filosófica; la filosofía es su fuerte. No seré menos generoso que ella: no le preguntaré nada y nada le diré; decidle vosotros que he encontrado la broma ingeniosísima y que la perdono

de todo corazón... Y no se hable más del asunto. ¡Ah! ¿sabéis una cosa?

—¿Qué?

—¿Cuál?

—Que el Banco de.... ha quebrado y he perdido algún dinero; es la primera vez que me sucede.

—¿Has perdido mucho?

—No sé cuánto, pero no debe de ser gran cosa.

—¿Y lo dices así?

—¿Quieres que lo diga llorando?

Al ir á marcharse, Joaquín se dió una palmada en la frente y retrocedió.

—Enséñame lo que te escribe Amalia.

—No te comprendo—dijo riéndose Federico.

—¿No decías que acababas de recibir un periódico?

—Aquí está—dijo Federico—*El Fanfulla*, al que estoy suscrito; pero no trae nada *punteado*.

—¡Ah, bribón!—exclamó Joaquín;—nos la has pegado!

—¡Ah tunante!—añadió Rómulo;—nos has hecho caer en la trampa!

Federico reía como un chiquillo.

En la calle Joaquín le dijo á Rómulo:

—Ese chico tiene él solo más entendimiento que nosotros dos juntos... Si la semana próxima vienen á decirme que ha resultado un geólogo ilustre, contestaré que ya me lo figuraba.

Rómulo suspiró, y nada dijo.

—¿Quién sabrá cuánto ha perdido en la quiebra del Banco de?...—preguntó luego:—¿Quién lo sabrá? Apuesto á que ni él lo sabrá nunca. Así me gustan los hombres, superiores á los intereses materiales.

—También á mí me gustan superiores—expuso Rómulo—pero no demasiado.

Aquella noche, apenas Amalia se vió sola con los dos viejos, sus amigos, preguntó ansiosa:

—¿Qué hay?

—Hay—contestó melancólicamente Rómulo—que le hemos visto, que le hemos hablado y que lo sabe todo; la bromita le ha divertido; le ha hecho reir.

Amalia permaneció silenciosa un momento.

—¿Si al menos distinguiese entre las cartas que yo le he escrito y las que le ha escrito la otra?

—Probablemente no; pero si esta distinción la juzga usted necesaria, no es difícil porque la *otra incógnita*...

Aquí el larguísimo Rómulo hubiera soltado un despropósito de marca mayor, si el pequeño Joaquín, poniéndose á su lado y dejando caer el brazo, no le hubiese dado un pellizco debajo de la pantorrilla.

Con esta observación, Rómulo dejó la frase en el punto á que la había llevado y su amigo la llevó á término con una ligera variante.

—Porque si la otra incógnita no habla, usted podrá hablar cuando quiera, decir qué cartas son las suyas y rechazar las demás.

Amalia, verdadera imagen de la resignación, volvió á inclinar pensativa la cabeza sobre el pecho.

—Así lo haré—dijo luego.—De modo que el señor Federico no había sospechado la complicidad del ingeniero.

—La había sospechado—repuso Rómulo—pero nosotros le hemos dicho que...

—Que no era él—interrumpió Joaquín—tanto más cuanto que ahora ya no hay por que seguir la burla y la *otra* le escribe aún.

—¿Le escribe aún?

—Todos los días, las frases de costumbre.

—¿Y Federico, qué piensa?

—No sé; probablemente espera á que ella se descubra... lo cual no puede tardar mucho.

Rómulo aprovechó la primera coyuntura para decir con una especie de terror á Joaquín:

—¡Cuántas mentiras has dicho!

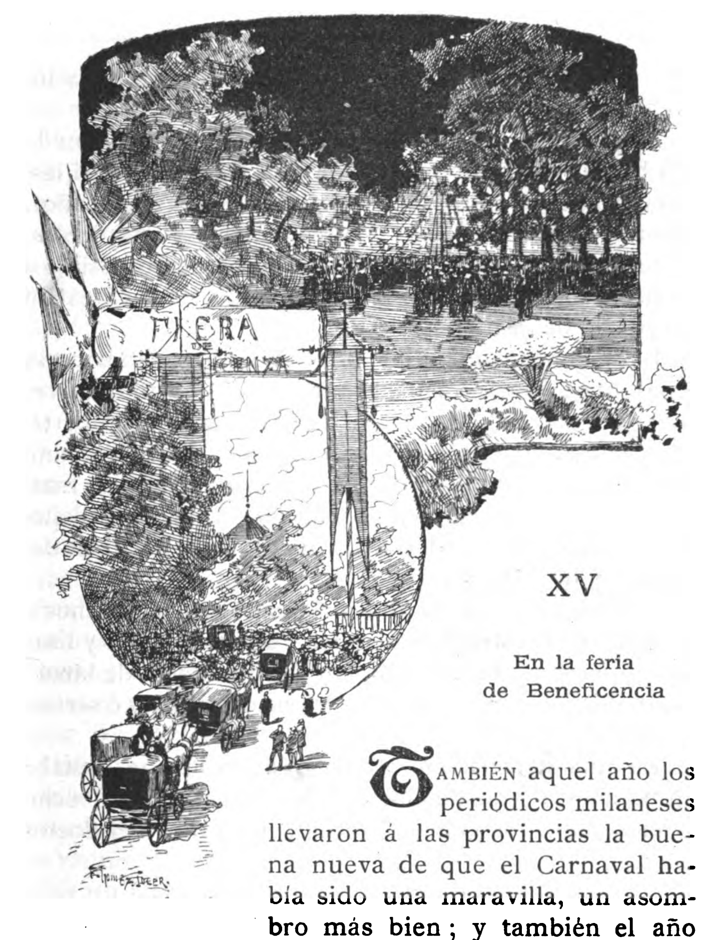
Y Joaquín estirándose lo menos dos pulgadas contestó lisonjeado:

—¡Cuántas mentiras he dicho!

La «joven más bonita de todo el universo» estuvo toda la noche entre indiferente y anhelante; esperaba á Federico, y cuando estuvo segura de que no venía, se retiró á su cuarto pensando: «vendrá mañana.»

Pero Federico no fué, ni mañana ni otro día.





XV

En la feria de Beneficencia

También aquel año los periódicos milaneses llevaron á las provincias la buena nueva de que el Carnaval había sido una maravilla, un asombro más bien; y también el año aquél paseaba por las calles de Milán una multitud de provincianos un tanto cansados, un tanto soñolientos, un tanto alegres, pero en modo alguno asombrados.

Por lo cual no se leerán en estas páginas de ahora las maravillas de entonces.

Lo que constituía un espectáculo nuevo y gracioso, si bien un poco frío, al decir de los provincianos, era

la *Feria de Beneficencia*, el principal atractivo de la juventud masculina de Milán.

La gran sala del Jardín Público habíase transformado en bazar; en las galerías, convertidas en tiendecillas, cien risueñas muchachas de quince á veinte años, acompañadas por unos cincuenta viejos agradables, estaban ocupadísimas en vender lo más caro posible á compradores fáciles de contentar y que no regateaban el precio de la mercancía.

Las jóvenes, aun las que no eran bonitas, estaban tan contentas, tan animadas, sonreían con tanto donaire, charlaban con tanta expansión, sabían decir impertinencias tan leves y amables, que todas parecían bonitas. Llevan una mitad ó un tercio ó un cuarto de mascarilla de terciopelo negro, y aquel poco de oscuro que nada escondía, daba mayor realce á los hechizos del rostro y de la edad.

Los viejos eran de todas clases: altos y derechos ó pequeños y estirados, con las frentes mondas y lisas como bolas de billar ó surcadas como tierra de labor; los había lampiños, los había hirsutos; joviales ó serios, pero todos canos.

En una galería, entre otras varias jóvenes, estaba Amalia, y detrás de ella y de las otras, siete ú ocho viejos entre los cuales Rómulo, Joaquín y el doctor Rocco.

Éste, sentado en una mecedora arrimada á un velador, parecía aburrirse extraordinariamente. Joaquín permanecía fijo al lado de un minúsculo viejecillo junto al cual parecía un gigante, ó echábase atrás, con pretexto del calor, su blanquísima peluca, para que todos viesen que no sólo conservaba el cabello sino que lo tenía de una hermosa tinta gris.

Rómulo había encontrado un compañero que era realmente muy alto y se creía desmesurado, al contrario del buen Affanni, el cual de buena gana hubiera

bajado dos escalones de su campanario, cómo le aconsejaba Joaquín.

Permanecía, arrimado á una columna, al lado de Amalia, contemplando un punto fijo, pero indeterminado, del espacio sin límites, y sonreía á su pasado y á sus amados ensueños. En la galería superior tocaba invisible orquesta; llenábase el amplio salón de suaves murmullos, corrían por las arcadas vocecillas misteriosas que un ingeniero de enharinada faz atribuía prosaicamente á la construcción defectuosa del local, pero en las cuales reconocía Rómulo los acentos misteriosos del... los acentos misteriosos de la... en fin, acentos muy misteriosos. Y cuando Amalia, después de haber dado remate á una venta difícil, porque el comprador hallaba mil pretextos para prolongar la transacción, volvíase triunfante hacia él, parecíale á Rómulo que en aquella carita morena, á medias sombreada por el antifaz, veía la imagen viviente de *su* Tranquilina, tal y como había permanecido para él bajo la máscara del tiempo. Y el pobrecillo volvíase para mirar á hurtadillas al doctor Rocco, el cual no sospechando cosa alguna, seguía aburriéndose soberanamente.

Había, en efecto, un ingeniero enharinado en la comitiva, un ingeniero que bajo de la peluca y los polvos blancos tenía gran semejanza con Eneas. Para apuntar las ventas hacía falta un hombre de buena voluntad, habíase él ofrecido y lo habían aceptado y blanqueado.

El espectáculo de la feria no era tan monótono como se lo hacía parecer al doctor Rocco su afección al hígado; á los animados coloquios de una galería que á lo mejor parecía inmensa jaula de pajarillos, sucedía luego inopinado silencio, durante el cual escuchaban todos atentamente las graciosas controversias y réplicas vivaces de otra galería próxima ó lejana. Acaecían escenas originales; un jovenzuelo que había dado vuelta á todas las improvisadas tiendas, comprando un objeto

en cada una, deteníase delante de una vendedora rubia para comprar una cosa: ¿qué cosa? cualquier cosa, y pedía consejos y sonrisas; otro pagaba una corbata más cara que si fuese un chal, pero pretendía que la propia vendedora le hiciese el lazo.... y la mascarita se conformaba con ello por amor á los pobres. Las niñas más bonitas no se daban punto de reposo; al pasar por los palcos, veíase alguna de aquellas risueñas víctimas que ya no podía más y se sentaba en un diván del fondo rogando modestamente á los viejos que la escondiesen.

Amalia no era de estas; conociendo, como conocía, escasa gente en Milán, pocos habían podido aún acertar que era la muchacha más bonita de todo el universo. Por esta razón quedábanle momentos de ocio, durante los cuales hacía una caricia al papá regañón, ó dirigía una sonrisa á Joaquín y á Rómulo; al ingeniero Eneas, nada.

De pronto, cuando sonaba la invisible orquesta y la multitud, más crecida que nunca, movíase en círculo como una masa compacta, desapareció la sonrisa de los labios de Amalia, quien experimentó una cólera mezclada de zozobra, de afán y de otros sentimientos; todo lo que experimentaba habitualmente á la vista de Federico, con algo más por añadidura, quizá un poco de rubor.

La joven apoyábase en la balaustrada del palquito, y el joven, con el movimiento circular de la multitud, acercábase por aquel lado hacia ella. La había visto y tenía preparado un saludo que Amalia estaba dispuesta á no ver. Para lograr su propósito y ocultar su turbación, miraba ella en torno buscando un comprador cualquiera, pero no había ninguno. A su lado una soberbia rubia vendía ramilletes á precios fabulosos, y, un poco más allá, una morenilla, toda fuego, tenía delante á un individuo que por hacer un madrigal pe-

díale que le dejase encender el cigarro en sus ojos. La muchacha se reía, y si por compasión á los menesterosos no podía realizar aquel prodigio, realizaba otro, encendiendo ella misma el cigarro, mordiendo la punta con sus dientecillos y haciendo un gesto delicioso cuando le entraba el humo por los ojos ó por la garganta. El comprador, tomando el cigarro de las manos de la joven, decía muy serio que ya sabía el humo lo que se hacía y lo pagaba todo, el cigarro, el trabajo de la vendedora y hasta aquellos atroces madrigales.

Amalia estuvo tentada de retirarse al fondo de la galería, escondiéndose detrás de los viejos; hasta recordó á un ingeniero enharinado que estaba detrás de ella, lejos, muy lejos, en otra zona, en otro mundo, y estuvo tentada también de ir á sentarse á su lado. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro, y permaneció en su sitio, con las manos apoyadas en la barandilla y la mirada perdida entre la multitud.

—Señorita—le dijeron de pronto con acento cortés.

La joven había visto á Federico, sin mirarlo; hízose la sorprendida y bajó hacia él los ojos.

—¿Cuánto hace usted pagar por una mirada?—preguntó el joven.

—Nada, como usted ve—repuso Amalia con voz levemente turbada.

—¿Y no tiene usted otra cosa que venderme?—insistió Federico.

—¡Oh! sí, señor; un ramillete, un par de guantes si usted quiere; ó un billete para la rifa de un caballo de silla; le daré á usted un buen número...

Al ver á su amigo, Rómulo y Joaquín habíanse acercado á la joven; el ingeniero Eneas, absorto en el registro de las ventas, no podía apartarse del libro en que las apuntaba, pero seguía de lejos aquel episodio y se distraía extraordinariamente.

Fortalecida por la presencia de los dos viejos, la mu-

chacha más bonita de todo el universo recobró poco á poco la soltura y pudo ofrecerle á Federico una porción de artículos con cierto atrevimiento lleno de encanto. El joven la miraba silencioso de hito en hito, y Amalia pensaba que lo hacía para desconcertarla. ¡Figúrense ustedes si lo conseguiría!

De repente Federico preguntó:

—Señorita, ¿por amor á los pobres no me vendería usted un beso?

Rómulo y Joaquín soltaron una risotada, y el alma del ingeniero Eneas, aprisionada entre las hojas del registro, vertió secretas lágrimas, aun sin comprender la razón de aquella risa.

—¿Por qué no?—repuso Amalia con el rostro encendido en llamas, pero sin titubear.—Á mil pesetas cada uno, ¿cuántos quiere usted?

Dichas estas palabras con ira superior á la vergüenza, miró al rededor. La soberbia rubia, la morenilla de fuego y otras de las lindas vendedoras, que habían oído tan extraña proposición, interrumpiendo sus transacciones, miraban con espantados ojos; más de un gracioso hociquillo se adelantó como brindando... Yo creo que en aquel instante todas aquellas inocentes tenderillas se hubieran sacrificado de igual modo con el mayor entusiasmo. ¡De qué no es capaz la compasión hacia los pobres!

Pero Federico no reparaba en las demás, ni entre los compradores hubo otro que quisiera imitar el ejemplo. Mientras todos miraban, él sacó tranquilamente del bolsillo la cartera, y examinó su contenido.

—No puedo comprar más que tres—dijo alzando la cabeza.

Entonces vió que Amalia, poco antes con las mejillas como brasas, había palidecido por extremo, y comprendió que, llegado el momento de entregar la mercancía vendida, la pobrecilla sentíase desvanecer, y

que el espectáculo de tantas miradas curiosas fijas en ella, rompía toda su audacia de un instante.

Alguna decía por lo bajo:

«—Es su galán.»

Y otra corregía:

«—Es su novio.»

¿Qué hacer? Renunciar al trato era exponerse hasta á una silba... por otra parte el mismo Federico sentía que se apoderaba de él cierto embarazo. Una idea cruzó por su mente; tomó tres billetes de la rifa del caballo de silla, y presentándoselos á la joven juntamente con un lápiz:

—Haga usted lo siguiente—dijo, pero con voz menos segura que antes—escriba usted en cada uno de estos billetes: «Vale por un beso.» y firme usted. Me pagará usted cuando le venga bien, el día que le acomode, delante de papá y mamá.

Brilló un relámpago de gratitud en los ojos de Amalia; sonrió y escribió. Pero al entregar los tres papeles y al percibir su importe en tres billetes de Banco de á mil pesetas cada uno, le volvió, con la osadía, el despecho.

—Faltan seis pesetas por los tres números de la rifa.

—Usted dispense—dijo Federico—aquí están.

Pagó y fuése seguido de un grupo de gente, mientras otro grupo quedábase de centinela en los pórticos para ver á la joven que se había retirado detrás de los viejos. Y no viéndola salir de nuevo, hubo quien aseguró que no era tan bonita como todo eso, y que *aquella* y *aquella otra* eran, sin comparación, más bonitas — consuelo muy oportuno para *aquella* y para *aquella otra*.

Mientras tanto Amalia, sentada en un rincón, esforzábase para no llorar de rabia; el ingeniero Eneas apuntaba las tres mil pesetas y los tres besos con la muerte en el corazón; el doctor Rocco dormía, y Rómulo y Joaquín se restregaban las manos.

Joaquín y Rómulo no tomaban en serio la cólera de la joven; la consolaban pero sin acalorarse mucho; presentaban el semblante oscurecido, pero se notaba al punto que bajo de aquella oscuridad relumbraba una luz; hablaban con acento contenido y grave, pero en el fondo debían de estar reventando por reir á carcajadas, y cuando decían y repetían que Federico le había gastado una broma de Carnaval y nada más, era indudable que no sentían lo que estaban diciendo.

—Si ustedes no lo creen—exclamó una vez Amalia—¿por qué quieren hacérmelo creer á mí?

Los dos viejos se miraron, y viéndose adivinados no dijeron palabra.

—¿Quién no advierte que el señor Federico no me puede ver y ha querido vengarse?

Y los viejos, puestos de acuerdo, repetían que aquella no había sido más que una broma de Carnaval. Pero entrambos creían á pies juntillas que Federico estaba perdidamente enamorado de Amalia.

—Ha querido humillarme—repuso ella;—hacerme primero sonrojar delante de todos y agraviarme luego con su generosidad. No sé cómo no me he muerto de vergüenza: ¿qué es lo que quiere?... ¡me odia!

—Perdone usted—dijo Joaquín—¿por qué ha de odiarla á usted Federico?

—Porque yo le odio; le he odiado siempre; comencé á odiarlo en el momento en que lo ví; ahora no sé qué haría para hacerle pagar cara su audacia.

—Pues me parece—observó Rómulo—que se la ha hecho usted pagar bastante;... tres mil pesetas por tres besos que aún no ha recibido....

Amalia sintió una llamarada por la frente y escondió la cara entre las manos.

—Lloraría de bochorno y de rabia—dijo después alzando el lacrimoso semblante—pero no quiero darle esa satisfacción; no lloraré.

Se reportó un tanto y preguntó:

—¿Y qué sucederá ahora?

—Nada malo, niña. Federico irá esta noche á presentar á usted su letra *á la vista;* esto es, delante de papá y mamá; usted le pagará como un banquero, con desenvoltura; nos reiremos todos... y verá usted cómo el caso no es tan terrible como á usted le parece.

Pensándolo también Amalia, llegó á convencerse de que no era tan terrible.

—Sí—dijo riendo;—bien le he hecho pagar la vanidad... ¡Lástima que sea tan rico!

—Consuélese usted—le contestó Rómulo;—no será tan rico como dicen; si uno tiene dinero como diez, la gente le atribuye á uno como veinte. En nuestros tiempos también á nosotros nos atribuyeron el milloncejo de rigor: ¿no es verdad, Joaquín?

—Ya lo creo—repuso el interpelado—y que habíamos de pagar los intereses como si de cierto lo poseyéramos.

—Además—exclamó Rómulo apelando á la memoria;—Federico debe de haber perdido mucho dinero la semana pasada con la quiebra del Banco de... No ha dicho cuánto porque aún no lo sabía.

Amalia escuchaba en silencio, maravillándose de sentir dentro de sí algo que vagamente semejaba remordimiento de haber hecho pagar sus besos demasiado caros.

—Habrá perdido poco—dijo al último;—de no ser así, no hubiera estado de tan buen humor... Y luego, peor para él; debía haber confesado humildemente que.... eran demasiado caros y marcharse sin tratar más del asunto; creo que entonces hubiera empezado á tenerle afecto.

Pero Rómulo contestó negativamente con la cabeza y Joaquín se lo dijo claro y neto.

Durante todo el día pensó Amalia en su extraña venta; aguardaba la noche con cierto despechado afán, y decíase á sí misma algo confusa: «Vendrá y querrá que le pague.» Al mismo tiempo no veía el momento de que llegase, y acabar la cuestión.

Á lo mejor, en medio de algún quehacer doméstico, parábase y decía sonriendo:

«¡Ah! con que los caballeretes del Casino tienen sus caprichillos, como las mujeres nerviosas!... Pues que los paguen.... debí pedirle más; lo bastante para fundar un hospicio al que hubiese titulado: *Hospicio de los tres besos....* He sido muy simple; ¿qué son tres mil pesetas para gente que no cuenta lo que gasta? Nada... Si es verdad que ese Banco le ha roído el capital, él es capaz de no haberlo advertido siquiera.... Á cada paso se nota que no basta una lección para corregir la holgazanería.... No es suficiente la estrechez, es preciso la miseria.... y aún no suele bastar.... Hay personas, á lo que dicen, muy ufanas porque han sabido contraer deudas por valor de un millón!...»

Pero por más que dijese, una vocecilla lejana, la de un remordimiento apenas nacido, le repetía que había sido una crueldad hacer gastar tres mil pesetas á Federico por tres besos que no había recibido todavía.

Y para no hacer caso de la pesadez de aquel recién nacido, la muchacha, sin advertirlo, llamaba estúpido y vano á alguno en voz alta.

—¿Á quién llamas estúpido?—le preguntaba suavemente su madre.

Amalia se ponía colorada y no respondía.

Tranquilina había tomado la escena de la feria en el mejor sentido.

—Ha sido un capricho—decía:—un antojo que de pronto le ha ocurrido; ¿por qué has de creer que ha tratado de humillarte? No es la primera vez que en una feria de Beneficencia una linda joven vende un beso;

tú has vendido tres y los has hecho pagar un poco caros; esa es toda la diferencia.

—Es que tú no sabes...—objetaba Amalia.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que no me puede ver, que le soy antipática.

—Te equivocas—contestaba Tranquilina;—no se le compran besos á una mujer antipática, como no se compran tampoco á la mujer querida. Le eres indiferente, ni más ni menos.

—¡Pero yo le detesto! ¡él lo sabe y se ha vengado!

—¿Y por qué le detestas?

—¿Por qué? ¿por qué?... Si empiezo á decir por qué no acabaré nunca....

—¿Y estás segura de que le detestas?

Y como Amalia tardase un tanto en responder, la buena señora añadió:

—Cuidado, niña, el odio ofende al mismo que lo alimenta; todo sentimiento malo tiene un lado bueno; escudriña el fondo de tu corazón y busca algo mejor para el señor Federico.

Amalia corrió á esconderse en su cuartito y dijo en voz alta, como si hablase con invisible interlocutor:

«¿Lo has oído? Hay que buscar algo mejor para el señor Federico; hay que escudriñar bien y por todas partes el fondo del corazón. Si es verdad lo que mi mamá dice, los sentimientos son como los cuerpos sólidos que nos enseñaban en la escuela de geometría: tienen diversas caras; la cuestión es encontrar la más bonita... ¿Si en vez del odio que ofende al mismo que lo alimenta, pusiéramos el desprecio circunspecto y tranquilo?...»

Pero la misma vocecilla lejana, tomando á préstamo las palabras de la madre, le dijo:

«Escudriña el fondo de tu corazón y busca algo mejor para el señor Federico.»

«Mejor sería, ¡vaya si sería mejor! - exclamó Amalia

—una indiferencia solemne, inalterable, que vale infinitamente más que el desprecio. Pero si *él* está indiferente, como dice la mamá, yo no puedo responder de mí...»

«¿Será cierto—añadió de allí á poco, abandonando el camino trazado por sus pensamientos—será cierto que él tampoco me detesta; que ha querido darme á entender que me compadece, que me perdona y que no le importa nada de cuanto he dicho y hecho, ó pueda decir y hacer?...»

Aunque lo quisiera, no podía ya retroceder en aquella vereda, donde había puesto el pie inadvertidamente; había que seguir hasta el fin.

«¡Me compadece!—dijo al cabo—acaso le doy lástima; me encuentra un poco rara, un poco loca y un mucho chiquilla... También yo le haré sentir mi compasión, me mostraré llena de misericordia; parecerá que lloro cuanto hay que llorar por su adversa suerte que le ha dado un cerebro fofo, una voluntad tan contrariada y una desconfianza tan necia. Este sí que es un buen sentimiento; se llama, si no me engaño, amor al prójimo. ¡Ya dí con ello! Puede el señor Federico venir cuando quiera; estoy dispuesta á compadecerlo de todo corazón...»

Y salió de su cuarto, determinada á no pensar más en el asunto, lo cual no era tan fácil como parecía; en la mesa, cada palabra que le recordaba la visita inminente de Federico le hacía recapacitar sobre sus designios y cambiar de idea, y cuando sonó, por último, la campanilla de un modo tímido y discreto, parecióle á la joven que una mano oculta le arrebataba todo el aplomo, mientras que la conciencia le decía por lo bajo:

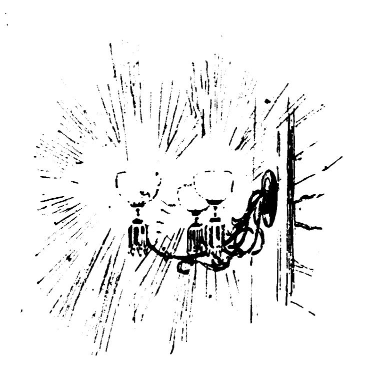
«Es inútil; cuando te haya besado tres veces, ¿qué arrogancia tendrás para hacerte la desdeñosa? Lo mejor es reirte y ofrecerle tu amistad... Pero como ese hombre debe de tener una fatuidad enorme y pudiera

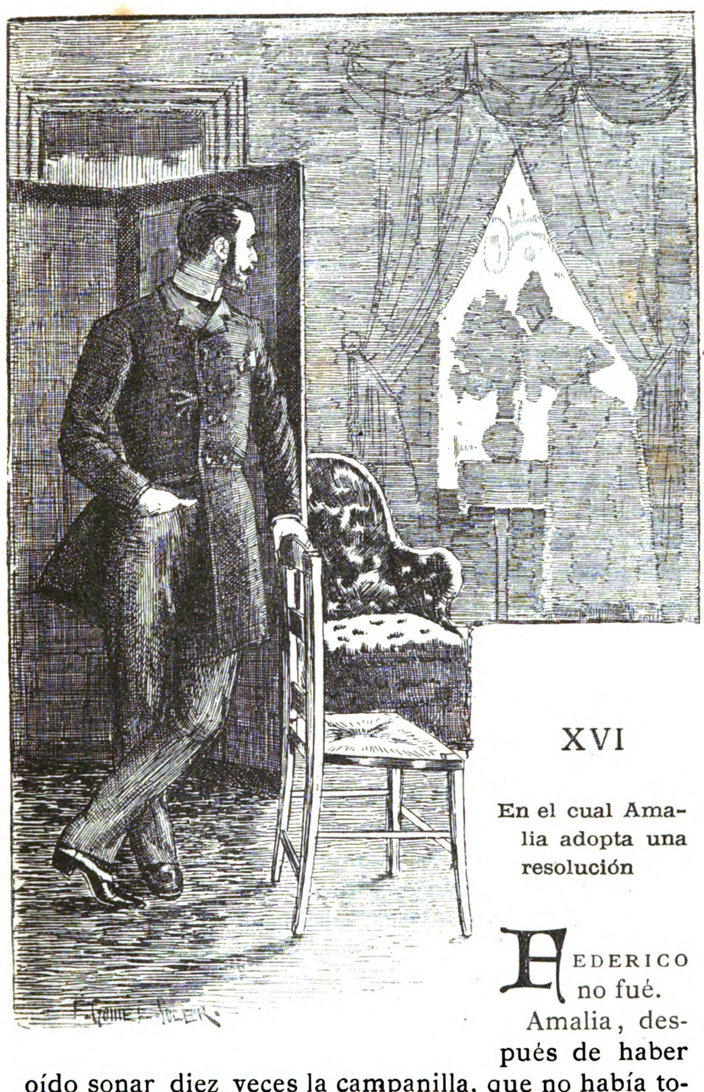
imaginar Dios sabe qué, la primera confidencia que en el secreto de la amistad tienes que hacerle es que el ingeniero Eneas te quiere por esposa y que tú consientes en casarte con él... Ahí está... abren la puerta de la escalera, suenan sus pisadas en el recibidor... Empieza á reirte, si quieres estar desenvuelta...»

Habían, en efecto, abierto la puerta de la escalera, sonaban pasos en el recibidor y un hombre se detuvo en el umbral de la habitación para saludar.

—¡Adelante! ¡adelante!—dijeron los presentes.

Mas no era Federico; era un ingeniero pálido como una losa sepulcral y melancólico como un epitafio.





XVI

En el cual Amalia adopta una resolución

FEDERICO no fué.

Amalia, después de haber oído sonar diez veces la campanilla, que no había tocado nadie, se resignó á no aguardar ya, pero juróse á sí misma preparar despacio inexorable venganza de aquella nueva impertinencia.

Y en tanto que el melancólico Eneas, resbalando por la pendiente del enamoramiento, la contemplaba con espantados ojos, como se contempla una oscuridad que puede ser un abismo, sin poder contenerse, pero resbalando y enamorándose cada vez más, ella, la joven más linda de todo el universo, tenía amarga sonrisa en los labios y sobre el rostro esa especie de velo, mediante el cual la distracción parece como que esconde á la persona que tenemos delante. Pensaba:

«La mamá tiene razón; le soy indiferente, y él me lo da á entender de una manera política; ha comprado por tres mil pesetas el derecho de hacer que hablen de él en el Casino, durante tres semanas; con los tres *vales* es muy capaz de haber encendido á estas horas tres cigarros... Humo, y nada más que humo... esa es su vida.»

El pobre Eneas notó en aquel instante un gestecillo tan gracioso en los labios de la joven, tan irresistible, que no pudo resistir más, y, de un solo resbalón, hizo el viaje de la última semana de Febrero. Sintióse perdido, suspiró y quiso decir muy lindas cosas que Amalia no escuchaba.

Porque Amalia, siguiendo sus pensamientos, interrogábase á sí misma, y reconociendo las excelentes disposiciones en que se encontraba poco antes respecto á aquel infortunado, le inculpaba de nuevo, como si él hubiera debido adivinarla. Decíase:

«¿Qué le importa á él mi amistad? Yo soy quien necesita de la suya para poderle decir todo lo que siento... Si no es capaz de meterse en la cabeza que las cartas de los periódicos se las he enviado todas yo; ¡y quién sabe las cosas que le ha escrito y le escribirá á estas horas esa necia!...»

Al pensar así reaparecía en sus labios aquel mohín fatal para el pobre ingeniero.

«¡Ah! sí, necesito verle, hablarle—concluyó Ama-

lia;—las inteligencias calladas no hacen nunca nada de bueno; hay que explicarse en voz alta y decirlo todo, cuando se quiere arreglar un asunto que no anda bien. ¡Y lo que es este no anda bien! ¡Haré que le rueguen que venga á visitarme!...»

—Señor Eneas—dijo de repente y cortando una frase galante que tenía el ingeniero en los labios—¿ha visto usted hoy al señor Federico?

Produjeron estas palabras muy singular efecto, porque mientras se hablaba de mil cosas y nadie nombraba al acaudalado joven, todos pensaban en él.

—No—repuso el ingeniero—no lo he visto hoy, más bien...

Aquel *más bien* prometía una conclusión que no vino.

—Si lo ve usted mañana ¿quiere usted hacerme el favor de decirle que venga á verme porque necesito hablarle?

—¡Ya lo creo!—balbuceó Eneas.

Y le pareció que se había engrandecido, engrandecido de un modo desmesurado y se había achicado hasta hacerse microscópico; á la vez orgulloso y humillado, amante correspondido y receloso al propio tiempo... Sentíase elevado hasta poder tocar el sol con un dedo sin quemarse... pero no sabía si le convenía tocarlo...

Rómulo, antes de irse, halló medio de aproximarse á Amalia y de decirle con acento cariñoso:

—¿Qué significa esto?

—Significa—repuso la joven resueltamente—que me he decidido; me casaré con el ingeniero, y como para el marido no debe haber secretos, quiero contárselo todo delante del señor Federico.

—¿Y está usted verdaderamente decidida?

—Sí; y si quiere usted decírselo al ingeniero, se lo puede usted decir.

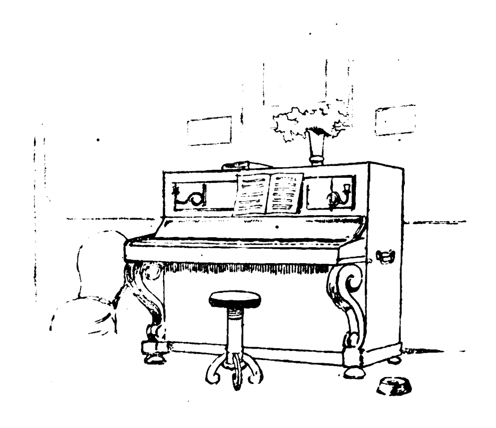
Algún duendecillo familiar (acaso el espíritu de León, ó quizá el de Cándida, impacientes entrambos por venir al mundo) murmuró al oído del ingeniero que Amalia y Rómulo hablaban de él.

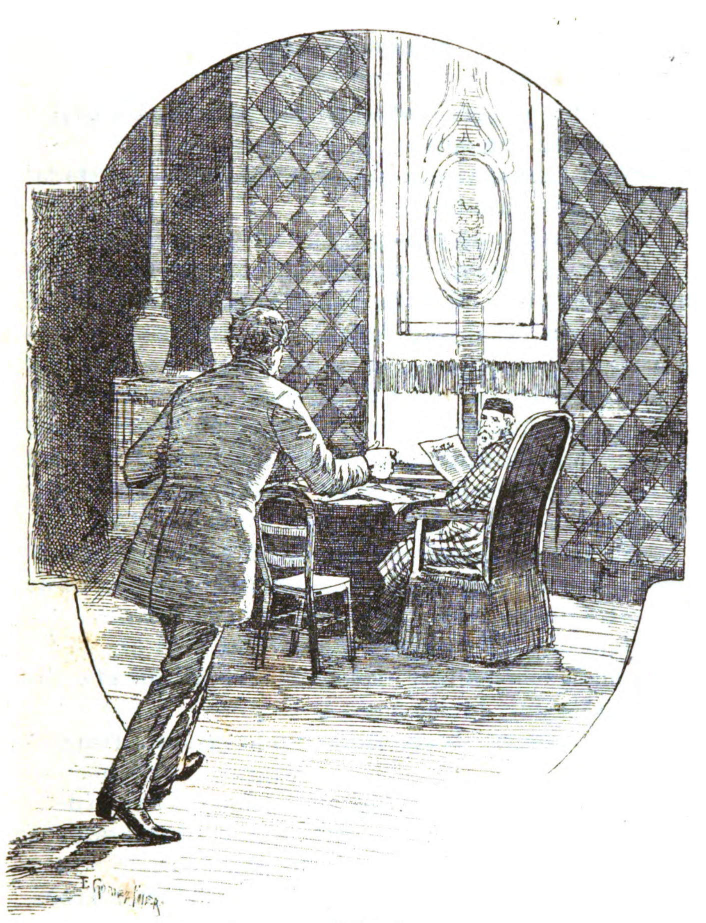
—¿Qué te ha dicho?—le preguntó Eneas en la calle. Pero Rómulo fué lo bastante cruel para no satisfacer su deseo. El ingeniero preguntó:

—¿Quién sabe para lo que querrá ver á Federico?

Y su amigo, implacable, y violando todos los deberes de la amistad, repuso:

—¡Quién sabe!





XVII

Una operación del Banco de.... y del Banco del....

La familia Trompeta hallábase reunida en el saloncito, cuando Joaquín entró como una bomba —y solo!

Tenía encendido el semblante, los ojos espantados y la respiración afanosa.

—¿Rómulo?—preguntó con voz sofocada—y cayó á plomo sobre una silla.

—No lo hemos visto aún—contestó Amalia asustada; —¿qué le ha sucedido?

—Á él nada, que yo sepa.

—¿Pues á quién?—preguntó el doctor Rocco con alguna blandura al notar que Joaquín estaba de tal modo fuera de sí que llegaba á sustraerse á su imperio.

—A Federico; al señor Federico....

El doctor, que temía una debilidad por Federico, se puso instantáneamente en pie sin hablar palabra, cual si quisiera darle el poderoso auxilio de su brazo inválido.

—No hay nada que hacer—advirtió Joaquín adivinando la intención de aquella obra de misericordia; —á estas horas, tal vez, haya todo concluído....

Y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Amalia, sobresaltada, sólo comprendía que el corazón le latía muy fuerte.

Al preguntarle Tranquilina, pudo Joaquín responder al cabo:

—Federico está arruinado; la quiebra del Banco de... ha acarreado la de otros cuatro, y en cada uno de ellos ha dejado Federico un pedazo de su caudal.

—¿Y qué le ha quedado?—preguntó el doctor Trompeta.

—Probablemente lo que le faltaba antes para tener un millón. No sé cuánto sería la semana pasada; hoy es cero.

—¿Y cuándo ha ocurrido la catástrofe?

—Hace cuatro días que lo sabe todo el mundo. Nosotros únicamente no habíamos advertido nada... pero ¿cómo habíamos de pensar, cuando el sábado se mostraba Federico en la feria de tan buen humor, que era un hombre arruinado?

—Quizá no lo sabría—balbuceó Amalia.

—¡No lo había de saber! Si hace cuatro días no recibe otras visitas que las de sus acreedores, su abogado y su procurador....

—¿Y dónde está?—dijo Tranquilina haciendo la pregunta que palpitaba en los labios de su hija.

—¿Quién lo sabe? Ha desaparecido esta madrugada; anoche no se acostó y sus motivos tenía.... Un comerciante que le había amueblado á crédito la casa, está recogiendo ahora mismo todos sus efectos. Rómulo y yo nos hemos separado para buscarlo por diversos lados; yo no he averiguado nada.... Al Casino hace un mes que no va.... ayer bebió una copa de ajenjo en el café Cova; el mozo recuerda que le vió reir... no sé nada más. Pero Rómulo debe de haber sido más afortunado que yo; esperémoslo y no nos apuremos demasiado.

Excepto él, nadie parecía apurarse demasiado, aparentemente; el doctor Rocco, por el contrario, había recobrado el pleno uso de sus facultades y contrastaba ya por su aplomo con la excesiva inquietud de aquel muchachón incorregible.

—¿Lo han arruinado?—empezó á decir—peor para él; bien empleado le está. Es joven; tiempo tendrá de aprender que en esta vida....

Abrióse la puerta de la sala, y mientras Joaquín había entrado con el ímpetu de la desesperación, entró Rómulo con la melancólica solemnidad del desaliento.

—¿Nada?—preguntó Joaquín.

—Nada. Ayer bebió una copa de ajenjo en el café Cova; al Casino hace un mes que no va; el antiguo criado que le servía ha desaparecido también....

Y dichas estas palabras, miró en torno como buscando un remedio. Vió á Amalia con el semblante pálido.

—¿Quién lo hubiera dicho, cuando anteayer com-

praba tres besos por tres mil pesetas, que aquello era el capricho de un hombre arruinado? Me parece que lo estoy oyendo, cuando mirando la cartera, dijo: «¡no puedo comprar más que tres!»

La voz de Rómulo, al querer imitar el tono desenvuelto y burlón del difunto Federico, estaba trémula.

Le respondió un sollozo, y ambos viejos no pudiendo contenerse, se echaron en brazos uno de otro. El doctor Rocco no quería dar su brazo á torcer, pero estaba conmovido y no quitaba ojo de su hija.

En medio de tanta desolación, la voz de Tranquilina parecióle á Rómulo la de la misericordia celeste, cuando dijo:

—Está bien; el señor Federico se ha arruinado; será pobre como tantos otros ó quizá menos porque algo debe de haberle quedado: una quiebra no es una tromba; si se ha llevado los valores en papel, las casas y las tierras que poseía el señor Federico estarán, de seguro, donde estaban; su situación no es desesperada, y con todo eso, antes de desesperarse ustedes, deben esperar. Por el pronto hay una circunstancia favorable.

—¿Qué circunstancia?

—La de que haya desaparecido también el criado: ¿no es esto lo que usted ha dicho? Porque el criado no habrá querido echarse también al canal para servir á su amo en el otro mundo....

Se oyó sonar por tercera vez la campanilla, de un modo que pareció un chillido, y un momento después entraba el ingeniero.

Ponía la cara larga, andaba con lentitud y había en todos sus movimientos cierto embarazo.

—¡Una mala noticia!—dijo, escondiendo las manos en los bolsillos por no restregárselas escandalosamente.—¡Federico está arruinado!

—Lo sabíamos—repuso Joaquín:—¿ lo has visto?

—Es positivo—prosiguió Eneas—está arruinado; lo siento muchísimo. Ha sido por la quiebra del Banco de....

—Lo sabíamos—interrumpió Rómulo—no tienes nada nuevo que decirnos?

—¿Cómo queréis que sepa nada de nuevo? Dejadme decir lo que sé y veréis: Ha sido por la quiebra del Banco de.... que ha hecho quebrar otros cuatro Bancos y todos ellos han causado la ruina del pobre Federico. Les aseguro á ustedes que me ha dado una pena, una pena!... Parece ser que no le queda más que aquel tesoro enterrado en tiempo de las guerras de Napoleón.

—¿ Y cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho él.

—¡ Gracias á Dios! ¿ Con que lo has visto?

—Ya lo creo.

—¿ Y cómo está?

—¿ Cómo queréis que esté? Está arruinado pero al verlo nadie lo diría.... Es un hombre que acabó, del cual la sociedad no puede ya esperar nada (aludía á la procreación legítima por medio del matrimonio, pero harto comprendía que se expresaba con mucha ambigüedad). No sabe hacer cosa alguna, y, falto de energía, vivirá penosamente y tendrá por fuerza que renunciar al consuelo de....

Pero no siguió, temiendo, y con razón, expresarse esta vez con sobra de claridad.

—¿ Dónde lo has encontrado?—preguntó Joaquín.

—Por casualidad, cuando salía de una tienda.

—¿ Una tienda de qué?—interrogó Rómulo.

—De armas.

—¡ Ah! ¿y no le has preguntado qué iba á hacer allí?... Habla, despacha... ¿ dónde estará ahora? ¿ dónde lo has dejado?

—Le he dejado en una droguería, donde quería comprar no sé qué ingrediente para un analisis químico.

—¡Un análisis químico!—exclamó Joaquín.—¿Y tú no has comprendido nada?

—¿Qué había de comprender?

—¡Que quiere matarse!... Corramos....

—¡Matarse!—tartamudeó Eneas palideciendo; pero de súbito añadió:

—¡Estáis locos! ¡Si estaba de muy buen humor! Yo he ido buscándolo de su casa al casino, del casino al café, del café por las calles, porque quería darle el recado de Amalia, pero él me ha dicho que estaba á punto de marcharse...

—¿Dónde?

—A su quinta de Pusiano; por lo cual no he dicho nada. ¿Hice bien?

Amalia, á quien iba dirigida la pregunta, dijo que sí con la cabeza.

—En cambio, le he propuesto por cuenta mía un negocio... cierto negocio... un contrato; y quería comprarle una cosa, cierta... cosa y estaba dispuesto á pagársela bien. Entonces él, mirándome fijo, me preguntó: «¿Sabes que estoy arruinado?» Yo no lo sabía é hice que me lo contase todo.

—¿A saber?

—A saber, que primero quebró el Banco de..., después el Banco del.... y....

—Lo sabíamos.

—Y que, aparte del tesoro enterrado, no sabe si le quedará siquiera toda la quinta de Pusiano, porque está hipotecada.

—¡Lo ve usted! ¡lo ve usted!—exclamó Joaquín volviéndose sucesivamente á Eneas y á Amalia.

—Perdona—añadió plácidamente el ingeniero—te aseguro que estaba de buen humor. Cuando insistí para que me vendiese una cosa.... cierta cosa.... que á

él ya no le servía de nada, se echó á reir y me contestó que con el pedazo de quinta que le dejaran los acreedores podrá esperar á que el tesoro napoleónico tenga á bien salir á la luz de estos tiempos, y que no necesita del dinero que yo le ofrecía. Por último, me ha dicho lo que debía yo decirle á él...

—¿Qué le ha dicho á usted?—preguntó Amalia.

—Me ha dicho *¡Pobrecillo!*, así como suena.

—¿Y qué le quería usted comprar al señor Federico? —preguntó el doctor Rocco.

Amalia se puso colorada; el ingeniero suspiró y dijo:

—¡Una cosa!

Joaquín y Rómulo estaban en ascuas; miráronse, interrogándose en silencio; después uno alzó los ojos al techo y el otro los bajó al suelo.

—No será nada—dijo Eneas.

—Pues... ¿me sabrás decir qué especie de ingrediente iba á comprar á la droguería? ¿Sabes qué diablo de análisis químico quiere hacer?—insistió Joaquín.

—¿Y qué es lo que necesitaba de la armería?—añadió Rómulo.

—No sé—repuso el doctor Rocco en lugar del ingeniero—pero noto que uno por lo menos de los temores, no tiene fundamento. Si Federico tenía verdaderamente intención de matarse, debe de haber hecho su elección: ó el droguero ó el armero. Me parece muy difícil suicidarse con veneno y con arma de fuego á la vez; por lo menos es un lujo inútil. Si hubiéramos de creer á ustedes, todos los suicidas habrán de envenenarse primero, meterse después en el lago de Pusiano ó en otro, y dispararse un tiro de revólver en el momento de perder pie...

Agitó un estremecimiento las fibras de entrambos viejos; el mismo doctor Rocco, por más que estuviese preparado, no pudo recibir con indiferencia su propia chanza; ahuecó la voz para que nadie notase su fla-

queza. pero al oído finísimo de Tranquilina no se escapó la pulsación de una cuerda secreta y cariñosa.

—¿Y saben ustedes lo que yo haría si no tuviese gota, si estuviese en el caso de ustedes, si ese desdichado me interesara un poco? Correría derechamente á Pusiano y me plantaría junto al pobre arruinado, sin apartarme de él hasta que hubiese dado señales ciertas de juicio. Cualquier pretexto es bueno para no dejar cometer una tontería al prójimo.

—¿Y si ya estuviera muerto?—preguntó Joaquín.

—Si ya estuviese muerto, me parece que le haría dar sepultura.

Joaquín y Rómulo no aguardaron á más; balbucearon un saludo confuso y tomaron la puerta.

El ingeniero suspiró melancólicamente una docena más de veces; mas notando que Amalia no le hacía caso y que no había modo de salir del suicidio de Federico, en el que no creía ni por asomos, no tuvo al cabo más remedio que irse.

—¡Váyase enhoramala ese fastidioso!—gritó el doctor Rocco, apenas había salido.

—¿Por qué fastidioso?—prorrumpió Amalia, acurrucándose con gracia infantil delante del tremendo papá y apoyando la cabeza en sus rodillas.

—Ya te entiendo—refunfuñó el doctor Rocco, mientras con la mano manca acariciaba aquella cabecita vivaz—te entiendo... Queremos que el papá haga alguna tontería, ¿verdad? dila pronto...

La joven, sin embargo, no rió como otras veces y repitió descuidadamente:

—¿Por qué es fastidioso el ingeniero Eneas? ¿Que ya no te gusta?

—Si á ti te gustase, me gustaría—refunfuñó el doctor Trompeta—¿pero sabes porqué es fastidioso? Porque con toda su ingeniería no sabe hacer que se casen con él.

—Te engañas—dijo Amalia con el mismo acento de antes;—el ingeniero Eneas me gusta y me caso con él. ¿Estás contento?

—¿Si estoy contento?...

Tranquilina se acercó á su hija y la miró calladamente.

—¿Estás decidida?—le preguntó después.

—Sí; lo estoy.

—¿Hablas de corazón?

—De corazón no—repuso la joven riendo—porque el corazón por ahora no hace otra cosa más que enviarme buena sangre al cerebro, como dice papá; pero no lo dudéis; lo querré más adelante; no hay ninguna razón para que no le quiera. Así pues, estamos convenidos; el ingeniero me gusta y me caso con él. Tú, papá, escribirás mañana mismo á mi futuro esposo, no sea que pierda la paciencia y con la paciencia el amor, si lo tiene. En realidad aún había un día de tiempo; no estamos más que á 28 de Febrero; pero las cosas buenas, mejor es hacerlas pronto.

Padre y madre miraban á la hija con una curiosidad vecina del temor.

Amalia continuó:

—Á todo ello pongo una condición.

—¡Una condición! Oigamos—murmuró Rocco.

—Oigamos la condición—repitió Tranquilina.

—Que mañana por la mañana vayamos todos de campo.

—¡De campo el 28 de Febrero!

—En primer lugar, mañana estaremos á 29 (es año bisiesto); después este año el invierno parece una primavera; los periódicos lo dicen; el campo debe de estar hermosísimo; dormiremos en la fonda y estaremos de vuelta mañana.

—¿Y dónde quieres ir?—preguntó el padre inclinándose para mirarla de hito en hito.

—Hacia el lago Pusiano... Necesito tener una entrevista con el señor Federico.

—¡Una entrevista!

—Sí; os lo contaré todo en el carruaje. Por supuesto, tú serás el que habrás querido, primeramente por curiosidad de visitar las excavaciones del tesoro (cien veces te ha invitado, aceptas una); después para demostrar al señor Federico, que aunque haya uno perdido el dinero, puede conservar amistades antiguas si las ha sabido escoger...

—Y ganar otras nuevas—observó Tranquilina.

—¡Como la mía!—dijo Amalia.—Probablemente no sabrá qué hacer de ella, pero no importa. Si es verdad que quiere irse... bajo tierra para buscar un tesoro, no será malo hacerle ver un poco de lo que deja en la superficie.

Al Dr. Rocco le bastó con inclinarse levemente para dar un beso á aquella boca tan sabia; después dijo:

—Corriente; iremos á Pusiano.

—Dormiremos en la fonda y estaremos de vuelta mañana—repitió la joven.

Pero su padre no le atendía; reflexionaba.

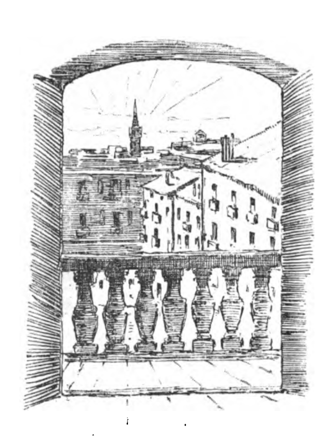
—¿En qué piensas?—la preguntó Tranquilina.

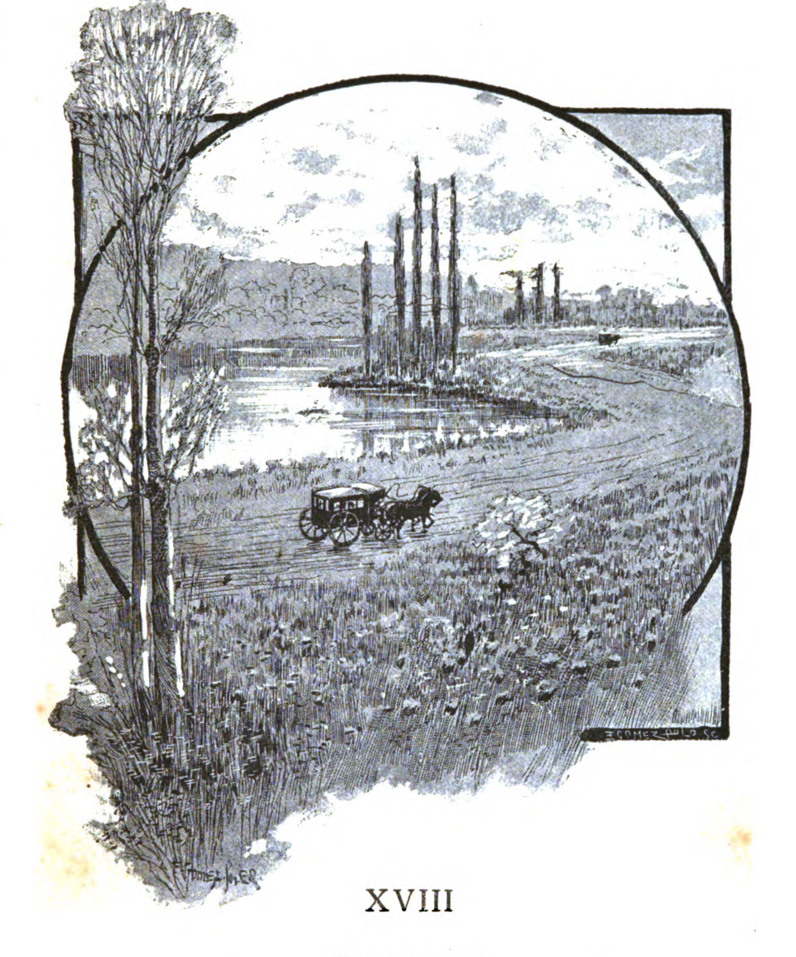
—Bien lo sabes: tú me haces pensar... yo no pensaba poco ni mucho... Hija mía—añadió con acento solemne—no está bien que vayamos á que nos obsequie una persona arruinada y á meternos en su casa sin más ni más. Y una muchacha... ¿qué pensaría Federico? ¿qué dirá la gente?

—La muchacha estará con papá y mamá—respondió Amalia impertérrita.—Para el señor Federico tenemos un pretexto y muy verosímil... Además, tú mismo lo has dicho hace poco, cualquier pretexto es bueno para no dejar cometer una tontería al prójimo. Si la gente encontrase qué decir, peor para ella... pero la gente no sabrá nada.

El Dr. Rocco, sin que lo pareciese, iba buscando en la fisonomía de su mujer el modo de averiguar si era lícito encogerse de hombros y enviar la gente á paseo, y cuando vió que la misma Tranquilina sonreía de las palabras de Amalia, hundió la cabeza en los hombros y exclamó valerosamente:

—¡Vaya la gente enhoramala! ¡iremos á Pusiano!





XVIII

De campo

La mañana era en verdad hermosísima; fulguraba el sol y un aura tibia acariciaba de vez en cuando las yerbecillas del prado; el carruaje corría sin obstáculos por la carretera; el cochero, hombrecillo jovial, iba hablando constantemente con los dos caballos, uno de los cuales le escuchaba con las orejas gachas mientras que el otro relinchaba de vez en cuando.

No era posible viajar en mejores condiciones, y sin

embargo, el Dr. Rocco no estaba contento; agitábase en el coche, inclinábase para mirar bajo la manta de viaje que le cubría las piernas como si le faltase algo, y cuando le preguntaban, refunfuñaba entre dientes, no sabiendo decir qué era lo que le faltaba. Le faltaban Rómulo y Joaquín, los cuales por estúpida impaciencia se habían puesto en camino una hora antes, en lugar de esperar al Dr. Roccò.

Tranquilina escuchaba la charla del cochero y seguía con los ojos el vuelo de una bandada de pájaros que precedía al carruaje de morera en morera.

Amalia pensaba.

—¿Qué diablos tiene ese caballo que relincha así?—preguntó el doctor Rocco.

—*Morello* se ríe—respondió el cochero volviéndose un poco.

Y el Dr. Roccò, aunque no tenía de ello la menor gana, se vió obligado á reirse también.

Al salir de sus meditaciones, Amalia se volvió locuaz; preguntaba por el nombre de los pueblecillos, próximos ó lejanos, y el cochero se lo decía volviéndose á medias; informábase del cultivo de los campos y encontraba las colinas, á pesar de ser tan chatas, deliciosas, comparadas con la llanura que dejaban atrás.

Si se posaba un pajarillo en la margen del camino, callaba para mirar sus rápidos movimientos hasta que, al acercarse el carruaje, el ave campesina, menos osada que las domiciliadas en Milán, se acogía á seguro en las desnudas ramas de una morera.

Y Amalia sentía dentro de sí nuevos sentimientos alados que la impulsaban al vuelo. Era la primera vez de su vida en que comprendía la poesía que hay en abandonarnos á nuestros pensamientos, pero al propio tiempo y por arraigada costumbre pensaba:

«La poesía debe de ser esto; dejar venir las ideas y los sentimientos y abrir el corazón y la mente para reci-

birlos de la naturaleza; lo contrario de la filosofía, que corre en pos de una idea fugitiva, de un sentimiento oculto, para obligarle á descubrirse.»

Y de golpe, sin más explicaciones, le participaba á su madre que «si la filosofía es más meritoria, la poesía es más bella.»

Tranquilina decía que sí con la cabeza, y el doctor Rocco, impaciente por llegar, pateaba bajo la manta y canturreaba entre dientes, de modo que él solo lo entendiera, ciertas coplas guerreras que al cabo de treinta años de silencio despertábanse enteras y verdaderas en su memoria, en toda su erótica y selvática lindeza.

De Federico nadie se acordaba, porque el día estaba sereno, el campo inundado de sol, transparente el cielo, y los lejanos contornos de los nevados Alpes sonrosados como los pensamientos y las mejillas de la joven.

Mas de repente, á una revuelta del camino, *Morello* rió á su manera y sin el menor motivo, supuesto que el cochero había anunciado á los viajeros que al instante verían el lago de Pusiano, y Amalia inclinándose vió, á algún trecho y delante, un carruajillo que bajaba por la pendiente como una saeta.

—¿Cómo hemos alcanzado ese coche, que va como un rayo, sin haberle visto hasta ahora?

El cochero, que de buena gana hubiese atribuído el mérito del suceso, primero á él mismo y luego á los caballos, no quiso dar explicaciones; pero ante un nuevo relincho de *Morello,* declaró:

—Ese carruaje va tirado por una yegua; por eso relincha *Morello.*

—¿Y *Morello* cómo lo sabe?—preguntó la joven.

Hagamos justicia á un personaje que quizá no volveremos á ver nunca, á aquel cochero juicioso y sensato que, mientras que otro, en igual caso, se hubiera echado á reir, chasqueó la lengua y el látigo y no contestó nada.

El carruaje llegó en pocos momentos al fondo de la cuesta, á orillas del lago.

—¡Oh qué bonito!—exclamó Amalia, mientras el doctor Rocco, formando con las manos una visera para los ojos, dijo:

—¡Allí están!

—¿Quién?

—Rómulo y Joaquín.

Ellos eran en efecto; el cochecito habíase detenido y puesto al paso, y los dos amigos estaban allí, inmóviles, á orilla del camino.

Vistos, así, á distancia, no exageraba mucho el doctor Rocco al decir que parecían dos poyos, uno demasiado alto y otro demasiado corto, puestos, por equivocación, demasiado juntos.

En esto volvióse Joaquín y lanzó un ¡oh! enorme que atravesó el espacio. Rómulo volvióse también á mirar y no daba fe á sus mismos ojos, en lo cual tenía razón porque era miope y no encontraba los lentes; por último, prorrumpió también en un ¡oh! formidable.

Pocos momentos después los cinco viajeros hallábanse juntos en la carretera, y el carruaje seguía al paso.

—¡Es posible! ¡también ustedes!

—Un capricho de Amalia—repuso el doctor;—queremos ver las excavaciones.

—¡Un capricho!—suspiró melancólicamente Rómulo—¡quiera Dios que estemos aún á tiempo!

Amalia no podía sufrir los equívocos.

—¿Has escrito al ingeniero?—preguntó á su padre.

—¡Pues no le he de escribir!

Rómulo comprendió y dobló la cabeza sobre el pecho.

—Nos hemos parado aquí—dijo Joaquín—para tomar el atajo.

Y señalaba una vereda entre dos setos.

—¡Han llegado ustedes tarde!

—Ha sido un viaje desgraciado—afirmó Joaquín—primero la yegua ha perdido una herradura; después las ganas de andar; no hacía mas que correr á escape como si temiera llegar tarde ó plantarse en medio del camino, cual si dijera: «Es inútil; á estas horas ya está hecho.»

Echaron á andar en silencio; el recuerdo de Federico reaparecía con todo su cortejo de ideas sombrías; Joaquín y Rómulo, que habían tomado el sendero con paso precipitado, detuviéronse de improviso al dar una vuelta; se veía la casa.

Siguieron juntos, siempre silenciosos y con la cabeza baja.

Viendo una campesina que venía por aquella parte con paso acelerado, Rómulo pensó: «Acaba de ocurrir la desgracia en este instante y esa muchacha corre á llamar al médico del pueblo.» Y cuando la campesina siguió adelante, después de haberles saludado y sonreído, la alegría que iluminó todos los semblantes decía claramente que cada cual había pensado lo mismo que Rómulo.

Encontraron un labrador ya viejo, que en su campo cultivado á modo de huerto, plantaba hortalizas sin levantar siquiera la cabeza.

Y cada cual se dijo que si aquel labrador estaba tan sosegado, era que Federico no se había matado todavía.

Abierto el corazón á la confianza, entraron todos los consuelos; la del pajarillo que salía al encuentro de los viajeros, saltando por el sendero, como si fuese un diminuto maestro de ceremonias; la del mirlo que salía de un seto y trazaba en el aire un surco negro al punto borrado; la del cielo azul y de la colina bañada por el sol.

Y cuando, al salir del sendero, con un resto de zozobra, la comitiva se paró un poco esperando y distinguió en el centro de la avenida que se prolongaba hasta la casa, tres personas de espaldas que paseaban indiferentes, y en la del medio por la estatura, por el andar, por los cabellos y por el color del traje, reconocieron todos á Federico; parecióles todo ello tan natural, que el Dr. Rocco pudo decir que «él siempre lo había dicho,» aunque no hubiese dicho nada hasta aquel momento.

Rómulo y Joaquín le daban lindamente la razón.

—Sí, sí, es verdad; usted lo decía; lo ha dicho siempre; somos dos chiquillos sin seso, ¡ pero qué alegría!

Los tres que paseaban por la avenida, al llegar al extremo, se volvieron; Federico distinguió de lejos á los visitantes, se apartó de sus compañeros, echó á correr, y después se aproximó al paso.

—¡ Somos nosotros!—gritó el doctor Rocco.

—¡Nosotros en persona!—dijeron Joaquín y Rómulo.

—¡ Qué milagro!—exclamó Federico, y antes de recibir en sus brazos á los amigos, tendió la mano á la señora Tranquilina y tomó la de Amalia, que por esta vez dejó que la tomase.

Cada uno examinaba la fisonomía del arruinado con el temor de leer en ella alguna diablura; pero Federico, sereno como nunca, no hizo la menor alusión á su ruina.

Presentó después á sus huéspedes los dos que le acompañaban en el paseo por la avenida; uno era su administrador, el otro un individuo que olía á acreedor á cien leguas.

Con todo y con eso, Joaquín no estaba tranquilo, y cuando se lo manifestó así á Rómulo, éste repuso: «ni yo tampoco.»

Y sin embargo, ¿qué más podía hacer Federico para

tranquilizar á sus amigos un tanto recelosos? No sabía mostrarse más desenvuelto ni ofrecer con mejor talante el brazo á la señora, caminar delante hablándole, y pararse de repente para hacerla disfrutar de una hermosa vista; y era imposible, ó por lo menos extraordinariamente difícil, chancearse con más donaire consigo mismo al enseñar tres hoyos enormes, en los cuales la pala y el azadón habían buscado en vano el famoso tesoro. ¿Qué más podía hacer? «Un poco menos» hubiera contestado Joaquín, y Rómulo suspirando hubiera añadido: «Hace demasiado...»

—Mire usted... miren ustedes... mirad...—decía el arruinado—ésta es la primera fosa; la más honda, naturalmente... porque antes de resolvernos á abandonarla, esperamos á que el lago nos enviase una embajada diciéndonos que lo dejásemos...

Y mostraba enorme agujero en el fondo del cual se distinguía una charca de agua pantanosa.

—¡Bonito trabajo!—exclamó Amalia muy seria.

Federico la miró, rióse, y la hizo reir.

—No ha sido del todo inútil—añadió luego;—tengo intención de hacer una balsa que me servirá para regar el jardín.

—Ah! ¿sí?—dijo el Dr. Rocco, y fué el único que bien ó mal respondió algo; los demás permanecieron callados.

—Aquí el segundo hoyo, donde, como ustedes ven, perdimos más pronto la paciencia. Por lo demás, es también un *bonito trabajo*, ¿no es verdad, señorita?

—Ciertísimo—contestó Amalia, que esta vez apenas rió:—¿hace usted otra balsa?

—Ya lo creo; para el huertecillo... Vengan ustedes, vengan; aquí está el tercer agujero; el tesoro está en una de las esquinas de la casa, y la casa desgraciadamente tiene cuatro...

—Los pergaminos debían estar más claros—observó Amalia.—¿Y no se ha encontrado nada?

—¡Oh! muchas cosas; una docena de vasijas de barro cocido, otro tanto de hachas de bronce, alguna de pedernal, muchas fusolarias y un número indeterminado de tiestos.

—¿Qué son *fusolarias?*—preguntó Tranquilina.

—Son unos guijarros chicos, planos, circulares, con un agujero en medio; si mis antepasados de la Edad de piedra no se los colgaban al cuello á guisa de amuletos, no sé en qué los habían de emplear...

—¿Y no se ha encontrado nada mejor?—preguntó Amalia.

—Oh! sí, sí... Por ejemplo, algunos punzones, algunas flechas y algunas agujas para la cabeza, todo de bronce.

—¿De veras?

—De veras... no se ría usted. En el Isolino, allá en frente, estación lacustre de primer orden, no se han encontrado de bronce más que anzuelos: flechas y punzones, ni uno... y como los anzuelos son indispensables para gente que vive en el agua, resulta que los primitivos propietarios de mi hacienda conocieron una civilización anterior á la del Isolino. ¿Me explico bien?

—Así, así—respondió Amalia.

—Déme usted el brazo, y á la vez que le enseñaré el sitio donde haré empezar la semana que viene las excavaciones de la cuarta fosa, le explicaré á usted...

¿Cómo decir que no?

Amalia se apartó de los viejos y fuése un tanto contrariada á cogerse del brazo izquierdo de Federico.

Y el aturdido de Joaquín, que experimentó la necesidad de restregarse las manos, no vió la melancólica ojeada de Rómulo, ni sintió la mirada de fuego que le clavó en la cara el Dr. Rocco.

—Miren ustedes—decía Federico—los objetos encontrados *en mi fosa...*

Corrió un frío de hielo por las venas de Rómulo al oir palabras tan inoportunas, y dejó Joaquín de restregarse las manos.

—... Llegamos—proseguía Federico—á una época de transición entre la Edad de piedra y la Edad de bronce, esto es, á un tiempo en que mis antepasados, conocida ya la utilidad del bronce que costaba un ojo de la cara, empezaron á emplearlo en los objetos más necesarios primeramente, después en los adornos, pero continuaban, sin embargo, sirviéndose para lo demás del silex, como economía. Y así cómo...

—¿Dónde ha aprendido usted todas estas cosas?—gritó el doctor Rocco, reuniéndose con el joven.

Federico, en lugar de responder, dijo:

—Henos aquí en el sitio verdadero; aquí debajo está el tesoro.

—¿Aquí mismo?—preguntó Amalia, abandonando graciosamente el brazo de su caballero...

—Supuesto que ha de estar en una de las cuatro esquinas de la casa y en las otras tres nada se ha encontrado...

Rato hacía que el Dr. Rocco no había tenido ocasión propicia de desfogar su antiguo rencor; miró, pues, hacia el cielo con cierta lástima, y dijo:

—Siempre sucede así; lo disponen los reglamentos celestiales; á mí, por ejemplo, no me ha sucedido nunca encontrar el pañuelo en la faltriquera en que primero lo he buscado; siempre estaba en la otra.

Todos rieron.

—¿Y cómo se lo ha arreglado usted?—preguntó imprudentemente Joaquín.

—No me lo he arreglado yo: lo ha arreglado usted—repuso el doctor con feroz humildad;—desde que el brazo derecho no me sirve, tampoco sé qué hacer de los bolsillos de la derecha; pero mi sastre se obstina en ponerlos, porque así se lo ordena el figurín.

—¿También habrá aquí una balsa?—preguntó Amalia.

Y al cortar la palabra á su padre, lo miraba fijamente, con expresión que era á la vez de excusa y de aburrimiento.

—Ó una balsa—contestó Federico—ó un panteón de familia, á donde vengan á hacerse enterrar todos mis descendientes.

Era fácil de observar que ni tenía descendientes, ni probablemente los tendría nunca, á menos de ciertas ceremonias preliminares.

«Cásese usted,» estuvo á punto de decirle la joven; pero vió en aquel punto el rostro descompuesto de Rómulo; acercóse á él y le preguntó:

—¿Qué tiene usted?

—¿No le parece á usted que está?...

Y Rómulo para completar la frase pareció como que se aireaba la frente con la mano.

Amalia tornóse de improviso á mirar al joven, el cual tenía fijos en ella los ojos y reía.

—Venga usted conmigo, señora Tranquilina—dijo Federico;—debe usted de tener grandisimo empeño de ver una por lo menos de mis vasijas de barro cocido, ¿no es cierto?

—Muy cierto—repuso la excelente señora con su acostumbrada docilidad.

Dirigiéronse hacia la casa; los demás los siguieron.





XIX

¡Amigos!

FIJÁNDOSE bien en sus ojos relucientes, en sus ágiles, pero bruscos movimientos, en su semblante, ya iluminado por la sonrisa, ya oscurecido por una preocupación, no era difícil, dada la buena voluntad del temor, descubrir los evidentes é infalibles indicios de una de tantas formas de la locura razonadora que desde hace seis mil años afligen á la humanidad.

Joaquín y Rómulo, pisando casi los calcañares de Federico y Tranquilina, cual si fuesen sus sombras, colaboraban desesperadamente al trabajo de derribar un edificio cruel de anteriores indicios.

Permanecían callados un instante, luego murmuraba uno algunas frases oscuras que entendía el otro perfectamente.

Al entrar en el pequeño museo de Federico, dijo Rómulo:

—¡El tesoro escondido!

Y Joaquín, doblando la triste cabeza sobre el pecho y levantándola después de pronto, añadió:

—¡Los tres besos comprados en la feria!

—¡Ah! (un suspiro).

—¡Ah! (otro suspiro).

Empezó Federico sus explicaciones con ligero énfasis y llegó (así al menos lo parecía) á extasiarse delante de los cacharros, de las mazas, de las hachas, de los punzones; volvió á evocar sus antepasados de la edad de la piedra pulida y les rogó que atendiesen á sus quehaceres domésticos, cual si sus sucesores no se hallasen presentes. Pero no había peligro de que á cada chanzoneta de las que decía para sazonar sus explicaciones, se riesen Joaquín y Rómulo y menos Amalia.

La «muchacha más linda de todo el universo» habíase aproximado al joven y lo miraba de hito en hito, aunque disimuladamente.

—Usted quiere preguntarme algo!..—le manifestó de pronto Federico.—Dígalo usted.

—¿Qué objeto es aquel?—dijo Amalia por decir algo.

—Es una sierrecilla de silex amarillento con mango de asta.

En tanto que Federico ocupábase en explicar cuánta habilidad necesitaba un hombre lacustre para reducir el silex á aquella forma, el doctor Rocco, que recorda-

ba el verdadero propósito del viaje y no pensaba en otra cosa, llamó aparte á los dos viejos y los empujó con muy buen aire fuera de la habitación; la señora Tranquilina hizo también una retirada estratégica. Federico y Amalia quedaron solos.

El joven no había reparado en nada y continuaba sus explicaciones; ella lo había notado todo y ya no le atendía; pensaba en lo que había de decirle á aquel hombre, que acaso ya no tenía el juicio de antes, y le palpitaba el corazón.

Al cabo Federico calló, volvióse, y, al encontrarse á solas con Amalia, pareció titubear un instante y adelantó hacia la puerta.

—Debo de haberlos cansado—dijo—porque se han ido; están allí contemplando el paisaje... Vamos.

La joven no se movió.

¡Caso extraño, en verdad! Aquel hombre audaz é impertinente parecía sentir miedo de acercarse á Amalia y de estar solo con ella; no se apartaba del umbral y mostrábase deseoso de reunirse con sus huéspedes.

Amalia se dejó caer sobre una mecedora que había en medio del pequeño museo donde estaban.

—¿Hay aquí piedra rubia y piedra morena?--preguntó.

—Y también roja y amarilla; en estos sitios se encuentra solamente la rubia y la roja; por esta razón mis antepasados... Señorita; su papá la busca, de seguro que está preguntando por usted.

Amalia no contestó, y cuando Federico se determinó por fin á aproximarse:

—Siéntese usted ahí, en esa banqueta—le dijo—tengo que hablar con usted.

El joven miró en torno como buscando auxilio, y, no hallándolo, acomodóse lentamente en la banqueta más apartada.

Amalia hizo como que no reparaba en aquel acto hostil, y con voz no muy entera dijo:

—¿Ha adivinado usted por qué he venido?

Federico repuso que no con la cabeza.

—¿Lo adivina usted ahora?

—Tampoco.

—Tenía precisión de hablar con usted—añadió la joven; y calló no sabiendo cómo proseguir; después añadió con algún despecho:

—¿No me pregunta usted qué es lo que tengo que decirle?

—Escucho.

Nuevo silencio.

—¿Es esta la piedra roja?—preguntó de allí á poco Amalia con acento un tanto burlón.

—No tal, señorita; esto es barro cocido; la piedra roja es ésta y ésta la rubia.

—Enséñeme usted también la amarilla.

—No la tengo; los habitantes de la ciudad lacustre que yace debajo de nosotros, no salían, para buscar materiales, de su terreno, que era de formación jurasica.

—¿Cómo?

—Jurasica.

La joven hizo un gestecillo raro y quedóse callada.

—Debía usted ayudarme—dijo después riendo;—no sé cómo empezar.

—¿Por qué no?—contestó Federico melancólicamente y de pie ante ella;—pensándolo bien, hallo que es muy natural lo que usted hace.

Amalia alzó la cabeza y le miró con ojos muy abiertos y asombrados.

—Sabe usted que he quedado pobre y siente remordimiento por haberme hecho gastar.

La joven dijo vivamente que no con la cabeza.

—Y quiere usted rescatar... ¿no es eso?

—No es eso; no soy bastante rica... peor para usted; además tres mil pesetas de más ó de menos no cambia-

rían su situación. ¡Oh! ¿Cómo le ha podido ocurrir á usted que yo hiciese un viaje para rescatar tres... ¿Me cree usted tan vana?

—Es que el ingeniero Eneas me había ofrecido...

—¿En mi nombre?

—No, pero yo pensaba que tenía derecho para ello ó que interpretaba el deseo de usted.

—No interpretaba nada ó lo interpretaba mal; tocante á derechos, no tenía ninguno.

Amalia pronunció estas palabras con un poco de ligereza, y quedó muy sorprendida del efecto que produjeron en su interlocutor, el cual, como de súbito iluminado, sentóse de nuevo, pero en la banqueta inmediata, y dijo con sonoro acento:

—Ahora hable usted, estoy pronto á escucharla; pregúnteme usted cuanto quiera, estoy á sus órdenes.

Fué entonces Amalia la que sonrió melancólicamente, sin quitar los ojos del semblante, ya sereno, de su adversario.

—¿Usted no sabe—dijo después, fingiendo que coordinaba las ideas—cuán culpable soy?

—¿De veras?—repuso Federico con sosiego burlón.

—He cometido una chiquillada y he recibido el castigo; vea usted cuán ruborizada estoy.

Federico lo quiso ver tan de cerca que la joven se ruborizó de verdad.

—Le debo á usted una confesión general; es mi expiación: ¿quiere usted oirme?

—Quiero absolverla.

—No se apresure usted demasiado. Sepa usted que desde el primer día que vino usted á casa, advertí que le era á usted antipática.

—Protesto.

—Esté usted callado y déjeme hablar; advertí, decía, que le era á usted antipática y que usted me era antipático.

—¡Ah!—exclamó el joven deteniendo repentinamente el movimiento negativo de la cabeza.

—Cuando, después, vino usted á leerme aquella carta de la incógnita que le invitaba al baile de la baronesa C..., no quise creer que no hubiera usted entendido desde el principio lo que había, y su frivolidad de usted me pareció imperdonable.

—Y para castigarme de mi imperdonable frivolidad...

—Cometí una tontería imperdonabilísima, una tontería enorme; sin embargo, no quisiera que usted la juzgara mayor de lo que fué. Usted no puede saber cuándo le he escrito yo y cuándo la incógnita; y como á mí me importa que lo sepa... le diré que he escrito sólo dos veces. Una que empezaba con estas palabras...

Estas palabras, como pueden ustedes imaginar, las tenía Amalia en los labios, pero en el momento de irlas á pronunciar sentía un encogimiento en que no había antes pensado.

—Empezaba... aguarde usted... ¡ah! sí, de este modo: «Lo he pensado mejor.»

—Esta es la última; ¿y la otra?

—No recuerdo... La otra... «Te he visto...»

—«¡Qué alegría para mi corazón!»—prosiguió Federico muy serio.

Amalia se había puesto como la escarlata y sonreía forzadamente.

—Todas las demás— dijo luego —guárdelas usted como oro en paño: son de la incógnita.

—Esto es, de Rómulo y Joaquín.

—¿De veras?

—De veras; me lo han afirmado ellos mismos.

—¿Y con qué objeto?...

—Esos dos niños grandes me escribían para distraerme, para interesarme en una intriga amorosa confiando en que así cobraría afecto á la vida; ni más ni menos. Y aun ahora, ¿sabe usted para qué han venido?

Porque temen que la suerte me haya despojado de todo, é imaginando que yo me querré marchar al otro mundo, esperan llegar á tiempo para detenerme por los faldones de... la camisa.

—Pero usted...

—Yo no he amado nunca tanto la vida como ahora. Yerran, pues, de medio á medio. ¿Por qué me mira usted así? Ya; ¿usted me cree algo loco? Escúcheme usted; voy á probarle que se engaña.

— Cuidado — dijo Amalia alegremente — todos los locos pretenden lo mismo.

—Es verdad; me callaré.

—Diga usted, diga usted.

—Mejor es que usted diga... ¿Qué es lo que yo he perdido? Caballos, coches, muebles de lujo, una habitación en Milán. ¡Vaya una cosa! Nunca salía en carruaje; no estaba en casa más que para dormir y no he abierto jamás un solo cajón de mis muebles; sólo echo de menos los caballos porque son hermosos animales y me querían mucho. Era rico, ahora soy pobre; ¿qué diferencia hay? Si hubiese sentido necesidad ó al menos placer de gastar, experimentaría ahora el pesar de haber de renunciar á los placeres y de no poder vencer las necesidades; pero gastaba sin precisión y sin gusto. Si la semana pasada me hubieran pedido la mitad de mi patrimonio para asegurarme veinte años más de vida, acaso no hubiera hecho el contrato; mas ahora que me han tomado el patrimonio entero, lo mejor que puedo hacer es alegar mis derechos á cuarenta años de vida, pagados anticipadamente hasta la última semana, y vivirlos todos alegremente. Nuestra existencia (hablo de la mía), es como un cigarro puro: humo y ceniza; algunas veces los ricos aburridos lo tiran antes de tiempo, pero la gente pobre apura hasta la colilla. ¿Lo que hace el suicida qué es? No fumar sino hasta la mitad el cigarro. ¿Le pa-

rece á usted, señorita, que razono como un demente?

—Un poquillo—repuso Amalia;—pero dígame usted; esos cuarenta años que quiere usted vivir alegremente, ¿los ha pagado, en efecto, hasta la última semana?

Federico al pronto no comprendió; rió luégo y dijo:

—Realmente, no; he exagerado; habré pagado quizá treinta y nueve, quizá treinta y ocho, porque algo me queda aún de mi patrimonio. Más bien diré, para ser completamente franco, que si me viese reducido á no poseer más que los cuarenta años de vida futura, me hallaría un tanto confuso para vivirlos. Soy, como usted sabe, un ignorante; no sirvo para nada y no podría emplearme como dependiente de comercio ó... como leñador. Dicen que la muerte por hambre es horrible, y yo pienso que el pan de limosna me ahogaría al primer bocado... ¿Qué tiene usted, señorita? Perdóneme usted, soy un aturdido.

—¿Qué se ha hecho el sol?

—Se ha escondido; ya vuelve; hablemos de cosas joviales: ¿quiere usted que paseemos un poco por el jardín?

—¿Me permite usted una pregunta indiscreta?

—Diga usted.

—¿Cuánto le queda de su patrimonio?

—Aún no lo sé—contestó en tono chancero Federico;—usted ha visitado esta quinta y no ha visto usted nada en ella; lo mismo que hice yo ayer; pues, sin embargo, hay aquí *hipotecas;* por fortuna se pueden *cancelar*. Vendiendo un pedazo de terreno y regalando el ladrón de mi cortijero á quien lo quiera, siempre me quedará con qué vivir; así al menos lo dice mi administrador. Me he trazado ya el programa de mi existencia; me acostaré al ave-maría y me levantaré con el alba; beberé leche caliente, visitaré los campos, me cuidaré del jardín, estudiaré botánica y geología, iré á cazar al cerro, pescaré con red en el lago, tendré siem-

pre en la mesa aves asadas y pescados fritos; por último, me dedicaré á criar gusanos de seda.

—¿Habla usted en serio?

—¿Por qué he de chancearme? Yendo con tiento en las salidas, acreceré poco á poco las entradas; haré economías, lo cual es mejor que no hacer nada.

—¿Y no teme usted aburrirse?

—De ningún modo; mis antepasados de la Edad de piedra labrada me conservarán el buen humor. Son buena gente, tosca, pero repleta de geología y palenteología.

—¿No desprecia usted ya la ciencia?

—No la he despreciado nunca más que en ciertos eruditos que yo conozco; lo que no puedo sufrir es la vanidad científica.

—Luego es verdad que la ciencia no es impotente, supuesto que puede procurar tantos consuelos.

—No es verdad, porque si la ciencia es una niñería, el hombre es siempre un niño.

Amalia decía vivamente que no con la cabeza, y el joven prosiguió:

—Me explicaré; el hombre es siempre un niño; pero la ciencia no es uno de esos muñequillos que se tiran después de haber estropeado el mecanismo que tienen dentro; la ciencia es un juguete que entre las manos se transforma, que á cada mirada atenta se agranda y se embellece.

—Bravísimo; así es.

—Y he aquí por qué—concluyó Federico—no muy descontento de su comparación—y he aquí por qué hay gente que juega con ella toda la vida sin aburrirse nunca.

—Le vaticino á usted que llegará usted á ser un palenteólogo, ó geólogo ó algo de muy importante en *ólogo*—dijo Amalia festivamente.—Mire usted aquel pajarillo que picotea en los cristales; ábralos usted; que éntre.

Federico obedeció y abrió con mucha precaución las vidrieras, pero el curiosillo con alas tuvo miedo y voló hasta un árbol.

—Vámonos también nosotros—dijo Amalia.

En el umbral se detuvo muy seria.

—Me he prometido á mí misma al éntrar aquí que no saldría sin que hubiésemos hecho las paces y fuésemos buenos amigos... ¿Quiere usted darme la mano?

—Aquí está.

—Ahora déme usted el brazo.

Salieron: el sol daba generosos reflejos de oro á la pradera y chispas de plata á la arena de los andenes. En la última rama del árbol el pajarillo curioso movíase como haciendo cortesías.

Dando el brazo á su compañera enfiló Federico un andén; caminaba con paso ligero, casi saltando; sentíase dominado por insólita alegría y no reparaba en que Amalia tenía melancólica sonrisa en los labios.

Al recodo del andén vió de lejos el grupo de los viejos y se apresuró á retroceder.

—¡Federico!—gritó Joaquín.

—Le llaman á usted—dijo Amalia.

—No importa, después iremos. Decía usted....

—¿Qué decía?

—¿No tenía usted nada más que decirme?

—La verdad es que antes me parecía que tenía mucho que decir á usted, y ahora me parece que ya he concluído.

—Paseando, paseando, recordará usted y me dirá todas esas cosas; ahora que somos amigos, debemos hacernos confidencias para irnos conociendo. ¿Quiere usted que vayamos hasta el extremo de este andén?

—Vamos.

Fueron, pero sin decirse nada.

Al llegar al extremo, paróse de repente Federico, y después de haber mirado alrededor,

—Señorita—dijo con voz chancera;—cuando dos personas han hecho las paces....

—Aquí está papá—interrumpió Amalia soltando el brazo de su caballero y alejándose á la carrera.

En vez de seguirla, Federico permaneció inmóvil, buscando con la vista al doctor Rocco, que no apareció; cuando comprendió que le habían engañado, la joven estaba ya lejos.

Entonces experimentó el deseo de recostarse sobre el césped; y algún tiempo después de haber desaparecido Amalia, continuó viendo una joven que se perdía por el extremo de una alameda de árboles siempre verdes; era su juventud que se perdía en la invariable monotonía de su vida anterior.

Después se sacudió, se puso en pie y atravesó el andén, corriendo como un chico de la escuela; pero al llegar al recodo, hubo de pararse, respirar fuertemente y apoyar una mano en el pecho porque el aliento le faltaba y el corazón le palpitaba con fuerza.

—¡Qué poco corredor me he vuelto!

Así dijo con alguna tristeza, mas se consoló al punto pensando que nadie le obligaba á correr.





XX

Federico filósofo

FEDERICO estaba realmente de buen humor; cuando se hubo reunido con los dos viejos sus amigos y con Amalia, y hubo preguntado por la señora Tranquilina que había ido con el doctor Rocco á recorrer el paisaje, notando que atentamente le miraban cuatro ojos, entre temerosos y risueños, no se pudo contener y les dijo para consolarlos:

—Os leo los pensamientos: sé para lo que habéis venido.

—¿De veras?—preguntó Joaquín, dirigiendo una ojeada á Amalia, que hallábase pensativa contemplando una florecilla que se abría en el invernadero.

—De veras: tú porque te debo cinco mil pesetas y tú, Rómulo, porque te debo diez mil; pero no temáis, pagaré hasta el último céntimo.

—¿Y piensas?—protestó Rómulo.

—¡Vaya si lo pienso! No digo que no merezcáis una lección para aprender á no prestar dinero á un amigo sin exigirle hipoteca sobre sus bienes; pero habéis caído en buenas manos; haceos cuenta que las hipotecas están hechas y escritas en caracteres tamaños, porque quiero cancelarlas al mismo tiempo que las otras.

—Pero yo...—dijo Joaquín.

—Tú has de saber que Federico no está dispuesto á vivir del sudor ajeno.

—Yo no he sudado nunca—manifestó Rómulo.

—Ni yo tampoco.

—No importa; el dinero representa trabajo. A ciertos demócratas que viven y triunfan á crédito y tienen siempre la palabra igualdad en la boca, quisiera yo decirles que son unos tiranos, porque lo cierto es, que cada deuda equivale á una cantidad de trabajo no remunerada.

Al exponer tan graves teorías, Federico reía y miraba á Amalia, que no apartaba los ojos de la florecilla.

—¿Puedo hablar yo ahora?—dijo Joaquín.—Muy bien. Ante todo pongámonos en regla; tú le has tomado en préstamo diez mil pesetas á Rómulo y sólo cinco mil á mí; tómame otras cinco mil... y después hablaremos.

—¿Qué es lo que mira usted tan atentamente en esa flor?—preguntó Federico á Amalia.

—Esta flor parece una fuxía—contestó la joven, con

el embarazo de aquel á quien apartan de un pensamiento que no le abandona.—La he cogido del invernadero; ¡mire usted qué bonita es y qué bien hecha!

—Sí—dijo Federico inclinándose para mirar—estos son los estambres, esto más largo el pistilo, esto, debajo de la corola, es el ovario.

—Te equivocas—corrigió Joaquín—y usted se equivoca; esto no es el pistilo sino una pierna con malla rosa; esto no es la corola, sino unas faldetas de muselina blanca; y esto el busto y la cabecita; es una primera bailarina de *rango francés*, que está haciendo una *variación*.

Y para poner más de manifiesto la semejanza, acercó la mano poniéndola á guisa de escenario bajo el pistilo de la flor, que vista de aquel modo, parecía en efecto la caricatura de una bailarina con las piernas demasiado largas y la malla demasiado roja.

Por tan poca cosa soltó Federico una gran carcajada; verdad es que la hubiera soltado por menos todavía.

—Me río—dijo luego—pero quitáoslo de la cabeza, no estoy loco; me río porque estoy contento de mí; he encontrado una definición magnífica de la ciencia.

—¿De la ciencia?

—Oigamos.

—La ciencia es el eterno juego del eterno niño.

—Preciosa—dijo Rómulo.

—Debe de ser magnífica porque es muy oscura; la primera condición de una definición perfecta es la oscuridad.

Federico llevó la luz del análisis á su definición, que entonces resultó deslumbradora.

Apartada por un instante de sus pensamientos, Amalia volvió á ellos mientras el joven hablaba y reía, y ya no siguió la conversación.

—¿En qué piensa usted, señorita?

—Ahí llega la mamá—repuso la niña con singular viveza;—vamos á recibirla.

Y se alejó corriendo. Federico, que quería ofrecerle el brazo, se encontró entre ambos viejos, los cuales sentenciaron de común acuerdo y casi al unísono «que aquella muchacha era un ángel y aquella muchacha era un diablillo.»

—¿Así pues?—preguntó alegremente Federico.

—¿Qué?

—Nada; es decir, sí: por vuestra parte sabed que no tengo propósito alguno de matarme; se matan los aburridos por hacer algo nuevo, y se matan aquellos que después de haber tenido un hermoso ensueño se ven forzados á despertar. Hasta ahora no he tenido ensueños; me aburría, pero ya no me aburro.

—¿Cómo piensas vivir?

—Preguntádselo á la señorita Amalia—contestó Federico que se había reunido ya con el Dr. Rocco y su familia;—recogiendo piedras rubias y rojas, cultivando flores, criando gusanos de seda y haciendo excavaciones para sacar mi tesoro escondido.

—¿Piensa usted todavía en el tesoro?—preguntó Amalia.

—Más que nunca—respondió Federico;—haré empezar los trabajos del cuarto hoyo después de comer; le agradeceré á usted que asista al primer golpe de azadón; me traerá buena suerte.

Joaquín y Rómulo, al oir estas palabras, se miraron á la cara como augures, pero sin reirse, porque creíanse que lo que imaginaban era cosa hecha.

¡La comida! Por fin habíase hablado de algo interesante para el Dr. Rocco, al cual el paseo matutino y el buen camino que los asuntos tomaban, le habían abierto el apetito extraordinariamente.

Para confortar el único órgano sano del doctor y poner á mal tiempo buena cara, Federico condujo sus

huéspedes á dar una vuelta por las habitaciones, haciéndole ver las que había destinado á cada uno.

Sin que al parecer se hubiera ocupado en nada, aquel mozalbete atolondrado lo había arreglado todo.

—¿No nos iremos esta tarde?—preguntó Amalia.

—No señora—contestó Federico;—pasan ustedes aquí la noche, ¿verdad, doctor?

Y el Dr. Rocco, que no quería otra cosa, se resignó.

La comida no estuvo únicamente sazonada por el buen humor, como había anunciado el amo de casa, sino que fué un verdadero banquete *luculiano*, al que concurrieron todos los guisos del mundo no civilizado. ¡Cómo había tenido tiempo Federico de pensar en todo y de afeitarse además? Porque si el modo de hacerlo era un misterio para los dos viejos amigos, sobre los hechos no podía caber duda; poco antes Federico llevaba una barba, de dos días por lo menos, y ya estaba rasurado y en toda regla.

En la mesa quien hizo gasto de buen humor fué el anfitrión; se había vuelto locuaz y notábase en él irresistible necesidad de hablar de sí mismo, aunque fuese para hablar mal, para maltratarse y para ponerse en música...

Astuto como un diplomático, conseguía conducir siempre hacia sí la conversación que divagaba por aquí y por allá.

Una de las veces logró que le preguntasen si creía de verdad que iba á descubrir el tesoro escondido, y repuso con extraño sosiego:

—Un tesoro escondido, todos lo tenemos; yo he puesto al fin la mano sobre el mío. ¿Se acuerdan ustedes? Estaba más aburrido que un tonto y más descontento de mí que un filósofo; me faltaba algo, no sabía qué; ahora lo sé, me faltaba yo mismo.

—¿Es posible?—saltó Joaquín.

—Había entrado en el mundo de un empujón dado

no sé por quién; hallé la estupidez con guantes, el ocio ocupado en el vicio y en la orgía, y en el fondo de todo el olvido; hice como los demás. A veces me detenía para decirme: «¿qué más *quiero?*» y no quería nada porque nada sabía. Ahora que he abierto los ojos, comprendo al cabo qué mientras me *fumaba el cigarro puro* («*la vida!...*» pensó Amalia, á quien indudablemente iba encaminada la alusión) amaba el trabajo *sin saberlo;* que mientras pasaba por el mundo, inútil para mí y para los demás, injusto, burlón y escéptico, amaba el hacer bien, amaba la justicia, amaba el amor.

—¿Y siempre, *sin saberlo?*—preguntó el Dr. Rocco con la boca llena.

—Siempre. Por último quebró el Banco de... Ya era hora; si no quiebra el Banco, quiebro yo. Me he encontrado á mí mismo, y estoy contento.

Cuatro miradas fijáronse en Amalia, la cual, tomando en parte el ejemplo de su padre, no apartaba la vista del plato, si bien comía á bocaditos, verdaderamente minúsculos, comparados con los del Dr. Rocco.

—Miremos al rededor—exclamó Federico exaltándose.—¡Cuánto oro escondido! Bajo de cada vicio que se pavonea, hay una virtud allá en el fondo; bajo de cada debilidad, hay una fuerza. Si pudieran calcularse los tesoros intelectuales y morales que pasan, sin que los vea el mundo, averiguaríase que los hombres, pudiendo ser unos Cresos, han preferido ser unos pobretones.

—Cuando hablando de un malvado decimos que es, *en el fondo*, una buena persona—notó Joaquín—ponemos los ojos, sin darnos cuenta de ello, en su oro escondido. Y como cuanto más el tesoro se oculta, más precioso debe de ser, estaremos en lo cierto al decir que en presidio es donde este oro es de primera calidad.

Rieron todos, incluso Federico, el cual prosiguió, no obstante:

—¿Negarás tú que la civilización de hoy es mejor que la de la Edad-media, la romana, la griega y la egipcia, tan ponderadas?

Joaquín, según sabemos de sobra, nunca negaba cosa alguna.

—Y sin embargo—prosiguió entusiasmado el argumentante—los hombres son y serán siempre los mismos. ¿Qué es por lo tanto la civilización más que un trabajo de excavación, mediante el cual se saca á luz una mayor cantidad de este oro intelectual y moral que constituye el fondo de la humana naturaleza?

—Día vendrá—comentó Joaquín—en que el oro escondido estará todo acuñado, con el tanto de liga necesario para las cosas de este mundo; y serán los hombres las monedas, todas de un mismo peso y valor; y aquella será la era de la igualdad anhelada por los filósofos.

—No sé—contestó Federico—pero si hoy cuantos hombres hay en la tierra se pusieran de acuerdo: los ociosos para trabajar, los frívolos para reflexionar, los ignorantes para estudiar, los viciosos para corregirse, ¿no es verdad que estas nuevas fuerzas útiles aportadas á la sociedad, la harían realizar en poco tiempo un viaje de mil años? Niégalo si puedes.

Estas últimas palabras eran un nuevo artificio retórico, porque también Federico sabía que su amigo no negaba nunca nada.

—No puedo—repuso Joaquín con desaliento cómico.

La conversación giró un rato sobre este punto; dado el tema abstracto, Joaquín exponía algunas variantes, hasta que al llegar los postres Federico entró en los concretos.

Era indudable, por ejemplo, que Rómulo, quien había llegado á tener los años de una encina, siendo, como era, hueca y frágil caña, tenía en sí todos los elementos de un sacerdote, esto es, la serenidad de

una catedral con la indulgencia plenaria suspendida en forma de sonrisa á la puerta de ingreso, un altar mayor en el pecho y un perfume de incienso en el bolsillo.

—¿Y yo?—preguntó Joaquín.

Pero después de haber hecho reir á los comensales disparatando festivamente en las aplicaciones de su teoría, Federico quiso salvarla y manifestó que hablaba de broma.

—Rómulo—siguió diciendo—es un patriarca equivocado; ese hombre tan largo y tan soltero, es el espectro inexorable de un marido, de un padre, de un abuelo; ha vuelto las espaldas á su mujer, ha rechazado sus hijos, ha destruído sus nietos; vedlo, diríais que es el hombre más apacible de la tierra al verle, como ahora, machacar una almendra con los dedos... pues bien, no tal, es un hombre cruel machacado por los remordimientos. Observadlo, ninguno hay con brazos más largos que él para estrechar en un abrazo toda una tribu, y se ha quedado solo, maldecido por todas las generaciones á las que ha impedido nacer.

—¿Y yo? ¿y yo?—preguntó Joaquín ofreciéndose á los tiros como un blanco impaciente.

Pero Federico no le hizo caso, y tomó en cambio por punto de mira «la joven más bonita de todo el universo» que le sonreía desde el otro extremo de la mesa.

—Usted, señorita, consuélese; tiene usted tiempo todavía de encontrar su oro escondido; usted, que queriendo ser justa, resulta tan severa, puede hacerse indulgente, porque la indulgencia está más cercana de la justicia; ha dado usted prueba de ello perdonando á un hombre que tenía la desgracia de serle antipático, haciéndole el precioso dón de su amistad.

Amalia estaba á mil leguas de imaginar lo que iba á suceder... pero cuando vió al joven dejar su sitio y dirigirse hacia ella, lo comprendió y se puso muy encarnada.

—Señora Tranquilina, doctor Rocco—dijo Federico con leve empacho — manden ustedes á su hija Amalia que me pague al instante el primer plazo de mi crédito.

—¡Bravo!—gritó Rómulo.

—¡Bravo!—gritó Joaquín.

Papá y mamá reían.

— Aquí está el documento en toda regla — añadió Federico presentando uno de los *vales*.

No se levantó una voz para oponerse á aquella broma.

Amalia sintió en la mente, en el corazón, en la sangre, un gran tumulto; después le pareció que se hacía de repente un gran silencio en torno suyo; vió, ó le pareció ver, el rostro descolorido y triste de un joven, junto á su rostro; sintió el aliento tibio de una boca, y por último, algo más ardiente sobre los labios... Los aplausos la despertaron de aquel ensueño á ojos abiertos.

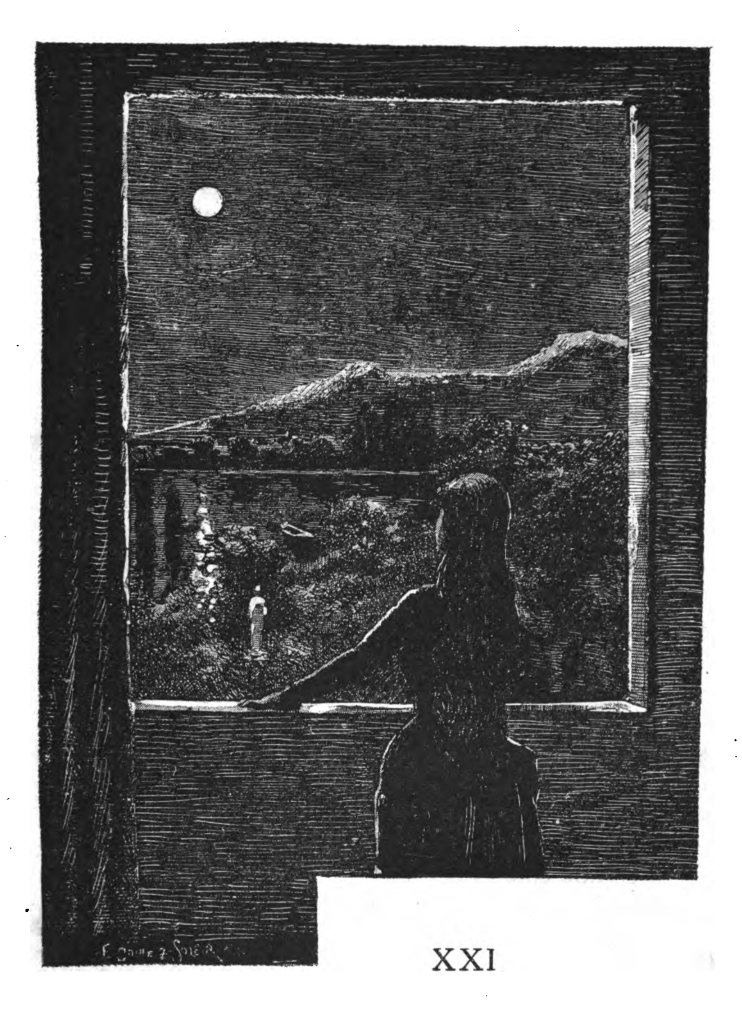
Federico seguía allí sonriente, pálido; los demás reían.

Probó ella á reir también; se restregó los labios con una servilleta para borrar la señal, tomó de manos de su padre el *vale* para romperlo gravemente en mil pedazos diminutos, todo por aparecer desenvuelta; pero cuando quiso intentar la última prueba y desafiar audazmente una mirada que sentía fija en ella,

«¡Oh Dios mío, me ama!» pensó sobresaltada, y por no bajar sus soberbios ojazos se arrojó al cuello de su madre.







XXI

Una joven en la ventana; un joven detrás del seto; la luna

Al dejar todos la mesa para ir al jardín, Amalia no se despegó de las faldas de su madre, á la que ofreció el brazo con todo el garbo del más cumplido caballero; de este modo si al señor Federico le ocurría ponerse á su lado para decirle, Dios sabe

qué, no se saldría con la suya y se cansaría pronto.

Hablaba y reíase la pobrecilla, riendo más que hablando, incluso sin venir á cuento y fuera de propósito, porque no cesaba un punto de repetirse en secreto, con sincero sobresalto:

«¡Oh Dios mío, me ama!»

Y cuando oía pasos detrás de sí, no pudiendo huir, deteníase palpitante y sin volverse, y hacía que su madre se fijase en algún árbol próximo ó en una alegre casita que se alzaba en lo alto de una colina lejana, pensando:

«¡Aquí está, es él! quién sabe lo que me dirá!»

Pero eran Joaquín ó Rómulo.

De muy buena gana hubiera preguntado: «¿Dónde se ha quedado el señor Federico?» lo cual aquella misma mañana no hubiera tenido nada de particular, pero ahora... ahora bien se veía que llevaba sobre la boca aquel beso suyo imborrable.

Sin tener de ello la culpa, había llegado á esa fase intrincada de las relaciones entre hombre y mujer, en la cual la indiferencia, para pasar por tal, tiene que tomar la máscara del olvido... siendo así aún menos creída.

Por fortuna Tranquilina preguntó:

—¿Dónde está el doctor?

—Se ha quedado con Federico, que le contaba la historia de su quiebra con un desembarazo sin igual.

—Helos allí—agregó Joaquín—¡y cómo gesticula Federico! parece que le haga ver hasta dónde llegan sus fondos.

Amalia no tardó en tranquilizarse al notar que su huésped no parecía ocuparse en otra cosa que en hacer los honores de la hospitalidad al doctor Rocco, llevándolo de aquí para allá y ajustando la medida de su paso al suyo. Y fué tanta la seguridad de la joven, que no temió acercarse á pocos pasos de su padre y del

huésped, y hasta se detuvo una vez en el cruce de un andén, por donde aquellos habían de pasar, si bien mirando á otro lado... pero aquel sin sustancia de Federico le dijo: «Que pasee usted bien, señorita» y siguió adelante llevándose al doctor.

La muchacha se volvió de repente con aire muy natural de asombro, pero ya la pareja había pasado y se alejaba tranquilamente sin cuidarse de ella.

Entonces Amalia echó á correr tras de ellos, los alcanzó, los separó sin más preámbulo, y púsose en medio. Imaginaba que los haría reir, que por lo menos le dirían: «¡Bravo!» pero Federico apenas le sonrió y su desnaturalizado padre le preguntó por Tranquilina... ¿Dónde estaba? ¿qué hacía? ¿se había puesto el chal? Y como Tranquilina no se lo había puesto y era imprudencia magna fiarse de la templanza de Febrero, el sabio facultativo encargó á la niña que fuese corriendo por el chal para ponérselo á la mamá... En fin, misterios!

Así, pues, al cabo de tanto haber temido cierto coloquio, llegó un momento en que Amalia, parándose en seco, hubo de confesarse á sí misma que llevaba un cuarto de hora sin hacer otra cosa más que buscar ocasión de encontrarse mano á mano con Federico, sin lograrlo.

Quería decirle que el ingeniero Eneas, es decir, no, que el papá, que la mamá... en fin, quería darle á entender que no fuese á enamorarse de ella porque ya no era libre.

Lo consiguió, al cabo, cuando menos lo esperaba, y merced al doctor Rocco, el cual dejó á su hija con Federico y fué á reunirse con su mujer y sus amigos bajo de un cobertizo para inspirarles saludable temor á los reumas é inducirlos á retirarse á las habitaciones.

¡Cosa extraña! Federico no le ofreció el brazo á Amalia, aunque ésta de todos modos lo tomó:

—¡Hermosa tarde! —comenzó la joven con el despecho de ser la primera en hablar y de romper el silencio con una vulgaridad.

—Sí tal, muy hermosa, pero aquella nube, allá, por la parte del ocaso, no presagia nada bueno.

—¿Qué presagia, pues?

—No me sorprendería que nevase mañana.

—Mañana no puede nevar —observó Amalia —porque debemos irnos nosotros.

Aquí encajaba perfectamente un suspiro; pero Federico no lo dió.

Después de algunos instantes de silencio, Amalia, mirando en torno, exclamó:

—¡Qué tranquilidad!

—¡Qué tranquilidad!—repitió Federico.

—¡Qué feliz será usted estando siempre aquí, delante de estos montes y de este lago!

Federico no contestó palabra.

—¿Pero está usted seguro de que será feliz?—añadió la joven.

—Sí, porque tendré el buen sentido de no pedir la felicidad á los montes ni al lago, que no me la podrían otorgar por más de un cuarto de hora; la pediré más bien á mi jardín y á mis rubias...

—¿Qué rubias?

—Las piedras. Las cosas pequeñas son las que satisfacen al hombre; no las grandes, que le dejan descontento. El secreto de la dicha terrena está encerrado en un estuche tamaño como una nuez.

La joven reflexionó un instante; después alzó el rostro sonriente y dijo:

—Temo que usted se engañe; la dicha no está en las cosas, sino en las personas; quien la tiene dentro de sí la halla en las pequeñas; quien no la tiene la busca en vano en lo grande. Siempre es uno feliz cuando no desea.

—Ahora es usted la que se engaña—advirtió Federico.—La inercia no puede ser la felicidad, mientras que el deseo da alas á la vida; desear un bien que es posible alcanzar, he aquí la verdadera dicha. Sólo que la vida debe recorrerse á vuelos cortos y continuos: el que se pára, muere, y el que quiere ir sobrado lejos, se extravía.

El exordio era, por lo visto, tal como Amalia lo imaginaba, pero el discurso no venía.

«¡No me ama!—pensó al fin—tanto mejor.»

Caía la noche; ambos jóvenes estaban hacía rato callados sin advertirlo, cuando una voz gritó desde la alameda: «¡Amalia!»

Esta echó á andar, pero de pronto se detuvo oyendo tras de sí un gran suspiro.

—¿Ha sido usted quien ha suspirado?—preguntó volviéndose—me ha dado un susto...

Federico soltó una carcajada, y la joven corriendo por la alameda volvió á murmurar: «No me ama.»

Dos horas después todo callaba en la vasta campiña.

Amalia se asomó á la ventana de su cuarto y permaneció inmóvil algún tiempo contemplando aquel espectáculo, inusitado para ella; parecíale mentira que, en lugar de la ventana de una vecina curiosa, tuviese ante los ojos el campo abierto y el lago tranquilo y rugoso como el semblante de uno de aquellos dos viejecillos que tanto la querían. ¡Porque los viejecillos la querían mucho!

Llevando más allá la mirada, hallábase con los montes cubiertos de nieve, otros buenos viejecillos que parecían decirle con dulce imperio, alzando sus blancas cabezas: «de aquí no se pasa; no debes dejarnos.»

«Pues os dejo—respondía ella—mañana nos vamos; hay en Milán un ingeniero que aguarda.»

Arriba, más arriba, he ahí la luna que se mira en el espejo del lago, y cuando el viento celoso le pone por

delante un velo de negras nubes, corre, se liberta de ellas, reaparece y quédase de nuevo inmóvil delante de su espejo.

¡Qué bella y melancólica es la luna! Pero, ¡pobrecilla! acaso está enamorada del sol y tiene que casarse con un ingeniero...

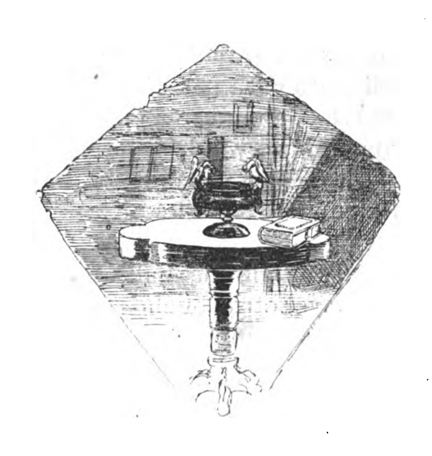
¿Qué es eso? un ruido entre los mimbres, siempre verdes, del seto, alguien se esconde allí... ¿pero quién?

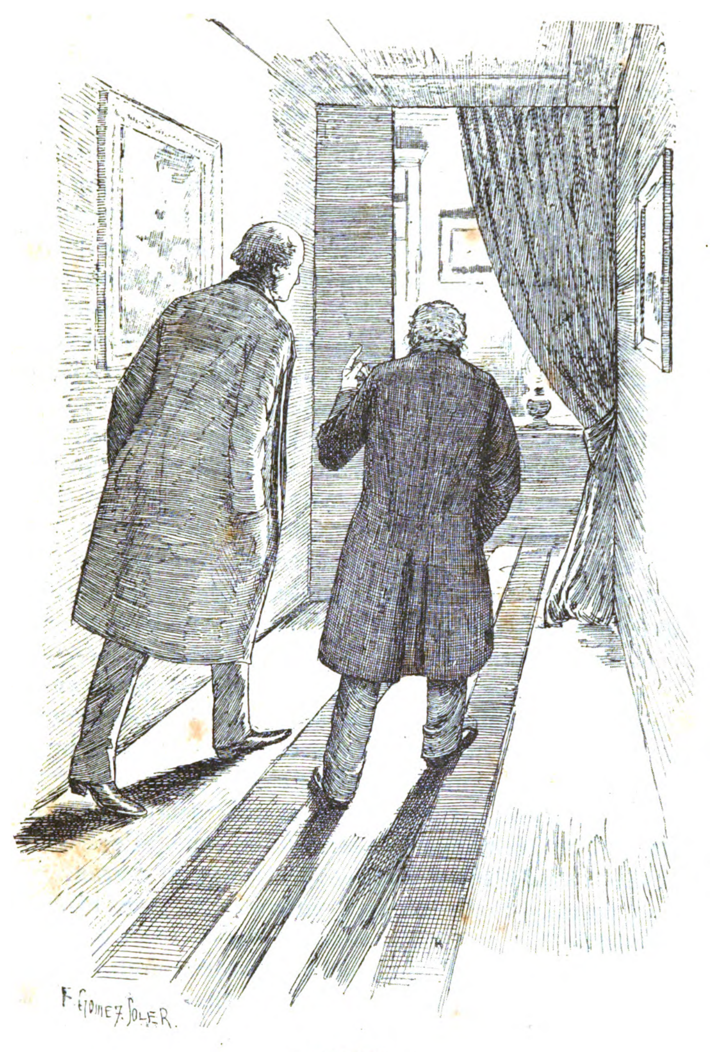
—¡Amalia!—murmuró una voz que semejaba un suspiro.

Y nada más, porque la joven tuvo miedo, retiróse del alféizar, cerró la vidriera y se echó sobre un sofá.

Sacudiendo el estupor, miró el reloj que señalaba las doce y su primer idea fué apagar la luz y correr á la ventana. Un momento después vió salir lentamente una sombra del seto y desaparecer.

Entonces volvió á encender la luz, se miró en el espejo y lloró.





XXII

El consejo de los cuatro

En aquella misma hora, y defiriendo á la invitación del doctor, los dos viejos, después de haber apagado la luz de su común habitación para aparentar que

estaban en brazos del sueño, abrían poquito á poco la puerta, cruzaban el estrecho corredor, Joaquín con dos pasos, Rómulo con uno solo y penetraban de puntillas en el santuario de Tranquilina y de su amable esposo.

El Dr. Rocco estaba de mal humor, como le sucedía algunas veces, y no pudiendo gritar, según aconsejaba la higiene, no respiró siquiera, contentándose con hacer un gesto á los recién llegados para que dejasen de sonreir tan inoportunamente y se sentasen.

—Hemos notado—empezó Joaquín restregándose las manos con el abandono de la inocencia—que Federico no se ha retirado todavía á su cuarto.

—¿De veras?—dijo Tranquilina.

—De veras; está tomando el fresco en el jardín.

—Ha estado una hora larga detrás de un seto—añadió Rómulo—mirando la ventana de Amalia.

—¿Y la ventana estaba cerrada?

—Sí—repuso astutamente Joaquín—pero antes había estado abierta... porque Amalia ha permanecido más de un cuarto de hora contemplando la luna, que es verdaderamente magnífica.

Á cada frase, dirigía cada cual una ojeada al doctor Rocco que permanecía encerrado en cruel silencio.

—Para mí no hay duda—dijo Joaquín después de una pausa—Federico está enamorado y archi-enamorado.

—Peor para él—refunfuñó el doctor cuando menos se lo esperaban—debió pensarlo con tiempo; ahora es tarde.

Los dos amigos miráronse el uno al otro desconcertados: parecía negocio concluído; habíanse allanado todas las dificultades en una discusión anterior, al aire libre, y hete aquí ahora el asunto vuelto del revés. Tranquilina sonrió y dijo:

—También Amalia parece que está muy dispuesta.

—¿Á qué?

—Á enamorarse...

—Peor para ella; debió pensarlo con tiempo, cuando hacíamos todo lo posible para que lo pensara; ahora es tarde.

—Perdone usted—se aventuró á decir Rómulo—hemos sacado cuentas y venido en conocimiento de que á Federico, una vez pagadas todas las deudas, le quedarán unos...

—Lo sé, pero no se trata de eso.

—¿Pues de qué?—preguntó Tranquilina sonriendo.

—Tú lo debes saber... de que Amalia ya no es libre; esta mañana, antes de marchar, ha concedido su mano á ese ingeniero sin chirumen... ¿Qué idea les dió á estos señores de meterme en casa á semejante maniático? ¡Bonito porvenir para la pobre muchacha, bonito porvenir! Darle chiquillos á un arquitecto que no los encontrará nunca ajustados á sus dibujos.

—¡Esta mañana!—balbuceó Rómulo.

—¡Esta mañana!—balbuceó Joaquín.

—Sí señor, esta mañana; entre siete y ocho he escrito una carta á ese desdichado.

—¿Y en la carta?

—¡En la carta lo llamaba *yerno! ¡Yerno!* ¿comprenden ustedes? ¡Yerno mío! ¡yerno de este jumento de doctor Rocco Trompeta!

La noticia causó verdadero desconcierto en todos, menos en Tranquilina que dijo á Rómulo:

—¿De modo que Amalia y Federico empiezan á quererse?

Pero nadie respondió á pregunta tan ociosa.

—Oiga usted, doctor—insinuó atrevidamente Joaquín—permítame usted que le indique un remedio...

—Muy bien—repuso el doctor en són de burla—oigamos ese remedio.

—Supuesto que Federico y Amalia se quieren, los

casamos; el ingeniero pondrá el grito en el cielo, pero luego se apaciguará.

—Yo le hablaré—añadió Rómulo—le exhortaré á que renuncie por la buena, le buscaré otra boda; si es preciso, inventaré un embuste, la de que hay en el mundo muchachas más bonitas, más... no, esto no se lo diré.

—Y hará usted muy bien, porque es inútil—contestó el doctor:—si no se tratase más que del ingeniero Eneas le escribiría al punto:

«Querido yerno de burlas:

»Sepa usted que todo ha sido una broma; mi hija no quiere nada con usted y se casa con Federico.

»Salud.

»Suyo affmo. suegro de broma.»

... Pero se trata de Amalia; y esa niña tiene una cabecita más dura, más dura... Ha hecho que le digan que sí al ingeniero Eneas y se casará con él por sobre el mundo entero. Y una vez casada, sabiendo que su deber es quererlo, es capaz de enamorarse perdidamente de él... ¡y el cuitado se dejará adorar como un marido milagroso!...

Mientras el doctor se encolerizaba por lo bajo, Tranquilina se había levantado de la silla y andaba registrando las faltriqueras de un gran sobretodo colgado de la percha.

—He aquí la carta—dijo volviéndose hacia su marido con un pliego cerrado y con una sonrisa:—te la habías olvidado en el bolsillo.

—Entonces—dijo Rómulo—el ingeniero no ha recibido nada!

—¡Y Amalia nada ha prometido!—dijo Joaquín.

El doctor Rocco meditaba.

—Me acuerdo como si fuese ahora, que te dí á ti la carta para que la hicieras echar al correo. ¿Cómo, pues, resulta ahora en las faltriqueras de mi sobretodo?

Tranquilina, sin dejar de sonreir, contestó:

—Te equivocas; yo me acuerdo perfectamente de que te la metiste en el bolsillo y me dijiste que te hiciera memoria para que tú mismo la echases en un buzón; soy muy desmemoriada y me olvidé; esto es lo que tú querías, no digas que no. Mi marido ha querido chancearse—dijo después á los dos amigos,—apuesto á que sabía perfectamente que tenía la carta en el bolsillo del sobretodo; la escribió para enviarla, mas pensándolo mejor, comprendió que tal vez... vaya, niégalo si puedes.

El doctor Rocco, por no negarlo, se sonrió modestamente, aceptando así toda la penetración que su mujer le regalaba; pero Rómulo lo comprendió todo y le dió por bajo de la mesa un empujón á Joaquín.

Llegábase al objeto para el cual, en realidad, se había juntado el consejo. ¿Qué hacer para seguir en Pusiano sobre las costillas de Federico el tiempo necesario para que ambos jóvenes perdiesen del todo la cabeza, y se vieran obligados á casarse para encontrarla? En lugar de irse al día siguiente había que permanecer un par de semanas, pero decorosamente y como cediendo á fuerza mayor.

Rómulo, Joaquín y Tranquilina daban vueltas á la imaginación y no daban con ningún pretexto.

El doctor Rocco permaneció un ratillo gozándose en su confusión, y al cabo dijo alegremente:

—Mañana, la gota me obligará á quedarme en cama; al día siguiente estaré lleno de dolores en las coyunturas, y durante una semana el reuma y la gota no me permitirán marcharme. ¡Ya era tiempo de que mis alifafes sirvieran de algo!

La idea pareció ingeniosa, pero no perfecta.

—¿Y nosotros?—dijo Joaquín.

—¿Ustedes? Allá veremos; en último caso se irán ustedes á Milán y se consolarán pensando en que no

es con ustedes con quien se ha de casar mi yerno...

Los dos viejos se rieron, porque estaban decididos á no moverse de allí por nada del mundo.

—Buenas noches—dijo á poco el doctor—es tarde. Yo debo tener mañana temprano mi ataque de gota; si por acaso no me despertara pronto, digan ustedes á Federico que me han oído quejar toda la noche: pero recomiéndenle ustedes que no asuste á mi hija; ni ustedes tampoco vayan á asustármela. Veremos mañana qué es lo que saben ustedes hacer.

—Buenas noches—respondieron entrambos viejos con sumisa alegría, y fuéronse como habían venido, de puntillas, atravesando el estrecho corredor, Joaquín de dos pasos y Rómulo de uno solo.

Al acercarse á la ventana de su cuarto para cerrar las maderas y poder encender mejor la luz, dijo Joaquín:

—¡Rómulo!

—¿Qué hay?

—Nieva.

—¿De veras?

Y sin esperar contestación, Rómulo cruzó de nuevo el pasillo, dió con los nudillos un golpecito en la puerta del doctor, y á Tranquilina, que apareció en la entrada, ya con gorra de dormir, le dijo con algún temblor en la voz:

—¡Nieva!... Nos cae como maná... No es menester que el doctor Rocco moleste á su gota; con tiempo semejante una persona algo reumática no se pone en camino... Buenas noches.

—Buenas noches.

Y Rómulo volvió á su cuarto llevando en el corazón una imagen imborrable.

—¡Qué mujer!—dijo al entrar.

—¿Quién?

—La señora Tranquilina: ¿has visto?

—No he visto nada.

—Quiero decir, si has comprendido?

—¿El qué?

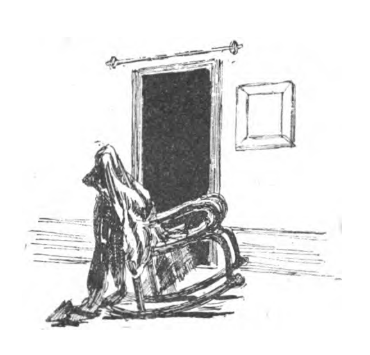
—Que la carta para el ingeniero Eneas no la olvidó en el abrigo el doctor Rocco, sino que Tranquilina no la quiso enviar. ¿Y sabes por qué? Porque con su rara penetración adivinó lo que sucedería... Ella lo ha hecho todo dejándole el mérito al doctor... ¡Esa mujer es un ángel!.

—Di más bien que ese ángel no es una mujer—corrigió Joaquín.—Cuando se nos ocurre una idea feliz ¿por qué no decirlo? ¿por qué regalarla á otro? No comprendo tal virtud.

Rómulo no contestó; él, por el contrario, comprendía perfectamente que aquella virtud de modestia era lógica derivación de otra virtud, la prudencia, y que para tomar como bueno al doctor Rocco, eran precisas todas las virtudes juntas de Tranquilina.

—Apaga la luz—dijo Joaquín—me duermo.

Rómulo pocos momentos después apagó la luz con un suspiro.





XXIII

Que empieza con nieve y acaba con un rayo de sol

La nevada aquella del 1.º de Marzo fué una nevada magnífica; en todo el invierno no se había visto otra igual.

Desde las ventanas de la galería los huéspedes reunidos contemplaban la nieve, que después de haber cu-

bierto el llano inmediato y las colinas cercanas y los lejanos montes, y de haber enterrado la yerba y transformado grotescamente las estatuas de barro cocido del jardín, continuaba cayendo alegre y tranquilamente, como si empezara entonces la fiesta.

—No acabará pronto—observaba el doctor.

—Tiene muchas cosas que hacer—respondía Rómulo—permitir á los gérmenes que se desarrollen bajo tierra, y á nosotros que permanezcamos aquí por miedo á los reumas.

Pero todo esto estaba hecho ya. ¿Qué más tenía que hacer la nieve?

—Muchas cosas—repetía Joaquín;—abultar las molduras de la cornisa de la quinta de enfrente, que parece construída por un profesor de caligrafía; ved ahora aquellos mezquinos aleros, aquellos frisos minúsculos, borrados ó corregidos por la nieve. ¡Qué lecciones de arquitectura! Y no es esto todo; está poniendo una gorra de cosaco á cada chimenea; al grajo le gasta la broma de forrar de falso algodón en rama su nido del año pasado; aplica un luciente remiendo á cada resquebrajadura de la pared, y vuelve canos á todos los árboles sin distinción, así á los calvos como á los que conservan su cabellera verde.

Permanecían todos contemplando aquella fantástica mascarada de la naturaleza. En cada copo de nieve que se detenía en el alféizar, ó golpeaba la vidriera ó borraba un color, veía Rómulo suspendida una partícula de su melancólico pasado, y el doctor Rocco su reuma.

Tocante á Joaquín, le decía á Tranquilina que mirase este ó el otro fenómeno burlesco que se verificaba ante sus ojos; hacía los honores de la nevada tan complacido como si la hubiese mandado él, y con aire de decirle al Padre Eterno:

«Sigue, sigue; yo pago.»

Amalia contemplaba atentamente la nieve, quizá demasiado atentamente, porque ni la veía ni oía lo que decían á su lado.

Federico no estaba allí. Hacía más de una hora que el procurador y el administrador le habían secuestrado en un gabinete para iniciarle en los misterios de la contabilidad y del procedimiento civil. Parece que se trataba de resolver, de común acuerdo, la mejor manera de pagar á los acreedores con la hacienda de Pusiano sin perder la misma hacienda. El procurador se inclinaba á emprender un buen pleito para dar tiempo al administrador de ajustar á la economía los negocios de su principal; pero el administrador no pensaba de igual modo, porque barruntaba que Federico se proponía para lo porvenir ser el administrador de sí mismo.

Seguían discutiendo los tres. Joaquín, que se había aventurado dos veces á acercarse á la puerta y mirar por la cerradura como un chiquillo, habíase reducido á conjeturas impertinentes.

—¡Pobre Federico!—exclamaba cada vez:—allí está, derecho junto á la ventana, pálido como un muerto; no habla, escucha con resignación de mártir.

Al cabo se abrió la puerta de la cámara del consejo, y salió el procurador; tenía cierto aire melancólico que le sentaba muy mal, y que llevaba con el embarazo con que se lleva un traje nuevo y de forma extraña.

Se acercó gravemente, saludó aún más gravemente, y se alejó más gravemente todavía.

Un momento después abríase de nuevo la puerta del terrible aposento ante los asustados ojos de los huéspedes, y salía escapado el administrador con tal premura, que apenas acertaba á ponerse el sombrero.

El doctor Rocco, Tranquilina y Rómulo miráronse á la cara, preguntándose en silencio: «¿Qué significa todo esto?»

Mientras Amalia seguía contemplando la nieve sin verla, Joaquín se acercaba á la puerta de la habitación citada, levantaba sin cumplimientos el picaporte, y asomaba su cuerpecillo por el hueco.

—¡Federico!—díjole al joven que seguía de pie junto á la ventana y con la cabeza doblada sobre el pecho.—Federico, ¿qué tienes?

—¿Qué tengo? Nada—respondió, mas sin moverse.

Mientras tanto Rómulo, y detrás de él el doctor Rocco y Tranquilina habían entrado en el despacho. Amalia quedóse á la entrada.

—Entre usted, señorita, éntre usted; he aquí lo que hay— prosiguió Federico con extraño acento.—Me creía rico aún, y resulta que no me queda nada. Hemos vuelto á hacer las cuentas con maravillosa exactitud; miren ustedes, todo esto son cartas de acreedores que han llegado esta mañana con la nieve; es otra nevada que da frío verla: pagados todos estos débitos, me quedarán todavía débitos que no podré pagar: tus diez mil pesetas, Rómulo, tus cinco mil, Joaquín, y tal vez alguna otra friolera.

Estas palabras, dichas con fingida jovialidad, resonaron de un modo lúgubre en todos los corazones. Hubo un instante de silencio, durante el cual Amalia tuvo fija la mirada en un punto de la pared para disimular su conmoción, pero no lo consiguió y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Cuando volvió á alzarla, Federico decía irónicamente:

—¿Si me queda una esperanza? ¡Oh, sí! mi tío Pablo. Se hace pasar por pobre, pero debe de ser rico; es avaro, bastante viejo, no tiene hijos y me adora. Me queda, pues, la esperanza de que tenga la amabilidad de marcharse presto al otro mundo... lo cual ya es algo!

Pronunciaba estas palabras con acento tal, que no

podía dejar la menor duda acerca de sus propósitos, ni aun á las personas que no conociesen la altivez de su ánimo.

Nadie respondía. Federico prosiguió:

—¿Quieren ustedes saber hasta qué punto me adora mi tío Pablo? Pues oigan ustedes la carta que se ha apresurado á escribirme no bien ha sabido mi desgracia:

«Querido sobrino:

»Me dicen que estás arruinado, y no me sorprende. Recordarás que te lo predije...»

—Ya ven ustedes cómo tiene empeño de que conste, y si no dice que se alegra mucho de haber acertado, es porque me adora...

«Has querido colocar tus capitales á tu antojo, y has sufrido el castigo consiguiente. No hablemos más de ello; cuando ya no te quede nada, espero que te acordarás de tu tío; no tengo familia, te quiero de veras, y tendré mucho gusto en sentarte á mi mesa. Siento no poderte ofrecer otra cosa porque, como tú sabes, no tengo dinero. Cuando yo muera, si tienes juicio, te quedará lo suficiente para poder vivir como yo he vivido, con economía.—Tu affmo. tío

PABLO.»

El nombre del tío Pablo espiraba en los pálidos labios de Federico, cuando Joaquín, saltando como un muelle, y demostrando que él solamente había conservado dominio sobre su sistema nervioso, dijo, ó más bien gritó:

—¡Una idea!

Y al vocear estas palabras en medio del desaliento general, siendo como era tan pequeño, tomaba las proporciones de un coloso.

—Oigamos esa idea—dijo el doctor Rocco, masticando las palabras.

Pero en aquel punto apareció el criado anunciando la visita de dos señores, cuyas tarjetas traía.

—*El ingeniero Eneas Ferri*—leyó Federico con voz apagada, y añadió como hablándose á sí mismo:—¡Llega en buena ocasión!

Dirigió una ojeada indiferente á la otra tarjeta, leyó en alta voz: *Sabino Martelli...* y repitió como no recordando: *¿Sabino Martelli?*

De repente pareció que tétrica luz le iluminaba el semblante, primero enrojecido, y luego pálido.

—Que pasen—balbuceó.

Salieron todos: el doctor Rocco habíase ya dirigido al encuentro del ingeniero para entretenerlo; los demás permanecieron en la galería; entró al cabo aquel formidable Sabino Martelli que hacía temblar á la gente sólo con anunciarse. Era un hombrecillo minúsculo, de bastante edad, de fisonomía bondadosa y ojos saltones.

—¡Y decir que con ese aire de conejo!...—observó Joaquín...

Pero no continuó; oíase la voz de Federico alterada por el temblor, aunque no se entendía lo que estaba diciendo.

Ninguno de los cuatro respiraba; un cuarto de hora después Sabino Martelli salió del despacho; su cuerpecillo parecía haberse empequeñecido más todavía, y sus ojos lloraban como dos fuentes.

—Señor Sabino, ¿qué ha pasado? ¿qué le sucede?—balbucearon Rómulo y Joaquín saliéndole al encuentro, mientras que Amalia y Tranquilina permanecían inmóviles y sin respirar.

—A mí, nada—respondió el señor Sabino—pero á él ¡pobrecillo!

—Bien ¿y qué hay?

—Le he visto nacer; estaba yo al servicio de su padre... lo llevé en brazos... había ahorrado algo que sirviera de dote á mi hija, pero un día le faltaba al señor Federico algún dinero para una compra y le dí el

que tenía; estábamos conformes en que me lo restituiría apenas yo lo necesitase. Yo no lo necesitaré hasta que la niña se case... pero ahora él está arruinado... los demás acreedores tienen papeles, tienen buenas hipotecas, cobrarán los primeros, y para mí no habrá nada...

—¿Cuánto le debe á usted?— preguntó Rómulo.

El señor Sabino hizo un gesto negativo como si adivinase la intención de la pregunta, y recobrando un poco de aliento prosiguió:

—No me aflijo por mí, sino por él. Si ustedes supieran.... «Sabino—me ha dicho cogiéndome las manos así—ahora veo que soy más desgraciado de lo que creía... no me queda ni el derecho de morir; mi vida te pertenece; viviré para ti, Sabino, y te juro que tu hija tendrá el dote... Tengo brazos para trabajar—ha dicho—trabajaré... y aunque tuviese que.... y aunque tuviese que....»

Al señor Sabino Martelli no le bastaron al llegar á este punto dos lagrimones que seguían bajándole por las mejillas; hubo de meterse un dedo en la boca y apretarlo con los dientes para sofocar un sollozo. Joaquín y Rómulo se contenían para no animarle á proseguir en tan contagiosa ternura.

—No llore usted, para todo hay remedio—dijo Joaquín—díganos usted cuánto le debe.

—¡Pero no ven ustedes—exclamó Sabino—que es una fortuna del cielo el que ese pobre muchacho no me pueda pagar! Él lo ha dicho... No es dueño de su vida... y si lo fuese ¿saben ustedes lo que haría?... ¡Ah!

El señor Sabino Martelli se enjugó las lagrimas y prosiguió:

—Por mi dinero no tengo que temer. Federico está sano: tiene un tío viejo que morirá seguramente antes que él; entonces yo cobraré y él será otra vez rico.

Pero ¿y hasta entonces? Con su tío no se quiere ir.....

Habían llegado al descansillo y empezaban á bajar la escalera: Amalia, no obstante, se quedó, después desandó lentamente lo andado y fué á sentarse en la solitaria galería.

Poco después la puerta del despacho giró sobre sus goznes y apareció Federico con el rostro pálido pero sereno; la jovén alzóse al punto, avanzó hacia él y le alargó las dos manos.

—Me compadece usted, señorita—balbuceó Federico —y sin embargo no sabe usted cuánta es mi desdicha.

—Lo sé todo; el señor Sabino nos lo ha contado; pero yo no le compadezco á usted, le admiro. ¡Si supiese usted cuán grande me parece usted en su desventura, si supiese usted cuánto le estimo en este instante!

—¡Si supiese usted cuánto...—exclamó el joven, pero se contuvo. Amalia se había ruborizado; callaron y Federico rompió el silencio:

—El ingeniero.... ¿ha venido?.... ¿lo ha visto usted?

—Aún no; debe de estar abajo con papá; tiempo habrá de verle; ahora dígame usted qué es lo que piensa hacer; si somos amigos, déme usted una prueba de ello —añadió sonriendo;—asomémonos juntos á la ventana de su porvenir.

—He estado en esa ventana; he examinado los caminos abiertos ante mí—repuso Federico;—son dos: la instrucción pública y las bellas artes; pero estoy en duda entre la carrera de segundo tenor de teatros de provincia ó la de maestro de escuela de una aldea; creo que escogeré la escuela; mi caída será así menos ruidosa.

Oyéronse en aquel punto pasos precipitados que subían la escalera y llegaban al rellano, y casi al mismo tiempo entraron en la galería un rayo de sol y el ingeniero Eneas—dos rayos de sol.

—Amalia... quiero decir... señorita... ¿es cierto, verdaderamente cierto lo que me ha dicho el papá..... quiero decir... el doctor Rocco? ¿Es cierto que usted?... Perdona, Federico; ¡soy tan dichoso! No sé dónde tengo la cabeza; estás arruinado; he aquí mi mano, dispón de mí sin cumplidos... pero ya hablaremos de esto...

Amalia y Federico se apartaron instintivamente; ella estaba por extremo pálida; él con los ojos fijos en los cristales.

—¿Es cierto?—insistió Eneas—¿es cierto, señorita, que?...

—Es cierto—contestó Amalia sin dejarle concluir, y escapó llorando.

—¿Qué es lo que tiene?—preguntó el infeliz Eneas á su amigo—no comprendo...

—El amor nos vuelve muy sensibles—repuso Federico con tono ligeramente burlón.—Si no he entendido mal, Amalia...

—Has entendido perfectísimamente. Amalia acepta, mejor dicho había aceptado, porque fué anteayer cuando se decidió á hacerme el más feliz de los mortales... Tratemos ahora de ti; estás arruinado, á lo que dicen, pero no importa, ya veremos de arreglarlo todo; al venir he dado una mirada á esta posesión: debe valer cuando menos 300,000 pesetas.

—Exageras: la han justipreciado en 200,000.

—Es un justiprecio escandaloso; yo te la haré comprar por 300,000; pagarás tus deudas y te quedará lo suficiente para comprar una linda casita y un campito. Me han dicho que quieres hacer vida de campesino; la harás, á fe de Eneas. Ea, desde este momento, me nombras tu procurador; mandas á paseo al otro; me das plenos poderes y yo te saco adelante en dos semanas. En recompensa, sólo un favor te pido; ¿me lo concederás? ¿no me dirás que no?

—¿Qué favor?

—Que seas padrino de mi primer hijo varón: le pondremos León Federico, tu nombre será para él de buen augurio, porque habrás notado que la madre es un poco escéptica... por broma...

—¿La madre?

—¡Amalia, hombre, Amalia! Deja que la llame de ese modo... ¡Estoy de muy buen humor! ¡Soy muy feliz! ¡Ah querido Federico, si supieras cuán feliz soy!





XXIV

Una idea

UNA idea !—había exclamado Joaquín, pero habían entrado á anunciar las dos visitas; había aparecido después aquel señor Sabino, tan poco sabio y con ojos tan inútilmente grandes, que ponía el dinero en el bolsillo del prójimo sin pedir siquiera recibo... y después se había marchado el señor Sabino, pero no la *idea*.

—¡Una idea!—repitió Joaquín precediendo á la señora Tranquilina y á Rómulo y saliendo al encuentro del doctor Rocco, que estaba un tanto preocupado como el que teme haber hecho una tontería; ¡una idea! Federico está arruinado; pero no importa: si está enamorado de Amalia y Amalia de él como parece, los casamos y en paz.

—¡Muchas gracias!—refunfuñó el doctor Rocco:—estaría bueno que casara yo á mi hija con un tronado. ¿Dónde tiene usted la cabeza?

Y no dijo más porque no estaba de humor.

Joaquín quedó un tanto perplejo, pero luego alzó atrevidamente la cabeza y dijo:

—Pues ¿sabe usted? no es chanza; y si quiere usted de veras á su hija, no la haga usted infeliz para siempre.

—¡Oh! ¿Acaso he sido yo quien ha escogido al ingeniero Eneas? ¿No ha sido ella la que me hizo escribir ayer ó anteayer que lo aceptaba? Lo ha querido, pues que lo tome; también así será dichosa; además, yo no soy rico. Dios, en su misericordia infinita me ha dado gota, catarro, hinchazón del bazo y algo de reuma; pero el milloncejo, el medio milloncejo ó el cuarto de milloncejo que quisiera ahora para que mi niña pudiese darse el gusto de casarse con un hombre sin un céntimo, eso no me lo ha dado. Dios, en su infinita sabiduría debe de tener razón, y yo soy un asno que no lo comprendo: quizá habrá querido hacer economías conmigo por haber gastado de sobra en otro.

—Oiga usted, doctor—dijo Joaquín:—mi amigo Rómulo y yo no tenemos hijos ni los tendremos nunca probablemente; no somos ricos, pero tampoco pobres de solemnidad....; pues bien, la mitad de nuestros bienes será un día de Federico, y para empezar compramos su quinta y se la pagamos según lo que vale, no según lo que la han justipreciado.

—No—interrumpió Rómulo—porque hay el peligro de que Federico coja el dinero, pague todas sus deudas y se pegue un tiro.

—Verdad es—añadió Joaquín—hay ese peligro; pero si promete con el dinero sobrante hacer la contradote de Amalia y casarse con ella...

—¡Excelente idea!—exclamó Rómulo.

La señora Tranquilina no decía nada, pero no estaba desanimada ni mucho menos; en cambio, el doctor Rocco parecía atormentado por el remordimiento, no atreviéndose á levantar la mirada que había de borrar tanta alegría.

—¿Quedamos, pues?—insistían los amigos—¿quedamos, pues?

—Quedamos—apuntó el doctor—en que ya es tarde... no hay remedio...

—¡Cómo! ¡Cómo! Á ver!...

—¿Cómo? ¿Cómo? Pues de esta manera... He visto llegar al ingeniero y me he dicho á mí mismo que llegaba muy á punto; se me había escapado uno; no quería que se me escapase el otro; lo he parado en la escalera, le he hecho entrar aquí, y le he dicho que Amalia tenía el mayor gusto en casarse con él.

—¡Ah! ¿qué ha hecho usted?

—Aún he hecho algo peor. Mi hombre echó á correr como un chiquillo; no estaba satisfecho; quería saber si Amalia lo ama de veras; yo le repuse que probablemente lo adorará, pero que no estaba seguro...

—¿Y él?

—Él corrió hacia arriba para cerciorarse... Silencio: ahí viene Amalia.

La joven mostraba aún en las mejillas la huella de las lágrimas; sentía gran turbación y no lo disimulaba.

—¡Mamá!—murmuró al pasar; y salió al aire libre, pisando la nieve.

Tranquilina la siguió y la condujo al umbral de la puerta.

—¡Hija mía!—le dijo.

Nada más; para serenar el ánimo de la niña bastaron aquellas palabras pronunciadas por lo bajo.

—¿El ingeniero te ha hablado?—preguntó después la madre.

—Sí; es cuestión resuelta; seré suya.

Y miraba al claro sol que se asomaba para contemplar su pena.

—¿Estás afligida?—preguntó Tranquilina tras breve silencio y siempre con voz queda.

—Estoy resignada, pero quisiera...

—¿Qué quisieras?

—Que *él* supiese...

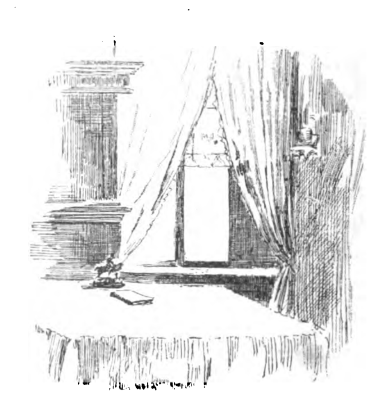
—Adelante.

—Que *él*... lo supiera todo... para que siguiese estimándome.

Callaron entrambas por un momento.

—Todo no, mamá...—exclamó Amalia.—¡Oh! no, no debe saber que le amo...

Y ofreció su triste frente á los besos de su mejor amiga.





XXV

En el cual Joaquín y Rómulo ayudan al doctor Rocco á hacer una sangría

POR primera vez desde que Joaquín hacía concienzudamente de víctima del doctor Rocco, (éste decía de *brazo derecho*) encontraba fuerzas para

levantar la cabeza, y para pensar y decir sin ambajes al padre de Amalia que había hecho una majadería.

Rómulo convenía también en ello, y aquel acuerdo en lugar de poner furioso al doctor, lo amansaba y persuadía.

—La hice y no tiene remedio. Amalia ha dicho que sí al ingeniero, y podemos estar seguros de que ya no le dirá que no; ¡la hice!

—¿Y si fuese el ingeniero el que dijese que no?—observó Rómulo.

—Sería un solemne mentecato—respondió Joaquín —pero yo lo admiraría de rodillas...

Pensaban en ello; no era fácil que Eneas se aviniese á renunciar á la mujer conquistada con tanto trabajo y á través de cien obstáculos y mil temores; aquella misma mañana había descubierto que la mano de Amalia, aquella mano que era suya y que él tenía derecho de examinar de cerca, era una manecita pequeñísima, graciosa, carnosilla y de uñas sonrosadas. Y era de temer que de un momento á otro compareciese delante de los viejos, festivo como una luminaria, para anunciarles algún nuevo y precioso descubrimiento hecho en la persona de la madre de sus hijos.

Por otra parte, durante todo el día Federico había estado pegado á él con pretexto de hacerle examinar el museo; pero ¿qué pretexto había en la mesa para señalarle el sitio más lejos de Amalia, y sentárselo junto á sí?

Y sin embargo, había cometido aquella inútil crueldad.

¡Y qué singular aspecto el de Federico!

Tranquilo y risueño ¡fenómeno incomprensible!... Sólo que de vez en cuando se distraía, y á los viejos que lo observaban les parecía adivinar una cosa, y era que se había propuesto evitar las miradas de Amalia

y suministrar temas de grande amplificación al ingeniero.

Mientras duró la comida, Eneas y Federico hicieron el gasto de la conversación; ninguno de los demás se permitía mas que alguno que otro monosílabo; resultó, como pueden ustedes comprender, una comida poco alegre.

Á los postres el doctor Rocco dijo que no se encontraba bien, y pidió permiso para marcharse á su cuarto. Amalia y Tranquilina le siguieron.

Había llegado el momento, para Rómulo y Joaquín, de separar á los dos pretendientes, tomar á cada uno aparte y hacerles comprender, á Eneas que debía presentar la *gran renuncia*, y á Federico que más que nunca podía esperar.

Bastó una ojeada á entrambos viejos para ponerse en connivencia, pero en aquel punto el ingeniero se movió para levantarse, antes que él lo hizo Federico, y salieron juntos y del brazo.

Rómulo y Joaquín echaron tras de ellos.

—Quedan tres cuartos de hora de día—dijo Federico:—te enseñaré las excavaciones.

—Veamos las excavaciones — contestó el ingeniero con la docilidad propia de los ingenieros felices:—veamos las excavaciones.

En el fondo de aquella bondad había un poco de egoísmo; hay que saber que Eneas había tomado un cuartito en la única posada decente de Pusiano, pero no tenía gana ninguna de volver á ella, y aún no le había invitado Federico á quedarse en su quinta.

Visitaron la primera fosa; el ingeniero, por hacer méritos, bajó valerosamente hasta el fondo, recogió algunos guijarros y los echó fuera; después subió con una cosa en la mano que miró á la escasa luz del crepúsculo.

—*Turba*—dijo con mucha calma—*turba antigua*, *picea*...

Visitaron la segunda y la tercera fosa, y en cada una de ellas pronunció Eneas las mismas solemnes y misteriosas palabras: *turba antigua picea*.

—Mira, mientras hables de turba antigua, una persona decente te podrá entender—dijo Joaquín;—pero ese *picea* es insoportable.

El ingeniero no repuso, y se metió en la faltriquera la turba que había recogido.

—¿Y qué es lo que vas á hacer?

—El análisis químico. Aquí tienes los ácidos que necesito para el caso.

Y calló para dar tiempo á Federico de concebir una idea elemental; y como Federico no concibiese nada, atrevióse y dijo:

—Si tienes una cama que darme para esta noche, en vez de volver á Pusiano, permaneceré aquí, y mañana haré el consabido análisis; he de visitar además tu posesión para aquella idea... que te he dicho: ¿te parece mal?

Federico, no pudiendo esconder la cama que Eneas había visto, respondió que no le parecía mal, por el contrario...

Volvieron todos á la casa, y apenas reunidos, supieron que el doctor Rocco había tenido un acceso de gota, y que rogaba á Joaquín y á Rómulo que fuesen á su cuarto.

—¿Qué comedia es esta?—dijo Joaquín á Rómulo—¡ese pobre hombre no da una en el clavo! ¿Para qué pensará que puede ahora servir su gota?

Una vez estuvieron en la habitación del doctor Rocco, Tranquilina salió, y apenas solos, Joaquín que estaba en vena de rebelarse, comenzó á reir; pero una tremenda mirada del doctor le hizo callar.

—Palabra de honor—dijo Joaquín, mirando al techo para cobrar ánimos—que no caemos en la cuenta. No comprendo para qué... no comprendemos para qué...

Pasaba del singular al plural también para darse ánimos, pero acabó á la postre por enmudecer.

Le tocó la vez á Rómulo.

—Joaquín quiere decir que no entiende... ni yo tampoco entiendo para qué puede servir la gota de usted en el estado actual de los asuntos.

—¡De veras!—bramó el doctor Rocco, pronunciando con tanta dificultad como si tuviese la lengua embrollada...

—Ni yo tampoco... palabra de honor, ni yo tampoco.

—Es que no es la gota; he dicho esto á mi mujer y á mi hija por no asustarlas... Aprisa, usted cierre la puerta, y usted déme la palangana, y silencio.

El doctor Rocco ordenaba con acento breve é imperioso, al que no era posible resistir.

Joaquín lo incorporó sobre las almohadas, y le acercó la palangana.

—Espere usted, ¿qué quiere usted que haga yo con eso? Usted, señor Rómulo, busque usted en los bolsillos de mi sobretodo, encontrará usted un estuche de lancetas y una venda, ¿lo ha encontrado usted? Muy bien; déme usted y alumbre...

No dijo más; se incorporó, no sin esfuerzo, lo más que pudo, extendió el brazo derecho sobre la palangana, y se abrió tranquilamente una vena.

Brotó la sangre negra y copiosa; el doctor, exhalando un gran suspiro, cerró los ojos y se dejó caer sobre las almohadas.

—¡Doctor Rocco!—exclamó asustado Joaquín.

—¡Chitón!...—repuso aquél por lo bajo—estoy mejor...

Nadie se movía; continuaba corriendo la sangre; por fin el doctor movió los labios para hablar.

—¿Basta?—se apresuró á preguntar Rómulo.

El enfermo dijo por señas que sí.

Joaquín apoyó al instante el dedo pulgar sobre la vena; Rómulo buscó una compresa, y no hallándola, desgarró con los dientes su pañuelo, y entre los dos hicieron al brazo inválido del doctor una ligadura que hubiera reducido á la inmovilidad los músculos de un atleta.

Después miráronse atemorizados de su valentía.

—No lo hacía de broma—dijo Joaquín con voz queda.

—Parece que no—dijo Rómulo.

—Lo parece—interrumpió el doctor Rocco;—ruego á ustedes que no me asusten á la mujer ni á la niña; díganles ustedes que ha sido un ataque de gota.

—¿Pues qué ha sido?

El doctor abrió los ojos, miró ambos semblantes asustados y dijo:

—¡Un accidente!

Pero viendo el efecto que sus palabras habían producido en los dos viejos, se arrepintió, y añadió para animarlos:

—Un accidente sin gravedad... ¿pero á ustedes qué les importa?... Vaya, márchense ustedes, déjenme en paz, y mañana estaré curado.

Había mientras tanto llegado la noche, y como al aire libre hacía frío, Eneas y Federico habían entrado en el salón del piso bajo, y allí estaban esperando que álguien entrase.

Entraron al cabo Rómulo y Joaquín para dar, con tranquilo sosiego, la noticia del ataque de gota del doctor; después volvieron arriba; luego entró Tranquilina, después se marchó arriba ella también; únicamente Amalia no apareció.

De pronto recordó Federico que no le había enseñado á su amigo el aposento que le tenía destinado, y lo llevó á un cuartito al extremo de un largo corredor, un cuartito precioso, muy retirado, á lo que él decía, y donde no llegaba ningún ruido.

Eneas empleó toda su astucia para descubrir dónde estaba la habitación de su novia; pero Federico fué implacable y no se lo quiso decir sin que él se lo preguntase.

—¿Sabe Amalia dónde he de dormir?

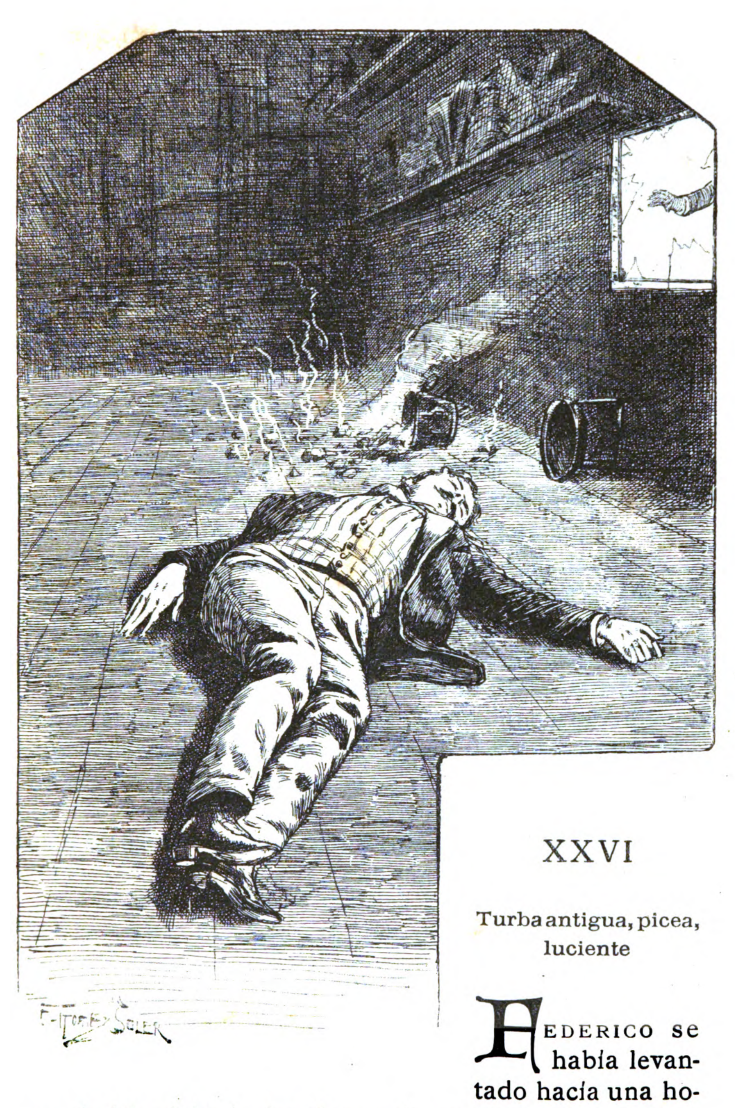
—No sabe siquiera que duermes aquí.

—¡Qué lástima!—dijo ingenuamente el ingeniero.—Sí, sí, ríete; tú no sabes lo que es el amor...

Era tarde; hubo que separarse y que andar á la cama; pero entrambos se hallaron de nuevo en el jardín, donde habían salido porque los dos sentían necesidad de tomar un poco el fresco.

En una ventana del primer piso veíase inmóvil una luz.





XXVI

Turba antigua, picea, luciente

FEDERICO se había levantado hacía una hora; había visitado las flores de su invernadero, pensando en que el invernadero ya no era suyo; y hallábase en el saloncito del museo contemplando las piedras rubias, única herencia de sus antepasados que

probablemente no despertaría la codicia de sus acreedores.

Entró en esto el ingeniero Eneas, y pareció que entraba un temporal, pero temporal de verano acompañado de una lluvia de palabras consoladoras.

—¡Albricias!—gritó dejando un pequeño hornillo de turba para abrazar á su amigo.—¡Albricias!

—¡Albricias siempre!—contestó Federico, mas con acento que desmentía la frase.

—¡Nada, nada!—prosiguió Eneas—mañana pon si quieres gesto adusto, pero hoy tienes que estar alegre y reir hasta no poder más; te lo suplico. ¿Sabes aún hacer cabriolas?... Pues haz una... así...

Y unió la acción á la palabra, sacudiendo después con las manos la parte de su ropa maltratada por aquel arranque gimnástico, y sacando del bolsillo del chaleco el reloj que no podía señalar con su habitual indiferencia aquel momento extraordinario de la vida de su dueño, dijo con la mayor seriedad:

—Federico del alma; ya no eres... lo que eras antes.

Federico tenía buenas razones para sospechar que tampoco Eneas era lo que era antes y se quedó mirándolo con la boca abierta.

—He hecho á conciencia el análisis de la turba y escucha de lo que se compone:

Materia leñosa.	50
Geina.. . . .	12
Resina. . . .	6
Parafina.. . .	1 y 1/2
Tierra. . . .	2
Agua.. . . .	13

¿Qué me dices?

—Que nunca lo hubiera sospechado—repuso Federico.—¿Y qué significa todo eso?

—Significa que tu turba es de la mejor: turba antigua, pícea, luciente, de la que se ríe del carbón fósil; la he dejado apagar ahora aquí; poco antes ardía como un cigarro; no tienes más que...

—Adelante.

—He examinado además tu posesión desde la orilla del lago: hasta más allá de cien metros, bajo una leve capa de tierra de abono, todo es turba antigua, pícea, luciente de primera calidad; no hay la menor duda.

—¿De modo que?...

—De modo que ya no eres un... miserable (ahora puede pronunciarse la palabra), no, ya no eres un miserable, porque tu posesión dobla de valor, cuanto menos. Hazme, pues, el favor de reirte.

Pero Federico permanecía grave.

—Ríete—insistió Eneas—¿qué aguardas para reirte? ¿No estás contento?

—Estoy contentísimo, ¡ya lo creo! me río... Y ¿es verdad todo lo que me dices? ¿No es una broma para vengarte?...

—¿Vengarme de qué?—preguntó Eneas con ingenuo estupor.

—¿Y no te engañas?

—¡Qué me he de engañar! ¿Pero en qué piensas?

—Pienso—contestó Federico negligentemente—que me has dado una buena noticia y que hay motivo para estar alegre.

—Pues dame las gracias, hombre de Dios!

—Gracias.

—Bien, pero quiero algo más; quiero una parte de la turba; ya sabes lo que quiero; te lo he pedido otra vez y te lo quería pagar; ahora debes dármelo de balde; al fin y al cabo ya es cosa mía.

Federico le miraba fijamente, pero tenía el pensamiento en otra parte.

—Me lo debes restituir; me darás con ello un gran gusto y también á Amalia.

—¡Á Amalia! ¿el qué?

—Los *vales* para los besos; ahora no debes tener escrúpulo en cedérmelos.

—Es verdad; no debo tener escrúpulo; son cosa tuya: ¿es ella quien te ha aconsejado que te los devuelva?

El ingeniero Eneas no quería mentir y se halló medio de decir una verdad que pareciese una mentira.

—Realmente no... No vayas á creer...

—Perfectamente—respondió Federico;—son tuyos... pero déjame tiempo para asegurarme...

—¿De que tu quinta vale más? ¿Quieres una prueba al momento? La compro ahora mismo y te pago por ella doble precio del de tasación..., pero te advierto que haces un malísimo negocio...

No cabía duda; el ingeniero hablaba en serio de cosas que tenía derecho á conocer muy bien desde el día en que salió aprobado por unanimidad de votos de la Escuela de Aplicación.

—Perfectamente—repitió Federico;—dile á Amalia, en cuanto se levante, que venga contigo á recoger los vales, y ahora déjame solo un par de horas; tengo algunas cosas que arreglar.

—Voy á dar la buena noticia á los amigos; ninguno sabe nada todavía.

Federico le dejó ir hasta la puerta, después le llamó y le apretó las dos manos; quiso hablar y no encontró palabras.

—Menos mal—dijo Eneas—pues te veo algo conmovido... Con que, hasta de aquí á dos horas...

—Hasta de aquí á dos horas... ¡ah! escucha, ¿cómo está el doctor Rocco?

—Mejor.

—Adiós, Eneas.

—Hasta luego, Federico.

Media hora después, cuando Joaquín y Rómulo se enteraron de aquel nuevo capricho de la suerte, que había elegido á un rival para rehacer el patrimonio del otro, en vez de alegrarse, se miraron, consultando silenciosamente su recíproca palidez.

No ha habido estupefacción más legítima que la que experimentó en aquel punto el ingeniero.

—Tenéis todos una vena de locura—exclamó:—debe de ser el aire de Pusiano, ó soy yo un majadero y no comprendo nada...

—¡Ah! qué es lo que has hecho!—dijo Joaquín.

—¿Cómo qué es lo que he hecho?

—¿Dónde está Federico?

—Lo dejé, aún no hace media hora, en el museo.

—Verás cómo ya no está, habrá salido.

—Puede ser muy bien... y nada tiene de extraño.

—¿Y sabes dónde habrá ido?

—No.

—Al lago, para tomar un baño fresco.

—Ó acaso—añadió Rómulo—al árbol más próximo, para bailar una bonita danza.

En vano quiso el ingeniero obtener explicaciones; los dos viejos bajaban á escape la escalera; corrió él detrás. En el último rellano se encontró con Amalia á quien explicó lo que sucedía. Creyó que se echaría á reir, y en vez de esto, la joven se echó á temblar y hubo de apoyarse en la pared para no caerse; después enfiló también la puerta... y él detrás.

Joaquín y Rómulo volvían ya del museo que habían encontrado cerrado; los árboles del contorno alzaban al cielo sus desnudas é inocentes ramas, y sobre la nieve inmaculada no se notaba la menor huella de la perfidia del destino... No sabían qué pensar.

—Se habrá ido á su cuarto sin que lo hayas advertido—insinuó Rómulo.

A estas palabras enmudecieron todos por un instante, tendiendo medrosos el oído como si en aquel punto debiera resonar en el aire el disparo de una pistola.

Un momento después ambos viejos lanzáronse escalera arriba... Joaquín corría como si tuviese veinte años y Rómulo subía los escalones de tres en tres.

De repente, en medio de la oscuridad que le circuía, distinguió el ingeniero una idea, una idea terrible.

—Venga usted—le dijo á Amalia.

Cruzaron la breve distancia, y llegaron frente al museo. Eneas corrió á la puerta; estaba cerrada; pegó un ojo á la cerradura, y la encontró tapada; entonces se tendió en el suelo, aplicó la boca á la rendija de la madera, y se puso en pie de un salto, pálido el semblante.

Acudió á la ventana por la parte de afuera, rompió de un puñetazo los cristales y después, sin cuidarse de su mano ensangrentada, ni de Amalia, que seguía temblando de pies á cabeza, miró en torno, distinguió un taburete de hierro, lo enarboló, y cual si fuese un ariete, golpeó con él repetidamente las hojas de la puerta, que cedieron dando un estallido. Un momento después había el ingeniero penetrado en la habitación y había abierto, también violentamente, la otra ventana, de la cual cayó una hornilla de yeso, derramando por el suelo algunos carbones encendidos.

Al notar aquello Amalia, que ya lo había comprendido todo, sintió extraña fuerza, dejó de temblar, movióse y quiso subir sobre el taburete para mirar dentro de la habitación, pero la obligó á hacerse para atrás el aire mortífero que de allí salía.

En aquel mismo instante, la voz medio sofocada de Eneas gritó:

—Vive todavía... ¡Valor!

Poco después oyó Amalia empujar el sillón de rue-

das donde ella misma se había sentado, y franca ya la entrada, vió el cuerpo abandonado y la lívida faz de Federico.

—¡Aquí! ¡aquí!—decía ella con trémula voz, ayudando á empujar el sillón lejos de las ventanas.

No supo hacer nada más, ni mucho más hacía Eneas; encorvados ambos sobre aquel cuerpo rígido y contemplándolo angustiosamente.

Federico tenía los ojos entornados, ¿pero veía? Al ingeniero le parecía oirle respirar, ¿pero respiraba?

Acudieron al fin los dos viejos, los cuales, si bien no supieron aconsejar nada bueno, se acordaron al menos del doctor Rocco, y al punto Joaquín fuése á buscarlo. Mientras Rómulo, dando vueltas también en torno del mísero joven, le aflojaba la corbata y el cuello, le echaba atrás un mechón de cabellos que le caía sobre los ojos, le levantaba un brazo ó prestaba, en suma, á su pobre amigo otros inútiles servicios, respirando siempre con gran fuerza como para comunicarle su aliento.

—Tiene algo en la mano—balbuceó Eneas.

Abrieron, no sin violencia, el puño crispado por la agonía, y sacaron de allí dos pedacitos de papel... ¡eran los dos *vales!*

Entonces Amalia no pudo ya resistir el combate de sus emociones, y rompió á llorar.

—No llore usted—dijo Eneas—por Dios, no llore usted;—pero él también sollozaba al hablar.

Abrióse en esto una ventana del primer piso, y el acento formidable del doctor Trompeta gritó:

—Ténganlo ustedes con la cabeza alta; cojan ustedes nieve y frótenle la cara y el pecho.

La orden fué ansiosa é inmediatamente obedecida.

Apareció Tranquilina á la ventana y repitió el consejo de su esposo.

—¿Cómo va?—gritó éste.

—Ha abierto los ojos—contestó Rómulo.

—Ha abierto los ojos—repitió Tranquilina á su invisible marido, y desapareció.

Poco después, apoyándose en los hombros de Joaquín y de su mujer, y jadeando, sin asomos de solemnidad doctoral, llegaba el doctor Rocco en persona.

—¿Se ha levantado usted?—dijo Rómulo.

—Así parece—repuso el incorregible refunfuñador.

Pero con un buen talante que sus achaques no le concedían muy á menudo, añadió mansamente:

—No se trata ahora de mí; mi gota no tiene prisa.

Y abandonando el hombro de Joaquín, tomó el pulso á Federico, le abrió los ojos y le apretó la nariz con los dedos.

Un momento después abría Federico la boca.

—¡Respira!—dijo el doctor.—¡Está salvado! Continúen ustedes frotándole el pecho con nieve; no tengan ustedes miedo de que se constipe; si atrapa un reuma bien merecido lo tendrá.

Joaquín, Rómulo y Eneas volvieron á las friegas, alegremente esta vez, hasta que el doctor, llevándose á su mujer y á su hija dijo:

—¡Basta!

—¡Basta!—repitió, porque Joaquín, que había llegado después, prolongaba fervorosamente las fricciones;—transpórtenlo ustedes arriba, métanlo en la cama, abran las ventanas, y en cuanto pueda beber algo, dénle ustedes agua caliente... por ahora nada más...

Había terminado su cometido; ya sus males podían atormentarle de nuevo, y como pueden ustedes figurarse, abusaron. El doctor había confiado sobradamente en sus propias fuerzas, debilitadas por la sangría y sintióse desvanecer; pero hizo un esfuerzo, y lanzando una expresiva ojeada al azul del cielo, volvióse á su cuarto, sostenido por Joaquín y Tranquili-

na, mientras Rómulo y Eneas transportaban el asfixiado al suyo.

Quedóse Amalia sola, inmóvil, con la mirada errante por la amplia extensión de nieve que relumbraba á los rayos del sol matutino; de una aldehuela vecina, á la otra parte del lago, llegaba el sonido de una campana que anunciaba una fiesta en preparación. ¿Qué fiesta?

Y fijando por un instante el pensamiento, para contestar á la pregunta, vió, como en sueños, la fachada de una pequeña iglesia, adornada de paños rojos, y por el camino, sembrado de hojas, una multitud desocupada, alegre é indiferente, y vió que de cada ventana colgaba un tapiz descolorido, un tapete ó un cubre-cama, y oyó el vocear de los vendedores de torrados, la charla de las señoritas del pueblo, los chillidos de los chiquillos espantados por los estampidos de los cohetes... y se alegró de haber despertado de aquel sueño y de hallarse lejos de rumores de fiestas que no podían ser las de su corazón.

Después alzó los ojos para mirar á la ventana del cuarto de Federico que Rómulo abría en aquel instante.

—Está mejor—dijo creyendo que la joven le preguntaba.

—Está mejor—repitió Amalia y se alejó á paso lento sin saber hacia dónde; á pocos pasos tropezó con algo y miró al suelo: era uno de los carbones que habían caído; lo cogió y lo encontró caliente todavía; otros habían rodado hasta la nieve y se habían abierto una fosa; un poco más adelante Amalia recogió de tierra el anafe y le colocó en el alféizar de la ventana; después se asomó á la puerta; después entró en el aposento, sentóse sobre el escabel que estaba ya junto al sillón de ruedas, y mirando al rededor, murmuró:

«¡Ha querido morir!»

Todas las piedras rubias estaban allí alineadas en

buen orden, y muchas tenían puesto un letrero que señalaba el terreno de dónde procedían y el día de su hallazgo.

Por los rotos cristales de la ventana asomábase un pajarillo curioso; también él revoloteando, y posándose, parecía preguntar por el motivo de aquel desorden.

«Federico ha querido morir—le contestó Amalia con el pensamiento;—su amada indiferente estaba aquí y no ha dicho una sola palabra para impedirlo. Pero la pobrecilla no tiene la culpa: es muda.»

«¿Quién?»—preguntó el pájaro.

«La ciencia.»

Y como si el alado interlocutor supiese ya bastante, levantó el vuelo y fuése á transmitir las noticias á otros compañeros, menos atrevidos, que le esperaban en los árboles próximos.

Amalia, con la cabeza caída sobre el pecho, recordaba las palabras de Federico: «Se matan los que han tenido un hermoso ensueño y se despiertan; yo no sueño nunca...»

Y sin embargo había soñado, ¿qué? Si á aquellos mismos carbones que le prometían el perdido bienestar les había pedido la muerte, ¿qué es lo que había soñado?

Al levantar de nuevo el melancólico semblante, vió una carta sobre un velador, se puso en pie y la tomó; estaba encerrada en un sobre sobre el cual se leía: «*Al ingeniero Eneas.*»

De improviso, como si un hálito poderoso soplase en su cerebro, mil átomos de pensamientos empezaron á girar vertiginosamente; no comprendía nada, y no obstante, en aquel caos, le parecía tener desplegada ante sus ojos aquella carta y leer en ella una confesión que era á un tiempo una angustia y un éxtasis.

«Esta carta debía abrirse después de su muerte

—pensó Amalia:—vive, luego hay que destruirla.»

Y quiso unir la acción á la palabra; mas se detuvo.

«Al ingeniero Eneas»—volvió á leer en el sobrescrito, y añadió: «es cosa suya.» Entonces, con el pensamiento, salió al encuentro de aquel hombre á quien había dado palabra de casamiento. Vióse confusa, pálida y temblorosa como una culpable, ella que jamás había tenido nada que reprocharse; al propio tiempo oyó pasos por la escalera arriba, el instinto la aconsejó; echó la carta sobre el velador; salió á la parte de afuera... y se encontró frente á frente del ingeniero.

Su prometido llevaba vendada la mano derecha; sonrió melancólicamente; le apretó la mano con la izquierda y dijo:

—Va mejor; no habla porque está avergonzado; vaya usted á verle; le complacerá usted con ello.

Amalia no se movía.

—Vaya usted—insistió Eneas.

—Voy. ¿ También usted se ha hecho daño?

—¡ Oh ! no es nada.

El ingeniero entró en el museo; la joven no se movió; pocos minutos después reapareció aquél en el umbral; tenía el semblante sobremanera pálido y leía la carta de Federico; pero al ver todavía allí á Amalia, se apresuró á esconder el papel.

—Tengo malos presentimientos—dijo Amalia para facilitar á Eneas el modo de mentirle mejor;—papá no está bien y el señor Federico...

El ingeniero la cogió por el brazo y dijo con voz algo trémula:

—Verá usted cómo sus presentimientos la engañan y cómo seremos todos felices.

Y con delicada violencia la subió por la escalera hasta dejarla á la puerta del cuarto de Federico.

—Entre usted—le dijo;—hay que avergonzarle de lo

que ha hecho; es el único modo de hacerle tomar apego á la vida.

La joven entró y el ingeniero bajó de nuevo la escalera.

En el cuarto de Federico entraba el aire por dos ventanas abiertas de par en par, y con el aire, el sol que animaba las mariposas y los cupidillos pintados en las paredes.

Federico yacía vestido en su cama con la cabeza en alto, apoyada sobre tres almohadas superpuestas; cubríale la frente un pañuelo blanco y tenía cerrados los ojos; pero su respiración igual y tenue decía bien claro que no dormía.

Rómulo, que estaba sentado á la cabecera de la cama, al oir ruido se volvió, vió á Amalia y se le acercó andando de puntillas.

—Está mejor; se ha salvado; su padre de usted dice que debe tener gran dolor de cabeza, pero él no se queja de nada, no me ha dicho una palabra y no abre los ojos más que á hurtadillas; está avergonzado; cuando le cambio el lienzo mojado en agua fresca, suspira para darme las gracias; nada más; es más bueno que un ángel.

Callóse Rómulo de improviso, y señalando á la joven el semblante descolorido del enfermo,

—Observe usted—dijo con voz muy queda—nos escucha...

Federico, en realidad, había doblado un poco la cabeza para oir mejor lo que cerca de él se decía.

Retrocedieron los dos de puntillas y fueron á situarse junto á la ventana de más lejos.

—Al traerlo aquí—prosiguió Rómulo—ha pronunciado una sola palabra: *la carta.* Deliraba sin duda. ¿De qué carta había de hablar? ¿Sabe usted si había recibido alguna?

—Le ha escrito una al ingeniero—respondió Amalia.

Inclinándose á la ventana, vió precisamente asomar por la puerta de debajo un papel desplegado; tenía este papel pocas líneas, y el ingeniero, oculto por el quicio de la puerta, empleó, sin embargo, largo tiempo en su lectura. Por último salió al exterior, y al cruzar por delante de la casa alzó los ojos; viendo á la joven y al viejo se turbó y escondió otra vez el pliego.

Amalia y Rómulo miráronse sin decir palabra.

—¿Quiere usted estarse aquí un poco? Enviaré, si no, por Joaquín. Voy á hablar con Eneas, quiero saber...

—Vaya usted—dijo Amalia—yo me quedo.

—No sabe uno... mejor es no dejarlo solo; pudiera ocurrirle algún otro disparate... Por lo demás puede usted estar segura que ni siquiera abrirá los ojos... Vuelvo al momento.

Amalia quedóse como aturdida en la ventana. Vió cómo Rómulo alcanzaba al ingeniero y cómo entrambos se alejaban por un andén cogidos del brazo; después se volvió, dió un paso hacia la cama y se detuvo turbada... Federico la miraba fijamente con los ojos muy abiertos.

—Señor Federico—balbuceó.

—¡Señorita!

—¿Cómo se encuentra usted?

—Ahora mejor; siento un gran peso sobre la frente, un peso enorme, una montaña...

—¿Quiere usted que le cambie el pañuelo?

Federico no contestó, y ella, que poco á poco iba serenándose, cumplió la piadosa operación con la delicadeza de una enfermera enamorada. Cuando el enfermo sintió el contacto del lienzo fresco, suspiró profundamente.

Sentóse Amalia á la cabecera; no sabía qué decir: bajo la mirada melancólica y dulce de Federico, sentíase de nuevo cohibida.

—Procure usted dormir—le dijo—le hará á usted bien... ¿quiere usted que cierre la ventana?

—No, no; me gusta tener luz; me gusta oir hablar bajito;... hábleme usted; dígame cualquier cosa... muy quedo; yo la escucharé...

Amalia sonrió por este capricho de enfermo, y no sabía cómo satisfacerlo, cuando entró Joaquín de puntillas. Al punto cerró Federico los ojos y volvió á quedarse inmóvil como antes.

—Niña—dijo el viejo—su papá la llama á usted.

—¡Ah! el papá! ¿y cómo se encuentra?

—Mejor.

—Voy al instante.

Pero el enfermo abría otra vez los ojos, y Amalia añadió instintivamente:

—Volveré.

Se levantó sin mover ruido y salió acompañada por la mirada del joven.

Su padre la esperaba; tenía fijos los ojos en la puerta, y apenas la vió llegar, sonrió y le hizo seña de que se acercase. Como si fuese cosa convenida de antemano, Tranquilina se separó de la cabecera de su marido, adelantó hacia su hija, la besó, sin hablar, en la frente, y salió.

—Niña—dijo el doctor Rocco, no bien hubo tomado con su mano manca las dos manos de Amalia—niña, ¿eres valiente? No temas nada y respóndeme, ¿eres valiente? Te puedo decir que...

Pero la muchacha, sin saber de qué se trataba, empezó á temblar, y el doctor Rocco se interrumpió para continuar con acento regañón, que no por eso era menos cariñoso:

—¿Qué es eso de temblar? ¿Tengo yo cara de asustar la gente? He de decirte una cosa, pero si sigues temblando...

—Dila; no tiemblo... mira...

—Te la diré porque debes saberla; anoche, hija mía,... no te asustes, porque es una tontería; anoche tuve un...

—¿Qué tuviste, papá, qué tuviste?

—Tuve una pesadilla—murmuró el doctor, renunciando á la confidencia preparada y agarrándose á la primera invención que le ocurrió para enmendar su torpeza;—un sueño, un sueño muy malo.

—¿Nada más un sueño?

—Pues... ¡Ah! y no creas... las siete vacas gordas y las siete flacas... En los sueños habla tal vez... ¿Sabes tú quién habla en los sueños, lo sabes?

—Yo no—contestó Amalia riendo.

—Muy bien, así me gusta,... que rías. Decíamos que he soñado que me moriré pronto... ¡ríete!... lo cual, sin duda, significa que no me moriré nunca... ¡ríete!

Amalia no reía.

—Y en vísperas de dejar el mundo ¿sabes tú, hija mía, lo que me acongojaba?

La joven fijaba tenazmente en las sábanas sus ojos llenos de lágrimas.

—Me acongojaba la idea de no haber obtenido la confianza de mi hija; de haber venido al mundo únicamente por ella y no haberla dejado... feliz.

—Pero si yo soy feliz, papá!

—No es cierto... y vamos al caso: tú no quieres al ingeniero Eneas...

—¡He dicho que me casaré con él!

—Te casarás con él, pero no le quieres, ¿y tú sabes esto cómo se llama?—Aquí el doctor Rocco suavizó la voz y añadió en falsete:—se llama una *mala acción!*

Mas notando que la frase, dicha de aquel modo, no producía efecto, la repitió con su voz natural y con una pequeña variante.

—Una acción mala.

Amalia rió forzadamente y dijo:

—¿También esta idea te ha ocurrido en sueños?

—Y otra también, ¿la digo?

Amalia no contestó.

—Sí que te la digo; me ha ocurrido que, en cambio, estás enamorada de...

Un beso le cerró la boca.

—Niégalo si te atreves; sigue mintiendo ya que empezaste.

Amalia no negó pero se echó á llorar. El taimado del doctor Rocco la abrazó, la dejó desahogarse y dijo luego:

—Oye, mientras yo viva no se hacen tales majaderías; enviemos á paseo al ingeniero y casémonos con el otro. ¿Estamos?

—He prometido...—balbuceó Amalia.

—En estos asuntos no significa nada una promesa; para los arrendamientos hay plazo; para las ventas hay á veces la invalidación y la «lesión enorme», pero para el matrimonio no hay remedio; no se deshace más que con la muerte, y los tribunales de este pícaro mundo son muy capaces de no ver que hay «lesión enorme» en que un ingeniero se case con una joven como tú. Así, pues, eres libre como el aire.

Amalia no respondió, pero movió negativamente la cabeza.

—¿Así, pues?—insistió su padre.

—Así, pues, le he dicho que sí, y me casaré.

—No eres tú quien se lo ha dicho, sino yo—dijo el doctor procurando insistir.

—Y yo también.

—Pues mira ¿sabes lo que haré? me moriré más pronto, y en mi última hora...

Pero Amalia le interrumpió con una caricia.

—Escucha—prosiguió el doctor—si fuese el ingeniero quien no quisiera...

—Es inútil, papá, es inútil.

—Cuidado si eres obstinada... Cállate... y vete; déjame á mí...

—No le digas nada, papá; no me hagas morir de vergüenza.

—¿Se puede?—preguntó á la parte de afuera la voz del ingeniero.

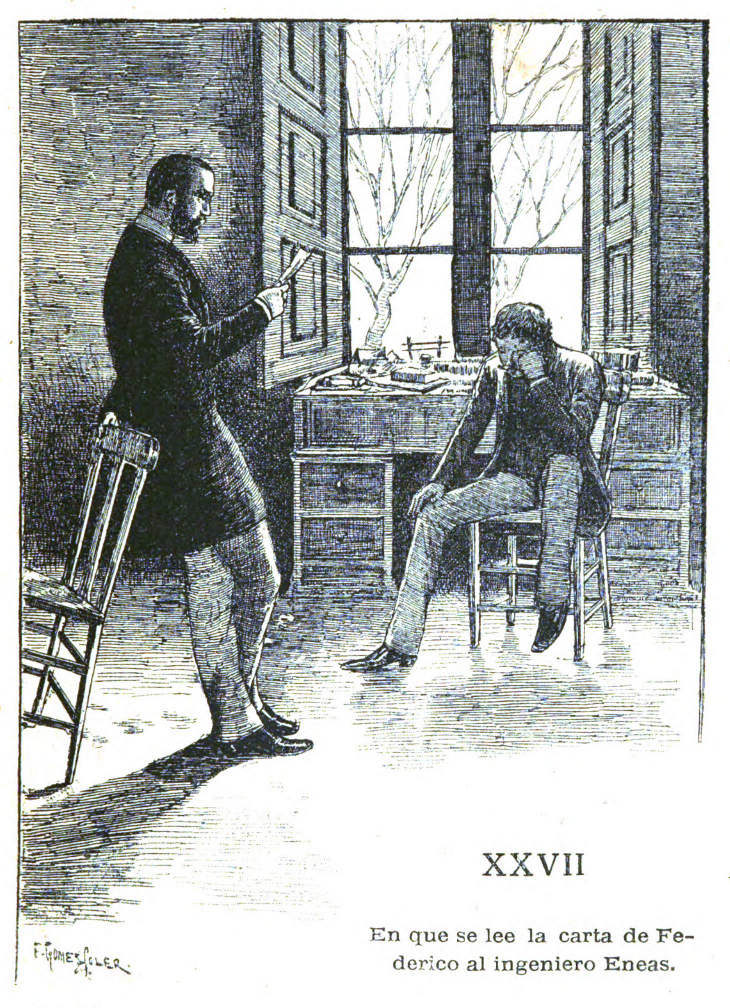
—Adelante—gritó Rocco.

Ya la joven estaba en el umbral: cambió una triste mirada y una leve sonrisa con su prometido y le dijo apresuradamente:

—No crea usted ni una sílaba de lo que le diga mi padre.

—Gracias—respondió el ingeniero con melancolía, y estrechó la mano de Amalia, aquella manecita delicada y mórbida que la víspera había él estado á punto de meterse en el bolsillo como cosa suya.





XXVII

En que se lee la carta de Federico al ingeniero Eneas.

AMALIA encontró en el aposento que precedía al de Federico, á su madre y á su amigo Rómulo. Hablaban en voz queda, y apenas vieron á la joven se callaron y volvieron hacia ella sus semblantes interrogativos.

Amalia se aproximó haciéndose la indiferente, pero no dijo nada.

—¿Qué te ha dicho papá?—le preguntó Tranquilina, tomándole una mano y colocándola cariñosamente entre las suyas.

—Nada, mamá; se le había puesto en la cabeza que yo... luego te lo diré... Se equivocaba... ya ves, estoy contenta!...

Y mostraba su faz melancólica á la par que sonriente.

—Y usted, señor Rómulo, ¿qué es lo que ha sabido? ¿qué es lo que decía el señor Federico en aquella carta?

—Ese condenado de ingeniero no me lo ha querido decir; media hora he estado procurando sonsacarle, y no lo he conseguido. Como usted comprenderá, lo he atacado por todas partes; pero él, nada, callado como un poste. He acabado por decirle claro y neto: «Oye, Eneas, estás en vísperas de casarte con Amalia; pero, ¿estás seguro de que no haces un desatino?»

—¿Y él qué ha contestado?—preguntó en esto Joaquín, que se había acercado de puntillas.

—¿Él? pues «¡Oh, sí, sí!»; ni más ni menos.

—¿Y tú?...

—Yo he dicho: «¿Estás al menos seguro de que la muchacha te quiere?»

La muchacha se había acercado poco á poco, y tecleaba en aquel momento con los dedos en el cristal de la ventana para disimular su emoción.

—¿Y él?

—«Yo la adoro, y estoy seguro de hacerla dichosa.»

—¡Pedazo de jumento!—exclamó Joaquín.

Y desapareció para volver á la cabecera del enfermo.

— Después me ha dejado y á venido á ver á usted—agregó Rómulo;—¿qué es lo que le ha dicho?

—Ha tratado de hacerme hablar de Amalia—respondió melancólicamente Tranquilina;—pero ¿qué decirle sin que Amalia no se disguste?

—¡Qué cabecita!—exclamó Rómulo.—Allí está, parece feliz, y sin embargo...

—Y sin embargo sufre; ya lo sé.

¡Tranquilina lo sabía! ¡Acaso ella misma en otro tiempo!... ¡Oh crueles dulzuras de la memoria, quién puede recordaros sin abrir la boca para exhalar un suspiro! Solamente Rómulo, porque se había impuesto como ley exhalar los suspiros por la nariz.

En aquel momento llegó Eneas. Ofrecía su aspecto de esfinge acostumbrado, pero no revolvía ya los ojos muy abiertos como para indagar. Acercóse á entrambos interlocutores y emprendió con ellos una conversacioncilla perfectamente insignificante, mirando de vez en cuando á hurtadillas á Amalia.

Rómulo perdía la paciencia.

—Me parece que el doctor Rocco preguntaba por ti —díjole al cabo Eneas.

Rómulo comprendió que quería quedarse solo con Tranquilina.

—¿Y qué tenemos?—preguntó al entrar en el cuarto del doctor.

—Eso no es un ingeniero, es un bobo de Coria; le he dicho cuánto hay que decir, y no ha entendido jota; le he dicho que Amalia está muerta y penada por Federico, que Federico está igualmente perdido por Amalia, que se ha querido matar por no verla en brazos de un arquitecto; que hace una soberana tontería en casarse con ella...

—¿Y qué?

—Y nada; impasible, sereno: como si no oyera; se lo he repetido más fuerte... y nada, sereno, impasible... Por último se ha dignado manifestarme que viviese tranquilo, que sin duda me engañaba, y que de todos modos él se considera capaz de hacer la felicidad de mi hija... Pero como se case con ella, lo acogoto al pie del altar... palabra de honor, y lo ofrezco en holocausto al Dios misericordioso...

El doctor Rocco bufaba; tan furioso estaba, que no

sentía sus achaques y quería saltar de la cama; pero entraron Amalia y Tranquilina, é impidieron tal imprudencia.

—¿Qué le ha dicho á usted Eneas?—preguntó Rómulo.

—Eneas te ha hablado, ¿dónde está?

—Ahora con el señor Federico que había preguntado por él—repuso Tranquilina, y con la mirada detuvo una segunda interrogación en los labios de Rómulo.

Entró también Joaquín.

—Aquí estamos todos—exclamó Rocco.

Y de no estar presente su hija, hubiera añadido alguna enormidad, pues bien claro se veía que tenía ganas de soltarla.

—Eneas está allí—dijo el recién venido restregándose las manos—¡y con Federico! ¡Me han hecho salir!

—¿Y esto le consuela á usted?—refunfuñó el doctor Rocco.

—Sí señor.

Federico esperaba afanosamente verse á solas con el ingeniero, y más de una vez había procurado alejar á Joaquín y Rómulo para quedarse con Eneas; pero como éste no le ayudaba, sus tentativas habían fracasado. Pero esta vez, en cambio, fué el presunto esposo de Amalia el que rogó á Joaquín que saliera, y ya sabemos que éste había obedecido restregándose las manos.

—¡Eneas!—dijo con ansiedad el enfermo, apenas Joaquín hubo salido.

El ingeniero se acercó; estaba algo pálido y más serio que de costumbre.

—¿La carta?—preguntó Federico.

—Aquí está.

—¿La has abierto?

—Sí.

El desventurado joven, al oir esta contestación, apoyó la cabeza en la almohada, y se apretó la frente con las manos.

—¿Sufres todavía?—le preguntó bondadosamente el otro.

—Un poco; tengo la cabeza pesada, me cuesta gran trabajo pensar, y casi no comprendo lo que me dices. ¿Decías que?...

—Sí; la he leído. ¿No la habías escrito para que la leyese?

—Es verdad... pero... ¿tú solo?

—Yo solo.

—¿Nadie sabe?...

—Á nadie lo he dicho.

—Gracias.

Y al hablar así, tenía Federico la cara roja de vergüenza.

—Estás calenturiento todavía—observó Eneas con benignidad,—¿por qué te has quitado el pañuelo mojado de la frente? ¿quieres que te lo vuelva á poner?

—Sí.

Eneas desempeñó con la mayor delicadeza aquel oficio de enfermero.

—Tú también eres bueno—dijo Federico—y mereces ser dichoso.

El ingeniero no contestó.

—Has querido morir—manifestó después lentamente—porque amabas á Amalia; la Providencia no ha querido este infortunio. ¿Crees tú que tu muerte hubiera hecho más feliz á Amalia, ó por lo menos dado una alegría, un placer, una satisfacción á la mujer que amabas?

—Mi intento era menos generoso—repuso Federico: —mi muerte sólo me favorecía á mí, librándome de mis pensamientos...

—Es verdad—murmuró Eneas.

Y desplegando la carta que tenía en la mano, leyó por lo bajo, mas de modo que se oyese:

«Hazla dichosa, Eneas; ámala tú por mí; yo muero porque no me es permitido amarla. Pero sepa al menos que su nombre será el último estremecimiento de mis labios. En este supremo instante, una imagen me sonríe; veo que la piedad vence la repugnancia que la muerte inspira, y la veo llorosa inclinarse sobre mi frente y estampar en ella dos besos, mi última riqueza.»

—¡Qué tontería!—exclamó en voz alta Federico, y se cubrió la cara con las manos.

Eneas, como si nada hubiese oído, continuó:

«No estés celoso, amigo mío; los muertos no envidian las dichas de los vivos, y espero que, en lugar de causar sombra á vuestra felicidad, me será concedido ayudaros á ser felices...»

—¿Crees de verdad—añadió el ingeniero, volviendo á doblar la carta—que los muertos no causan sombra á la felicidad de los vivos?

—Era un egoísta—murmuró Federico sin abrir los ojos.

—Sí, eras un egoísta sin saberlo—repitió dulcemente Eneas;—debiste sostener primero la lucha del amor, después la lucha de la vida; yo no soy un héroe, pero amando á Amalia y sabiendo que era amado, lucharía hasta el último instante para hacerla mía... así hubiera de obtener mi felicidad á expensas de la desventura de mi mejor amigo... Y debiste combatirme, Federico, combatirme sin piedad cuando era tiempo...

Eneas se detuvo un momento como para buscar las palabras; pero apenas movió los labios Federico, se apresuró á añadir:

—Habla; di lo que piensas.

—Yo no era amado—murmuró el joven;—Amalia no me podía sufrir...

Su amigo sonrió y quedóse un poco de tiempo pensativo.

—Entonces—prosiguió—si no te quedaba esperanza de hacerla tuya, debiste tener valor de vivir para ser testigo de su felicidad. Morir por la mujer amada, cuando no es una frase de retórica falsa, debe de ser una majadería piramidal; por la mujer amada hay que vivir. Muriendo, sólo conseguimos añadir un triste fantasma á la existencia de los que bien queremos; en cambio, la vida, que por un momento nos parece cosa tan liviana que podemos tirarla alegremente, puede ser útil á nosotros y á los demás el día de mañana. Todos los amantes desdichados—prosiguió Eneas, chanceándose ligeramente — debieran consagrar la vida á su perdida dama... y al marido de ella, y decir, por ejemplo: «Viviré para ellos; educaré mi pensamiento para procurarles un buen consejo; agraciaré mi corazón para procurarles un buen sentimiento ó una palabra consoladora, me mantendré sano para que ellos no tengan nunca un amigo achacoso.» Esta sería una gran prueba de amor, y así, yo que soy tan poca cosa, creo que tendría fuerzas para darla, si me hallara en tu caso... ¿Y tú?

—Yo también.

Y alargó la mano para estrechar la de tan leal amigo.

—¿Qué tienes?—preguntó viendo la diestra vendada del ingeniero.

—No es nada—contestó el otro; y se apresuró á alargar la mano.

Fué aquel un pacto tácito, pero solemne. Á Eneas, sin embargo, no le bastaba.

—Prométeme no reincidir—dijo;—prométemelo.

—¡Oh!—exclamó el enfermo con expresión resuelta.
—Poco há, cuando la primera luz de una nueva idea apuntaba de lejos en la oscuridad de la mente, he sen-

tido un sobresalto espantoso, notando que esta idea era justamente aquella de la que había querido huir. Me creía muerto y que había empezado á sufrir el terrible tormento de ultra-tumba, y en su lugar me encontraba con la vida y sus pensamientos... ¿piensas que hubiera sucedido otra cosa si realmente me hubiera muerto?

—No—respondió Eneas;—si el espíritu sobrevive, la muerte no debe hacer más que ponerlo más frente á frente de sus flaquezas y sus desalientos. ¡Y qué agonía ser espíritu incorpóreo y amar perdidamente á una mujer de carne y hueso!

Eneas rió, mas con risa tan extraña, que hizo preguntar asustado á Federico:

—¿Qué tienes?

—¿Yo? nada... Con que quedamos en que no hay peligro de que vuelvas á las andadas... Y ahora habla, sé que tienes algo que decirme.

—Tengo que pedirte un favor... Ya que esa carta no la ha visto nadie, rómpela.

—Haré más—dijo Eneas—te la devolveré.—Pero sin darse por entendido de la mirada insistente y de la mano tendida de su amigo, metió la carta en el bolsillo del chaleco, y añadió:—te lo prometo.

—¡No te fías!—exclamó Federico—tienes razón. Me marcharé, saldré de Italia; no me volverás á ver nunca.

—Espero verte, y casado y con familia.

—No me verás—insistió Federico;—en recompensa, prométeme hacer creer á todo el mundo que mi desgracia no ha sido voluntaria...

—¿Que no te ha pasado siquiera por la mente la idea de morir como una modistilla abandonada por un peluquero? Sí, sí, esto es indispensable, te lo prometo. Lo que ha pasado ha sido que el atolondrado del ingeniero Eneas te ha llevado un hornillo de turba encen-

dido, lo ha dejado en una esquina, y se ha marchado cerrando la puerta. Las ventanas estaban ya cerradas; tú, arrellanado en tu butaca, te hallabas distraído pensando en tus acreedores; has cedido al sueño... y por poco te despiertas en el otro barrio. ¿Te parece bien?

Federico sentíase herido por aquel tono frívolo de burla; no contestó nada.

—¿Te parece bien?—insistió Eneas.

— Bien...

—Voy á decírselo al doctor Rocco, á Joaquín, á Rómulo, á la señora Tranquilina... Á Amalia se lo dirás tú.

—¿Por qué?

—Es preciso...

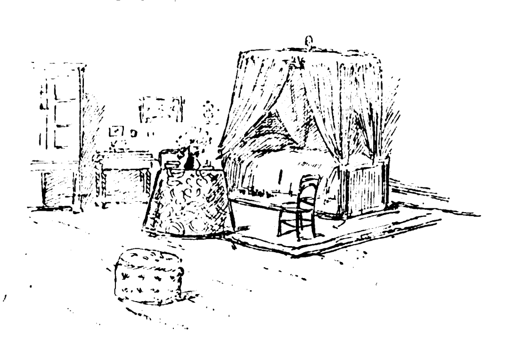
—¿Acaso ella cree?...

—¿No le has dejado comprender nunca tu amor?

Federico no podía decir que no.

—Á ti, pues, corresponde desengañarla; desvanecer una sospecha que á nadie puede favorecer; para conseguirlo, lo mejor que puedes hacer es elogiarle al ingeniero Eneas; supongo que no te costará gran trabajo... Adiós, Federico... dame un abrazo, así; ahora voy á buscarla y te la envío.

Y salió rápidamente acompañado de las atónitas miradas de Federico.





XXVIII

En el cual se lee una carta del ingeniero

En la habitación contigua Eneas encontró á los dos viejos y á Amalia, tal como los había dejado. La joven, siempre en pie delante de la ventana, trazaba sobre el cristal empañado por su aliento la inicial de un nombre, una F.

Eneas se acercó por detrás, sin que ella lo advirtiese, y añadió á aquella mayúscula una *e*, dos *rr* y una *i* minúsculas; después leyó en voz alta «*Ferri*» y añadió·

—Muchas gracias, señorita...

Volvióse ésta, pálida cual si hubiese cometido un

delito, pero su novio se apresuró á reir con alegre talante, diciendo:

—Mi buen amigo Federico necesita hablar con usted; le dirá una cosa que la sorprenderá muchísimo; vaya usted al instante.

Amalia permaneció por un momento perpleja; luego abrió la puerta del cuarto del enfermo y desapareció.

—¿Podremos saber?—dijo Rómulo deteniendo al ingeniero que se dirigía á la estancia del Dr. Rocco.

—¿Podremos saber?—repitió Joaquín.

—¿Por qué no?—contestó Eneas después de titubear un poco—todos deben saberlo y felicitarse; vosotros antes que nadie.

—¿Buenas noticias?

—Buenísimas; calumniábais á Federico; tiene más juicio que vosotros dos juntos y es inocente de todos los desaguisados que le imputabais; la casualidad ha hecho que casi se asfixiara, no que él soñase en ello; os lo aseguro, ni lo soñaba... El hornillo de turba lo llevé yo, y como él había pasado mala noche, se dejó vencer por el sueño;... mientras tanto la turba desarrollaba el ácido carbónico y él viajaba hacia el otro barrio. En fin, mejor es que haya sido esto, ¿no es verdad?

Rómulo no respondió, pero Joaquín puso su carita petulante debajo de las narices del ingeniero y lo miró de abajo arriba, moviendo la cabeza de un modo que nada tenía de equívoco.

—Si no lo creéis, averiguadlo—añadió Eneas;—yo voy á dar la buena noticia al doctor Rocco.

Y uniendo la acción á la palabra, fué á dar dos golpes con los nudillos á la puerta de enfrente.

Ambos viejos hicieron un movimiento para entrar también, cuando abrió Tranquilina, pero Eneas los detuvo con gracioso ademán y rogó que le aguardaran.

—¡Se burla, se venga!—exclamó furioso Joaquín.

—Desconfía de nosotros—observó Rómulo;—tiene razón: sabe que le hemos servido mal.

—¿Qué significa esa comedia del hornillo y de la turba?...

—¿No lo comprendes? ¡Ah! pues yo harto lo comprendo!—dijo Rómulo.

—¡Pues yo no comprendo nada!—dijo Joaquín.—Sólo veo que malditas las ganas que tiene de renunciar á Amalia. ¿No es así?

—Así es, y es bastante. Vamos nosotros también á ver á Federico.

—Vamos.

Y con audaz resolución asomaron las cabezas, una sobre la otra, por la puerta del cuarto del enfermo.

Éste se preparaba á recitar su papel.

—Entrad—dijo con acento cuya jovialidad causaba pena—entrad; sentaos aquí...

—¿Cómo te encuentras?—preguntó Rómulo conmovido por aquellas palabras que sonaban para él como una nota desafinada en una marcha fúnebre.

—Perfectísimamente—repuso Federico;—quiero levantarme... Buena la hice ¿eh?

Y calló para que alguien preguntase «¿cómo?»

«Démosle gusto»—pensó Rómulo, y dijo alto:

—¿Cómo?

—Ni yo mismo lo sé; hay que preguntárselo á Eneas. Él fué quien me trajo un hornillo de turba de la mía, para que viese por mis propios ojos lo bien que arde; no me fijé mucho en lo que me decía; me dormí y la turba siguió ardiendo admirablemente; al irse, cerró Eneas la puerta, las ventanas estaban cerradas ya, y yo iba camino de las estrellas, y á estas horas debía de estar ya en otro planeta!...

Rómulo y Joaquín estaban dispuestos á reirse por complacerle, pero notaron que Amalia lloraba silenciosamente y ni lo intentaron.

Federico tenía fijos los ojos en Rómulo para no ver aquellas lágrimas y prosiguió:

—¿Sabéis la buena noticia?... Soy rico otra vez; tengo una turbera que vale no sé cuánto; el ingeniero es quien la ha descubierto; confío en que la tal turba se portará mejor en lo sucesivo y no me producirá tan tremendos dolores de cabeza... Eneas la cree capaz de todo; figuraos que es turba antigua, pícea, luciente...

—¿Y qué piensas hacer?—preguntó Joaquín por decir algo.

—En primer lugar dejar la cama, meter la cabeza en una palangana de agua helada, dar un paseo por el campo y almorzar.

—¿Y luego?

—Pagar las deudas; vender toda la turba y erigir un monumento de gratitud al ingeniero Eneas, un monumento económico... en el corazón!

Abrióse en esto la puerta, y el doctor Rocco, olvidado de su gota y de todos sus achaques, rodó hasta la cama, echóse sobre Federico y lo llenó de besos; después se volvió hacia Amalia que lo miraba atónita y cubrió también de besos su lacrimoso semblante; luego agarró á Joaquín é hizo lo propio; por último se colgó de Rómulo, sacudiéndole de lo lindo, y no pudiendo llegar hasta su rostro estupefacto, le estampó un beso mayúsculo en medio del pecho.

Entretanto Tranquilina, con la faz radiante asimismo, se había aproximado á su hija y le enjugaba las lágrimas, diciéndole que estuviese contenta, y sin poder decir más, porque la emoción le embargaba el acento.

—Hagamos las cosas en regla—dijo el doctor Rocco. —Señorita Amalia esta carta es para usted; léala.

Y á la vez que Amalia, con las manos temblorosas y el corazón saltándosele del pecho abría la carta, el doctor Rocco decía:

—Ese hombre modelo, ese sabio, ese ángel, ese in-

geniero sin igual se ha acercado á Tranquilina y le ha dicho: «Hagame usted el favor de entregar al punto esta carta á su hija...» «¿De qué se trata?»—he preguntado.—«Un poco de paciencia y lo sabrá usted», y escapó como una exhalación... Naturalmente he abierto la carta y he sabido... Lee alto, Amalia...

Pero Amalia no podía leer porque las lágrimas se lo impedían.

—Esas lágrimas son de alegría—manifestó el doctor; —derrama un río, si quieres, hija mía, y después lee.

La joven enjugó el llanto, después leyó para sí y volvió á llorar. Federico temblaba como si tuviese fiebre, y nadie, sin embargo, reparaba en él, con ser el personaje principal de aquella catástrofe.

—Dame aquí—dijo Tranquilina—yo leeré.

Y leyó:

«Señorita:

»Federico ha querido morir, porque la ama á usted; y como, por lo mismo que la ama, es capaz de mentir con el mayor descaro, he aquí la carta que me escribió al hacer la maleta para el otro mundo. Si á pesar de todo, persiste en negar, llámeme usted y vendré á decirle en la cara que está perdidamente enamorado de usted. Tocante á mí, emprendo mi curación mediante el movimiento y el cambio de aires: espero que, con el tiempo, podré volver á presentarme á usted curado de la calentura que me proporcioné mirándole á usted los ojos. Me marcho y renuncio á usted, ya que no he podido conseguir su amor. Viva usted dichosa y piense usted alguna vez que hay por esos mundos un convaleciente que la querrá á usted siempre lo bastante para darle celos á su marido.»

Los tres viejos empezaron á reirse y les duró buen rato la risa. Federico fijaba sus ojos anhelantes en el rostro bañado en lágrimas de Amalia.

—Vedlos, ¿qué es lo que los detiene? ¡Al diablo las

cantinelas del recato y de la circunspección! Si estos chicos no se abrazan ahora ¿para cuándo lo guardan?

Así dijo el doctor Rocco, Joaquín y Rómulo aplaudieron, y sin darse cuenta de ello, con el corazón palpitante, Amalia se encontró en brazos de Federico.

—Un instante—dijo Tranquilina y le temblaba la voz—un instante; hay una postdata.

Callaron todos y la buena señora leyó:

«*Postdata*. Si llegase usted á aborrecer á Federico y se encontrase dispuesta á enamorarse de mí, no tiene usted más que escribirme á Calcuta, lista de correos, y al punto volaré á su lado...»

Volvieron los tres viejos á reir á carcajadas; después Rómulo observó que para cambiar de aires habíase marchado Eneas un poco lejos, y por fin el doctor Rocco preguntó muy serio:

—Muchachos, ¿no habrá peligro de que él también quiera matarse?

—No lo hay—repuso Joaquín;—es difícil que un padre de familia se mate, cuando sus hijos aún tienen que nacer. ¡La vida de Eneas es necesaria para su prole!...

—¿Cómo se encuentra usted ahora?—preguntó el doctor Rocco á Federico.

Otro milagro.

Federico estaba ya perfectamente bueno.





XXIX

Un escrúpulo de enamorada

A no ser por Tranquilina, aquel par de viejecillos sin seso no se hubieran despegado de Federico, el cual les agradecía infinito tanta amistad; pero hubiera dado una semana de su vida futura por quedarse mano á mano con Amalia.

La amistad cedió, aunque de mala gana, el paso al amor; sin duda Joaquín y Rómulo juzgábanse en derecho á permanecer indefinidamente al lado de los dos amantes, para ayudarlos á quererse.

¡Marcháronse al fin! Con pretexto de salir todos á respirar el aire puro de la mañana, los demás bajaron la escalera, dejando en el rellano á entrambos jóvenes.

¡Tenían que decirse tantas cosas! Miráronse de hito en hito un poco; estrecháronse en silencio las manos; después Amalia se puso muy encarnada, y se echó á llorar.

Comprendió Federico aquellas dulces lágrimas y las dejó caer una á una; después enjugó el semblante de la hermosa y oprimió contra su pecho aquella cabecita.

Y así permanecieron, contando en silencio los latidos de sus corazones henchidos de amor, hasta que por el ancha ventana que daba luz á la escalera, penetró la alegre voz de Joaquín que llamaba «¡Federico!»

Los dos enamorados se separaron y prestaron oído; poco después otra voz, la formidable voz del doctor Rocco gritó: «¡Amalia!» Después hubo un breve silencio, después el eco de una risotada prolongada y lejos; después la quietud solemne de una hora de amor, medida por los latidos de dos corazones otra vez juntos por estrecho abrazo.

—¡Amalia!—murmuró el joven; y la niña alzando los ojos, murmuró:

—¡Federico!

Y pareció que entrambos despertaran de un sueño; primero besó él la frente de ella; luego, bajando la voz, susurró de labio á labio palabras entrecortadas que no debían de tener acentos terrenales. Al cabo dijo:

—Mírame á la cara... así... ¡Lo ves, lo ves bien! todas

las horas del día, desde el primer momento que te ví, te he amado de este modo.—¿Lo ves?

Ligero temblor agitaba el cuerpo gentil de Amalia, la cual deseando ser desmentida, balbuceó:

—¡No es verdad!...

—Sí es verdad—insistió Federico bajando aún más la voz:—¿te acuerdas de aquel día en que compré tus besos en la feria, aquel otro que tan frío estuve delante de ti y me marché sin darte la mano? Pues bien, ya entonces te quería; cada palabra severa tuya la tengo aquí dentro como una música; cada mirada brusca la veo aún, la veré siempre. Aquella Amalia cruel me enseñaba á amar la Amalia benigna que ahora he encontrado.

—¡Eso es!—dijo la joven sonriendo y trémula—entonces no me querías á mí, querías á otra... Y yo...

—¿Y tú?—interrogó ansioso Federico.

—Yo no te podía soportar, te detestaba—contestó Amalia riendo;—ahora soy tuya, castígame.

—¡Eres mía!—exclamó osadamente el joven—mía para siempre; repite lo que te digo: «Soy tuya por toda la vida; soy tuya por toda la eternidad.»

—Soy tuya por toda la vida—repitió Amalia; y dejó, pensativa, la cabeza sobre el pecho.

—¡Federico!—llamó la voz de Joaquín—ven á ver quien está aquí.

Los dos prometidos miráronse amorosamente; se estrecharon en silencio, y luego bajaron la escalera con las manos asidas.

—Adivina quién es—dijo Joaquín.

La joven había puesto una sonrisa en los labios para salir al encuentro de su padre y de sus amigos, pero leíase en su semblante la presencia inoportuna de un pensamiento melancólico.

El citado viejo alegre habíase puesto junto á Rómulo, y entre los dos escondían detrás de sí un individuo,

el cual había doblado las rodillas, pero no tanto que no asomase media frente y un ojo sobre el hombro de Joaquín.

—¡Eneas!—exclamó el venturoso amante; y separando la barrera formada por los viejos fuése á estrechar contra su corazón al generoso ingeniero.

—¡El señor Eneas!—exclamó Amalia conmovida.

—Yo mismo—dijo el ingeniero:—no me esperaban ustedes; me creían en Calcuta....

—No tanto, pero poco menos. Así, pues, no te marchas, te quedas con nosotros; ¿verdad?—insistió Federico.

—Gracias, alma generosa, gracias; veré más adelante si debo quedarme y mientras tanto me quedo. He pensado que, sin mí, la turba de tu propiedad que es, como sabes, antigua....

—Pícea y luciente....

—Pícea y luciente, eso es, serías capaz de venderla al primer especulador sagaz que se presentara, por menos de la mitad de su valor... y quiero hacer yo el negocio...

—¿Y sólo por esto te quedas?

—Por esto y por lo otro—respondió Eneas con la mayor seriedad:—me quedo porque he pensado que para ir á Calcuta emplean las cartas un mes largo.... Señorita—prosiguió volviéndose hacia Amalia con concisa sangre fría:—aquí estoy y siempre á su disposición si por acaso no pudiera usted sufrir á Federico, quien, le juro á usted que es insufrible; si por acaso lo odiara usted como espero, no necesita usted molestarse escribiendo á Calcuta, lista de correos...

Todos rieron y Amalia apretó cordialmente la mano del ingeniero, el cual exhaló, con la boca muy abierta, un suspiro fingido, que pudiera muy bien esconder uno verdadero.

Durante todo el día estuvo Eneas jovial y atareado;

más de una vez al reparar en el aire preocupado de Amalia, se acercó á ella, mirando en torno con cautela como un conspirador, y le dijo por lo bajo:

—Piénselo usted bien; ¡mire usted que es insufrible!...

Y como bajaba la voz en el momento en que lo podían oir todos, todos reían, excepto Amalia, la cual se contentaba con sonreir sin abrir los labios.

Entonces Eneas se apartaba de la «más linda joven del universo» y andaba á hacer mayor la hilaridad de los viejos, diciéndoles en confianza.:

—¿Saben ustedes lo que tiene?... ¡que me adora!...

¿Pero qué era lo que en realidad tenía Amalia? ¿Porqué á cierta hora de la tarde, poco después de que su padre se hubiera echado á dormir una siesta para resarcirse del sueño inquieto de la noche anterior, experimentó el deseo de ir á despertarlo un cuarto de hora antes de lo convenido?

—Papá—le dijo con acento cariñoso;—¿estás bien despierto?

—Me parece que sí—refunfuñó el doctor;—me has sacudido de pies á cabeza... ¿qué hay? Habla, ya te escucho.

—No es verdad que me escuchas; hablaré y eres capaz de volverte á dormir.

Entonces el doctor Rocco abrió mucho los ojos, se enderezó apoyándose en un codo y dejó colgar las piernas fuera de la cama.

—Papá—empezó á decir Amalia;—he consultado mi corazón, y estoy segura de que le amo.

—¿A quién?

—A Federico... al señor Federico.

—¿Y á mí me lo cuentas? Sin duda crees que no tengo ojos en la cara; que hace días que sé que le quieres.

—Es que no hace días que le quiero, y justamente

de esto es lo que quería hablarte. ¿Sabes tú cómo es que hace pocas semanas no le podía soportar y ahora me parece que le he querido siempre?

—Porque siempre le has querido....

—No—insistió Amalia bajando instintivamente la voz;—te aseguro que no. Me parecía fatuo, orgulloso, desagradable y nada guapo.... y sin embargo, no ha cambiado; es siempre el mismo.

—A mí me parece todo eso muy sencillo.... Le juzgabas mal, ahora lo aprecias mejor; has encontrado en él un espíritu recto, un corazón capaz de generoso impulso... lo cual prueba que no te has enamorado de su nariz, pongo por caso, sino de su alma.

—¿Luego tenemos alma?—preguntó la joven.

—Ya lo creo—respondió el doctor; es el resultado del equilibrio....

Mas se detuvo y murmuró entre dientes «¡ya lo creo que la tenemos!»

Amalia continuó haciendo un gestecillo á cada palabra científica:

—No es verdad que sea resultado del equilibrio de las funciones fisiológicas, de la temperatura de los humores, de la mayor ó menor cantidad de glóbulos rojos en la sangre; no, no es verdad, porque en mi sangre no hay más glóbulos rojos hoy que ayer, y mis funciones fisiológicas se cumplen poco más ó menos como la semana pasada; y yo, sin embargo, he cambiado mucho, siento como no sentía, pienso en cosas nuevas y diferentes, y amo lo que odiaba. Y le amo tanto—añadió acariciando á su padre como para no darle celos...—le amo tanto, que su vida y la mía me parecen plazo demasiado corto para mi amor....

—Entiendo—interrumpió el doctor Rocco con cariñosa sorna—esta señorita quiere la eternidad;—tómela usted; es usted muy dueña.

Pero Amalia inclinó un momento la cabeza para re-

flexionar y la levantó después como iluminada por una idea.

—¿Qué serían los afectos más grandes de la vida si hubieran de terminar por completo con la muerte? ¿Qué sería de los papás y de los hijos que se quieren mucho? Escorias de una madre ciega: la materia cruel é inconsciente.

El doctor Rocco habíase puesto en pie; sus doctrinas le sugerían mil respuestas que la prudencia y el cariño rechazaban. Amalia proseguía:

—¿Y qué valdría el pensamiento que educa el corazón y el espíritu que los mejora, que nos trasforma, si tras de corto viaje por polvorienta carretera nos hallásemos todos en el mismo punto de partida?

Por fortuna al tremendo doctor se le ofreció en aquel punto una evasiva: sonaba la campana para comer.

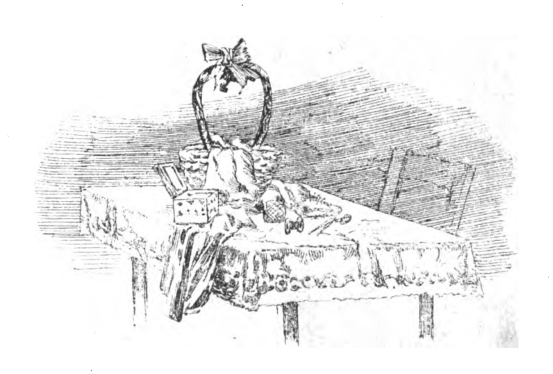
Cogió con dos dedos la barba de su hija y le preguntó muy serio:

—Filosota mía, ¿sabes tú qué es lo que más se parece al hambre?

—El apetito—contestó Amalia sin titubear.

—¡Bravo!—dijo su padre—pues vamos á la mesa.

Y marcháronse los dos riendo.





XXX

Una estratagema del Dr. Rocco.

Todos los días el doctor Rocco cogía aparte á Joaquín y á Rómulo y les preguntaba:

—Vamos á ver, ¿qué se ha hecho hoy de bueno? ¡En qué estamos? ¿La dichosa partida de bautismo ha venido?

—Aún no.

—¡Vaya una ocurrencia la de Federico! nacer en un viaje!

—Pero no es suya la culpa ni tampoco de su difunta madre, que no hubiera hecho el equipaje si hubiera podido prever semejante cosa. Es también una *bromita* de la Providencia; quizá como, al fin de cuentas, anda en ello metido el doctor Rocco...

—Vendrá pronto; no puede tardar.

—Vendrá pronto... muchas gracias, pero es que ya no tengo tiempo que perder... Ya verán ustedes, ya veréis cómo no me dan el consuelo de ver casada mi hija; dirán que no he gozado de bastantes delicias,... la gota, el catarro, el brazo derecho inválido, la hinchazón del bazo;... como si lo oyera; así lo dirán. El otro día me enviaron un accidente de chanza, mañana ó pasado mañana me lo enviarán de veras,... y adiós, doctor Rocco.

—Silencio, que no lo oiga Amalia...

El doctor disimulaba entonces la cólera tras de una amable sonrisa.

—¡Ha llegado la partida de bautismo!—anunció Federico un día.

—¡Ya era hora!—exclamó el doctor:—vaya pues, hagamos en seguida la boda.

—En seguida, no.

—¿Y por qué no? Cualquiera diría que no tienes prisa... ¿Qué falta aún? Las partidas de bautismo están, nuestro consentimiento también; si tardáis un poco habrá que añadir una partida de defunción.

—¿Quítese usted esto de la cabeza..... usted vivirá cien años.

—«Quítate esto de la cabeza»... se dice... «vivirás cien años» se dice... y se dice una mentira... En resumen: ¿qué falta?

—Faltan las amonestaciones.

El doctor Rocco alzó los ojos al cielo por hábito, pero se aguantó al recordar que las amonestaciones las prescribía el Código, y no la Providencia, la cual se contenta con menos, si puede, cuando se trata de emparejar los sexos.

—¡Ah!... no veré yo aquel día—murmuraba todos los demás el doctor.

Y lo vió; madrugó una mañana, y empezó á recorrer la casa, como niño curioso, tocándolo todo, destapando cien cajitas, midiendo en la palma de la mano ciertos zapatitos de raso blanco, con los cuales la hija de su corazón debía abandonar para siempre su cuartito de doncella. Luego estuvo breve rato contemplando á Amalia vestida de blanco. Y vió venir á Federico, Rómulo, Joaquín, y por último al ingeniero, también él con su traje negro como si fuera un esposo, siendo así que era un simple testigo. Y el doctor Rocco se rió. ¡Oh! ¡cómo se rió cuando aquel ingeniero zumbón se acercó serio, muy serio, á la novia y le dijo:

—¿Está usted decidida? Piénselo usted bien... mire usted que todavía es tiempo: dentro de media hora me habrá usted perdido para siempre.

Rómulo, preciado de leer mejor que nadie bajo aquella afectada desenvoltura, se apresuró á consolar al ingeniero, pero éste le dejó maravillado diciendo:

—Amigo mío, no me compadezcas; en realidad nada he perdido, puesto que no hallé la vía de su corazón; sin el mutuo amor no se logra sucesión perfecta.

Pero cuando hubo consumado el sacrificio hasta el cabo, el atolondrado ingeniero quiso un beso de la novia, y lo obtuvo; quiso otro, y lo obtuvo también, porque pagó uno y otro con los bonos que arrancó de manos del moribundo Federico.

Todo esto presenció el doctor Rocco sin chistar, y cuando hubo depuesto la mano paternal sobre la frente de los esposos, y dádoles la bendición en un mo-

mento de olvido y sin reirse, como si realmente creyese en aquello, tuvo bastante fortaleza de ánimo para acompañar á la estación á la nueva pareja, que, plegándose á las exigencias de una moda estúpida, debía salir á pasear por todas las ciudades de Italia el júbilo de dos corazones.

Luego murmuró un poquito, para ocultar su propia emoción, pero acabó la jornada diciendo que estaba contentísimo, y que ahora ya podía morir.

En vano Joaquín y Rómulo intentaron contradecirle mientras se embutía en la cama, como quien se mete en la propia sepultura; sólo á la mañana siguiente, con la luz del nuevo día, sintió el doctor la fuerza de los argumentos de sus amigos.

—Me encuentro todavía en el mundo—se dijo—y me parece que hay para rato si me dejan, que no me dejarán, ya lo veréis. ¡Ah! no lo pido por mí, sino por mis hijos; quisiera que pudiesen acabar su viaje tranquilamente, y abrazarlos una sola vez antes de largarme;... nada más. Pero vaya usted á convencer á...

¿A quién? A nadie, decía por decir el doctor Rocco, y tal vez le parecía que con esto se prolongaba la vida. Superstición, sin duda—no digo lo contrario—pero ¿qué filósofo no tiene las suyas? La materia es débil; harto lo saben los mismos materialistas.

Los esposos hicieron el viaje tranquilamente, y regresaron á tiempo para caer en brazos del papá, más vivo que nunca.

Y Amalia se vino con su secretito á mamá, y Tranquilina se lo contó al marido, que luego lo repitió al oido de Rómulo y de Joaquín, después de lo cual levantó la mano á escondidas y comenzó: «Ya veréis cómo...»

Pero esta vez le sobrecogió un escrúpulo y se contuvo. El ardid había surtido su efecto dos veces; no fuese que á la tercera le saliese fallido; lo mejor era

callarse, retirarse á su rincón y esconder la propia felicidad.

De ahí en adelante ya no murmuró de la Providencia; anduvo por la casa sin ruido, leyó en los periódicos las malas partidas celestes sin chistar y sufrió las más atroces mordeduras de la gota, sonriendo. ¡Sonriendo el doctor Rocco! Como si obedeciera á un pacto tácito con alguien, se mostró á todo indiferente, á cambio de que se olvidasen de un viejo medio muerto, y lo dejaran medio vivo.

Y llegó el tan ansiado día; llegó un Rocco pequeñuelo pidiendo un beso y una lágrima.

—¡Ah, qué dichoso soy!—confesó el doctor;—pero temió haber dicho demasiado, porque ahora que la tenía, que veía delante de sus ojos la ansiada criatura, no se sentía con fuerzas para abandonarla.

—¡Cómo se te parece!—decía la pálida madre sonriendo en la cama.

El mismo Joaquín, para complacerle, juraba que era su propio retrato; en cambio Rómulo no tenía bastante fuerza para decir una mentira tan gorda, bien que la misma Tranquilina le alentase asegurando por su cuenta, que «á decir verdad le daba un aire.»

Y entonces Rómulo murmuraba:

—Sí; le da un aire....

El ingeniero Eneas se callaba; contemplaba extático aquel niñito que se llamaba Rocco, y mentalmente iba separando de aquel cuerpo las líneas que no podían ser obra de Amalia y las rectificaba á su modo; y entonces veía ante sus ojos, vivo y chillando, otro niño que se llamaba León.

—¿A quién se parece?—le preguntaba la madre con la felicidad en la mirada.

Y él contestaba dando que reir á todos:

—Es mi retrato.

¿Qué más podía desear el doctor Rocco? Nada. Pues-

to que se habían realizado todos sus sueños, podía morirse; á pesar de lo cual ni siquiera pensaba en ello, temeroso de sugerir á alguien la idea. Interrogando á hurtadillas su propio organismo, llegaba á persuadirse de que no estaba tan deteriorado como le parecía; el ventrículo hacía su oficio perfectamente, á despecho del estrago del piloro; cuanto al infarto del bazo, nada temía porque hasta ahora no ha matado á nadie; y la gota se permitía todo lo más cosquillearle un poco las plantas de los pies... Si, de vez en cuando, viene al mundo algún individuo raro para ser ejemplo de longevidad... ¿por qué no podía ser el doctor Rocco quien representase ese papel? Además, que la Providencia debía estar satisfecha de haber hecho las paces con un materialista tan gruñón.

Pasó un año, pasaron tres años, el doctor Rocco se rejuvenecía; todos se lo afirmaban.

Con lo cual, á la larga, su malhumor agriado por las enfermedades, se dulcificó, y apenas conservó la indispensable acidez para tener á raya á dos muñecos incorregibles. Pero si Joaquín y Rómulo seguían siendo sus víctimas, en cambio dió con un tirano de un par de palmos todo lo más, que le trataba á baqueta.

—Mañana—decía Rocco el menor á su formidable homónimo—mañana me comprarás un caballito.

—¡Bueno!... te compraré un caballito.

—Y un coche.

—Y un coche.

—Y un velocípedo.

—Compraré el velocípedo.

—Y chochos.

—Hasta chochos... ¿Y ahora me darás un beso?

—No, porque has sido malo; se lo daré á mi Joaquín que es mejor que tú.

Joaquín se frotaba las manos.

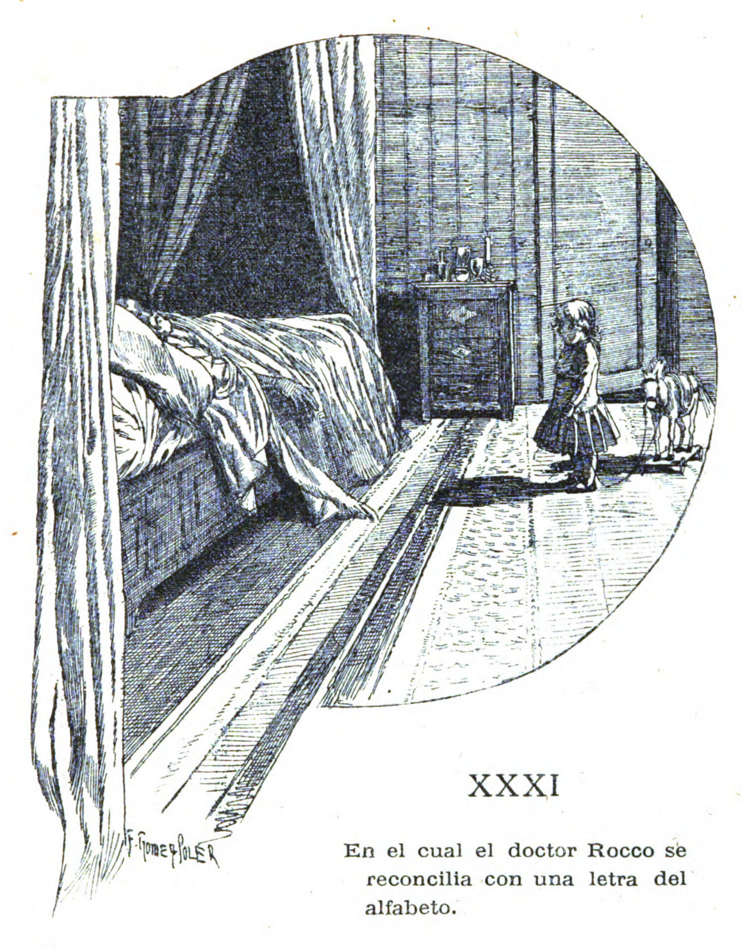
Pero el cautivado abuelo hacía como que lloraba, y

el tiranuelo enternecido corría á estamparle en las mejillas una docena de besos.

El tiempo volaba, entregados nuestros amigos á aquella vida simple, toda amor y laboriosidad.

Federico quiso permanecer junto al lago; la hornaguera frustrada le daba mucho que hacer; el cultivo del jardín y la piedra pulida le ocupaban todo el tiempo que no consagraba al amor de Amalia ó de su hijo. Coronaban aquel nido de suma felicidad, donde se asomaban temblando de ternura, una cabeza calva y tres encanecidas cabezas de viejos, porque ¡ay! por fin Tranquilina también encaneció; y un día Joaquín se cansó de verse pintado de verde ó colorado por secreta y difícil virtud de las más famosas tinturas, echó á la calle los pinceles, y se decidió á enseñar al público su intacta canicie, que era, como bien podéis creer, una canicie de nieve y plata, una canicie más bella que ninguna, una magnífica canicie.





XXXI

En el cual el doctor Rocco se reconcilia con una letra del alfabeto.

Una mañana, bastante tarde, el niño Rocco, acercándose á la puerta del cuarto de su abuelo, dijo, como tenía por costumbre: «¿se puede?» y sin aguardar respuesta se metió dentro; pero viendo que nadie respondía, sobrecogió un escrúpulo al tiranuelo y se detuvo de golpe.

Tendido en la cama, el viejo le contemplaba con los ojos fijos y atentos, mas sin despegar los labios. Al principio el pequeñuelo, viendo que le miraba así, le

gritó: «¡Abuelito!» Cuando vió que persistía el silencio, se rió, y luego tuvo miedo y se echó á llorar, con lo cual acudió al llanto la madre.

—Papá—exclamó, agachándose para acariciar la carita lacrimosa de su propio hijo—papá, ¿qué ha hecho el niño? ¿por qué llora?

—Nada—contestó éste, señalando la cama con su dedito....—él, que me mira y no quiere decirme nada.

—Se chancea—balbuceó la pobre madre interrogando con espanto los ojos de su padre, y estrechando instintivamente al niño contra su corazón.

Pero en los párpados del doctor Rocco, brotaron dos lágrimas que se deslizaron silenciosas por sus descoloridas mejillas.

Entonces á la pobre mujer se le ocurrió una idea terrible, y presintió el primer gran dolor de su vida. Púsose en pie de un salto, y pálida, pero resuelta, movida del presentimiento de su desventura, se acercó á la cabecera de la cama.

—Papá—repitió... y no dijo más, porque el doctor Rocco, levantando la mano zurda se enjugó las lágrimas con la punta de la sábana, é hizo señas de que no podía hablar.

Amalia lo comprendió todo, miró en torno ansiosa y corrió á tomar un librito de memorias y una pluma; cuando volvió junto á la cama, hallóse con que el niño llamado por señas por el abuelo, había acudido antes que ella.

—¿Por qué no hablas?—le preguntaba el chiquillo con aquel severo acento que solía reducir á su voluntad al dócil abuelo;—ayer me prometiste que me comprarías un velocípedo; anda, levántate y vamos á comprarlo...., pero... ¿por qué no hablas?

El doctor Rocco hizo un esfuerzo por sonreirse, luego cogió la pluma, y en el librito que Amalia sostenía, escribió:

«Quiero besarle.»

Amalia cogió en brazos al niño, y cuando el viejo se hubo comido á besos la rizada cabecita de su tirano, que no entendía una palabra, la madre balbuceó temerosa:

—¿Qué ha sido?

Y con mano trémula sostuvo el libro delante de su padre, inclinándose para leer la respuesta conforme él la iba escribiendo.

Y la respuesta fué:

«¡Valor! Ha llegado mi hora; quita de aquí al niño, llama á tu madre, á tu marido, á Joaquín, á Rómulo... pronto.... pronto....»

Amalia salió jadeante llevándose á su hijo, y volvió luego. Pero se le anticipó Tranquilina.

—¡Rocco!—dijo con voz de lamento—Rocco!

El viejo se estremeció de pies á cabeza, y movió inútilmente los labios.

Federico, Rómulo y Joaquín le contemplaban como tres espectros. Entonces Amalia se acercó otra vez, traspasada de dolor pero con paso firme, y puso de nuevo el libro delante del viejo, quien escribió á tientas con la mano izquierda:

—«Esta es mi confesión general: he estado cruel y he sido malo con todos: perdonadme.»

Y el brazo, fatigado de aquel esfuerzo, quedó colgante de la cama. Todos se acercaron ansiosos; parecía que los vivaces ojos del moribundo luchaban con las tinieblas y abarcaban dos mundos en una mirada.

Federico fué quien primero se adelantó, y con voz grave, pero firme,

—Padre mío—dijo;—tú siempre has sido bueno conmigo, sin yo merecerlo.

—Y conmigo—dijo Joaquín echándose á un lado—y conmigo.... Pero un sollozo le dejó sin palabra.

—Usted ha sido bueno para todos—dijo á su vez Ró-

mulo, con voz ahogada—siempre lo estábamos diciendo.... ¿verdad, Joaquín?

Pero no prosiguió tampoco, porque el doctor Rocco dijo que no con el brazo, mientras la ardiente mirada parecía insistir en la petición.

Entonces Amalia se acercó á los dos viejos, y les dijo sollozando:

—Quiere que le perdonen ustedes.

—Pero ¿qué le hemos de perdonar?—balbuceó Rómulo.

La joven interrogó á su padre con la mirada, y luego repitió:

—Quiere que le perdonen... pronto! pronto!

—Doctor Rocco—se apresuró á decir Rómulo—si nuestro perdón le complace á usted, conste que se lo otorgamos de todo corazón, pero no es necesario.

—No es necesario—repitió Joaquín;—al contrario; nosotros debemos agradecerle su amistad.... ¿verdad, Rómulo?

—Sí, á nosotros toca.

Y uno tras otro fueron á deponer un beso en aquella descolorida frente.

Cuando sintió aquellos besos, dados con la solemnidad de una ceremonia fúnebre, el doctor Rocco empezó á temblar de pies á cabeza, bien que sin cerrar los ojos, que continuaban inmóviles y lucientes, fijos en la pared.

Inclinadas ambas sobre el moribundo, Amalia y Tranquilina cambiaban algunas miradas de angustia de cuando en cuando; los dos viejos se agarraron á los postes de la cama, para adquirir fuerzas.

No fué muy larga la agonía; al estremecimiento de todo el cuerpo, sucedió profunda calma. Había cesado la respiración fatigosa. Sólo los ojos miraban atónitos.

De pronto, pareció que el doctor Rocco se reanimaba,

levantó el brazo izquierdo y á tientas, manoseándola, buscó algo por la sábana. Amalia comprendió qué quería, y le trajo otra vez el librito en el cual el moribundo intentó escribir una palabra que empezaba con una D mayúscula. Luego fijó por última vez la mirada en la dolorida fáz de su hija, como para recobrar fuerzas, é intentó de nuevo escribir aquel nombre, pero la muerte lo detuvo en la letra inicial. Quedóse con la pluma en la rígida mano, y rodó por el suelo el abandonado libro.

—¿Qué tiene el abuelito?—preguntó el niño que había vuelto de puntillas. Y como nadie le contestase añadió osado:

—¿No te acuerdas que me prometiste un velocípedo?

Volvióse la madre, y con prolongado beso le cerró la boca.

En medio del solemne silencio, sólo se oían otra vez los sollozos.

Tras esto, Amalia recogió el libro caído, lo abrió por la blanca página donde el moribundo intentara escribir por última vez, y acercándose á su pobre madre que, desfallecida sobre una silla, lloraba copiosamente, se la puso delante de los ojos sin decir palabra.

Tranquilina miró largo rato la inicial escrita con trémula mano, y por fin comprendió y sonrió entre las lágrimas.

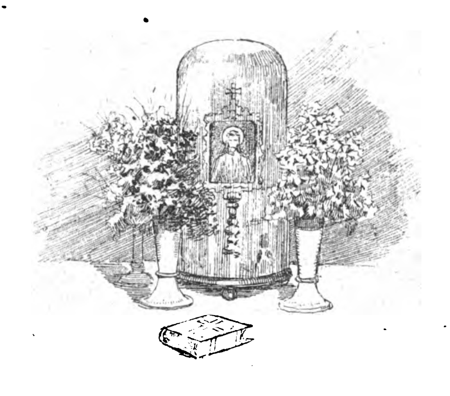
—Lo que falta—dijo—había que saber leerlo en el corazón.

Y cayendo de hinojos junto á la cabecera, cogió la helada mano del compañero de su vida y levantando los ojos al cielo:

—¡Dios mío!—exclamó—¡Dios misericordioso y grande!

Joaquín y Rómulo lloraban como dos niños, mientras Federico contemplaba atónito la serena inmovilidad del difunto.

Tal vez pensaba que la muerte en tal guisa no era espantosa ni cruel, porque, lejos de llorar, cogió á su aturdido hijo y lo estrechó contra su pecho lleno de amor.





XXXII

Después del luto

DIRÉ cosas increíbles.—Han pasado diez meses, y aún hoy, á los postres de la comida, cuando se recibe el periódico, Joaquín mira á hurtadillas y suspira, acordándose del doctor Rocco,

que llegó á serle *indispensable*. Así dice él, bien que con su poquito de exageración, porque á lo mejor se ingenia, y puede prescindir del doctor sin volverse tísico. Hay más: ¡oh misterios de la Providencia!... Joaquín engorda.

Y mientras él engorda cada vez más, Rómulo, en cambio, se estira y adelgaza.

Ambos se han venido á vivir con Federico, Amalia, Tranquilina, y el minúsculo heredero del formidable nombre de Rocco Trompeta.

El chiquillo no ha sabido comprender todavía á dónde se fué el abuelito, y lo pregunta de vez en cuando. Le responden que se ha ido al cielo, y no se levanta una sola voz poniéndolo en duda. Porque es increíble lo que ha ganado el buen doctor después de muerto; casi no pasa un solo día sin que los piadosos ojos de los sobrevivientes no descubran en él una nueva virtud. Es que sin duda, como dice Joaquín, para juzgar debidamente á los hombres se requiere que el juez los mire á distancia, y probablemente, como dice Rómulo, hay hombres que empiezan á valer algo el día que se mueren. Rómulo, sin embargo, declara que no conoce ninguno que se halle en este caso, por no contradecir á Federico que persiste en ver en todo sér humano una mina de oro escondido y en fallar que, hasta que entró en el sepulcro, subsiste la esperanza de que el mejor día se decida á regalar una muestra del filón á la humanidad.

Han pasado, decíamos, diez meses, los diez meses de toca que marca la ley, y Rómulo acaricia una idea tentadora, aunque no es de hoy, sólo que hoy ve la tentación tan próxima, tan hechicera, con tan delicioso estremecimiento, que su impaciente secreto se le escapa y corre á esconderse en el seno de la amistad. Joaquín, á quien confía su oculta ambición y tan sublime esperanza, muestra en aquella ocasión gran virtud, virtud

enorme de la cual no le creerían capaz los contemporáneos: no se ríe.

Pero se ríe en cambio Tranquilina; sí, se ríe la mujer tan amada y cruel; y tras haber hecho llorar á Rómulo, quiere que él lo tome á broma un rato, si le ha de contestar en serio.

Rómulo, obedeciendo, hace una mueca, y entonces Tranquilina, cogiendo de la mano á su incansable adorador, lo lleva á un espejo y le dice:

—Mire usted bien, señor Rómulo; ¿ve usted? Los dos hemos encanecido: ya no es tiempo de hacer muchachadas. Querámonos mucho; quererse no es ningún pecado, pero guardémonos de contárselo al cura.

—¡Tranquilina!—balbucea insistiendo Rómulo.

—Señor Affanni—interrumpe la amada mujer—déme usted el brazo, y vamos á buscar á nuestros hijos, que están en el jardín.

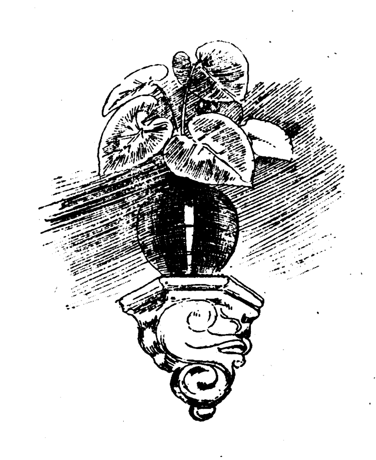
Rómulo suspira, pero promete que no lo hará más; de allí en adelante, suspirará á hurtadillas, ó soltará los suspiros por las narices.

¿Y el ingeniero Eneas?

Visita con frecuencia á Federico, y se detiene de vez en cuando, quizáz á seguir con la mirada los vivaces gestos del niño Rocco, que juguetea ó corre á pedirle una acaricia al papá para llevársela á la mamá; Eneas acaba por distraerse, ó arrebatado de sus imaginaciones se abisma en ellas. En este punto, Joaquín y Rómulo cambian una rápida mirada de inteligencia, y se proponen escudriñar una por una todas las casas de Milán para dar con una bella que se esconde cruel. Pero la tarea es difícil; cuando ya creen tenerla en la mano, descubren con dolor que no es ella, que no es la madre de Cándida y de León. Y se desaniman y se confían á la Providencia «la cual, según Joaquín, no es »en vano buena ama de llaves, antes siendo incompara»ble maestra en economía como prueba en la adminis-

»tración del patrimonio de su hija natural (la Natura-
»leza) no querrá dejar infructuoso el precioso capitalillo
»del ingeniero Eneas.»

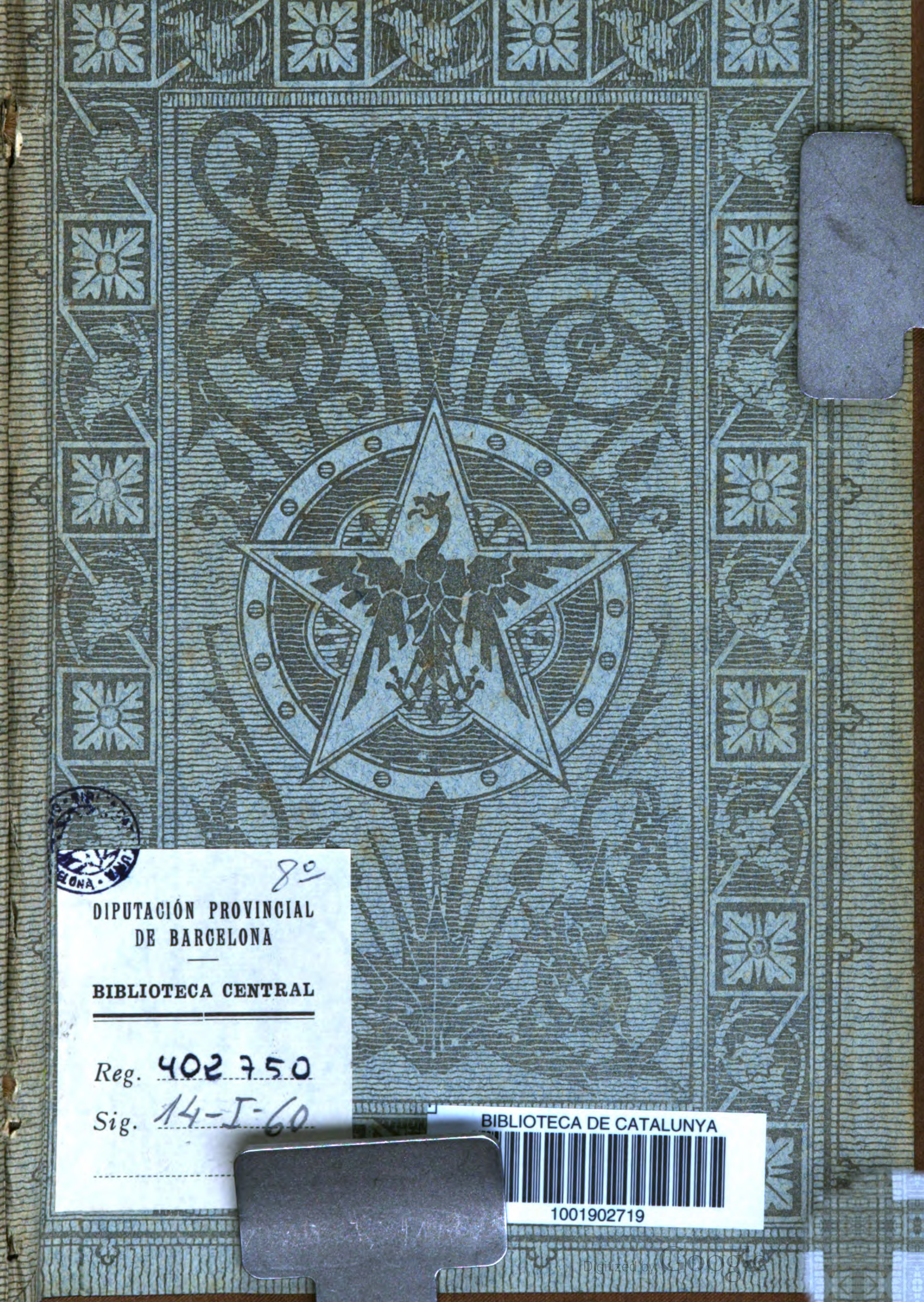
Por amor á la humanidad, confiemos también pacientemente en ello nosotros, ¡oh pacientísimo lector!

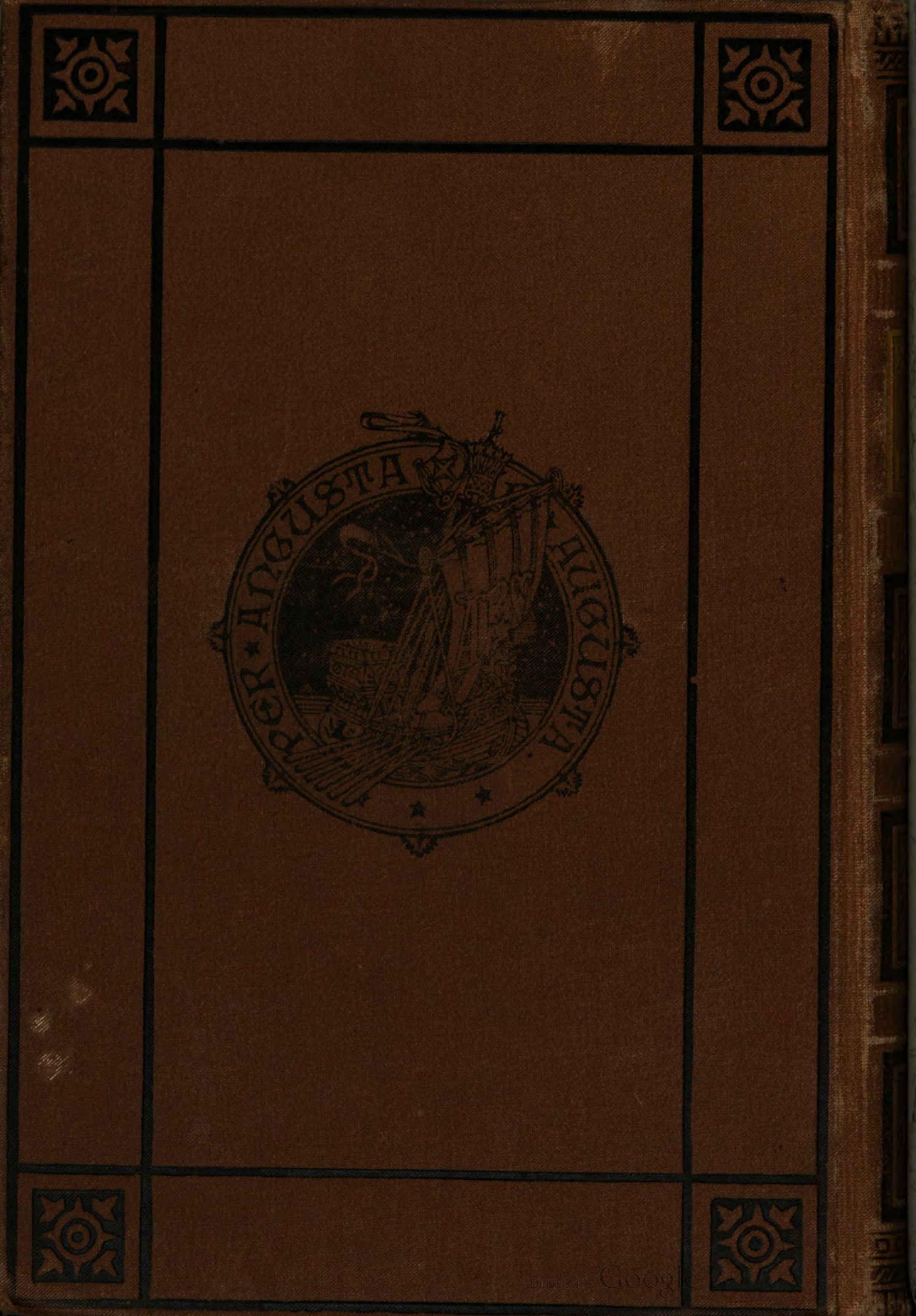


ÍNDICE








PER · ANGUSTA
AUGUSTA